

JULIÁN LÓPEZ

# PLANETARIO

UNA NOVELA MUSICAL



SUMA

Julián López

# Planetario



## Obertura

Unas manos tamborilean con sus dedos en el brazo de un sillón orejero. Son algo huesudas y acumulan muchos años. El resto del cuerpo cede su peso al sillón, que lo recoge como si se tratase de una masa de barro que busca acomodo.

Todo lo que le rodea es quietud. Es pura calma encapsulada dentro de la habitación. Solo afuera de la ventana, el leve movimiento de las hojas del manzano que hay plantado le muestra el discurrir de la vida. Lo mira y parpadea lento al hacerlo. Si no fuera por ese agitar de las ramas y ese movimiento de los párpados, parecería que el tiempo está detenido. Suspendido en un plano temporal.

Se oyen unos pasos ligeros al otro lado. La puerta se abre. Tras ella asoma la cabeza un chico, que entra con paso decidido, dejándola abierta. Se puede percibir un dulce olor a café y a galletas que viene del pasillo. Lleva algo en la mano: un dispositivo que introduce en un aparato. Junto a él, unos altavoces con la telilla negra y revestidos de madera clara esperan callados.

El chico se dirige al hombre que está sentado en el sillón y que sigue mirando hacia el manzano de fuera. Se coloca delante y sus miradas se cruzan. El chico sonríe, el hombre no. Su expresión parece imperturbable. Como si dentro no ocurriese nada. Un río seco por cuyo cauce hace tiempo que el agua no se abre camino. El chico se acerca y le da un beso en la mejilla mientras lo agarra de la mano. Es un saludo cálido. Habitual.

El chico pulsa un botón del aparato y unos sonidos emergen de los altavoces. Los dedos del hombre se estremecen. Pequeñas alteraciones, casi imperceptibles. Mínimas descargas eléctricas. Los dos pares de ojos vuelven a encontrarse. La boca del hombre, ahora sí, traza una sonrisa liviana. Mueve la cabeza hacia los altavoces. Un ligero candor se enciende en la mirada de sus ojos vaporosos. Como si un fuego estuviera prendiendo en el interior de una cueva. El chico sube el volumen del aparato consciente del protagonismo con el que quiere dotar a la música, que sale como un torrente de agua.

Una voz cálida entona una melodía arropada por instrumentos que llenan de distintos timbres y colores la estancia.

Los ojos.

Los ojos del hombre titilan. Chisporrotean. Miran hacia el otro lado del cristal, donde el manzano continúa meciéndose. Parece que lo hiciera al compás de la música que suena dentro. Los ojos van al cielo, que luce claro y resplandeciente. Ahora apuntan a una nube, que se

desplaza con pereza. Más allá se fijan en la luna, que muestra su cuerpo, desnuda de la noche. Y van más allá.

Más aún.

Detrás.

Allende.

Solo que ahora lo hace con los ojos cerrados.

## Preludio

Se apagaron las luces. El silencio terminó por dominar el auditorio en el que me encontraba. Una voz anunció «a continuación, la Serenata para tenor, trompa y cuerda, Opus 31, de Benjamin Britten». El solista, tras un breve silencio, inspiró y atacó la primera nota. Era una nota aguda, que sonó lejana. Parecía una llamada ancestral. Sonidos que nacieron en otro lugar, otro tiempo, pero que resultaban familiares.

Y me arropaban.

Me arrullaban.

Me cautivaron.

Tras ese inicio, despertó la cuerda. Violines, violas y violonchelos hicieron su aparición, seguidos del tenor, Peter Pears. Cerré los ojos para captar aún mejor todas las armonías. Sentirlas bien adentro. De repente, una pequeña desafinación me hizo abrir los ojos. El tenor empezó a cantar de manera lánguida, bajando sospechosamente de tono. La sección de cuerda pareció contagiarse y cayó también su línea melódica. Tempo y tonalidad disminuyeron, precipitándose a una especie de abismo negro y sordo. Cuando el solista de trompa volvió a entrar, ya todo era un despropósito.

Encendí la luz y me incorporé en mi cama. Chequeé el walkman con un par de golpecitos. «Estos aparatos no practican el diálogo». Me di cuenta de que eran las pilas, que se estaban agotando. En ese instante, una voz llegó de una habitación cercana: «¿Qué haces con la luz encendida? ¡Venga a dormir!».

Entre el grito de censura y lo de las pilas, me quedé sin poder ponerme después una canción del grupo de mi vida, para despedir el día.

# Capítulo 1

## *The show must go on*

—¡Arribaaaa! —La persiana subida de golpe emitía su sonido fuerte, que ejercía de despertador —. Vamos, Jota. Vamos, Mar.

Mama nos despertaba así a mi hermana y a mí. Era su ritual de cada mañana para iniciar la jornada.

Ella ya estaba con el desayuno preparado, la estufa encendida y la ropa lista, mientras Mar y yo nos deslizábamos como almas en pena por el pasillo y entrábamos en busca del calor de la estufa con los ojos aún a medio abrir.

A mi hermana, mis padres le pusieron Mar para compensar la sequedad de vivir en un pueblo de interior. Tres años mayor que yo, en Mar confluían tres estados de naturalezas bien diferentes. Ella los combinaba con la destreza de un trilero: la irascibilidad, la inocencia y el sentimiento de responsabilidad como primogénita. Era alta y de cuerpo magro. Y casi siempre lucía una coleta que no paraba de deshacérsela y hacérsela de nuevo.

Lo que se sucedía en los minutos siguientes, una vez nos levantábamos de la cama, era una cadena de acciones mecánicas. Como si fuese un autómatas: me quitaba el pijama, me ponía los pantalones y el jersey de cuello alto, mojaba una galleta en la leche, me ponía las zapatillas, mojaba otra galleta, estornudaba dos veces, me acababa la leche y chequeaba los libros y libretas de la cartera.

Todo ello con el blablabla monótono de la radio de fondo, que no faltaba ni un día a la cita. A veces cazabas algo: el tiempo, un político que había dicho no sé qué o un equipo que había metido nosecuantos goles.

Pero aquel día escuché algo que, sin yo saberlo, me marcaría bien adentro, bien profundo.

Para siempre.

Era el 24 de noviembre del año 1991.

Me llamaban Jota, porque por esa letra empieza mi nombre. Cuando era pequeño, el walkman con el que reproducía toda la música que tenía a mi alcance se convirtió en uno de mis mejores amigos. Y la cama donde cada noche asistía a conciertos era mi refugio. «Hoy toca Edward Elgar». Y allá que me iba, con el pijama puesto, a comprar las entradas y a sentarme en una de

las mejores butacas, un lugar privilegiado desde el cual gozar del concierto para violonchelo y orquesta en mi menor, Op. 85. Otra noche era el turno de Edvard Grieg. «Les dejamos con “Peer Gynt”. Que disfruten», decía en voz alta, como si yo mismo fuera el locutor de turno, y todo un despliegue de colores sonoros y timbres orquestales me embriagaban y me hacían el niño más feliz del mundo, porque podía asistir a esos conciertos desde mi cama. «¡Qué suerte tengo!». Mientras mis amigos y amigas me decían que cuando se acostaban era porque tenían sueño o porque les obligaban sus padres, para mí ese ritual suponía la oportunidad de viajar al Royal Albert Hall de Londres, al Teatro Monumental de Madrid, al Concertgebouw de Ámsterdam... Auténticas catedrales musicales de las que conseguía a veces cazar sus nombres en Radio Nacional Clásica. También las veía en los discos y revistas que llegaban a mis manos.

Nunca me dio por pensar el porqué del amor hacia la música. Me gustaba y ya está. No me lo planteaba. Era de esas cosas que ocurrían y no te parabas a buscar un porqué. Como cuando me picaba la espalda; si llegaba, me rascaba, pero no pensaba «¿por qué me picará la espalda? ¿Es normal sentir picor en la espalda? ¿Cuándo fue la primera vez en mi vida que sentí mi primer picor de espalda?».

Es cierto que en casa se escuchaban discos variados: clásica, pop, zarzuela... Y que la televisión, siempre encendida, muchas de las veces mostraba conciertos retransmitidos. Y que Mama y Papa cantaban por el pasillo, la cocina o el patio. Y que Abuelo, el padre de Papa, tocaba el fliscorno y el laúd.

Los tres, Papa, Mama y Abuelo, cantaban juntos en el coro del pueblo. Era una formación de voces mixtas al que su fundador había bautizado como «Grupo Ditirambo». Todos sus miembros ponían el máximo empeño en cantar de la mejor manera posible, sin haber sido formados académicamente. Y algunos de ellos, como si no les bastase con aliviar su inquietud musical, también estaban en la otra división: la del teatro. Los que hacían teatro mostraban así su vertiente cómica, enclaustrada durante el resto del año, pero latente. Llevaban a cabo montajes de sainetes y entremeses para deleite del pueblo y la comarca. Tampoco había formación académica. Todo era pura afición y amor al divertimento.

De los tres miembros de mi familia, solo Abuelo estaba en ambas divisiones: coro y teatro. Así que le recuerdo cantando en la sección de bajos y días después actuando con un bigote postizo para hacer de alguacil o de médico. Y todo ello teniendo que madrugar al día siguiente para ir al campo.

Papa y Mama solían llevarme a los ensayos del coro. Eran noches agradables de verano, con olor a jazmín. Me quedaba sentado mirándoles las caras, fijándome en las expresiones que ponían al cantar. Algunas de ellas me divertían, otras casi me hipnotizaban. Me gustaban especialmente los gestos del director, mágicos movimientos de sus brazos que hacían que sus

voces sonaran fuerte, piano, suave, enérgico, deprisa o lento. De todo el repertorio que hacían, quizá lo más bonito fueran las habaneras, que sonaban aún más dulces en la noche estival.

Los ensayos tenían que ser siempre después de cenar, para que todo el mundo pudiese estar liberado del trabajo y de los quehaceres domésticos. Terminaban tarde, pero yo nunca tenía sueño a pesar de ser un crío de cinco años.

—Venga, vámonos a casa —me decía Papa.

Y al entrar en mi habitación, en la cama seguía imaginando. Recreaba en mi cabeza las melodías que había escuchado, moviendo las manos a un lado y a otro, como el director.

Las voces.

Habaneras.

Ojos cerrados.

Sonrisa.

Ya entonces, uno de mis aparatos favoritos de la casa, aparte de los juguetes, era el tocadiscos. Estaba puesto a una altura considerable. «Así no lo trastean los nenes», pensaría Papa en aquella época. Lo cual, sumado al lugar estratégico donde estaba situado, en el mismo centro del salón, le dotaba de una magnitud e importancia considerables. Desde mi punto de vista, se me presentaba como un tótem al que adorar y rendir pleitesía. Era negro y marrón, y la tapa, de un plástico translúcido que envolvía de misterio lo que había dentro: ni más ni menos que un plato girando y una aguja recorriendo los surcos del disco que había puesto. En una esquinita el logo de Philips, blanco y en relieve, por el que pasaba mis dedos en busca de gustrirín.

También disponía de radio AM y FM, más reproductor de casetes. La radio no ofrecía un repertorio amplio; debido al enclave de nuestro pueblo, en pleno corazón de la estepa castellana, solo se «cogían» un par de emisoras nacionales; otro par, locales; y poco más. Recuerdo, tras un partido, una entrevista a un jugador de fútbol de un equipo puntero. Papa estaba escuchando también al delantero, sentado en el sillón con las piernas cruzadas y un cigarro de tabaco negro en la boca, mientras pasaba distraídamente las páginas del periódico del domingo. Yo observaba la estampa desde atrás, sentado en el sofá, pensando en lo alucinante que era poder estar escuchando cómodamente desde casa a una persona que estaba tan lejos. Me gustaba recrearme en eso. Algo así como cuando Papa me contaba lo embobado que le dejó asistir, a través de la emisión de las imágenes en televisión, al alunizaje de Armstrong.

Otro de mis pasatiempos favoritos era pedirle a Mama que pusiera un casete o «una cinta», como nos gustaba decir, y estar en el sofá, entre cojines, deleitándome con la música que sonaba. La selección escogida por ella podía ser desde esas habaneras que ensayaban con el coro hasta el Dúo Dinámico, pasando por «Las cuatro estaciones» de Vivaldi, Mocedades, ABBA o Juan Pardo. Cuando acababa la cara A, yo le gritaba: «¡Dale la vuelta!», y allá que iba: abría la pletina, giraba el casete y lo introducía por la cara B. Me daba un beso y seguía con sus labores.

Y yo con las mías: evadirme, evaporarme, mezclarme con las notas musicales y salir disparado hacia otro territorio, hacia otro planeta.

Había oído hablar a Papa y Mama de que Juan Pardo había formado parte de un dúo llamado Juan y Junior, y que, a su vez, ambos venían del grupo Los Brincos. De Pardo fue una de las primeras canciones que tararé delante del micrófono del tocadiscos. Era un micrófono pequeñito, casi de juguete, con un cable no muy largo que se conectaba al venerado aparato.

Un día, a Papa se le ocurrió meter una «cinta virgen» y cada uno aportamos lo que pudimos.

Papa y Mama canturrearon habaneras y canciones populares. En medio del número improvisado, Papa aprovechó para hacer algún chascarrillo e imitaciones de algunos personajes televisivos, como Tip y Coll. Con su bigote espeso, resultaba muy divertido. Era su válvula de escape de las horas grises que pasaba en la oficina de seguros. A Mama se le escuchó, después de cantar un rato, que se iba a la cocina «a echar un ojo a las lentejas». Como siempre, la que menos se echaba en su plato era ella, preocupada porque los demás comiésemos bastante más. Siempre iba bien peinada y tenía el temple doméstico que a veces le faltaba a Papa.

Mar no paraba de hacer burlas guturales de todo tipo. Me daba algún pescozón para provocarme durante la grabación. Grabación que hizo con un jersey bien gordo puesto, estando ya a finales de mayo. Era muy friolera, aunque en verano no dudaba en tirarse de golpe a una piscina con el agua helada. Incongruencias que convivían dentro de ella. Como la de ser pasota y cariñosa a la vez. Al ser tres años mayor que yo, tenía más cuerpo, que no dudaba en utilizar para doblegarme físicamente.

Abuelo y Abuela también se pasaron por el micro en un momento dado, la una para hablar y el otro para contar chistes. Abuela, la madre de Papa, solo dijo: «Virgen del Socorro, pero ¿cómo es esto tan moderno?», alucinando con que aquel aparato pudiera recoger lo que decíamos y cantábamos. Era algo callada y siempre iba vestida de negro. Abuelo contó el chiste del tuerto y el chiste del cura con la sotana corta. Luego tararé un pasodoble, momento en el que Abuela aprovechó para ir a echarle una mano a Mama en la cocina. Abuelo trabajaba mucho en el campo. Estaba moreno todo el año y su piel parecía hecha de cartón.

Y yo: al principio me dio la risa nerviosa y no sabía ni qué decir ni qué hacer. Pero finalmente me atreví con Juan Pardo: «*Chuspiros de amor, chu-chu-chuspiroos...*».

Así, con semejante batiburrillo, quedó para la posteridad la primera grabación familiar, que se mantuvo en el número uno de la lista de reproducciones en casa varias semanas seguidas.

—¡Que casi me tiras la leche encima, Jota! —me gritó mi hermana.

—Perdona —me disculpé, sin mirarla y con la oreja puesta en lo que acababa de pillar en la radio de fondo—. ¿Has escuchao? —le dije—. Se ha muerto el cantante del grupo Queen. ¿Te suena?

—Sí, esos que son cuatro.

—Pues ya no son cuatro —repliqué.

Todavía no sé por qué hice aquel mal chiste. Supongo que era una manera de defenderme o protegerme de algo que, paradójicamente, me provocaba mucho respeto: el fallecimiento de una persona.

Comenzó entonces a sonar «The show must go on» en homenaje al líder de la banda. Yo nunca había escuchado esa canción antes. También es verdad que era una de las últimas que compusieron, pero el caso es que, súbitamente, no oí a mi alrededor otro sonido que no fuera la voz de Freddie Mercury emergiendo imponente de los altavoces. De pronto, lo único que veía con nitidez cristalina, bien enfocados e iluminados, eran esos altavoces, en medio de un salón que iba desapareciendo, borroso y oscuro.

—¡Veeeeeenga, nene, a la escuela! —me gritó mi hermana en toda la cepa de la oreja—. ¡Que estás ahí en las musarañas!

Mar nunca iba desencaminada, pues aquella mañana en clase, mientras todos atendían al maestro en la pizarra, yo vi otra cosa: a dos musarañas jugando a las damas. En un momento una de ellas realizó una jugada maestra, derrotando a su contrincante, que acto seguido giró la cabeza hacia mí y, ante mi estupefacción, gritó: «The show must go oooooon» con la voz que tanto me había embelesado esa misma mañana. Pegué un respingo y todos me miraron.

Al sonar *la chicharra*, así llamábamos al timbre que anunciaba el comienzo y el final de las clases, salí corriendo a casa. No esperé ni a Mar en la puerta del cole.

Llegué sudando y tiré la cartera en el sofá, a lo que mamá reaccionó con uno de sus gruñidos de felino. Puse la tele y la radio a la vez. Quería escuchar de nuevo aquella canción. Lo necesitaba. Por fin, tras una hora de anuncios-canciones-informativos-programas en ambos aparatos, sonó otra vez. Noté cómo la excitación se adueñaba súbitamente de mi cuerpo, el vello se me erizaba, el pecho se me abría y las orejas vibraban. Jamás había sentido algo así. Era como otras veces, con otras músicas, pero de otra forma. Era lo mismo, pero distinto. Toda una paradoja.

Quizá, pensé, era como enamorarse de alguien; que te ocurría y no sabías el porqué.

Mar entró al salón y me vio en aquel estado.

—Pero ¿tú no eras más de Mozart y Beethoven? —me preguntó intrigada, dejando la boca y los ojos a medio cerrar.

—¿No te gusta? —dije yo.

—Psé. No mucho, la verdad... Además, no te vayas a hacer fan ahora porque estos ya no van a sacar más discos. Piénsatelo.

«¿Piénsatelo?». ¿Qué es lo que tenía que pensar? Tenía una apasionante labor por delante: descubrir muchísimas de sus canciones. Ese era el único pensamiento que en ese momento me dominaba. Se abría una senda llena de aventura y sorpresa. ¿Cuál era la música nueva y cuál era

la vieja? Si no había oído sus anteriores discos, ¿por qué habían de ser viejos para mí y no nuevos?

Empecé a preguntar y sacar el tema en el cole.

—¿Has visto lo de Freddie Mercury, el cantante de Queen? —preguntaba a diestro y siniestro.

—¿Qué es Queen?

—Yo solo escucho a los Red Hot, nene.

—Sí, me pareció oír que lo decían en la tele.

—Tenía bigote, ¿no? Como tu padre.

—Pero ¿tú no eras más de Mozart y Beethoven?

Que sí. Que yo «era de Mozart y Beethoven». Y de Brahms, Vivaldi y Schubert. Sentía una adoración atávica por la música clásica, los trajes oscuros, la calma del escenario con todos sus músicos perfectamente sentados y colocados, el silencio y la quietud del público, el sonido de la cuerda y del vientosmetal... Pero ahora otros sonidos habían venido a verme, se habían colado por la puerta, quizá desprevénidamente entreabierta, envolviendo a una voz que me sacudía y me hacía despertar cada mañana con ganas de más.

Así se sucedieron los días en los que no paré de buscar la manera de escuchar sus canciones, y de comprar revistas para recortar sus fotos y arrancar sus pósteres, teniendo que hurgar de manera sibilina en el monedero de Mama para hacerlo. Esto último no era algo nuevo, era el método que usaba para comprar más cromos de los que me permitían.

Unos meses más tarde, después del cole, mi amiga y vecina Lola llamó mi atención con un silbido desde la puerta de su casa.

—¡Jota! ¡Ven! —me gritó con una sonrisa dibujada en la cara—. Mi hermano se ha comprado un CD con los grandes éxitos de Queen. Te lo puedo grabar en una cinta sin que se entere.

—¿En serio? —contesté, nervioso y con el corazón a mil por hora.

—Tráeme una cinta virgen mañana a la escuela. —Parecía una escena de esas pelis en blanco y negro que Abuelo veía algunas veces.

Lola vivía a unos números más allá de mi casa. Era más alta que yo, despierta y algo alocada. Desde el parvulario, compartíamos curso escolar y juegos en la calle. Un día me confesó un secreto, una tontería a la que ella le dio mucha importancia. Lo hizo por el mero hecho de

demostrarme con ello que yo era su mejor amigo. «Eres como un hermano pero en guay, porque al que tengo me da vergüenza contarle estas cosas».

Subí corriendo a casa y, tras sacar a relucir mis mejores maniobras de distracción, conseguí profanar una vez más el monedero de Mama para sacar unas monedillas que me ayudaran a comprar la mejor casete de la tienda. No solía coger el importe íntegro del paquete de cromos, de la revista o la cinta que me quería comprar. El truco era adquirir una cantidad suficiente para que, con algunas de las monedas de mi hucha, alcanzara el precio justo. De esta manera evitaba que Mama se diera cuenta de que su monedero menguaba de tamaño cada vez más.

De las fotos del grupo que iba pegando en los libros y las carpetas del colegio, reservé una para la portada del casete. También coloqué un póster en mi habitación, justo enfrente de mi cama, con mis cuatro nuevos amigos: Freddie, Brian, John y Roger, que posaban con medias sonrisas y miradas enigmáticas. Una vez comprada mi flamante cinta TDK D90, se la llevé a Lola al día siguiente, no sin antes recrearme en mirarla, relamiéndome con el rico pastel que iba a contener esa tartera ahora vacía.

—Ok, yo te aviso cuando te la haya grabado y quedamos para dártela.

Lola tenía una cara chispeante y divertida que parecía dibujada por el estudio Hanna-Barbera. Su cabello era negro como el petróleo. Su piel, morena y lisa como la de un delfín. Sus pies eran algo grandes para su edad y ella, lejos de acomplejarse, los remarcaba con zapatillas voluminosas, llenas de colorines y los cordones sueltos. Nuestras casas estaban muy cerca la una de la otra e íbamos juntos a clase. Su padre era el fundador del «Grupo Ditirambo», así que nos conocíamos desde muy críos.

El ritual de entrega de la cinta fue en la calle, lo que en términos de películas de gánsteres sería un encuentro en un descampado con ambos coches recién aparcados, soltando aún el polvo del camino. Saqué mi walkman, con sus cascos de esponja anaranjada, e introduje la cinta en él. Me temblaban las manos.

—La de «The show must go on» es la penúltima del CD, pero como te gusta tanto te la he puesto la primera. —Mi amiga Lola estaba en todo.

*Play.* Primeros acordes, seguidos de los cuatro golpes sincopados de batería. Cuatro rayos que se me incrustaron en el cuerpo y me humedecieron los ojos, algo que solo había experimentado la vez que me soplaron con polvos pica pica en el cole. Probablemente no eran ni el mejor walkman del mercado ni los mejores auriculares. Quizá estaba muy lejos aquel sonido del que habían concebido los Queen en su estudio de grabación. Pero yo no había escuchado otra cosa igual, más pura y emocionante. Era la sensación de conducir por primera vez para quien no había conducido nunca, o la de volar para quien no había volado.

Escuché aquella cinta miles y miles de veces, hasta aprenderme todas las notas, armonías, ritmos... Lo que siempre he lamentado es no haber aprovechado para aprender otra lengua, en

este caso el inglés. Y es que mi mayor defecto como músico académico era una obsesiva fijación por los sonidos y la instrumentación, dejando de lado la letra. Algo que hacía incluso con las canciones en mi propia lengua, el castellano. De manera que podía escuchar una canción española varias veces y saber qué es lo que estaban cantando, pero no lo que estaban contando.

Lo malo es que esta manera de vivir la música empezó a pasarme factura también en algunas conversaciones; me dejaba llevar por los sonidos que las envolvían y por las notas que imaginaba dentro de mi cabeza, pero de escuchar a los demás, poco.

—Este está en otro planeta —me decían mis interlocutores.

Una noche, desde mi cama, pensé que quizá uno de esos planetas estaba ya siendo conquistado y gobernado por Freddie. De inmediato clavé mis ojos fijamente en su cara en el póster que tenía colgado en la pared, me adormecí con ese pensamiento y los auriculares puestos con su esponjilla cada vez más desgastada.

## Capítulo 2

### Innuendo

Recuerdo el día que convocaron un concurso en el instituto. Yo hablaba distraídamente con algún compañero de clase sobre las posibilidades de la selección española de fútbol en la Eurocopa que habría de disputarse en Inglaterra el verano siguiente cuando dos estudiantes nos entregaron un papel con las bases. La temática era muy simple: se trataba de escoger la que, a nuestro juicio, nos pareciese la mejor canción romántica del mundo. Un jurado compuesto solo por chicas dirimiría cuál era la mejor de las candidatas, atendiendo a la letra, la voz, la melodía, el estilo, la calidad... Ciertamente era que el concurso carecía de autoría e inventiva, pues ni siquiera planteaba que ofreciéramos nuestras propias composiciones para que diésemos rienda suelta a la creatividad, el criterio, el talento o la brillantez. Simplemente era proponer tal canción de tal artista como candidata. Una canción ya hecha, ya bailada, ya aupada en listas de éxitos en el pasado. Ninguna de sus virtudes pertenecía a quien la ofrecía a concurso, excepto su buen gusto por elegirla. Pero la recompensa merecía la pena. El premio ascendía a un bono de diez mil pesetas a gastar en una tienda de discos. En concepto de discos, como no podía ser de otra manera.

A mí me hicieron los ojos chiribitas al conocer aquella condición inherente al premio. Babeaba con él. Lo prefería así a que fuesen solo diez mil pesetas, mondas y lirondas, pues en ese caso llegaría Mama y diría: «Vendrán bien para comprar unos pantalones, un pijama de invierno, unas zapatillas de paño» o Papa me vendría con lo de: «Empléalo en material escolar, y lo que te sobre lo metes en la hucha». No, eso no podría pasar. Eran diez mil pesetas a gastar en discos. Pronto visualicé el momento de llegar con el papel que me acreditaba como ganador, enseñárselo a Papa y Mama y señalar con vehemencia dicha cláusula. Todo ello en cámara lenta: «... A gaaastaaar eeenn diiiscoooooos».

El día de la convocatoria del concurso, a la hora del recreo, todo eran elucubraciones y opiniones sobre la idoneidad de tal o cuál canción. Propuestas y apuestas sobre tal o cual cantante. El pasillo estaba lleno de ruido de papel de aluminio desenfundando bocadillos y pregoneo continuo de canciones:

—Pues una de Frank Sinatra.

—¿Yo? «Cartas amarillas», de Nino Bravo.

—La de «Love Story».

—¡Hala, qué triste!

—Una balada de Scorpions.

—Qué horterera...

—¿A que te meto?!

—Mmmm... Estás muy callado, Jota. —Lola se dirigió a mí con una sonrisa maliciosa.

—No, es que aún no sé cuál voy a elegir. Es muy difícil, ¡anda que no hay!

—Sí, sí... Tú hazte el tonto. Tú la tienes ya pensá, pero no la quieres decir para que no te la pisemos.

—De verdad que no.

Y, ciertamente, Lola no andaba desencaminada con su sospecha. Daban dos días de plazo para entregar la canción candidata grabada en una cinta. Después el jurado sometería todas las propuestas a un filtro previo y de ahí seleccionarían cinco finalistas.

Entonces vino a mi mente un día muy concreto, tiempo atrás, en el que me pasé por casa de Abuelo y Abuela. Quería recoger unos cuadernos de dibujo que me había dejado una tarde en la que había estado esbozando el manzano que tenían en el patio, con sus manzanas gordas y amarillas. Abuelo dijo que estaba tan bien hecho que hasta el papel olía a manzana y sostenía el cuaderno con las dos manos para aspirar del dibujo, divertido: «Mmmm, qué ricos». Dibujar me relajaba y el hecho de que en el colegio reconocieran que tenía cierta pericia, me animaba a hacerlo aún más veces. La maestra llegó a decirle a Papa y Mama que se plantearan que «quizá Jota tenga una virtud artística escondida». A lo que Papa le respondió que «lo único que esconde son las ganas de bañarse, que hay que estar detrás de él pa que se meta en la bañera».

Entré en la cocina a saludar a Abuela y a beber un vaso de agua. Olía a guiso de patatas y a pan recién cortado.

—¡Jota! ¿Me acompañas a echar la quiniela antes de comer? —me voceó Abuelo desde el quicio de la puerta del baño.

Se estaba secando la cara con una toalla, después de afeitarse. Miré la brocha, descansando encima del lavabo, aún con restos de espuma. Cómo me fascinaba aquel artilugio. A veces, cuando Abuelo y Abuela se quedaban dormidos en el sofá, me escabullía del salón y entraba al baño. En la penumbra empezaba a darme brochazos suaves en la cara mirándome al espejo. Abuelo me pilló haciéndolo un día.

—Ya quieres ser un hombre, ¿a que sí? Pero espérate, que no sabes andar todavía y ya quieres ir en moto... —dijo riendo con sorna.

Yo también me reí porque la risa de Abuelo contagiaba, pero en realidad estaba haciendo lo de la brocha porque me daba gustirrinín.

Subimos a su coche, el que utilizaba para ir por el pueblo o viajar a otras poblaciones. Un Ford Fiesta azul marino con la tapicería de cuadros, como de funda de guitarra española. Cuando era más pequeño, le pedía que me dejara conducir. Le proponía que él manejase los pedales y yo el volante.

—El volante es lo más fácil. Va, abuelooo...

—Que esto no es el coche al que te sube tu padre en la feria, Jota. Que va de otra manera. Además, como nos vea la abuela llegar así..., ya verás tú la bronca. Porque es que nos podemos cruzar con otro coche y estamparnos tranquilamente.

Rara vez nos cruzábamos con otro coche. Es que no pasaban apenas coches. En general, no pasaba nada en el pueblo.

—Me estoy acordando de lo que le pasó a Maximiano y su mujer. Una vez fueron a cruzar la carretera general, pa ir a la huerta. Y el hombre, que no veía mucho, le preguntó a la Clotilde que si venía alguien. «Viene uno mu largo», le dijo su mujer. Y Maximiano, claro, pues tiró palante. Y pasó justo un tráiler y les pegó en to el morro del coche. Se salvaron de milagro. La mujer quiso decir que venía un camión mu largo.

Abuelo se puso rojo de la risa que le dio. Era una risa de esas que se contagiaban. Yo quería que me contase cosas que le hicieran reír, para verle colorado como un tomate.

Una vez subida la primera calle, al doblar la esquina, Abuelo encendió el radiocasete del coche. Comenzó a sonar una canción que, en aquel momento, estaba muy de moda. Era de Gloria Estefan, de su disco *Mi tierra*. «¿Gloria Stefan en el coche de Abuelo?», pensé inesperadamente para mis adentros. Era una combinación que, no sé por qué, a mí me resultaba peculiar. Entonces jugaba a imaginar en mi cabeza combinaciones peculiares: un pescador en alta mar vestido de mago, un gato andando verticalmente con las patas delanteras, un guardia civil con gafas y nariz postizas, un mecánico con chistera.

—Esta es la Gloria Estefan, que ha sacao un disco ahora. —Y se callaba unos compases para escucharla—. Canta mu bien la jodía. —Y otra vez la escuchaba—. Menudo canta de bien. —Parecía un locutor de radio mientras va hablando a ratos sobre un tema musical—. Tu padre me ha regalado la cinta por mi cumpleaños. Me la compró en la capi.

—Ah, no sabía. —Y miraba a Abuelo mientras suaves ritmos caribeños envolvían su cuerpo curtido y endurecido bajo el sol castellano.

Al rato, sonó una guitarra deslizando unos acordes. Comenzaba una canción suave, dulce y cándida. La instrumentación era cálida, con una percusión y unos coros que producían cosquilleos de placer. Y la voz sonaba brillante, acogedora, y con un punto justo de melancolía.

Así, rememorando aquel instante de aquel día, decidí que esa sería la canción que presentaría al concurso. Fui a pedirle la cinta a Abuelo y me grabé el tema en una casete libre que tenía en casa. En la etiqueta escribí «Con los años que nos quedan», de Gloria Estefan.

Las chicas del jurado la eligieron como una de las cinco finalistas. El día en el que fallaban el premio estaba muy nervioso. Deseaba esas diez mil pesetas en forma de discos más que nada en ese momento.

Era un viernes a las doce de la mañana cuando el jurado anunció que «la canción más romántica del mundo» era la que había presentado Jota, de la clase B. Salté y grité de alegría.

—Pero ¿dónde habías escuchao tú esa canción tan romántica? —me preguntó Lola, intrigada.

—En el coche de mi abuelo, yendo a echar la quiniela.

Ahora tocaba elegir los discos en los que quería emplear las diez mil pesetas de premio. Además de escogerlos por apetencia musical, debía de calcular la suma de los importes para no tener que poner yo el pico de más en el caso de pasarme o quedarme con la sensación de una mala elección si sobraba una cantidad importante.

—Pídete el de «Gerundina» —dijo una voz a mi espalda.

Me encontraba disertando sobre este o aquel cantante, grupo o compositor para confeccionar mi lista definitiva con ayuda de Lola, que me aportaba ideas.

—Pídete el de «Gerundina» —volví a escuchar.

Nos dimos la vuelta y era Anilla. Iba también a nuestra clase, pero solía ir un poco a su bola. Vivía con su tía y siete gatos. A los felinos les había puesto por nombre siete ciudades de Bulgaria..., menos Sofía, que quizá era el que mejor podría haber pasado por nombre de mascota. Su afición por el país balcánico le venía por la atracción que sentía hacia el jugador de fútbol Hristo Stoichkov. El fútbol, en realidad, le daba igual, pero decía que le gustaba «el temperamento y la furia del zurdo del Barcelona».

Anilla tenía unos ojos grandes que siempre brillaban como si estuvieran encendidos permanentemente y que, a la vez, parecían esconder un secreto. Su pelo, corto, le formaba pequeñas caracolas en el flequillo y alrededor de las orejas. Le gustaba vestir con ropa ancha que combinaba sin pensárselo demasiado. «Lo que quiero es ir cómoda y ya está. Dejadme en paz», decía. La llamaban Anilla porque en su familia había otra Ana, una prima suya que nació unos meses antes. Para distinguirlas, a su prima la llamaban «Ana grande», y a mi compañera de clase, «Anilla».

A Anilla le gustaban mucho las películas. «Cuanto más antiguas, mejor». Estaba enamorada de Al Pacino. «Es el hombre más guapo y atractivo de la tierra», repetía una y otra vez. Y yo entonces me preguntaba cómo un señor más mayor que Papa le podía gustar a una muchacha. Además que no me parecía nada guapo.

—Jota, Al Pacino no siempre ha sido «mayor», hay películas antiguas que lo demuestran —remarcaba con vehemencia—. Lo guapo que sale en *El Padrino* o *Sérpico*..., te caes patrás, muchacho.

Lo cierto es que aquel día, Anilla insistía con el tema de la selección de discos:

—Pídete el de «Gerundina».

—Y dale, pero ¿qué dices de Gerundina ni Gerundino?

—Es el disco de Raimundo Amador, un guitarrista flamenco. Es un máquina el tío.

—Guitarrista flamenco... —dejé asomar por mi boca sin apenas mover los labios.

—Sí, pero así modernete... Ha sacao el disco hace unos meses. Es la bomba.

Le di unas cuantas vueltas. Si Anilla insistía tanto, ¿por qué no hacerle caso y darle una oportunidad? El único guitarrista flamenco que conocía era Paco de Lucía. Más por oír su nombre que por lo que le había escuchado tocar. El flamenco era un género que no gozaba de mucha afinidad por nuestras latitudes. Me preguntaba por qué razón Anilla lo conocía tan bien y le fascinaba, pero sin duda era una chica inquieta y también algo misteriosa. Gatuna. Decidí seguirle la onda.

Así que el primer disco que coloqué en la lista de los elegidos y que debía pasar al jurado del concurso fue *Gerundina*, de Raimundo Amador. Le seguían los *Cuatro conciertos para trompa y orquesta* que escribió Mozart, interpretados por Dennis Brain; la banda sonora de *Bram Stoker's Dracula*, compuesta por Wojciech Kilar; la Sinfonía del Nuevo Mundo, de Antonin Dvorák; y, por último, el disco *Innuendo*, que Queen había publicado en 1991 y, por tanto, el último. Fue el primer disco que me compré de ellos, exceptuando el recopilatorio que me había grabado Lola. Empezaba así mi abordaje a su discografía completa. Cuando me dieron el paquete con todos los discos fue como si se hubiera adelantado el día de los Reyes Magos. Qué gozo más grande.

Si Lola vivía cerca de mi casa, Anilla, a su vez, lo hacía cerca de la de Lola. En aquella calle jugamos tantas veces que parecía que jamás haríamos otra cosa en nuestra vida. De muy críos, Anilla nos pidió ayuda a Lola y a mí para encontrar a uno de sus gatos, que se había escabullido por la noche y no había vuelto a su casa. Logramos encontrarlo en un pinar y Anilla lloró de alegría. Nos hizo hacer una especie de conjura pinchándonos en la yema del dedo con una rama, para juntar nuestra sangre. «Eres algo brujilla», le dijo Lola, a lo que ella contestó «mi tía dice que las brujas son las que dominan el mundo».

Me sorprendió mucho el álbum de Raimundo Amador que me había recomendado Anilla en el instituto. Se lo dije y ella respondió con uno de esos gestos que la hacían irresistiblemente bonita: cerrando los ojos, levantando las cejas, sonriendo de medio lado y asintiendo levemente como diciendo: «Si es que yo sé lo que es bueno».

Raimundo titulaba el disco en honor a su guitarra, a la que llamaba Gerundina. Pensé en lo especial que era poner nombres a las cosas que tradicionalmente no estaban bautizadas. Yo sabía que había gente cercana que llamaba Canela a su raqueta, La furia negra a su bici o Peregrinica a su furgoneta, y me dije que sería divertido buscar uno para la trompa, el instrumento que yo tocaba. Aunque no logré dar con ninguno que me gustara. La trompa, a la que todo el mundo se

refería cambiándole el nombre, era mi instrumento. Fue quizá el amor platónico al que pude darle la vuelta para conseguir hacerlo «carnal» y abrazarlo y besarlo.

En lo musical, Raimundo abrió una nueva puerta en mi mente. Ofrecía sonidos de indudable fuente flamenca tanto con su guitarra como con sus fraseos de voz, pero los ritmos eran de blues y de rock, con bajos eléctricos y baterías, haciendo deliciosas piruetas musicales. Indagué en revistas e hice preguntas por ahí, y así supe que había sido buen socio de Kiko Veneno, artista que me sonaba vagamente por sus intervenciones en el programa *La bola de cristal*.

—Claro, ¿no te acuerdas? Era el que salía disfrazao del monstruo de Frankenstein —me apuntó mi hermana Mar cuando le pregunté por él.

Aquel disco, en definitiva, me hizo entrar en un tornado como el de Dorothy en *El mago de Oz*. En mi caso, me dejé aspirar voluntariamente por él y fui encontrando, mientras giraban alrededor de mí, discos que se conectaban unos con otros. Así, *Gerundina* me conectó con *Échate un cantecito*, de Kiko Veneno; a su vez este me llevó a *Potro de rabia y miel*, de Camarón de la Isla; y él me hizo planear hacia *Entre dos aguas*, de Paco de Lucía, para aterrizar en *Barrio negro*, de Tomatito... Empezaba a cogerle gusto al flamenco en todas sus formas.

Mis amigos, cuando les hablaba de ello, pasaban a otro tema.

—¿Visteis el golazo que metió ayer el Real Madrid?

—Creo que voy a pedirle salir a la Sara.

—Voy a por pipas, ¿queréis?

Pero yo lo veía de lo más interesante, pues esos artistas no paraban de enseñarme cosas: nuevos acordes y armonías, formas de vida, anécdotas, geografía, tradiciones... A partir de ahí, traté de seguir ese camino de baldosas amarillas desde el cual asistía al maravilloso hecho de ver cómo distintos estilos musicales se dejaban influenciar unos con otros, y podía, además, reconocer ecos de un género dentro de otro. De esta manera se daban casos que vistos desde fuera podrían sonar totalmente inverosímiles. Me divertía, por ejemplo, detectar la «cadencia andaluza» en la canción *Song for the lovers*, de Richard Ashcroft.

Llegó el verano de aquel año en el que descubrí el flamenco, y hubo un hecho que acabó de reafirmarme en que sí, que quizá a veces sí estaba con la cabeza en otros planetas, ignotos para muchos de los que me rodeaban aquí abajo, aparentemente sin vida ni oxígeno, pero en los que podía encontrarme con otros de mi especie.

Papa y Mama me matricularon en un cursillo veraniego de música clásica en la ciudad. «Así te aireas un poquito». Se impartían clases especializadas en todos los instrumentos que integran habitualmente una orquesta sinfónica, además de otros como la guitarra española o el acordeón. En el pasillo me mezclaba con compañeros de violín que ensayaban mirando hacia la ventana obras de Vivaldi o Brahms, trombonistas que repetían una y otra vez el famoso solo del bolero de Maurice Ravel o llegaban rumores de endiabladas subidas y bajadas de notas desde una de las

aulas a cargo de una pianista que interpretaba a Rachmaninov. Yo probaba nuevas sonoridades con la trompa, atacando el solo del principio de «Las travesuras de Till Eulenspiegel». Qué difícil me resultaba sobre todo dar las notas graves.

En medio de toda esa mezcla, un chaval salió con su guitarra metida en el estuche y empezó a caminar por el pasillo, distraídamente, en dirección a donde me encontraba. No tardé en observar que llevaba puesta una camiseta con la cara de Camarón. La vestía con tanta seguridad que no era necesario preguntarle si había acertado en comprársela, su porte orgulloso te lo decía al instante. Es muy probable que si se hubiese vestido con una camiseta de AC/DC o con la lengua de los Rolling Stones hubiera sido más popular. Ese chaval era la única persona a la que había visto con una camiseta de Camarón de la Isla en un contexto en el que, se suponía, que no debiera verse, ni por edad ni por situación geográfica.

Al pasar a mi lado no pude evitar canturrear:

—«El sueño va sobre el tiempo flotando como un velero...».

—«... flotando como un velero» —añadió con gracia y, seguramente, con algo de extrañeza viendo que aquella frase venía de un trompista.

En medio de todo aquel batiburrillo de música clásica que reverberaba en el pasillo, aquellos dos gatos galácticos nos olimos mutuamente y sintonizamos nuestros bigotes a millones de kilómetros de allí, en el planeta Camarón.

En cuanto al *pack* de discos conseguidos por el premio de la canción más romántica del mundo, por supuesto no faltó en mis auriculares el último disco que había pedido como premio: *Innuendo*, de Queen. El sorpresón que me llevé al escuchar el tema que daba nombre al disco fue de aúpa. Ya el inicio estaba lleno de misterio, con un redoble de caja que desembocaba en una marcha que, claramente, bebía de la tradición flamenca. Para mí era como una mezcla entre una procesión andaluza de Semana Santa, un taconeo en el tablado y un poquito de «Bolero», pues Maurice Ravel lo compuso inspirado también en una danza española. De manera que el carácter que destilaban los primeros compases de «Innuendo» me era muy familiar en ese instante. La llama se encendió cuando adiviné el sonido de la guitarra española: «¿¿Brian May tocando una guitarra española??», pensé en voz alta, con los ojos como platos. Entonces creía que todos los instrumentos que sonaban en los discos eran tocados única y exclusivamente por los miembros del grupo, sin pensar en que podían ser fruto de interpretaciones de otros artistas invitados y especializados en la materia, como resultó ser en este caso concreto sin yo saberlo todavía. Aquel inesperado solo flamenco me dejó boquiabierto. Provocó fuegos artificiales que estallaban en todas las direcciones. «¡¡Esto es una bulería o algo así!!», y me llevaba las manos a la cabeza. Cuando más tarde descubrí el disco de Paco de Lucía, en directo en San Francisco, junto a John McLaughlin y Al DiMeola, en el que cientos de notas se mezclaban entre sí, me remitió a lo que sentí por primera vez al escuchar «Innuendo».

Con la canción resonando todo el rato en mi cabeza, y aquel solo de guitarra especialmente, me presenté unos días después en casa de Abuelo y Abuela. Tenían la visita de unos amigos suyos, Fabián y Pepi, que de vez en cuando se dejaban caer, aprovechando trayectos hacia o desde la costa. Se instalaban en uno de los dormitorios y se quedaban unos días. A Pepi le encantaba hacer ensaladas de tomate recién cogido, con cebolla y apio. Fabián disfrutaba paseándose por la casa silbando con las manos detrás, y cuando hablaba, lo hacía con un volumen mucho más alto de lo normal. No gritaba, hablaba fuerte. Aquella mañana solo estaban Abuelo y Fabián. Abuela le había pedido a Pepi que le acompañara al cementerio para ayudarle a limpiar las lápidas de sus padres. Fabián adoraba enseñarme su coche, un flamante Mercedes que dejaba siempre aparcado en la mismísima puerta, tan brillante, pero lleno de mosquitos en los faros y en la luna delantera. Yo me quedaba embobado mirando el logotipo de la marca, que sobresalía del morro, como si fuera una especie de mira de escopeta. Fabián se ponía a mi lado, con las manos detrás de su espalda, y me decía:

—Con eso apunto a la gente que me cae mal por la calle y los atropello. —Y se reía a carcajadas, mientras alborotaba mi pelo con una de sus manos con dedos como longanizas—. ¡Es broma, rubiales! Si lo hiciera me meterían en la cárcel. Y yo no quiero estar en la cárcel. En la cárcel y con miedo..., calla, calla.

No fueron ni una ni dos noches las que me desperté sobresaltado por una pesadilla en la que Fabián se dedicaba a atropellar a gente, pero, además, es que yo estaba en el coche sentado de copiloto y atado por decenas de cinturones de seguridad. Luego se volvía hacia mí, girando muy lentamente el cuello, como si fuera un robot, y reía de manera atronadora, como si su risa estuviese amplificada por unos altavoces gigantes.

Fabián también era aficionado a los instrumentos de cuerda. Trasteaba con la guitarra y se defendía cuando tocaba a dúo con Abuelo y su laúd en celebraciones de cumpleaños y similares eventos familiares.

Les hablé entonces de «Innuendo».

—Pues estoy escuchando un disco de un grupo inglés en el que tocan una canción como muy española.

—Eso es porque alguien les habrá dicho que metan chicha y alegría a sus canciones. Los ingleses son muy sosos. No tienen sol —replicó Fabián.

Abuelo estaba partiendo nueces y almendras. Yo iba echando los frutos a un cuenco de cerámica.

—Pues tienen muchas canciones «alegres y con chicha» —dejé caer.

—Tú le tocas la pandereta a un inglés y se viene arriba.

—Pues en medio de la canción se marcan un solo muy flamenco, con guitarra española.

—¿Un inglés tocando flamenco? Imposible.

—Sí, sí. Es que el guitarrista es muy...

—A no ser que haya tenido un maestro español... —me interrumpió. El volumen de su voz como siempre, fortísimo—... que le haya enseñado a tocar ese solo en concreto.

—Yo creo que puede tener un profesor.

—¿Cómo dices que se llama el grupo? —me interrumpió de nuevo sin bajar el volumen.

—Queen.

—Queen... Ah, ese del bigote que se murió hace poco.

Abuelo seguía dale que dale a la maza.

—Os voy a poner la canción, que la tengo grabá en una cinta. —Y fui a ponerla en un radiocasete que estaba siempre encima de una mesa alargada y plegada que había en el comedor, y que pocas veces vi abierta.

Cuando el solo de guitarra española hizo su entrada, miré a Fabián. Asentía despacio, cejas arriba y boca con gesto que le había visto hacer mucho al actor Robert De Niro.

—Ese no es inglés. Ese que toca es más de aquí que nosotros.

Abuelo dejó de partir las almendras y las nueces y puso atención a la música.

—Mu fino ejecutando... —Abrió la boca.

—¿Y cómo hará lo de tocar varias melodías superpuestas? —expuse.

Fabián no tardó en darme la solución.

—Los buenos guitarristas flamencos pueden hacer eso y más. Tienen mucha técnica.

Yo era ajeno a la técnica de grabación de un disco. Mi cabeza no concebía lo de grabar pistas distintas y superponerlas en el estudio, que era lo que a todas luces habrían hecho con aquel solo de guitarra. Yo, entonces, tan solo tocaba en una banda de música y ahí cada uno interpretaba su papel. Y lo que sonaba con cuarenta personas tocando a la vez, a pelo, era lo que tenía que sonar en ese momento.

Continué con la fiebre flamenca y descubriendo nuevos discos, algunos de ellos de conciertos en directo en los que vibraba no solo con el canto y la guitarra, sino también con el taconeo, el cajón, las palmas y el jaleo. Me aprendí ciertos temas por bulerías que dejaba para mis momentos íntimos: la ducha o mientras andaba solo por el campo. Nunca lo hacía en público. Procuraba tener más cuidado que cuando reproducía jugadas de fútbol en casa. Por ejemplo, un día, cuando creía que no había nadie cerca, haciendo regates por el pasillo y saltando para rematar a gol, grité y saludé exultante al público, y del dormitorio de Papa, que tenía la puerta entreabierta, salió una voz bronca y molesta:

—Pero, ¡¿nene, qué haces?!

No sabía que esa mañana Papa no había ido a trabajar porque estaba con gripe.

Cuando el verano apuraba sus últimas semanas, llegó la época de la vendimia. El pueblo entero vendimiaba. Las familias que tenían pocas viñas se dedicaban a lo suyo. Las que tenían

muchos viñedos contrataban a temporeros y también a gente del pueblo que se sacaba un jornal que venía bien para apoyar a la economía familiar o para pagarse los estudios. En ese último grupo estábamos mi hermana Mar y yo. Juntos formábamos parte de una cuadrilla de personas de lo más variopinta, que podía estar integrada por familiares de los propietarios de las viñas, amistades cercanas, estudiantes y temporeros, muchos de ellos de etnia gitana.

En la furgoneta, de camino al campo, íbamos sentados con la espalda apoyada en los laterales. Después de varios días de vendimia, ya había cierta camaradería. Uno de los gitanos miraba mis manos, menudas y blanquecinas.

—Tienes manos de niña.

Yo me reí e hice un gesto de «qué le voy a hacer».

—Las manos de los hombres tienen que tener callos y heridas, ser duras. Con costra —recalcó—. No esas manitas, que parecen... —Su mujer le censuró con la mirada.

—Ya, bueno... Yo es que solo trabajo en el campo de vez en cuando porque soy estudiante. Y toco la trompa.

—¿La qué?

—¡La trompa! —intervino mi hermana—. Y no hace falta que tenga callos. —Me defendió a capa y espada.

Los gitanos solían cantar flamenco mientras vendimiaban. Sobre todo cuando se acercaba la hora de comer o la hora de irse. Yo lo que hacía, sin embargo, era reproducir en mi cabeza bandas sonoras de películas. Fragmentos concretos de músicas de James Newton Howard, Patrick Doyle, John Williams, Danny Elfman o James Horner. A veces, Mar me miraba esperando la respuesta a la pregunta que me había repetido tres veces y entonces se daba cuenta de que yo ya no estaba allí. Estaba atravesando las nubes que planeaban encima de los viñedos, mientras sonaba el inicio que James Horner escribió para *Braveheart*, con esas disonancias tan bellas que hacían los violines. La música perteneciente a películas tenía un componente especial que la desmarcaba de la música clásica; estaba compuesta por personas contemporáneas o que habían vivido solo décadas atrás. Imaginaba a todas esas personas componiendo una música para ayudar a soñar a los espectadores de las películas. No imaginaban que también ayudarían con ello a un crío vendimiando en un pueblo de la estepa castellana. Y es que de alguna manera este ejercicio mental me ayudaba a sobrellevar lo duro de estar agachándome y cargando uva todo el día.

Cuando se acercaba la hora de parar a comer, Mar sabía lo que tenía que decirme:

—Jota, ya son las 13:53.

Entonces reproducía en mi mente con fidelidad una canción grabada en directo por Los Rodríguez que me sabía de pe a pa: «Me estás atrapando otra vez». Esta duraba siete minutos y

quince segundos, y se convertía en el tobogán perfecto para que, sin darme cuenta, aterrizara en la hora de hincarle el diente al caldopatatás.

Paco, el gitano que me había dicho lo de las manos, estuvo aquella mañana muy callado. Yo pensé que igual Mar le había contestado un poquito dura y cortante. Y quizá por eso, Paco no despegó el pico y prefirió canturrear junto a sus compañeros.

Durante aquel almuerzo lo observé con especial atención; comía queso y pan ayudándose de una navaja enorme. Un queso entero en una mano y una barra entera, apoyada en su regazo. Y le daba a la navaja que daba gusto. Trozo de queso, trozo de pan, trozo de queso, trozo de pan... Todo ello lo regaba con el vino que bebía de una bota que tenía serigrafiado el escudo del F. C. Barcelona.

Por la tarde, tras meditarlo en silencio mucho rato, decidí acercarme a él y tender una cuerda de carácter musical entre los dos. El experimento podía salirme rana, pero reuní el valor suficiente y me lancé a algo que, hasta entonces, nunca había hecho delante de ninguna audiencia: cantar una de las bulerías que tanto había escuchado en mi periodo de fiebre flamenca.

—Ay tú me londelabaaaas...

Paco y los suyos levantaron la cabeza como avestruces.

—... ay tú me londelabaaaas.

Se les abrieron los ojos de par en par, y las orejas, de punta.

—... caramelitos, prima mía, de tu boca y yo no los toomelaaabaaaaaaa...

Oles, palmas y alborozo. Me los había ganado.

—Ole, mi Manitas de colibrí —gritó Paco con estruendo.

—¿Tu qué? —respondí con una mezcla de sorpresa y risa floja.

—¡Na! —medió su mujer, lanzándole una mirada censora—, que... no sabíamos que un payo podía tener ese arte.

—Es como si hablase varios idiomas —dijo otra.

Y Paco, sin cortarse, preguntó entonces:

—¿Hablas otros idiomas también? A ver, di algo en inglés.

Y yo con la risa tonta:

—Eh..., no sé..., pues os digo los números: *one, two, three, four, fi...*

—Espera, espera, espera... —cortó la mujer de Paco, alucinando—. Entonces cuando las Azúcar Moreno cantaban en la de «Solo se vive una vez» lo de *Uán. Chú. Zrí, ¡Caramba!* ¿¿Estaban diciendo un, dos, tres??

—Claro —dije yo.

Más oles, más palmas, más alborozo.

—¡Viva el Manitas de colibrí! —gritaron todos.

Y aquello se convirtió en una fiesta.

Mar, que llevaba cuatro capas de ropa porque estaba «muerta de frío, Jota», también se unió con palmas y risas. Yo la miraba, mientras pensaba en cómo Gloria Estefan y su canción habían iniciado un viaje que me había llevado a hacer amistad con los gitanos.

## Capítulo 3

### Barcelona

Era el verano de 1992 y yo pasaba mucho tiempo en casa. Sí, de vez en cuando iba a la piscina con mi familia y allí me juntaba con algunos amigos. Sí, también me iba a jugar al fútbol con ellos cuando el sol daba algo de tregua. Sin embargo, estaba demasiado en casa. Y una de las cosas que hacía era mirar la tele, porque quería ver todas las veces posibles el nuevo anuncio del Ford Mondeo. La razón era simple: la música del anuncio era un fragmento de «Barcelona», la canción que compuso Freddie Mercury e interpretó junto a la soprano Montserrat Caballé y que se convirtió en el himno de los Juegos Olímpicos que se celebraron precisamente en la ciudad catalana ese verano. De manera que ver el anuncio era el pasaporte para escuchar aquella arrebatadora melodía una y otra vez. Así duplicaba la cuota de escuchas que tenía respecto con otras canciones, pues la única posibilidad de escucharlas era cuando salían por la radio. La cosa cambiaba si conseguías el casete o el disco.

Me sabía el anuncio de memoria. Unos rayos engendraban el esqueleto mecánico de un coche nuevo que iba al encuentro del resto de su armazón, atravesando laderas y carreteras, para fundirse con él un poco al estilo *Terminator 2*, que tantas voladas de cabeza provocó entonces. El momento escogido de la canción era, sin duda, uno de los álgidos. Con una gran tensión armónica y emoción a flor de piel, ahí acababa el anuncio. Era corto pero con mucha fuerza, por las imágenes y por la música. Pero para mí quizá el elemento más emocionante que contenía la canción venía después de ese instante, cuando Freddie y Montserrat cantaban al alimón una frase en español: «Por ti seré gaviota de tu bello maaaaar...». «¡En español! ¡Freddie cantando en mi idioma!». Qué sensación más increíble. Era como si me hubiera cruzado con él por la calle. Era como si me hubiese tocado el tique dorado de Willy Wonka. Era como si en *Indiana Jones y la última cruzada*, Sean Connery se hubiese salido de la pantalla para darme la mano en aquella escena en la que se la ofrece a Indy. Era como si en medio de mi cumpleaños hubiera aparecido la selección española de fútbol con la tarta. Después de ese momento emocionante, Montserrat Caballé continuaba con «¡Suenan las campanas! Abre tus puertas al muuundooo...», y todo me parecía tan bello y descriptivo.

Era tan pesado con la caza del anuncio que tenía dicho que, si yo no estaba en el salón y aparecía en la tele, me avisaran corriendo.

—¡Jota, el anuncio del coche! —me gritaba Mama diligente. Concreta.

Y allá que iba volando.

—Jota, el anuncio ese que dijiste tú que si salía te avisáramos cuando saliera. Ese de Barcelona, que canta ese que te gusta y salen rayos y toa la viga maestra y lo que no está escrito... —se enredaba Papa.

Y, claro, cuando llegaba ya estaba acabando.

—Jota, el anuncio —decía Mar al cuello de su camiseta.

Y, claro, no acudía porque no la oía.

—A tu hermana es que le da igual lo de que salga el anuncio en la tele —me chivó Papa un día—. Dice que está harta.

«Harta, ¿verdad? Ni eso puede hacer esta muchacha por su hermano», pensé para mí.

Esa misma tarde decidí ocultarme detrás del sofá cuando no había nadie. Un rato después llegó Mar. Se sentó y puso la tele. Tras casi una hora que se me hizo eterna, ahí que apareció el anuncio. Escuché las notas de «Barcelona». El vídeo avanzaba y mi hermana en modo «calladita estás más guapa». Cuando terminó, pusieron otro de un detergente. Me levanté como un oso pardo y le grité:

—¡¿Qué pasa, es que ya no me avisas?!

De haber sido un gato, Mar hubiera acabado agarrada a la lámpara con sus zarpas.

—¡Qué susto me has dao, idiota!

—¡Idiota tú!

—¡Idiota tú!

—¡Idiota tú! —Y salí dando un portazo.

Sabía que los sustos traicioneros eran difíciles de digerir. Yo mismo era un *cagao* en esta faceta. Pero no dejé de hacérselos a Mar; salía de debajo de la cama y le agarraba el tobillo. Surgía como un fantasma del ropero con una bolsa en la cabeza. La esperaba detrás de la puerta del frigorífico. Era el cheque en blanco con el que me cobraba mi gran deuda. Y ella lo sabía. Lo supo desde el instante en que, años atrás, me mordió en la espalda con todas sus fuerzas. Pese a llevar una camiseta y el esquijama, la marca que me dejó en la piel era como cuando clavabas un cuchillo en una manzana.

Pues bien, aquel verano de 1992 supuso el estreno del verbo veranear en nuestras vidas. «No es un veraneo si no vas a la playa», había oído en anteriores ocasiones en boca de amigos de Papa y Mama. Así que a finales de julio nos fuimos los cuatro dos semanas a un apartamento en un conocido pueblo valenciano.

Para mí supuso la primera vez en muchos aspectos. Nunca había estado tanto tiempo fuera de casa, ni en un lugar donde la gente hablase otra lengua, además del castellano. También había otros canales de televisión y de radio que no había visto o escuchado jamás. Solo tenía conocimiento de algunos a través de las revistas de tele que comprábamos. Nunca había tomado

un batido de chocolate con nata ni había ido a un cine de verano. Todo me parecía más sofisticado, más de otro mundo.

Mama nos dijo a Mar y a mí que debíamos hacernos la maleta nosotros solos y Papa insistió en que llevásemos lo justo en cuanto a cachivaches de recreo. Seleccioné, pues, cuidadosa y concienzudamente los cachivaches que debía llevarme: el bloc para dibujar, con sus rotuladores y lápices correspondientes; mi muñeco de E.T., el de Superman y varios compañeros suyos de galaxias desconocidas; y, por último, lo único que era innegociable, y que metería en la maleta sí o sí, el walkman con varias pilas de repuesto, «por si acaso allí no venden». Esto último tenía un complemento indispensable, mi caja portacasetes que me habían regalado en mi último cumpleaños, con capacidad para doce unidades. Tardé una hora en elegir los doce casetes que quería llevarme, ayudándome de un esquema de idoneidad que hice en un folio.

A las seis de la mañana estábamos montados en el coche por aquello de evitar las horas de calor. Papa iba vestido como un tenista. Como si fuese a disputar Wimbledon pero en Valera de los Pinos. Yo nunca le había visto así.

—Bajad un poco las ventanillas y ya veréis qué fresquitos y qué bien que vamos a ir. Pero bajad los mismos centímetros, para que la circulación del aire esté equilibrada.

—Lo que tú digas, McEnroe. —Mi hermana y yo nos partíamos de risa por lo bajini.

Tenía guardada una artimaña final respecto al número de casetes que la caja me permitía. Cogí una decimotercera cinta, destinada a ponerla durante el viaje en el coche, que contenía un variado cóctel de canciones que cubría los gustos de los cuatro miembros de la familia. De este modo me aseguraba que ganaría el derecho a ponerla. Un poquito de Abba y Paloma San Basilio para Mama. Otro poquito de Miguel Ríos y Patxi Andión para Papa. Hombres G y Vanilla Ice para tranquilizar a Mar y, la joya de la corona, «Barcelona», que había logrado grabarla de la radio sin que apenas la mancillara la voz del locutor. Cuando sonó en último lugar, pues la había colocado ahí como cierre perfecto, me quedé mirando a través de la ventanilla.

—Ahora es cuando caen los rayos y aparece el Ford Mondeo por ahí, ¿te imaginas? —me dijo Mama, señalando el paisaje con el dedo.

Yo me reía y deseaba que pasase de verdad. «¿Por qué no ocurren esas cosas en la vida real? Todo sería mucho más divertido e inesperado». Cuando era un crío pensaba que la vida nunca depararía sorpresas.

Tras la parada obligatoria del café, las tostadas y los bollos, cruzamos la frontera autonómica.

—Fijaos —señaló Papa—, ya estamos en la Comunidad Valenciana.

—¡Hala! —Mar y yo miramos el enorme letrero que quedaba a un lado de la carretera.

Estábamos en otro territorio. Ya no éramos de allí, sino que nos convertíamos en unos foráneos en la tierra por la que avanzaba nuestro coche. Y todo ocurría en un segundo. «Ahora eres de aquí y ahora de allí, pasando este cartel». Empecé a pensar si también ocurría lo mismo

dentro de Inglaterra, y si Freddie sintió alguna vez algo parecido cuando pasó de una frontera a otra.

Cuando llegamos a nuestro destino, nada más bajarnos del coche, experimentamos otros olores, otras sensaciones y más humedad. Para mí era como estar en otro continente.

Subimos al apartamento. Era el decimoséptimo piso, nada más y nada menos. «¡Na! Me cago en toa su estampa», dijo Papa mirando hacia arriba y pensando en todo lo que había que subir. La primera vez que los cuatro, alucinados, miramos lo que se vislumbraba desde la terraza, recuerdo que sentí algo de mareo y un cosquilleo eléctrico que se descargaba entre el estómago y todo lo que es «la zona». Mis primeras alturas. Mi primer vértigo.

—¡Mira cómo brilla el mar! —gritó emocionada Mar.

Me quedé mirándolo un buen rato, embelesado. Tan llano, tan infinito. Como la tierra de donde veníamos, solo que todo era agua. Llegó un repiqueteo del campanario de una iglesia cercana. «Suenan las campanas, abre tus puertas al mundo». Y respiré tan profundo como nunca lo había hecho.

El sonido del televisor nos avisó de que Papa ya se encontraba enredando en él. No parecía muy nuevo.

—Pues llega bien la señal. Vamos a poder ver los Juegos Olímpicos. —Y comenzó a cambiar de canal como un modisto enseñando todo el género de telas con el que contaba—. ¿A que estos canales no se ven en el pueblo, eh, Jota?

Con una sonrisa de medio lado, de las de tontaina, me fui a deshacer rápidamente mi maleta. Saqué el walkman y lo encendí en modo radio. Al ir girando la ruleta del *tunning*, esa sonrisa de pánfilo feliz acabó por agarrarse bien en mi rostro y, además, dio paso a una serie de onomatopeyas de lo más ridículas.

—¿De qué te ríes así? Pareces tonto... —Me soltó Mar.

—¡Estoy escuchando emisoras que no se pillan en el pueblo!

Música rock, pop, folclore, noticias y programas de entretenimiento en lengua valenciana...

—... ¡¡Y Radio Nacional Clásica!! ¡Se escucha nítida y sin interferencias! ¡Nunca la había escuchado así!

—¡Que no grites! ¡Que tienes los cascos puestos, que no hace falta que grites!

La primera noche estuve escuchando varias horas Radio Nacional Clásica en la cama. Me parecía increíble y a la vez me apenaba pensar en el día que volviésemos al pueblo y ya no pudiera pillarla tan bien. «Si esa frontera invisible que atravesamos en la carretera pudiéramos desplazarla...».

Los días iban pasando rellenos de playa, calor y sudor. Cada mañana, antes de pisar la arena, corría para ser el primero en llegar al cartel que anunciaba la película y así ver qué ponían en el cine de verano por la noche. En lo primero que me fijaba era en el compositor de la banda sonora

que aparecía en los créditos. Así iba completando poco a poco mis notas mentales con nombres de músicos que hacían música de cine y luego, para que no se me olvidaran, los escribía en la última hoja del bloc que me había llevado para dibujar. Era un banco de datos que, estaba seguro, me abriría las puertas a nuevos mundos.

Si el nombre del compositor me sonaba de haberlo leído o escuchado antes, les suplicaba a Mama y Papa que por favor fuésemos a verla al cine de verano esa misma noche.

—Pero es que esa es de mayores —decía Mama.

—Pues id a verla vosotros y luego me tarareas la música que sale, ¿vale?

Un viernes, el cartel del cine de verano anunciaba la siguiente película: *Robin Hood: príncipe de los ladrones*. En el póster Kevin Costner disparaba una flecha incendiada. Mi hermana no paraba de repetir lo guapo que era. Yo me puse delante del cartel.

—Solo puedo decir una cosa... ¡Gracias a este toco la trompa! —Y di toquecitos con el dedo para que miraran a donde ponía:

Música de MICHAEL KAMEN

Aquella mañana a Mar le picó una medusa y salió del agua gritando y salpicando a todo el mundo.

—Esta medusa es que está también enamorá de Kevin Costner y se ha puesto celosa de cómo lo mirabas antes —le dije.

—¡Idiota! —me gritó, iracunda.

Yo me reí sin parar, pero días más tarde me acordé de aquello cuando me corté con una botella de cristal medio rota que había enterrada en la arena. «Claro, esto es por haberme reído de mi hermana», repetí en ese momento, martirizándome.

Me llevaron al centro de salud que había en la playa. Un señor mayor, clavado a Abraham el de la serie V, esperaba sentado en la silla de al lado.

—Te van a tener que coser la herida, Jota. Pero tranquilo que eso no es na —intentó tranquilizarme Mama.

—Pero cómo que no es nada coser... —Apenas me salía un hilillo de voz de lo acobardado que andaba—. Coser es lo que hacen en otros sitios, con telas, con la ropa. ¿Cómo no va a ser nada hacerle eso a una persona, Mama?

El señor mayor quiso tranquilizarme:

—Cuando era como tú, me regalaron unos pantalones cortos. Mi madre me dijo que si quería que le cosiera unos bolsillos para el dinero y yo le dije que no, que lo que quería era dinero para los bolsillos.

Papa y Mama se rieron con el comentario de Abraham, pero a mí no me hizo nada de gracia,

pues solo podía pensar en que me iban a coser.

Por las tardes, Mar y yo nos echábamos la siesta en la terraza, porque justo dejaba de dar el sol y se instalaba una buena sombra y la brisa del mar llegaba fresca. Encima de la colchoneta y con una toalla a modo de manta se estaba de rechupete. El rumor de las olas del mar se entrelazaba con las audiciones que me preparaba para esas siestas. La experiencia me resultaba especialmente enriquecedora cuando de mi walkman surgía una música que jamás había escuchado, como cuando me topé con un programa en el que un locutor hablaba en valenciano y ponía piezas de jazz. Mis oídos asimilaban el jazz más primigenio, el más clásico, pues guardaba más similitudes con las tonalidades que trabajábamos en la banda de música. Pero lo que proponía aquel señor desde las ondas era una música más vanguardista, un torbellino de notas y colores que se llevaba todo por delante. Cuando el locutor hablaba, yo cazaba malamente algunos nombres como Miles Davis, Andrew Hill o Art Blakey. A continuación ponía el disco y para mí era como si la propia música siguiera sonando en valenciano; es decir, tocaban en una lengua que no conocía, que no entendía bien, pero que, de alguna manera, me comunicaba cosas. Qué rabia me daba no poder grabar esos programas para, cuando volviera al pueblo, enseñárselo a los amigos de la banda.

También había tardes en las que dibujaba. Solía copiar viñetas de cómics baratos que me compraba Mama de vez en cuando en la tienda que había abajo, en la que vendían de todo. Otras veces me daba por pintar el mar, o los tejados de los demás apartamentos cuando el sol se iba escondiendo tras ellos. En ocasiones disfrutaba trasladando a mis trazos momentos futbolísticos, como los que veía en los periódicos deportivos que Papa iba almacenando en la mesa de la terraza, aplastados bajo una gran concha de mar. Allí los dejaba tras comprarlos y leerlos cada mañana en la playa. Cabezazos, estiradas de portero, celebraciones de gol... Y siempre con los colores del Athletic de Bilbao.

Papa era muy seguidor de ese equipo, influenciado desde niño por la pasión y el fervor que también sentía Abuelo. Cuando Papa me compró la equipación, que a nosotros nos gustaba llamar «el traje», que tantas veces había visto en el escaparate de la tienda de mi calle, en el pueblo, fue algo mágico. Vi esos colores tan bien conjuntados, que ya había mirado antes una y otra vez en la tele, y cuando me lo puse, sentí algo parecido a cuando escuché la voz de Freddie por primera vez o cuando tocaba con la banda de música de mi pueblo por la calle o cuando me enamoré de una niña de clase: no podía explicarlo de manera racional. «¿No debíamos “ser” de este equipo por el mero hecho de no ser de allí?». Esa era una cuestión que jamás se me pasó por la cabeza. Éramos. Ya está. Para mí no había nada más bonito que aquello que no había que explicar.

—Han fichado a un entrenador alemán pa la temporada que viene —me dijo una tarde de

aquel verano Papa al ver cómo dibujaba estampas balompédicas—. Yo le vi jugar de joven, en el Borussia de Mönchengladbach.

—¿¿En dónde?? —Me reí.

—Y dice que hay un chaval que lo va a poner en el primer partido porque lo ha visto en los entrenamientos del filial y, por lo visto, es muy fino. Se llama Julen Guerrero.

—¿Guerrero? Anda, se apellida como el primo. —Y no pude evitar un pellizco de celos hacia mi primo, por compartir apellido con un futuro futbolista de nuestro equipo.

La verdad es que no era la única vez que había sentido celos de él. Cuando mi hermana Mar y Mama hablaban de lo guapo que era, a mí me fastidiaba. Yo también quería ser guapo. ¿Por qué unos eran guapos y otros no? Qué rabia me daba no poder hacer nada para cambiarlo. Qué frustración suponía comprobar el poder que ejercía tener unas cualidades que habían sido dadas sin hacer absolutamente nada para merecerlas.

Esa noche nos reunimos a ver la final olímpica de fútbol que se jugó en el Camp Nou.

—Entonces ¿juega España contra quién? —quiso saber Mama en la previa.

—Polonia —dijo Papa mientras abría una cerveza y una lata de mejillones naranjas y grandes como mandarinas.

—Y si ganan, otra medalla de oro. —Se sumó Mar para informar.

—Tienen un delantero mu peligroso —soltó Papa, preocupado—. Se llama Wojciech Kowalczyk. Tendrán que atarlo en corto a ese.

—Pero sin hacerle falta, ¿no? —Mama apostaba siempre por la nobleza entre las personas.

—Bueno..., si hay que soltar alguna patadica, se da así a la remanguillé, y ya está. Mientras no la vea el árbitro... —Y Papa se dispuso a meterse un mejillón encima de una patata frita que no le cabía en la boca—. ¡Mira qué barco, Jota, este es más grande que los que se ven en el puerto!

—Wojciech Kowalczyk. Qué nombre más guay —dije yo.

El partido lo ganó España en los instantes finales. Nos abrazamos como locos y de la terraza llegaron todo tipo de gritos, vítores, sonidos de claxon y luces. Ladraban hasta los perros.

—¡Mira los perros cómo saben! —gritó eufórico Papa.

Y a mí me dio por pensar si los perros, los gatos o los pájaros tenían nacionalidad. Salí a la terraza y miré hacia todos lados; de las calles emanaban rugidos de entusiasmo. Se escuchaban aplausos y cánticos.

Levanté las manos y cerré los ojos. «Lo que habrán sentido los de Queen cuando tocaban en los estadios».

## Capítulo 4

### Who wants to live forever

Andaba yo algo apurado preparando los primeros exámenes de aquel año de instituto. Mar y yo llevábamos unos días observando que, de vez en cuando, Mama hacía muchas llamadas de teléfono a una misma persona. O eso intuíamos. Le preguntaba: «¿Qué tal, cómo lo lleva?» o «¿y cómo lo llevas tú?» o «¿cómo se ha levantado hoy?», cosas así. Las últimas veces Mama siempre se despedía con un «ánimo» ahogado en un sollozo que, aunque quería, no podía disimular.

—Mama, ¿a quién le das ánimos? —le preguntó Mar, por fin, un día.

—A mi amiga Luz, la que vive en la capital.

—¿Está triste? —me sumé.

—Sí. Elías, su marido, está... está muy malico.

—¿Se va a morir?

Mama hizo una pausa mientras nos aguantaba la mirada.

—Pronto.

Mi hermana y yo nos quedamos quietos, como cuando una cría de animal se queda petrificada por una amenaza externa. Yo no acababa de entender bien aquello. O no quería hacerlo.

—Pero si todavía no es una persona mayor. Si es joven como tú. ¿No?

Luz y Elías eran dos amigos con los que Mama compartió escuela, pan con vino y azúcar, juegos en la calle y risas. Se mudaron a la ciudad para trabajar cuando tenían unos veinticinco años. De vez en cuando venían al pueblo y comían en casa. Después, en la sobremesa, Mama sacaba café y unas pastas que estaban riquísimas. Y se ponían a hablar y a fumar y a reír.

—¿Ya no cantas canciones de Juan Pardo? —me decía Elías mientras meneaba con gracia un vaso pequeño lleno de resolí.

—No. Pero si queréis os pongo un disco de música clásica, ¿vale? —Y ponía en marcha el tocadiscos.

Aguja en el surco y las primeras notas flotando en el aire.

—Me recuerda un poco a la música de la ducha de *Psicosis*. —Reía.

—Es el comienzo del «Invierno», de Antonio Vivaldi. Mira lo que hace el violín ahora.

Y Elías asentía impresionado. Luego se unía el resto de la cuerda.

—Esta parte me suena. La he escuchado en la tele en algún anuncio —señalaba después.

Yo ponía otro corte.

—Mira, esto es la tercera parte del «Verano».

—Mmm..., parecen cascadas enormes de agua.

Y a mí me divertía ponerle más música para ver qué me decía de ellas y mirar con deleite sus reacciones.

El día que Papa y Mama volvieron del entierro de Elías, apenas dos semanas después de que Mar le hiciese la pregunta a Mama, decidieron explicarnos qué le había pasado.

—Elías tenía sida. Es una enfermedad muy mala y hace que gente que es joven se muera.

—Pero ¿nos puede pasar a nosotros? —les pregunté, con cierta alarma en la voz.

—No. Elías se juntó con malas compañías que le llevaron a hacer cosas..., cosas que no están bien. Cosas prohibidas.

Mar y yo detectamos que les costaba encontrar las palabras adecuadas y algo dentro de nosotros hizo que nos diéramos cuenta de que era mejor dejarlo ahí. En mi caso no supe si era por verlos incómodos a la hora de contárnoslo o por el miedo y los escalofríos raros por no entender qué fue exactamente lo que acabó con Elías ni imaginar qué «cosas prohibidas» pudo hacer alguien como él.

Con el paso de los años la huella más profunda que me dejaría este tipo de acontecimientos fue la no comprensión de los mismos: «¿Por qué muere la gente buena? ¿Por qué a una buena persona como Elías le tocó morir pronto?».

De crío no era especialmente preguntón. Pero sí hubo una cuestión que pronto empezó a preocuparme y que le pregunté a Mama. Fue durante una tarde en la que ella estaba con Abuela cosiendo en el salón. Yo estaba viendo un partido de balonmano por la tele, que había empezado a ver Papa antes de irse a trabajar.

—Mama, ¿por qué nos tenemos que morir?

Ella me miró con serenidad. Seguramente era la típica pregunta que a un adulto podría no apetecerle contestar a un crío, pero este no parecía ser el caso de Mama. Al menos por fuera estaba tranquila e incluso sonrió con ternura.

—Pues porque las personas no pueden vivir para siempre. Sería un lío. Nos juntaríamos muchos.

Abuela seguía cosiendo, aparentemente ajena a nuestro tema.

—Ya. Y además eso ocurre cuando pasan muchos años, ¿no?

—Claro, Jota. Muchos, muchos años. —Y volvió a sonreír.

Tras el terremoto que supuso para mí el conocimiento de la muerte de Freddie Mercury, pasé unos meses en los que un pensamiento recurrente me venía a visitar cada noche. Justo antes de apagar la luz para dormir la última imagen que veía en mi habitación era la de Freddie sosteniendo una gran corona real con su mano, encima de un escenario, en un estadio ante miles de personas a las que estaba haciendo felices. «¿Por qué alguien que hacía felices a los demás y

hacía cosas tan bonitas tiene que morir? ¿Quién lo decide?». Y no podía evitar escuchar una vez más «Who wants to live forever» con mis cascos, en el refugio de mi cama. Mi bálsamo. Cómo me atraía su orquestación, que llevaba la firma de Michael Kamen, culpable de una de mis grandes decisiones vitales: elegir la trompa como el instrumento que quería que me acompañase el resto de mi vida. Con los ojos cerrados, imaginaba formar parte de los músicos que tocaron para la ocasión. Aunque, como me ocurriría con «Barcelona», pensaba que esa canción demandaba más instrumentos reales frente al uso de sintetizadores, pues hacían que el sonido de orquesta sinfónica me pareciera algo falso. Yo me imaginaba a músicos tocando con sus atriles delante. Pero ese no era el sonido que escuchaba en los discos de música clásica. Y me daba cierta rabia.

«Who wants to live forever» estaba incluida en mi amada cinta de casete, la que me grabó Lola. Descubrí a qué disco pertenecía gracias a la tele, por casualidad. Me encontraba dibujando al lado de la ventana, aprovechando el sol invernal que entraba. La tele estaba puesta y sonaba un anuncio detrás de otro, cuando unos coros, seguidos de una voz imponente, me hicieron despegar la vista de mis quehaceres. Era otra canción de Queen que no tenía fichada y acompañaba al anuncio de una película que próximamente pondrían en esa cadena: *Los inmortales*. Una vez más, excitación máxima y a poner en marcha un nuevo plan de seguimiento: tratar de mantener ese canal puesto el máximo tiempo posible para recabar más pistas. Fui deduciendo que esa canción que sonaba sobre los rostros de Sean Connery y Christopher Lambert probablemente formaba parte de la banda sonora de la película. Tuve que esperar hasta su emisión para corroborarlo.

—Esta noche ponen la de *Los inmortales*. ¿La vemos? —propuse al resto de la familia con una mandarina en la mano y restos de sopa castellana en el plato.

—Pero esa yo creo que es pa mayores, ¿no? —dijo Mama.

—Sí, sí, esa es de mayores seguro —agregó Papa masticando un plátano mientras desprecintaba a la vez un paquete de Ducados—. ¿Es la de los anuncios que has estao persiguiendo estos días?

Asentí.

—¡Na! Pero si salía uno que le iba a cortar la cabeza a otro y cosas así. Esa no la podéis ver vosotros. Esa tiene que tener tres o cuatro rombos, por lo menos.

—Pero que los rombos ya no los ponen desde hace años —corrigió Mama.

A mi hermana le dio igual. De hecho, no creo ni que estuviera ya escuchando la conversación. Pero a mí me hizo polvo.

—¿Y vosotros la vais a ver? —Tenía que enterarme para ejecutar un nuevo plan—. Aprovechad, que a lo mejor ya no la echan otra vez en la tele hasta dentro de unos años. —Los miraba fijamente, barruntando algo. —Y la peli tiene unos cuantos óscares —les dije,

inventándome sobre la marcha la adjudicación de premios por parte de la Academia de Hollywood, que eso siempre vestía mucho. Y Papa y Mama siempre supieron apreciar el buen cine.

—Si no echan otra cosa interesante en otra cadena, a lo mejor... —dijo Mama.

—Hombre, si tiene nose cuantos óscares, igual hay que verla... —añadió Papa soltando el humo del cigarro por la nariz.

—¡Sí! ¡Tenéis que verla! —les pedí, esta vez con un tono ligeramente autoritario que no pasó desapercibido.

Papa me miró unos segundos, con la misma expresión que ponía Jack Nicholson en *El resplandor* cuando comenzaban a hablarle sus propias visiones.

—Anda, recoge tu plato y ponte a hacer los deberes, que tienes mucho azogue tu hoy...

Tenía que asegurarme de que la vieran para poner en marcha el plan B: colocar estratégicamente el radiocasete de Mar, que le habían regalado por su cumpleaños, cerca del televisor para grabar todo en una cinta virgen mediante el micro de ambiente. Lo coloqué a media tarde, aprovechando que nadie estaba en el salón. Ya por la noche, después de cenar, me despedí de Papa y Mama con los pertinentes besos acompañados de un «hasta mañana».

—Termino los deberes en mi habitación, leo un poco y a dormir. —Mi gesto estaba ensayado ya mil veces—. ¿Vais a ver la película, no? —Puse entonces el de ojos brillantes y de ruego, bien cargados de violín.

—Sí, creo que sí... —dijo Mama.

El interés, justito.

—Vale, es que ya empieza. Me voy.

Y bostezando y haciendo ringorrangos con los brazos, conseguí darle al *rec*. Solo era cuestión de cruzar los dedos en la cama para que el micro recogiera el sonido de la película con una calidad óptima.

Aquella noche tenía más mariposas en el estómago que en la víspera de mi cumpleaños. Tenía mil mariposas. Un millón. Y deseaba con todas mi fuerzas no tener ninguno de mis episodios de sonambulismo que echara al traste todo el plan. Muchas veces había ocurrido que a la media hora de acostarme, invadía el salón donde veían la tele Papa y Mama y se sobresaltaban al verme llegar de forma sibilina y con un semblante extraño. Les preguntaba cosas como: «¿Dónde está mi caballo?». Aún era peor cuando me presentaba en su dormitorio. A Mama se le salía el corazón al abrir los ojos y verme ahí plantado. Cuando una de esas noches entré gritando: «¡¡Detergente!!», Papa se cayó al suelo y todo. Pusieron un cerrojo en la puerta a partir de entonces.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos y nos acabábamos de vestir al cobijo del delicioso calor de la estufa recién encendida, abrí la pletina y recuperé el casete. Mar me

observaba con atención mientras se acababa aquel engrudo a base de galletas machacadas en un vaso de leche caliente que tanto le pirraba. La miré y asentí con la cabeza. Fue un movimiento lento, peliculero. Casi nadie me los pillaba nunca, pero yo me empeñaba en seguir practicándolos. Con ello le quería transmitir de una tacada un «ya está, misión cumplida, gracias, puedes recuperar tu aparato».

—Bueno, nene, ¿qué?

—Pues eso te estaba «diciendo» —remarqué—, que ya está, que he cumplío la misión, que gracias, que ya puedes recuperar tu aparato.

—No estabas diciendo na, nene.

Pues eso, que rara vez interpretaban lo que quería transmitir con mis gestos de cine. «¿Por qué no funcionan como en la pantalla?», pensé con rabia.

Tuve que esperar hasta la tarde para poder escuchar el resultado de la grabación. Antes, en la comida, decidí tantear a Papa y Mama.

—¿Os gustó la película? Me ha dicho mi amiga Lola que su primo le ha dicho que la vio y le encantó.

—Aburridísima —contestó con desgana Mama—. Tu padre se quedó frito a la media hora, con el cuello de lao y el palillo en la boca.

—¡Claro, tantos óscaros que decías que tenía la película...! ¿Quién se los dio? ¿Un mono? —Papa gruñió.

—Luego cambié la tele a un programa de esos de variedades que echaban en otra cadena.

Ya en la soledad de mi cuarto escruté la cinta con mis cascos, nervioso. El sonido de la película se iniciaba con una voz profunda, teñida de misterio y llena de telaraña, que daba paso a la canción que había escuchado en los anuncios, irrumpiendo de manera vigorosa. Ahí estaba mi grupo, qué ilusión más desbordante. Miles de cosquilleos eléctricos recorrían todo mi ser, producidos por los sonidos de aquella canción desconocida para mí. La audición estaba salpicada de algunos de esos eructos que Papa soltaba con su técnica de cerrar los labios en el momento de la carga y abrirlos un poco para dejar escapar el aire de manera prolongada, y que sonaban como un globo deshinchándose. También se pudo distinguir alguna que otra flatulencia seguida de su sempiterno «ahí va».

Con toda la energía del mundo canalizada e introducida en mi cuerpecito de fideo, como si hubiera merendado siete veces, salí corriendo de casa con la cinta en la mano.

—Mama, voy a casa de Santi, ¿vale?

—No vengas tarde. Y dile a su padre que si va a tener boquerones mañana.

El padre de Santi, Florencio, regentaba la pescadería del pueblo. Presidiendo el mostrador

lleno de sardinas, almejas y merluza, nunca faltaba el calendario con la imagen de una mujer voluptuosa y ligera de ropa.

—Si en el ayuntamiento tienen la foto del rey en los despachos me parece mu bien, pero yo prefiero otro tipo de reinados —decía con sorna—. Y dile a tu madre que hasta el jueves no tengo boquerones.

Santi vivía a varias calles de nuestra casa, pero él decía «manzanas», como en las películas americanas que veíamos en la tele. Y «pavos» refiriéndose al dinero y «flipas en colores» y «colega» y frases como «si me insultas otra vez, será lo último que hagas en esta vida».

Me gustaba oírle hablar así; yo otorgaba normalidad a su forma de expresarse y él interpretaba mis gestos peliculeros a la primera. Su hermano mayor trabajaba en la biblioteca municipal y, aparte de todo el material que había devorado allí, tenía una colección de discos y libros en casa realmente envidiable. Al menos para mí. Creo que fue la primera vez que experimenté la envidia en mis carnes.

Santi leía todo el rato, sobre todo de historia, y siempre que podía introducía, con total naturalidad, datos exactos sobre la Antigua Roma, las guerras médicas o Napoleón en medio de una conversación sobre tener que madrugar al día siguiente para ir a coger ajos al campo. «Es que Santi es... así..., como inteligente. ¿Sabes?», oía decir a los amigos. Lo decían como si hablasen de alguien que había nacido con seis dedos en una mano. Santi era dos años mayor que yo, pero había repetido curso un par de veces y compartimos clase en el colegio. Tenían la pescadería adyacente a su domicilio, de manera que el olor a sardinas, boquerones o almejas se filtraba a las dependencias caseras. Que Santi oliera a pescado estaba asumido como algo normal. Era una amistad sincera, natural e inexplicable, como sucede también con las amistades verdaderas. Una amistad que experimentó un crecimiento significativo desde el adiós de Freddie, pues vi en Santi la persona en la que, de alguna manera, poder proyectar la figura de mi ídolo y sentirlo cerca, aquí en la Tierra.

—Te traigo esta cinta donde he grabao con el micro de ambiente del radiocasete de mi hermana una película que vieron anoche mis padres.

—¿No estarás hablando de *Los inmortales*?

—Esa. Salen canciones de Queen. A ver si tú o tu hermano me podéis dar más datos.

—Ok, colega. Me la escucho ahora y luego se la pongo a mi hermano cuando vuelva de la biblioteca.

Al día siguiente, Santi vino a casa. De una bolsa de plástico con el logotipo de un centro comercial de la capital sacó mi casete, para devolvérmelo. Tras lo cual, y dibujando una sonrisa de gato de Cheshire en su rostro, también sacó un disco. Al verlo, mis ojos se convirtieron en los dos faros de un coche.

—*A kind of magic* —dijo Santi. —LP que Queen publicó en 1986 y que contiene canciones

que hicieron para el largometraje *Los inmortales*. Me lo ha dejao mi hermano para que te lo grabes. Cuidao, ¿eh? —remarcó bien el tono de advertencia—. Que este pertenece a la biblioteca. Como lo rayes o algo, mi hermanico nos calza una hostia que salimos volando por los aires, tron.

—Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno... —Los nervios me hacían repetir la misma palabra y parecía que jamás volvería a decir otras.

—Le puse la cinta a mi hermano y lo conectó enseguida. Nos partimos el culo bastante con...

—Ya sé lo que vas a decir, mi padre y sus...

—Sí.

—Es que tiene esa manía.

—Bueno, con eso y..., tronco, que a la media hora se puso a hablar María Teresa Campos.

Ya en casa, comprobé que «Who wants to live forever» estaba incluida en ese disco y que, efectivamente, era una de las canciones que salía en la película.

«Quién quiere vivir para siempre», me decía a mí mismo una y otra vez. «Quizá si en la vida solo sucedieran momentos de estos, tendría sentido vivir para siempre».

## Capítulo 5

### One vision

Íbamos de camino al instituto en una mañana fría de invierno. Pero no de las que, a pesar de ese frío, presumen de sol y cielo claro. No. Era una mañana oscura y gris y plomiza.

Abuelo siempre decía en ese tipo de jornadas: «Hoy hace día de las tres bes: bota, brasero y baraja».

En aquella época, Santi y yo asistimos: a la separación de nuestros caminos académicos. Nuestro pueblo estaba flanqueado por otros dos mucho más grandes; él fue a estudiar al instituto de uno de ellos, y yo, al otro.

El autobús que nos llevaba era achatado, azul por fuera y morado por dentro, y con dos faros que parecían los ojos de un animal mitológico. Le llamábamos «La Mora Mecánica».

El conductor se llamaba Camilo y le tenían apodado «el Cachondo» porque siempre estaba serio. Era tan alto que cuando andaba por el pasillo del autobús su pelo rozaba con el techo. Solía advertirnos que no gritásemos y, sobre todo, que a nadie se le ocurriera fumar o lo tiraría con el autobús en marcha. Resultaba muy amenazante verlo decirnos aquello, moviendo sus dos brazos grandes como dos pinos.

Camilo el Cachondo ya estaba harto de los que se juntaban en la parte de atrás a encender sus cigarrillos, a los que siempre vigilaba con una mirada escrutadora a través del retrovisor. Miraba tantas veces que llegamos a pensar que a lo que menos atención prestaba era a la carretera. El olor a humo y a tabaco barato se quedaba impregnado en los asientos y las cortinas, y luego era muy difícil quitarlo. Su mujer le había preparado un mejunje a base de agua, limón y ramas de romero machacadas y él lo pulverizaba cada día en la zona trasera después de descargarnos en la puerta del instituto. Con el paso de los días, el aroma que se creaba con la mezcla de unos olores con otros empezaba a ser bastante cargante.

El conductor llegó a su límite precisamente uno de aquellos días de invierno. En mitad del trayecto, un viento súbito e inesperado inundó el habitáculo. Camilo había accionado el botón que abría la puerta de atrás del autobús, en marcha. El susto fue morrocotudo. Sobre todo para el Pecas, que en ese momento estaba fumando, justo en las escaleras que daban a la puerta, y tuvo que agarrarse con fuerza al pasamanos para no dar con su menudo y pecoso cuerpo en el asfalto.

El Pecas era muy bajito y se parecía al Billy el Niño que dibujaban en las historietas de Lucky Luke. Era quisquilloso y cizañero a veces.

Cuando giramos la cabeza hacia Camilo, creo que todos sentimos cómo su sombría mirada se nos clavó a través del retrovisor, como un punzón de la clase de manualidades. Después alzó el brazo y lo movió en señal de «¡ya sabéis de lo que soy capaz de hacer como sigáis con vuestra conducta incívica!». A mí me recordó a uno de esos personajes de dibujos animados a los que le habían jugado una mala pasada y se vengaba con ese gesto del brazo, sin decir nada por la boca, solo el gesto, mientras su enemigo se alejaba.

En «La Mora Mecánica» procuraba sentarme siempre en la ventanilla. Desde allí podía intervenir en conversaciones o situaciones de juerga siempre que quisiera, así como evadirme mirando por la ventana si no me interesaba participar, envolviéndome con el «filtro sordina». Esto último era un método que había desarrollado cada vez que «viajaba» sin moverme del sitio y que hacía que el charloteo y las risas chillonas se convirtieran en una masa de sonido que me llegaba sorda y débil.

Pues bien, aquella mañana estaba con el «filtro sordina». El Logroñés le había metido cuatro goles al Athletic de Bilbao la noche anterior, en jornada intersemanal, y yo dibujaba la silueta del escudo en el lienzo que me ofrecía la luna del autobús, llena de vaho.

Afuera, la tierra llana y empapada de rocío se extendía hasta el infinito, confundida con el cielo. Los viñedos pasaban rápido, mostrando en perspectiva sus largas hileras de cepas. Muchas veces había pasado con Abuelo, en su coche, por esa misma carretera o por algún camino adyacente vislumbrando ese mismo paisaje durante la época del verano en la que sus pámpanas lucen un color verde esplendoroso. Abuelo siempre me decía: «Mira, Jota, qué hermosura..., ¡si parecen ejércitos!». Pero en la época invernal, la vid mostraba sus sarmientos blanquecinos y sin hojas, confiriendo un aspecto esquelético a las cepas. «Los ejércitos de las tinieblas», pensé.

—¿Qué dices? —logré escuchar a Lola, sentada a mi lado.

—No, na. Habré pensado en voz alta.

—Óyeme una cosa, «voz alta»: ¿has hecho lo que nos mandó la de Filosofía?

—Pfff..., no me ha dao tiempo. Me iba a poner anoche, pero quería ver el partido.

—Pero ¡si has tenío dos días!

—Ya. Igual en el recreo me da tiempo.

—Pero qué recreo ni recreo, si la tenemos ahora a primera hora.

—¿Hoy qué es?

—Jueves.

—Mierda.

Y miré de nuevo a través del cristal. La silueta del escudo de mi equipo se había difuminado y el panel de carretera me indicaba que ya entrábamos al pueblo de al lado.

Entré junto a Lola a la clase de Filosofía. Allí estaba ya Anilla.

—¿Habéis hecho...?

—Este no. No-le-ha-dado-tiempo —dijo Lola haciendo el símbolo de las comillas con los dedos.

—No, si yo tampoco lo he hecho —añadió Anilla, intentando aguantarse la risa nerviosa.

Lola nos miró a los dos, seria.

—Vaya dos. Y yo to el día de ayer con la lengua fuera para acabarlo.

La profesora entró por la puerta y con ella su inseparable perfume de flores blancas. Tras darnos los buenos días, nos preguntó a los tres:

—¿Habéis hecho lo que os mandé para hoy?

—No —respondimos al unísono. Lola incluida.

Anilla y yo la miramos con ojos de unos malhechores siendo encubiertos por la vista gorda del policía.

Anilla, Lola y yo éramos los tres únicos estudiantes de la rama de humanidades, lo que antes fue letras puras. Y no solo del instituto, sino de toda la provincia. Eso era algo que nos producía un extraño sentimiento que mezclaba orgullo y tristeza. De lo que no hubo nunca duda fue de que nos sentíamos especiales; una clase tan pequeña nos proporcionó un compañerismo enorme no solo entre nosotros tres, sino también con el profesorado correspondiente: una profesora que impartía las asignaturas de Latín y Griego y otra que enseñaba Filosofía. En Historia del Arte, Música o el Taller de Teatro coincidíamos con otros compañeros y compañeras. Pero Anilla, Lola y yo siempre nos sentábamos juntos. Éramos como una burbuja flotante en un lago de agua caliente. Nos llamaban «Las tres letras». Yo solía mostrarme tímido con el resto de compañeros, pero con Anilla y Lola me relajaba. Ejercían sobre mí un misterioso influjo que hacía sacar elementos que no mostraba jamás con otras personas, incluso que desconocía que tenía dentro.

Antes del instituto, Anilla y Lola ya formaban parte de mi círculo, tanto en la escuela como en el pequeño barrio del pueblo, pues compartíamos vecindad. Nos encontrábamos cada día en la esquina para iniciar el camino al cole. Con cada paso que dábamos se unían más críos y crías. Una riada de mocosos de todos los cursos y condiciones físicas saltando, riendo, corriendo, con sus mochilas y carteras llenas de libros. Aquello me recordaba a una escena de la serie de dibujos animados *Érase una vez el cuerpo humano* en la que diminutos seres de formas y colores distintos transportaban, en procesión, glóbulos rojos, blancos, plaquetas o virus a lo largo y ancho de la anatomía humana.

No es que me divirtiera estableciendo analogías entre la vida real y la ficción, es que quería que la vida fuese así. De hecho, una de mis mayores fantasías era formar parte de una serie en tiempo real. Devoraba esas revistas que hablaban de la tele y de los que salían en ella. Abuela me mandaba a comprar cada semana la *Teleindiscreta*, que devoraba en la mesa camilla tomándose una de esas manzanillas con el agua más caliente que en el infierno, pero que ella se bebía como si fuera agua de un botijo. Yo esperaba, paciente, el momento en que la dejara en el sofá. Era

abrir sus páginas y adentrarme en un mundo en el que todas las caras me eran familiares. Una casa enorme donde vivían y compartían tareas domésticas los integrantes de la serie V, los presentadores del programa musical de moda, el protagonista de *Autopista hacia el cielo*, los chicos de *Salvados por la campana*, el emergente cocinero Karlos Arguiñano, futbolistas del partido retransmitido de los sábados o Alfred Hitchcock, porque esa semana le estaban dedicando un ciclo de cine clásico. Me quedaba embobado con sus fotos y sus entrevistas. Y me fascinaba esa dualidad donde los artistas hablaban de su otro yo, el ficticio, el de mentira, el de cuento, desde la cotidianidad.

Esa era la chispa con la que prendía mi fantasía: yo también formaba parte de un serial y me transformaba en el protagonista. «¿Y si todo lo que ocurre en el cole o jugando en la calle se ve en una televisión? ¿Y si soy una simple idea concebida por el genial cerebro de un guionista? ¡¿Y si todo lo que digo o hago forma parte de un dictado?!». Y entonces lo veía todo en mi mente; pasaba a la siguiente hoja de la *Teleindiscreta* y ahí estaban mis amigas del barrio, Anilla y Lola, hablando de «lo maravilloso que es trabajar con Jota y lo bien que hace su papel. Es increíble tenerlo de compañero. Es muy gracioso y muy profesional. Nos tiene enamoradas». «Qué fácil sería enamorar a las chicas de clase así», pensaba. Con lo difícil que era hacerlo en la vida real.

Precisamente en clase de Filosofía, la profe nos propuso un día elegir el nombre de un filósofo para llamarnos así durante el curso. De alguna manera, supuso mi primer desdoblamiento. Mi primer «otro yo». Elegí Sócrates.

La profe de Filosofía era espigada, con el cabello largo y oscuro, que olía a champú desde el pasillo. Su nariz era afilada y sus aletas se inflaban cuando algo no le hacía gracia. Hablaba despacio, con una cadencia agradable. Aquel día, en el que ni Anilla ni Lola ni yo habíamos hecho los deberes, nos sorprendió diciéndonos:

—No pasa nada, ya los traeréis el próximo día.

«Las tres letras» nos miramos con una sonrisa dibujada en la cara como diciendo: «Qué enrollada nuestra profe».

—Pero, vamos, haced lo que queráis. Yo ya aprobé el instituto en su día... Yo ya estoy tranquila —añadió.

Nos miramos de nuevo como diciendo: «Ahí está la pullita».

—Hoy vamos a ver una peli.

De vez en cuando, la profe nos ofrecía clases distintas; dejando el temario a un lado, nos decía: «Hoy hablaremos de nosotros, cómo nos vemos dentro de treinta años» o «Voy a poner música y nos expresaremos con el cuerpo» o «Elegid a alguien de vuestro entorno y decid lo que pensáis que diría de vosotros sin estar vosotros delante».

—Vamos al aula de audiovisual para ver *Cinema Paradiso*, que es una película que ganó el

Óscar a la mejor película extranjera hace unos años. Y también triunfó en el Festival de Cannes. —A la profe de Filosofía le apasionaba el cine y manejaba nombres desconocidos para nuestros oídos como Giuseppe Tornatore, Sidney Lumet, Luis Buñuel o Elia Kazan.

A nosotros lo de Cannes no nos sonaba a nada y la profe nos hablaba maravillas de ese festival, explicándonos que era el más importante de Europa y que en 1984 triunfó una película española, *Los santos inocentes*, premiando a Paco Rabal y Alfredo Landa como mejores actores.

—¿Alfredo Landa, el de las películas de risa que ve mi padre? —dijo Lola con incredulidad.

Todo esto la profe lo sabía porque no paraba de leer libros y entrevistas en revistas especializadas, además de ver documentales sobre gente del cine.

Varias conclusiones afloraron una vez que terminamos de ver la película italiana: a Lola le volvió loca la escena final de los besos y a partir de ese día tuvo un deseo irrefrenable de besar a todo el mundo; Anilla se enamoró del actor Marco Leonardi, y eso que la vimos doblada al castellano, que si llega a escucharle hablar en italiano se cae de espaldas; y yo experimenté también otro enamoramiento que me llegó a lo más hondo, la música de Ennio Morricone. Aquellas notas, que vestían las emociones de los personajes como un traje hecho a manos de un sastre, no se me olvidarían ya jamás.

Lo mejor de todo era que yo ya había escuchado la música de Morricone y el descubrir esa conexión fue un momento muy especial. Era como cuando me preguntaban por el instrumento que tocaba: «Pero ¿qué es la tromba? ¿Eso que se toca así y asá?», y yo trataba de explicarles, después de corregir que era trompa como se llamaba, que no se hacían una idea de la belleza del instrumento, tanto en la fisonomía como en el sonido. Les decía que, seguramente, lo habían visto en ilustraciones de libros, en portadas de discos, almanaques y programas de televisión. O que quizá lo habían escuchado en la radio o en sus pelis preferidas. Sin saberlo. En el fondo me gustaba que ocurriese así, pues me brindaba una visión más de cuento, de ficción, algo que solo se podía comprender visto desde fuera, como un espectador que exclama de pronto: «¡Ah, vale, estaba ahí!».

La última conclusión que saqué fue cuando vi llorar a la profe. La observé durante los créditos finales, que ella respetaba escrupulosamente sin encender las luces o apagar el vídeo. Sus ojos eran pequeñas canicas brillantes sobre las que se reflejaba la televisión de tubo. Era la primera vez que veía llorar a alguien viendo una película. Ese acto, mudo, en medio de las sombras que nos brindaba la sala de audiovisuales, se me quedó grabado. Más tarde, la profe nos confesó que Alfredo, el tierno personaje que proyectaba las películas en el Cinema Paradiso, le recordaba mucho a su padre, al que perdió cuando ella tenía veinte años. A partir de ese momento, muchos de mis pensamientos se dirigieron a la vida propia que adquiriría la obra de un autor: la elaboración de un largometraje, la composición de una sinfonía, una canción o un poema, la escritura de una novela... Cada una de ellas eran obras hechas con un propósito y, sin embargo,

podían provocar cosas distintas en el receptor, cosas que el autor jamás imaginaría. Me parecía fascinante. Con el tiempo volví a ver varias veces *Cinema Paradiso*. Sin embargo, lo que más me emocionó siempre al verla fue rememorar la imagen de la profe de Filosofía llorando por el recuerdo de su padre.

La tarde que la vimos en la sala de audiovisuales del instituto, había quedado después con Santi para dar un garbeo por las calles del pueblo. Le hablé de la peli. Por supuesto, ya la conocía.

—También ganó varios BAFTA.

—¿Varios qué?

—Son los premios que entrega la academia de cine británica. —«Este Santi lo sabe todo», pensé—. Son muy importantes, para mí están por encima de los Óscar. Los americanos son muy guays, con su Estatua de la Libertad, las hamburguesas y su bandera molona, que queda mu bien en las botas y las cazadoras vaqueras, pero los ingleses son los putos amos de la interpretación, tron. De allí son los mejores actores: Charles Laughton, Laurence Olivier, Peter Ustinov, Alec Guinness, Michael Caine...

—Peter Ustinov suena como a ruso, ¿no?

—Pero era inglés. ¿Has visto *Quo Vadis*?

—Me suena de que la han puesto alguna vez en Semana Santa.

—Ahí hace de Nerón y lo clava.

Santi decía esas cosas con un convencimiento férreo. No se refería solo a las virtudes como actor de Peter Ustinov, sino que lo decía nombrando al propio personaje de Nerón, como si hubiese sido contemporáneo suyo y se hubiesen tomado unas cañas en la Antigua Roma como dos superamigos.

—¿Te imaginas ir a Inglaterra algún día? —le dije—. Andar por sus calles y escuchar a la gente hablar en inglés. Poder decir: «¡Estoy en otro país!».

—Un amigo de mi hermano ha estao en Londres y dice que es alucinante, tío. Que es enorme y la gente hace lo que quiere. También hay mucho borracho, dice. Veía muchos borrachos to el rato. Un día vio a un tipo que iba andando por la calle con un gato subió en un hombro y un loro en el otro. Aunque, según él, ese no iba borracho.

—Fíjate.

Santi y yo nos pasábamos las horas muertas hablando en la calle. Algunas veces lo hacíamos andando y otras, simplemente, parados en una esquina, en la plazoleta de la fuente, en la puerta de la biblioteca municipal o al lado de una cabina telefónica. Cuando fantaseaba con Santi sobre algo, sentía que lo vivíamos de verdad.

—¿Sabes dónde fue también el amigo de mi hermano? Al estadio de Wembley.

—¡¿En serio?! ¡¿Y pasó dentro y to?!

—No, estaba cerrado al público. No había ni partido ni concierto. Pero lo rodeó andando.

—En el disco del concierto de Queen de 1986 hay una foto desde arriba donde se ve lleno de gente. La harían desde un helicóptero o algo así.

—Claro, seguro que no la hicieron desde la torre de la iglesia, como en el pueblo. —Santi se rio, haciendo vibrar todo su corpachón.

—Las personas forman una masa azulada.

—«Azulada» dice, el finoli.

—¡Calla, idiota! Debe ser que la mayoría de la gente llevaba prendas de color azul el día de la foto. Y en otra parte se ven muchísimos autobuses aparcados. Y en otra, en lo que parece ser el acceso a la zona del escenario, está lleno de camiones, tráileres, coches negros... Pues no he mirado veces esa foto y me he imaginado que me cuelo dentro. Igual que Mary Poppins con Bert y los críos cuando se meten en el cuadro pintado. Y vivir ese instante en el que empieza el concierto, cuando salen al escenario tocando «One vision»... Es que me entran escalofríos y de to.

—Si lo has imaginado, tronco..., lo has hecho.

En el disco venía también una réplica de la entrada del concierto, que le pedí a Papa que la fotocopiará en el trabajo para luego recortarla con las tijeras y guardarla como si fuese una entrada de verdad.

—¿Sabes, Santi, que el concierto fue en el mes de julio a las cuatro de la tarde? Lo pone en la entrada.

—¡Con toda la solanera! Joer. Aunque bueno, eso sería más bien aquí. Allí es que el clima es distinto, por lo visto.

—Ya, pero por muy distinto que sea... También pone en la entrada que los de Status Quo fueron los teloneros.

—Pfff, qué plastas.

—¿No te gustan?

—¿Me estás tomando el pelo, tron? Son unos pesaos. Por no hablar de la coleta del cantante... Qué tío más ridículo.

—¡A las cuatro de la tarde, Santi! —vocalicé bien lento, para remarcar.

—Ya ves, colega.

—Pero ¿no hacen las actuaciones como aquí en la feria, a las doce o la una de la noche?

Mi vara de medir era la feria del pueblo. Desde niño había observado que las actuaciones a las que podían ir los mayores eran tarde, casi de madrugada. Quizá realmente no fueran tan tarde, pero a mí me lo parecía. Pensaba que era así en todas las ferias y fiestas de los pueblos y las ciudades. Metía en el mismo saco un concierto de Queen en el Wembley de Londres que la actuación de Modestia Aparte o el mago Franky en la pista municipal del pueblo.

Santi tenía un gran sentido del humor. De otra manera, no creo que hubiésemos sido tan amigos. Le encantaba hacer el payaso y se servía para ello de su peculiar físico. Era alto y desgarbado. Sus brazos y piernas se movían como si estuvieran programados por sistemas neurológicos distintos entre sí. Poseía un pelo recio e ingobernable. Tenía los ojos muy juntos y una nariz grande como un pimiento. Cuando sonreía, mostraba dos hileras llenas de dientes como un tiburón blanco de dibujos animados. Y su risa era estruendosa, contagiosa, llena de aire y tos.

Tiempo atrás, con motivo del final de nuestro último curso en la escuela, Santi y yo protagonizamos un episodio con el que nuestra complicidad ganó más fuerza aún. Los maestros organizaron un día lleno de actividades lúdicas. La guinda sería una gala en el patio del colegio con actuaciones de los alumnos que quisieran demostrar ciertas disciplinas artísticas.

—¿Y si hacemos algo de humor? —me dijo Santi.

—¡Hala! ¿Tú y yo? ¿Delante de los otros? —repliqué. Me puse nervioso de repente.

—¡Claro! Pues como cuando hacemos el indio por la calle. Podemos hacer imitaciones o escenas de pelis de Charlot. Mi hermano tiene un montón de VHS. Hay una escena que te meas, en la que parodian un combate de boxeo.

—Pero nos van a decir que hemos copiao.

—Es que de eso se trata, colega, de copiar. Además, quién te crees que va a saber que se trata de una película de Charles Chaplin.

Los delegados de cada clase se encargaban de apuntar en una hoja las propuestas de los alumnos para participar en la gala. Santi y yo nos inscribimos como dúo cómico, con el nombre de «No me chilles que ya te oigo». El nombre estaba inspirado en una comedia protagonizada por Gene Wilder y Richard Pryor y que en España titularon como *No me chilles, que no te veo*. La habíamos visto un montón de veces en casa de Santi, gracias a la enorme colección de VHS de su hermano.

Las propuestas para actuar no habían sido muchas, pero aun así el claustro de maestros tuvo que hacer una pequeña criba para que no se alargase mucho y se hiciera de noche, pues esa situación hubiese incrementado el coste de la gala al tener que echar mano de iluminación artificial.

Finalmente, fuimos cinco los que formamos parte del cartel final. Y el orden se sorteó para que no hubiera suspicacias, comparaciones, dimes y diretes. Que en el pueblo, a veces, la piel era muy fina. Así quedó la cosa: abrirían el espectáculo Ernes, Pol y Juanvi haciendo malabarismos con el balón; luego las niñas de sexto curso con una coreografía de gimnasia rítmica; después Pepe Luis con un recital de guitarra española, seguido de un grupo de cinco niñas de octavo curso haciendo *playback* y coreografía con canciones de The New Kids on the Block; y cerrarían la gala el dúo «No me chilles que ya te oigo». Habíamos pedido que no pusiesen nuestros

nombres. Buscábamos que los espectadores tuvieran un plus de intriga y emoción al no saber quiénes integraban ese dúo.

Los días previos estuvieron llenos de incertidumbre. Cosquillas distintas a las de otras sensaciones se disparaban en el estómago como carretillas de feria. Santi y yo nos preguntábamos sin cesar: «¿Se reirán con nuestra propuesta? ¿Y si les desilusionamos al salir?». La semana de la gala estuve yendo a casa de Santi cada tarde para ensayar nuestro número. Era realmente difícil.

—Pero ¿cómo se movían tan rápido? —exclamé al ver una y otra vez la escena del boxeo en el vídeo.

—Na, ellos lo hacían más despacio y luego aceleraban la imagen —respondió Santi, como quitándole importancia al mismísimo Charles Chaplin. Algo que, creo, hacía para liberar los nervios que me atenazaban cada vez más.

—¿Y si hacemos otra cosa? —la voz no me llegaba ni al cuello de la camisa.

—Pero que ya quedan pocos días, tronco. Impósible.

—Algo más..., no sé..., un diálogo absurdo al estilo de Faemino y Cansado. Pensemos frases divertidas. Una consulta del médico, por ejemplo, con un diálogo que descoloque.

—Como *La cantante calva*, de Ionesco.

—¿Qué?

—Una obra de teatro que me dio a leer mi hermano. Llegó una edición muy chula hace poco a la biblioteca. Es humor absurdo que te meas.

—Pues vale, algo así. ¡Claro!

Preparamos a toda velocidad el número: un médico recibía la visita de un paciente, que le contaba que le dolía mucho el brazo izquierdo, y a partir de ahí se desencadenaba un hilarante y surrealista diálogo en el que tenían cabida temas tan dispares como la rotación de la Tierra, las tribus de Kenia o la receta de potaje de Semana Santa.

Para vestir un poco el *sketch*, pedimos a los maestros encargados que, a modo de atrezzo, dispusieran dos sillas, una mesa y un perchero. En cuanto al vestuario, Santi se agenció una bata blanca que le prestó su tío el enólogo de la cooperativa del vino, las gafas de leer de su padre y unos viejos auriculares de su hermano a los que había pegado en el extremo el tapón de un lavabo para que hiciera las veces de estetoscopio. Yo sería el paciente, y solo me puse una peluca hecha con pelo real de Mama cuando era joven. Nos había contado mil veces la historia a Mar y a mí: cuando tenía veinticuatro años decidió cortarse su larga melena. En vez de desecharla, alguien le sugirió que confeccionara una peluca para conservarla. Con el paso del tiempo, esa primera intención con connotaciones energéticas y espirituales derivó en una simple y llana «peluca de disfrazarse»; así que, tras haberla utilizado Papa varias veces en el baile de máscaras en el pueblo, me tocó el turno a mí para el *sketch* que había pergeñado junto a mi amigo Santi.

El día antes de la gala, después de llevar a cabo nuestro ensayo general en el cuarto de Santi, saqué de una bolsa de plástico mi primer disco comprado de Queen, el «Live at Wembley '86», que había salido a la venta ese año 1992. Coloqué la aguja en el vinilo y las miles de personas que aquel día abarrotaron el mítico estadio inglés comenzaron a rugir. En medio de aquel ruido desmelenado y lleno de ganas de juerga y baile se abrió paso el comienzo de «One vision», el tema con el que abrían sus conciertos en aquella gira, quizá la más exitosa de la banda. Escuchar el atronador grito al unísono un segundo antes de que Brian May atacara con su guitarra me ponía siempre el vello de punta, tal y como el primer día que la escuché. Salían al escenario y Freddie tomaba el mando. Aquello era el no va más.

—He pensao que podíamos salir con esta canción cuando nos presenten mañana.

—¡Demasié, colega! —contestó Santi, entusiasmado.

—La tengo grabá en una cinta, me encargo yo de llevármela mañana pa que la pongan.

Al día siguiente estaba todo dispuesto en el patio de la escuela. Era una tarde muy agradable. La primavera estaba siendo esplendorosa y anunciaba ya al incipiente verano. Eso hacía que los árboles del patio gozaran de buena salud. Una ligera brisa lamía sus hojas y las zarandeaba suavemente. Las puertas y ventanas estaban abiertas y de ellas emanaba un olor a libros, plastilina y pizarra que se mezclaba con el que llegaba de los huertos adyacentes. Habían sacado unas cien sillas de las aulas. El resto de la gente se quedaría de pie. El escenario era un remolque que había cedido Ramón, el presidente de la asociación de padres y madres. Las compuertas laterales y delantera estaban abiertas, y unas guirnaldas hechas con esmero por los alumnos de cuarto curso vestían la trasera. Con cintas de espumillón, sobrantes de las Navidades pasadas, se había escrito una artística leyenda: GALA DE FIN DE CURSO 1992; además así las letras ya eran luminosas al reflejar el brillo del sol del atardecer y no había necesidad de emplear bombillas y cables. Detrás del remolque quedaba la puerta del gimnasio, que haría las veces de camerino y al que nadie que no fuera a intervenir en el *show* podía acceder esa tarde, lo cual nos confería un aura de artistas que nos hacía sentir especiales y desataba risas tontas entre la chiquillada que se disponía a mostrar sus facultades al resto de compañeros.

La gala se puso en marcha y se fueron sucediendo las actuaciones hasta el momento en el que Santi y yo nos situamos en la puerta del gimnasio, perfectamente preparados, para salir al escenario. Los encargados de presentarnos, la delegada de 8º A y el delegado de 8º B, nos dieron paso tal y como lo estaban haciendo durante toda la gala, alternando frases cortísimas:

—Y ahora...

—... para finalizar...

—... les presentamos...

—... a un dúo...

—... de humor...

—... que hará...

—... las delicias...

—... del público...

—... y os matará...

Pausa dramática.

—... PERO ¡DE RISA! —gritaron a la vez.

—Con todos ustedes...

—... «No me chilles que ya te oigo».

Sonó el «One vision» a todo el trapo que permitían los dos altavoces del aula de inglés y subimos por el lateral del remolque. Cuando ya estaba arriba saludando al público, no recordaba ni cómo había subido ni si llevábamos allí tres segundos, una semana o toda una vida. Mi corazón galopaba desbocado, había perdido el gobierno de mis pies y manos, los ojos ya no me pertenecían porque no comprendía muy bien aquellas confusas señales que me enviaban y sentía toda la sangre en la cabeza como si estuviera haciendo el pino pero sin hacerlo. Logré mirar a Santi y lo vi con una mueca extraña y pétrea, como cuando subía la cuerda en clase de Educación física. Éramos dos presos en la cárcel de los nervios.

Fuimos, como pudimos, cada uno a nuestros puestos para iniciar el *sketch*. Santi se sentó en la mesa de la consulta del médico, en lugar de en la silla, y yo me dirigí hacia la zona del perchero para simular mi entrada en la estancia. Hice mi entrada con tal desconcierto y disloque de funciones motoras, que el trastabillado con el perchero fue antológico. A partir de ahí, todo fue un caos. Mientras yo me trababa al hablar, Santi quiso recuperar su posición en la silla y se cayó de la mesa. De pronto, sus enormes piernas salieron disparadas como torpedos hacia el centro de mi anatomía de tirillas, y del espasmo se me deshizo la coleta de la peluca y me quedé sin ver nada, con todos los pelos inertes de Mama delante. Santi, el pobre, no paraba de balbucear. Todo se convirtió en una concatenación de gags físicos para nada pretendidos. La magia del *slapstick* se adueñó del número irremediablemente y la guinda fue mi caída desde lo alto del escenario-remolque. Dimos por terminada nuestra intervención ante la salva de aplausos y acaloradas risotadas del público.

—¡Qué bueno, como en las películas de *Charloz*! —se oyó vociferar a alguien de entre la pequeña masa.

El cuaderno con el guion de nuestro brillante diálogo de alta comedia también se debió de quedar riendo en el interior del gimnasio, junto a nuestra ropa. «No me chilles que ya te oigo» no tuvo mucho recorrido en el tiempo, y desde ese día nos rebautizaron como «Los Charlotes». Aun así tuvimos remarcables actuaciones en la Semana Cultural del año siguiente, en la víspera de la feria y fiestas, y en un par de programas de una emisora comarcal de radio. Jamás volvimos a poner «One vision» como intro. Fue excesivo el querer saborear lo que siente una *rock star*.

Osamos acercarnos al sol, como Ícaro. Insolentes mamarrachos que quisimos ponernos a la altura de estrellas internacionales con un espectáculo de zapatillas de paño. Nos causó empacho y mala digestión. Como le gustaba decir a Abuelo: «Si es que no saben andar y ya quieren ir en moto».

Después de aquella gala, a menudo me ponía «One vision» en el walkman cuando me acostaba. Y al cerrar los ojos, en la cama, volvía a recuperar las sensaciones que sentí sobre aquel remolque, el bullicio en las sillas, las ovaciones... y la sonrisa clara y chispeante que adiviné en medio del público en el aplauso final y que supuso un movimiento sísmico en mi cuerpo de pajarico como jamás hasta entonces se había producido: Cris, la de la clase de enfrente, me miraba desde su silla sin parar de aplaudir. Solo me había cruzado con ella algunas veces por el pasillo o en el recreo. Y ver su cara siempre me producía unas cosquillas incontrolables. Ella, sin embargo, apenas me miraba. Pero aquella tarde sí lo hizo.

Me miraba a mí.

Y yo la miraba a ella ahora. Desde mi cama.

Todo el rato la miré, hasta que me quedé dormido.

## Capítulo 6

### I was born to love you

Escuché el disco de la banda sonora de *Bram Stoker's Dracula*, la versión cinematográfica que llevó a cabo Francis Ford Coppola, millones de veces. Fue uno de los que elegí en aquel premio que gané por la elección de una canción romántica. La primera vez fue durante el visionado de la propia película, en el cine del pueblo. En este caso ocurrió al contrario que con otras bandas sonoras que escuché hasta la saciedad antes de ver el largometraje. Así me había ocurrido con las de *Lawrence de Arabia*, *Ben-Hur*, *El crepúsculo de los dioses*, *El silencio de los corderos*... Diseccionaba la atmósfera que esos sonidos creaban en mi cabeza y construía historias que poco o nada tenían que ver con lo que veía, en muchos casos años después, en la pantalla.

Me sabía todas y cada una de las notas que sonaban en el disco compuesto por Wojciech Kilar. Era una música sencilla, pero estaba llena de mil matices y colores orquestales que ayudaban a recrear las luces y sombras necesarias para acompañar a las imágenes. Asomaban también voces extrañas para mí, acostumbrado a la formalidad armónica y tonal de las corales. Disonancias, efectos sonoros, mucha cuerda y un solo de trompa bellísimo, lo cual me llenaba de orgullo porque se trataba de mi instrumento. Ese orgullo que nadie adivina, porque es un orgullo puro y limpio. Un orgullo que nada tenía que ver con el que sentía cuando mi equipo de fútbol ganaba por goleada, porque eso la gente lo veía en las noticias y se podía comentar en foros de cualquier naturaleza. Pero un solo de trompa escrito por Wojciech Kilar...

Yo escuchaba aquel solo cada noche al abrigo de las sábanas y la almohada. Dándole una y otra vez al botón de rebobinado, clavaba cada nota en mi cerebro a golpe de martillo, con la intención de reproducirla con la trompa al día siguiente. Era el gran tema de amor de la película, que ilustraba a la perfección toda la pasión y el desgarró del amor perdido por Drácula muchos años atrás, así como la nueva esperanza por encontrarlo de nuevo. Comenzaba con unos acordes tenebrosos que servían de lecho para que, más tarde, desfilaran por él las diferentes variantes del tema. Yo vi una conexión con el principio del *Andante Cantabile* de la 5ª sinfonía de Tchaikovsky, donde también la cuerda le preparaba la cama al solo de trompa que emergía después en todo su esplendor. También emparentaba esos acordes con los que visten el canto gitano del *Capriccio Espagnol* de Rimsky-Korsakov. Obras que tenía bien masticadas en mis audiciones nocturnas a golpe de walkman.

Entonces, tras el desfile de violonchelos, corno inglés y flauta, llegaba un *accelerando* de

violines y violas, tremendamente elegíaco. Y entraba la trompa en el tema. Lo hacía alumbrando poderosamente el momento, barriendo toda sombra con el sonido heredado de sus ancestros. No era fácil de ejecutar, pero me empeñaba en calcarlo como el original. Y cuando lo conseguía, me sentía partícipe no solo de la película, sino de lo que sentía en sus propias carnes el conde transilvano.

Cuando se lo contaba a Santi, me decía:

—Tío, eso es como si le dieses una calá a un porro. Ese «solo» es el porro. Tiene un aroma inconfundible. Tú aspiras, las notas musicales viajan a tus pulmones y las exhalas a través de la trompa, dándoles una nueva vida.

Lo tocaba a todas horas: en casa, calentando antes de clase en la Escuela de Música, calentando antes de ensayar con la banda de música..., pero nadie sabía de dónde había sacado esas notas. Nadie se acercaba y exclamaba: «¡Eh, mirad lo que está tocando Jota! ¡Qué máquina!».

—Me parece más auténtico lo que haces tú. —Santi siempre volvía a la carga—. Porque lo fácil es: «Mira, me sé cuatro acordes con la guitarra, te hago la intro de “Like a rolling stone” o “Smells like teen spirit”, y me quedo con la peña, con la chavala esa o con la otra». Pero tú eliges otro camino, Jota. Mola.

—Bueno, molar, molar... A ver, que yo disfruto mucho, pero que si se acercara una chavala, como tú dices, en plan «qué guay lo que tocas de *Dracula*, ¿es el tema de amor entre el conde y Mina, no? ¿Te vienes un rato al parque?», pues me gustaría más.

—¡Nos ha jodío! Pero...

—... Pero «que no se puede tener to en la vida, tronco», ¿no? —le corté, imitándolo.

—Yes. —Santi se encogió de hombros y torció la boca.

Fue en 1993, casi un año después de su estreno oficial, cuando llegó la película al pueblo. En concreto, al Centro Cultural y Social. Era un edificio donde había salas de reuniones, bar, biblioteca y salón de actos. Abuelo me dijo que recordaba cuando ese lugar era un depósito municipal de cereales. Bueno, en realidad se lo había contado su abuelo en una de sus historietas al lado de la lumbre; allí, en lo que se conocía como Pósito Real, fue donde había hablado por primera vez con mi tatarabuela, que estaba acompañando a su padre a llevar trigo. Es decir, en aquel sitio había germinado una parte importante de mi árbol genealógico: allí se habían encontrado mis tatarabuelos.

El Centro Cultural y Social tenía entre sus tripas un bonito patio interior, en el cual, durante las cálidas noches de verano que azotaban a la estepa castellana, ensayaba la banda de música. Los arcos que rodeaban dicho patio estaban sobriamente pintados de blanco y, detrás de ellos, había una hilera de ventanas. Los días en los que el sol sacaba pecho y se situaba en medio del recuadro, esas ventanas, junto a las que había en la planta de arriba, proyectaban reflejos en todas

direcciones. Aquel patio parecía una bola de discoteca gigante. Varias de las ventanas de arriba daban a la biblioteca municipal, donde trabajaba el hermano de Santi. Abajo, unas correspondían a la sala de juntas y reuniones, y otras eran de habitaciones destinadas a guardar material. El resto daban al bar del Centro Cultural y Social, donde los parroquianos solían ser jubilados y chavales jugando a la máquina de arcade que había junto a la puerta. Olía a tabaco, desagüe y patata frita, y siempre tenía encendidas las bombillas, pues la luz natural que se filtraba a través del patio llegaba débil y mortecina. Nunca faltaba un tapete verde en las mesas, dispuesto a acoger una partida de cartas o dominó.

Fueron muchas las tardes que asistí a verdaderas demostraciones de virtuosismo por parte de Santi a los mandos de la máquina. Él y Antonio se disputaban ser el *Machine Number One*, como solía decir Santi. Antonio era un chaval callado que apenas salía de su casa. Yo solo lo veía en el bar del Centro Cultural y Social. Llevaba unas gafas de cristal grueso que le hacían unos ojos enormes, como si fuera un tarsero filipino. Su pelo era tirando a rubio y con la textura de los estropajos de níquel. Le llamábamos «Pelo oxidao». Era bajito y para jugar siempre le pedía al dueño del bar una caja vacía de mirindas para subirse en ella y desplegar así toda su maestría con el *joystick*. Por la pantalla de aquel gran armatoste negro vimos desfilar juegos como el *Out run*, *Snow Bros*, *Street fighter*, *Comecocos* o *NBA Jam*. Y era curioso cómo estos dos eran tan buenos en todos ellos. Esa cuestión la trasladé, mediante simulación mental, a la vida real: ¿si se te daba bien jugar al baloncesto también serías igual de bueno conduciendo un coche deportivo? ¿Si eras un número uno en lucha callejera te desenvolverías con la misma destreza lanzándole flechas a monstruos en la nieve? Yo jamás fui bueno con ninguno de esos juegos. Aprovechaba a jugar cuando no había nadie en el bar; de este modo no podían ver lo malo que era. Eso sí, las musiquitas de cada uno de los juegos, de cada una de las diferentes pruebas o pantallas me las sabía de memoria. Cuando volvía a casa, jugaba a reproducirlas en mi pequeño órgano Casio e introducía pequeñas variaciones que, a mi juicio, las enriquecían. También añadía mentalmente alguna orquestación más. «Aquí entrarían bien unos trombones ascendiendo cromáticamente, endiablados», «aquí los violonchelos y contrabajos subrayarían la tensión a la hora de adentrarse en el castillo», «aquí un golpe de timbal anunciaría al monstruo final en la selva». Lo que hacía Mozart con el pobre Salieri en la película *Amadeus* lo hacía yo con la música del *Mortal Kombat*.

La única pared del patio interior que no tenía ventanas era la que daba al salón de actos. Se podía acceder por dos puertas, una pegada al escenario y otra en la parte de atrás. El escenario era tosco, de una madera quejumbrosa y hueca. No había telón, sino unas grandes cortinas a los lados que, sin duda, habían vivido ya sus mejores años. Las butacas eran naranjas y estaban ancladas en estructuras de metal. Cada estructura contaba con cinco asientos. Mirar desde el escenario al patio de butacas era como contemplar una gigante redecilla de naranjas valencianas. Ninguna de las butacas se libraba de su pegatina pegada, su chicle adherido, su marca de cigarro.

En la gran pared del escenario decidieron colocar una pantalla para que hubiese otra vez un cine en el pueblo. Yo solo había oído hablar de salas de cine en el pueblo a Mama y Papa. Siempre me contaban que ellos conocieron dos: el cine Mena y el Mayte. Las dos salas protagonizaron distintas etapas de sus vidas. En el primero se hablaron por primera vez, siendo niños. En el segundo ya se besaban siendo un matrimonio. En ambos rieron con Cantinflas; cantaron con Marisol, Raphael o el Dúo Dinámico; se emocionaron con Ali MacGraw y Ryan O'Neal y alucinaron con las dimensiones del torso de Charlton Heston.

El cine que yo conocí no se podía denominar como tal. La pantalla que colocaron en la pared del fondo del escenario consistía en un gran marco de madera en formato 4:3 pintado de negro. La superficie de pared que quedaba enmarcada se pintó de un blanco nuclear que no debía de ser bueno para la vista. No se trataba de cine de estreno, pues se ponían VHS de películas que ya habían tenido su recorrido en las salas previamente, como fue en el caso de *Drácula*. Algunas estaban «pirateadas», término acuñado que muchos de nosotros descubrimos en aquel momento en boca de Santi, como no podía ser de otra manera. Pero, al fin y al cabo, lo que flotaba en el ambiente era que las películas volvieron a congregarse durante algunos años más a vecinos y vecinas con ganas de entretenimiento. Allí vi por primera vez *Solo en casa*, *Robin Hood: príncipe de los ladrones*, *Batman*, *Golpe en la pequeña China*... Siempre fuera de su fecha de estreno.

Y llegó el día en el que programaron...

—¡*Drácula*, tío! —Santi estaba dando botes de alegría, derramando media bolsa de pipas.

—¿La moderna?

—¡Claro, joer! La de Francis Ford Coppola. En la que escupen sangre y queman crucifijos y to lo vivo. Que sale Hannibal Lecter. Y Winona Ryder, la de *Eduardo Manostijeras*, que está más buena que el pan.

—Es guapísima, sí.

—Pero ¿qué dices de gua-pí-si-ma? —dijo Santi, poniendo cara de limón arrugado.

Yo lo miré con un «pues ¿qué pasa?» escrito entre los ojos. Pero él ya había cogido carrerilla.

—Oye, eso no lo digas delante de los colegas, que se ríen. Por el amor de Dios, Jota, ¿es que no te gustan las chicas?

—Claro que me gustan, Santi. Por eso precisamente he dicho que es guapísima.

—No, no, no. Si te gustan, tienes que decir que están buenas, buenorras, potentes.

Yo no acababa de comprenderlo. No estaba enfadado, pero tampoco de acuerdo. Simplemente, mi cerebro se ponía en *stand-by* ante las cosas a las que no sabía muy bien cómo reaccionar o, más bien, que no reaccionaba como debería. Y debí de quedarme mirándolo con una expresión bastante plana. Como la cara de Charles Bronson en *Hasta que llegó su hora*. Bueno, en esa y en todas las que rodó.

—Joer, Jota. Es que a veces me da la impresión de que quieres ir de romántico por la vida o cosas así. Te gusta hurgar en las canciones que escuchan tus padres. Eso está bien. Rebuscas en sus discos y te pones uno de Juan Manuel Serrat. Vale. De acuerdo. Pero Serrat habla de unas movidas mu fuertes de amor y esas cosas que en las canciones quedan mu chulas pero que luego no sirven en la vida real. Mira, tron, los verdaderos románticos se iban al cementerio de noche a beber vino y pegar cuatro gritos al aire. O se metían un tiro en la sien porque su chorba los dejaba por otro. ¿Así quieres acabar tú? ¿Suicidándote?

Se levantó del banco como un resorte.

—Toma, anda, acábate las pipas que me tengo que ir. Vamos al pase del sábado, ¿vale? ¿Te espero en la esquina a las cinco?

—Ya no como pipas, que me dan gases.

—Entre los romanticismos y los gases... Eres de traca, tronco.

El sábado nos juntamos en la esquina de costumbre y fuimos andando al Centro Cultural y Social. En una de las columnas del patio estaba el cartel de la película, con su frase «El amor nunca muere» que tanto me intrigaba. «¿Amor? ¿Pero no es una peli de miedo?». Sobre él, un folio pegado con tesafilm en el que, en un ejercicio de redundancia, incluían de nuevo el título de la película:

DRÁCULA  
SÁBADO Y DOMINGO  
A LAS 17:30  
PRECIO: 100 PTAS.

Nos compramos unas chucherías en el puesto que ponía Carmen, la de la pastelería. Cuando empezaron a programar estas películas durante los fines de semana, Carmen decidió montar una especie de sucursal de su tienda en el patio del Centro Cultural y Social, con el fin de aprovechar las ganas de la chavalada. Su manera de acercar la montaña a Mahoma era echar mano de su marido, que le ayudaba a transportar un tenderete en el Seat Ritmo verde que tenían. Yo me agencié un par de fresas rellenas de nata, un palote, una mora y una bolsa de gusanitos. Santi se hizo con cinco nubes, tres regalices, diez moras y tres bolsas de gusanitos.

Santi, que había venido al cine ataviado con una camiseta enorme de un grupo heavy en el que salían vampiros con la boca llena de sangre, no paró de moverse durante toda la proyección. Estaba incómodo. Es cierto que las butacas naranjas no estaban hechas para cuerpos grandones como el suyo. Pero tardé poco tiempo en percibir que su incomodidad no era física. Barruntaba por lo bajini, mascullaba improperios, tragaba bilis. Y lo que era determinante en Santi: movía la lengua nerviosamente hacia las comisuras de sus labios con un movimiento pendular. «A este no le está gustando la peli», pensé yo, mientras mordisqueaba una de mis moras. «¡Con las ganas

que tenía de verla!». Yo, sin embargo, me lo estaba pasando pipa, dejándome embriagar por las melodías que sonaban en la peli. La imagen en la pantalla se veía muy oscura, fruto de la mala copia y del proyector, que igual no era muy bueno. Pero poco a poco me fui sumergiendo en la historia.

Me sentí atrapado por la hipnotizadora cadencia de la música que proponía el señor Kilar. Me dejé atrapar por las burbujas de absenta, la niebla verde, los coros y los timbales que acompañaban la secuencia de la tormenta, los relámpagos centelleantes y el erotismo de Mina.

Mina.

Mina.

Su nombre resonó de manera especial en mi cabeza.

Al igual que el conde veía en ella a su difunta Elisabeta, yo, de repente, vi en ella a Cris, mirándome sonriente desde el público en la gala de fin de curso. Tan bonita, con su cara suave de algodón. «¿Y si ella es también el amor de mi vida?», empecé a pensar. «¿Y si ella es mi Elisabeta?». «¡Es que es guapísima!». En ese momento, Santi me miró de manera brusca y permaneció callado y serio, penetrándome poco a poco con los ojos. «Joer, este se me ha metido en la mente y me ha leído el pensamiento». Yo lo miraba, esperando el reproche y la vuelta al tema del romanticismo. Él me miraba, respirando fuerte. Parecía una bestia antes de embestir. El pulso de nuestras miradas era cada vez más intenso, como si dos rayos saliesen de los ojos de Santi y se dirigiesen hasta los míos con afán de quitarme toda idea romántica de un plumazo. Ya lo estaba viendo gritar, con los globos oculares de color rojo brillante: «¡Que a las tías se les dice que están bueeeeenas!». Todo ello coincidiendo con el éxtasis armónico que ofrecía el final de «The hunt builds». Santi abrió la boca, al fin:

—Jota, tío, creo que me estoy cagando. *Major waters*, colega. Déjame salir.

Y mientras Santi salía agachado entre las sombras del patio de butacas, yo contuve la risa e intenté recuperar el hilo de la historia. Mi amigo ya no volvió a entrar. Al salir del baño se encontró con el Pecas, que estaba harto de Gary Oldman y compañía, y se liaron un porro a escondidas.

Aquella noche, ya en casa, me fui pronto a mi habitación.

—Pero ¿es que no vas a cenar? —me dijo Mama, sorprendida.

—No tengo hambre.

—Claro, te habrás inflao a porquerías en el cine. Que eso no alimenta, Jota. Cena algo. ¿Te preparo una tortilla francesa? Hay natillas también. ¿A ver si te vas a quedar con el regomello?

—Que las natillas le gustan a Mar. A mí no. —Pese a ser dos y de diferente género, Mama tenía la extraña habilidad de confundir nuestros gustos, manías y, a veces, hasta nuestros nombres.

Anduve dando vueltas, nervioso, por todo el cuarto. Las imágenes de la peli se mezclaban en

mi cabeza en una secuencia cada vez más rápida. El regusto que me dejó tenía ahora dos direcciones: la primera, la música, alojada desde aquel momento y para siempre en mi cerebro. La segunda, no me la esperaba. En aquella caótica sucesión de fotogramas y secuencias de la película que había visto aquella tarde, la protagonista, Winona Ryder, experimentaba en mi cabeza una transformación que derivaba en el rostro de Cris. Era como en el videoclip de Michael Jackson, «Black or white», ese que nos dejó con la boca abierta a Santi y a mí cuando lo vimos en la tele. Santi fue, cómo no, la primera persona en mi vida que pronunció la palabra *morfin* a propósito de aquel videoclip. Pues Mina acababa de sufrir un *morfin* para ser ahora Cris. Tenía tantas ganas de verla en ese momento. «¡Por qué nunca le he dicho na!». A partir de ahora, ella sería mi Elisabeta.

Con una risa absurda dibujada en la boca, advertí un casete ligeramente descolocado. No es que siempre tuviera ordenada mi habitación, es que si la palabra «orden» se personificara en carne y hueso, el Señor Orden hubiera organizado excursiones a mi habitación para enseñársela a sus discípulos. De manera que cualquier cosa que se saliera de su línea imaginaria, concordancia perpendicular, encaje de esquina o acomodo paralelo era rápidamente detectado por mi ojo avizor. Lo primero que pensé fue que Mar había entrado a fisgonear entre mis cosas y, al parecer, había sacado de su sitio el casete. Se trataba de una copia de *Mr. Bad Guy*, el primer disco de Freddie Mercury al margen de Queen. Era, a su vez, una copia de un casete grabado del hermano de Santi, que lo había conseguido en uno de sus múltiples viajes a la capital. La canción que abría el LP era «Let's turn it on», tema bastante animado que sabía que le gustaba mucho a Mar desde que una vez lo oyó a todo trapo desde su cuarto. Yo, celoso de todo lo mío, pasaba de dejarle la cinta a la manazas de mi hermana, pero se ve que ella, ante mi ausencia, había decidido emprender la aventura de ir a por ella para deleitarse con los ritmos sandungueros que ofrecía. Me cobraría el préstamo metiéndole uno de mis célebres sustos de debajo de la cama.

Casi sin pensar en si tenía o no ganas de ponerme a escuchar música, ya que la cinta estaba descolocada, la saqué de su caja y la puse en mi walkman. Con «Made in heaven», la segunda de la cara A, fantaseaba con explorar el cielo. Pero no el cielo religioso, que ya me había resultado aburrido en las clases de Religión, sino el que venía en los libros de texto de Ciencias Naturales. Me parecía mucho más atractivo. En el cole, el maestro de Naturales solía hacernos dibujar una vez por semana algunas de las ilustraciones que salían en el libro. Se trataba de copiarlo, tal cual. Yo tenía la suerte de que se me daba bastante bien dibujar, y era una de las pocas cosas por las que despertaba tibias admiraciones entre el resto de la clase. A don Rufino, que así se llamaba, también le gustaba mucho dibujar. Como no se llegaba a ser maestro del todo si no tenías un mote, a don Rufino no le faltaba el suyo, «el Aceituno», debido a su tez oscura y a que siempre se le quedaban unos endiablados mechones tiesos en la zona de la coronilla, como hojas de olivo. Recuerdo especialmente una de las ilustraciones que copiamos; representaba el sistema solar,

pero no de manera alineada, sino en ligera perspectiva desde el sol, trazando una curva que subía y bajaba, situando a Saturno como el punto más alto, haciendo las veces de montículo. Yo, lápices Alpino en mano, traté de ser lo más fidedigno posible. Aunque no pude resistirme a incorporar un último detalle.

—Eso no está en el original, Jota —me dijo don Rufino al detenerse en mi pupitre.

Había dibujado, entre Marte y Júpiter, a una persona saltando. Suspendida en el aire, parecía como si fuera dando pequeños saltitos por el espacio, apoyándose grácilmente sobre los planetas, pasando de uno a otro.

—Lo he puesto yo —dije, algo avergonzado—. ¿Lo borro?

—No, no..., está muy bien hecha la figura.

Eso me ayudó a tomar confianza. Don Rufino continuó:

—¿Quién es? ¿Eres tú?

—No sé. Podría ser, sí.

—¿Te gustaría?

—Sí, mucho. Sería muy divertido hacerlo.

—Pero sabes que fuera de nuestra atmósfera no podrías respirar. Y luego está lo de la ausencia de gravedad; los astronautas entrenan duro para intentar dominarla, les causa muchos estragos en el cuerpo y a nivel mental...

—Yo es que lo pienso más como en la escena esa de *Mary Poppins*, la del ataque de risa con su tío Albert.

El maestro se rio de golpe. El Pecas, que se sentaba en el pupitre de al lado, estiró la cabeza y, pelota como él solo, fundió sus risas con las del «Aceituno». No me molestaba tanto ese continuo afán de los adultos por mantenerte con los pies en la tierra, en la vida real, como sí me enfadaba que lo hicieran mis compañeros, los de mi edad.

—Pero, Jota, si quisieras ser astronauta el día de mañana, todo eso de las películas no te valdría para nada.

—Pues a él sí le ha valido —dije señalando mi dibujo.

«Made in heaven» daba sus últimos coletazos en la pletina. Sus últimos compases, unos golpes en el registro más grave del piano, con aire casi fúnebre, no hacían presagiar el destello que emergía justo después, cuando unos coros alegres y relucientes como los famosos «chorros del oro», iniciaban la siguiente canción: «I was born to love you». La había escuchado ya mil veces, y lo haría otras mil a partir del día siguiente, pero lo que sentí en aquella ocasión fue irrepetible. Mi amiga Lola decía que ojalá se inventase alguna vez una máquina para poder volver a leer libros, ver películas o escuchar canciones como si fuera la primera vez. Pero yo suponía que el experimento no funcionaría del todo. El hecho de que fuéramos conscientes de que ya no

miraríamos algo otra vez con ojos vírgenes era lo que dotaba a ese momento de la chispa que recordaríamos el resto de nuestras vidas.

Ese otoñal sábado por la noche, donde afuera el silencio total y absoluto imperaba en las calles del pueblo, estaba escuchando «I was born to love you» como si el propio Freddie me estuviera enviando una señal. «Jota, has nacido para amar a Cris, tu Elisabeta. Cuídala cada día de tu vida». Estaba cayendo cuesta abajo y sin frenos en la tontería del romanticismo, como decía Santi. Aunque yo sentía que, simplemente, recibía órdenes por parte de otro ser, que estaba en otra dimensión. Un dictado. Como le había visto a Salieri recibir señales de Dios en *Amadeus*.

La canción transcurría y algunos toques de trompeta que sonaban generados por un sintetizador me hacían hasta gracia. En otro momento, los hubiera odiado y vilipendiado. Me hubiera parecido un sacrilegio con otro autor. Yo, trompista orgulloso, defensor acérrimo del sonido real del viento metal, me hubiera desmayado con las notas que cierran el tema. Pero no lo hice. Mi Elisabeta me esperaba. El botón de *stop* saltó al finalizar la cara A, en pleno duermevela. En medio de esos dos mundos, el terrenal y el de los sueños, me pareció escuchar a Cris susurrándome al oído: «¿Te acuerdas del concierto del año pasado?».

Entonces me dormí.

Al día siguiente temí que lo de la noche anterior hubiera sido fruto de uno de mis episodios de sonambulismo. Pero Papa y Mama no comentaron nada al respecto durante el desayuno. A mediodía se fueron al bar con los amigos, tal y como mandaban sus cánones dominicales. Volví al salón como si fuera una de esas carretillas con petardo que lanzaban en las fiestas de San Antón. Lo primero que hice fue poner en el reproductor de VHS «el concierto del año pasado», tal y como Cris me había chivado entre sueños. Sabía perfectamente a qué concierto se refería; el del homenaje a Freddie Mercury por parte de multitud de cantantes que tenía grabado de una retransmisión en diferido en televisión. No lo había visto más de un par de veces, pues no acababa de cogerle el tranquillo a eso de que otras personas usurparan el sitio de Freddie en la banda. Estuve mirando el vídeo con suma atención, consciente de que encontraría algo. No sabía qué, pero algo. «¡Cris me lo ha dicho en sueños!». Escudriñé cada detalle que sucedía en el escenario, cada intervención de los cantantes y músicos invitados. Y entonces sucedió. Aquella chica que cantaba, esa voz... Ese nombre, Annie Lennox... «¡Claro! ¡Es la que canta “Love song for a vampire”, la canción final en *Dracula!*».

Queen, Annie, vampiros, Cris... Elisabeta... Todo conectado. «Vaya cuadrilla buena», pensé.

## Capítulo 7

### It's a hard life

Recuerdo que me impresionó muchísimo su inicio. Era un comienzo peculiar, con una frase cantada por Freddie de manera desgarradora y con una alta carga de dramatismo. Duraba solo unos segundos, luego la canción se dirigía hacia otro lugar. Un remanso de aguas tranquilas donde fluían armonías luminosas enmarcadas en un ritmo sencillo. Pero mi mente iba una y otra vez a ese comienzo.

Algo parecido ocurría en otra canción que hicieron cinco años más tarde, pero que yo descubrí a la vez gracias a la cinta grabada por Lola. Se trataba de «Breakthru», donde un coro misterioso iniciaba la canción en medio de una oscuridad inquietante. Pero de repente, ¡zas!, ahí llegaba Freddie con la antorcha prendida, cambio de modo y tonalidad, y se hacía la luz.

Podía estar escuchando cien veces, sin cansancio, el comienzo de «It's a hard life» en mi cabeza: comiendo, yendo al baño, merendando, jugando en la plazoleta de la fuente o recibiendo un balonazo, que hacía que la voz de Freddie cesara de repente. Me fascinaba tanto ese principio, que elucubraba teorías sobre por qué cantaba de esa manera o por qué elegía una melodía así en una canción que luego era totalmente distinta. Además, como mi inglés era el que era, ya que nunca tuve interés por aprenderlo, tampoco por ahí conseguía hallar ninguna pista. De manera que solo me quedaba, una vez más, la música. La línea melódica. Las notas.

Entonces sentí algo. «Esa manera de cantar...». Papa tenía un disco que se hizo muy famoso, Los Tres Tenores. En la portada salían los susodichos, Pavarotti, Carreras y Domingo, junto al director de aquel concierto en Roma, Zubin Mehta, en un sitio precioso, las Termas de Caracalla. Papa se ponía el disco después de comer. Lo escuchaba un rato, mientras se fumaba un Ducados, y luego se iba a trabajar.

—¿Cómo se llama esta música? —le preguntaba.

—Esto es ópera, Jota.

—¿Cantan muy alto, no?

—Se puede bajar el volumen.

—No, digo que van muy alto, muy agudo.

—Es que son tenores.

—¿Como tú en el coro de Ditirambo?

—Sí —reía Papa—, como yo.

Le dije que si podía dejarme el disco puesto. Y fue la primera vez que escuché ópera en mi vida. Con la parte orquestal estaba ya familiarizado. Los sonidos de la cuerda, la percusión, la madera y el metal me provocaban una sensación cotidiana, era como escuchar una conversación en la calle.

Pero esas voces...

Esas voces sobresalían y me atravesaban el cuerpo como si de una gran bola de fuego se tratase.

Tomé la costumbre de escuchar cada tarde el disco. Papa cumplía con su parte, degustando su dosis musical acompañada de nicotina, y luego me pasaba el testigo cuando se iba al trabajo. Una de esas tardes, el sueño me venció. Con el cuello torcido, sujetado por mi mano hecha un gurreño, desperté súbitamente: había soñado que era Freddie el que estaba cantando el «Core'ngrato» del disco. Entonces lo comprendí.

—¡Es ópera lo que canta al inicio de «It's a hard life»! —exclamé.

—¡Calla, nene! —dijo de mala manera mi hermana desde el otro lado del salón. También se había quedado traspuesta.

Con el atontamiento propio que dejaban las siestas involuntarias, un recuerdo vino a mí. Yo era muy crío cuando Papa llegó con un folleto en las manos. Contenía una foto en la que salían dos hombres y dos mujeres, ellos vestidos como Los Tres Tenores y ellas como si fuesen a una boda.

—Es un cuarteto vocal —explicó Papa—, están de gira por la región y cantan mañana en el pueblo. ¿Quieres que vayamos a verlos?

Al día siguiente estábamos sentados en las primeras filas del salón de actos. Entonces, antes de que se decidiera trasladar al Centro Cultural y Social, el salón de actos municipal se encontraba en los bajos del ayuntamiento. El aforo no llegaba ni a cien butacas y hacía frío en invierno y calor en verano. Por decoración, tenía tan solo tres banderas colocadas a un lado del escenario. Pero a mí me parecía acogedor, pues contaba con un elemento mágico: el escenario. Y eso era suficiente para mí. «Los artistas salen. Actúan. Y el resto, disfrutamos y aplaudimos».

El recital fue entretenido, con algunas obras muy conocidas que, seguramente, la mayoría de los que allí estábamos habíamos escuchado en anuncios de televisión o películas. Al acabar, Papa me llevó a saludar a los cantantes y estos me firmaron el programa. Pedir autógrafos era un ejercicio que se practicaba mucho en el pueblo, sobre todo con las personas que nos visitaban y que sobresalían en alguna disciplina. La que fuera. Cada cantante estampó su dedicatoria sobre su foto. Y lo guardé como oro en paño.

Los días siguientes no dejaba de pensar: «Dónde les tocará cantar hoy». También me preguntaba quién iría a verlos y si les pedirían que les dedicaran el programa con sus autógrafos. Luego imaginaba que, al firmarles a alguien, le decían: «Ayer le firmamos a un chico y nos

inventamos los nombres y las firmas. ¡No se dio cuenta!». Y se reían desmesuradamente. Tanto los miembros del cuarteto como la persona a la que le firmaban.

Una de las partes que más me gustaba de «It's a hard life» era esa transición instrumental que tenía en medio, a la que se asomaban luego unos coros. Como si de un rezo se tratase. Como ofreciendo una plegaria a alguien, un deseo de que algo bueno ocurriera.

La educación religiosa que había recibido, en este caso católica, me hacía rezar en los momentos y lugares más insospechados. Pensaba que lo mejor del culto a Dios era la cantidad de música que se había escrito y grabado para tal propósito. Era la tajada más jugosa que sacaba de ese fervor. Por el contrario, me ponía los pelos de punta pensar en la clase de religión: me aburría, me cansaba, me llevaba pescozones o lanzamientos de tiza por parte del cura que la impartía... Sin embargo, escuchar el «Réquiem» de W. A. Mozart o «Jesús, alegría de los hombres» de J. S. Bach en mi cama con mi walkman y mis cascos siempre me hizo muy feliz.

No obstante, yo rezaba. Lo hacía, sobre todo, cuando tenía miedo de que les pasase algo malo a Papa y Mama. Cuando iban de viaje o salían con sus amigos, rezaba para que volviesen sanos. Si estaba en casa de Abuelo y Abuela, en la que nos dejaban a su cuidado porque ellos se iban a una boda, por ejemplo, yo practicaba mis oraciones mentalmente mientras entrelazaba las manos. Ya podía haber un partido de fútbol en la tele o una actuación de Radio Futura, que yo hacía como que miraba con atención el televisor mientras un padrenuestro resonaba en mi mente. Un día, Abuela me pilló. No es que leyera mi cerebro, aunque a veces pareciera tener ese sexto sentido, sino que me pilló con las manos entrelazadas en mi regazo.

—¿Qué haces con las manos así? —dijo deshaciendo la unión de las mismas.

—Eh... Na, que nos han dicho en la escuela que así circula mejor la sangre.

—Anda calla... No hagas eso, Jota. Que así se las ponen a los muertos. —Y se santiguó.

Abuela tenía sus manías. No es que fuese muy religiosa, pero aquellas cosas le daban yuyu. También los roedores. Y los médicos. Una tía mía me contaba que una hermana de Abuela era aún peor en ese aspecto. No paraba de decirle: «Nena, no viajes ese día, que es martes y 13» o «No te cases ese sábado, que cae en 13, cástate al mes siguiente»... Falleció un 13 de abril. Día de la semana: martes. Pero, claro, eso ella jamás lo supo.

Yo seguía con mis rezos cada vez que Papa y Mama salían a algún lado. Pero aprendí la lección y en casa de Abuela metía las manos debajo de las faldas de la mesa camilla para que ella no las viese. En invierno, la coartada era perfecta, pues venía bien para calentárselas con el brasero. Pero en épocas de buena temperatura tenía que ocultarlas bajo un cojín, un libro o una camiseta. Así que lo más cómodo para mí era que todo sucediera en los meses de más frío para poder hacer lo de las manos con el brasero zumbando bajo la mesa. Qué pena me dio cuando, años más tarde, decidieron cambiarlo por uno eléctrico.

—Jota, es que es más cómodo para encenderlo. Así no hay que salir al porche a por la ceniza

—decía Abuelo.

—Pero ¡gasta luz! —intervenía Abuela, con un gesto serio que no me gustaba.

—Abuela, con lo guapa que estás cuando no te pones seria... —le decía.

Yo lo que iba a echar de menos, más allá de gastos o no gastos, que eso a mí como crío ni me iba ni me venía, era oír el sonido que hacía el pequeño cogedor a la hora de llenarlo con cenizas calientes para el brasero. Abuelo lo había construido, en un alarde de destreza arquitectónica de andar por casa, con una lata pequeña de gasolina, cortada para que tuviera la forma de cogedor, a la que le unió un palo de madera sujeto con clavos. Cuando salía a reponer las brasas, yo iba corriendo para no perdermelo, como si fuera un perrillo detrás de su dueño a ver si le caía algo para llevarse al buche. Pero en mi caso, no buscaba comida. De lo que me alimentaba era del sonido que hacía la lata rozándose con la plancha de metal sobre la que había ardido una buena lumbre. Allí ahora reposaban unas agonizantes brasas que Abuelo recogía con perfecta cadencia y echaba al brasero abierto. Aquel tipo de sonidos me producían un gusto tremendo. Y me los guardaba, como quien atesora una moneda en el monedero, para recurrir a ellos después.

Otro de aquellos sonidos que me guardaba en mi monedero de sonidos era cuando Mama nos mandaba a por recados a la tienda de Romera. Una tienda de ultramarinos que había en la esquina a veintinueve pasos de mi casa en la que se vendían productos de alimentación, de mercería, de papelería y hasta juguetes. Estaba deseando que me mandara allí a comprar huevos, pues el placer sonoro que me producía era puro deleite.

—¡Qué más te pongo, rubiales! —me decía la mujer que atendía.

—Póngame usted media docena de huevos.

Y como en esas escenas de cámara lenta que a veces cazaba en la tele, se sucedían una serie de sonidos que mis oídos agudizados procesaban amplificadas. La tendera quitaba la goma que sujetaba una gran huevera de cartón. La abría, sacaba cuidadosamente dos huevos y los introducía en una bolsa de plástico suave y transparente, diciendo «uno», «y dos». Volvía a la huevera a por otra pareja. «Tres», «y cuatro». Y estos chocaban suavemente con sus compañeros. Cogía entonces los últimos. «Cinco», «y seis». Y de nuevo el dulce sonido del roce. Y mis ojos se abrían y hacían chiribitas. Y las orejas parecía que se me movían solas.

Cuando ya había pagado, yendo hacia la puerta, si oía que otra persona estaba pidiendo: «Córtame un poco de bacalao», mis antenas se movían otra vez como los bigotes a un felino. Entonces, para disimular, me entretenía mirando el escaparate por dentro para así poder oír a la tendera cortar el bacalao en sal con una pequeña guillotina. Y volvía a tener escalofríos de placer atravesándome de oreja a oreja.

—¿Tenían de to? —me soltaba Mama al verme llegar.

—Sí. Bueno, menos las latillas de El Rey de Oros, que se les han acabao. Me ha dao estas que dice que también están buenas.

Y Mama ponía cara.

—Mmmm..., a ver si le gusta esta caballa a tu padre. Con lo delicao que es, no sé yo.

—Santi dice que lo de las marcas es una tontería. Que son la misma caballa. Su padre es pescadero, digo yo que algo sabrá.

Una noche, Papa y Mama habían acudido al cumpleaños de un amigo. Después de cenar, Mar y yo nos quedamos viendo la tele un rato y más tarde nos fuimos a dormir. Tras escuchar en la cama la cara A de mi casete de la Sinfonía del Nuevo Mundo, de Dvorák, apagué la lámpara de la mesita y los fantasmas de la preocupación no tardaron en aparecer. Los tenebrosos acordes que inician el segundo movimiento les abrieron la puerta y a partir de ahí empecé a ser consciente del transcurrir de los minutos, de las horas y de la luz de los faros de un coche que pasaba. Pero no era el de Papa. Después, otros faros se detuvieron, pero tampoco pertenecían al coche de Papa. Oí un ruido, aislado, pero no eran las portadas de la cochera. Y la preocupación se adueñaba más y más de mí. Decidí apostarme en la ventana a mirar, pero seguía pasando el tiempo y nada. No volvían.

Después abrí la puerta de la calle a ver si con la cosa de hacerlo, volvían sanos y salvos. Nada. Volví a repetir la misma acción, siempre con cuidado de no hacer ruido y despertar a Mar. Nada. Y decidí que tal vez podía alcanzar otra calle cercana, a ver si así divisaba el coche viniendo hacia casa. Dejé la puerta entornada y caminé en pijama. Todo estaba inundado por una luz tenue y hacía un poco de frío. Ni la esquina ni la nueva visión de otra calle me devolvían a Papa y Mama. Así que ¿por qué no seguir caminando? Y, ya que estaba, ¿por qué no hacerlo en dirección a la casa a la que habían ido de cumpleaños? Y seguí andando. Echando mano del pertinente rezo. Provocando vaho al susurrarlo. Andando en pijama y con las manos entrelazadas, con lo antinatural que es. Debía parecer desde fuera una rara especie de penitente. Y la puerta de casa, que había dejado entornada, cada vez más lejos. De hecho, llegué a la casa donde se estaba celebrando el cumpleaños. Una cálida luz se proyectaba desde las ventanas, así como también se escapaban hacia la calle las risotadas y los comentarios en voz alta. «¡Ahí! Esa es. ¡Esa voz es de Mama!», pensé, agazapado debajo de la ventana. «¡Y esa es la risa de Papa!». Estaban bien, no les había pasado nada. Y mi cuerpo se relajó y el nudo del estómago se deshizo. Y me vi en pijama y zapatillas de paño a varias calles de casa. «Jolines, ¡y la puerta abierta!». Salí disparado hacia allá, otra vez con las manos entrelazadas. Si podía ser ridículo ver el movimiento de una persona andando así, lo de ir corriendo... Ahora el objetivo del rezo era para que la puerta no se hubiera cerrado por un golpe de viento o no hubiese entrado alguien. Pero, bueno, al menos tenía ya otro cuerpo.

Al llegar, comprobé con alivio que la entrada a casa estaba tal cual la dejé. Cuando me disponía a entrar, un rumor no muy lejano de notas llegó a mis oídos. Me quedé parado. Provenía

de la casa de los vecinos. «Juraría que se parece muchísimo al inicio de “It’s a hard life”», dije en voz alta, para mí mismo. Una frase que hubiera construido mi amigo Santi.

Me asomé a la ventana con cuidado de no ser visto. Tras los visillos, un televisor mostraba a Robert De Niro en el palco de un teatro, emocionado, escuchando ópera. El rostro se me iluminó como si me estuvieran apuntando con un cañón de luz; Freddie había homenajeado a esa música en su canción. Era una de sus muestras de amor hacia el género operístico. «Claro, es que Freddie era muy sensible y tenía muy buen gusto», pensé con orgullo de mi amigo. Y sonreí. No solo por el hallazgo sino por la libertad de poder pensar algo así, en medio de la calle, sin que nadie me lo rebatiera, se lo tomara a pitorreo o se riera de mí, directamente.

Más tarde, porque entonces las cosas necesitaban su tiempo para atar cabos, realizar conexiones o estrechar cercos, descubrí un día que aquella película era *Los intocables de Eliot Ness*, y aquel personaje que escuchaba ópera era Al Capone, que de sensible no tenía un pelo, aparte de lo literal de la frase. El hombre se encontraba en una representación de *Pagliacci*, de Ruggero Leoncavallo.

El mismo día de ese hallazgo, Papa me regaló un disco en el que Los Tres Tenores se habían reunido de nuevo para cantar, esta vez con la Orquesta de París. En realidad, fue uno de esos regalos con la estrategia del «para ti... y para mí». En aquella grabación volvían a cantar «Core’ngrato», pero la versión ofrecía un inicio que impresionaba mucho más, con unas trompas que se salían del escenario de todo el esplendor sonoro que mostraban. Aquellas cosas me hacían sacar pecho como colega instrumentista. «Ay que ver cómo se ríe la gente cuando les digo que toco la trompa y ni se imaginan el poder que tiene».

Luego entraba Luciano Pavarotti y cantaba con una delicadeza y un respeto por la melodía que pocas veces había escuchado. Yo no sabía lo que decía porque era en italiano, pero a mí me parecía que a ese hombre le habían destrozado el corazón. Y todo ello provocaba en mí algo que yo no sé de dónde venía, pero que me negaba a tener que contener por mucho que oyera aquello de «¡los muchachos no lloran, hombre!».

—¿Qué te ha pasao? ¿Por qué lloras? —me dijo Mama, al entrar al salón y verme.

Y yo, desenchufando la clavija de los auriculares, para dejar que el sonido saliese por los altavoces, contesté:

—Por esto.

Los dos nos quedamos mirándonos.

Y el tiempo se paró.

## Capítulo 8

### Under pressure

Más o menos un año antes de ver *Drácula* y tener la epifanía de Elisabeta, me encontraba en casa de Abuelo y Abuela, hurgando entre revistas atrasadas. Los sábados solía visitarles y pasar allí la mañana. Aunque, más bien, seguía las órdenes de Mama que me decía: «Ve a ver a los abuelos y te estás allí un rato». De esa manera se libraba un poco de mí. A Mar no tenía que decirle nada, porque ella siempre quedaba con sus amigas para ir al parque a hablar de chicos y de las mejores maneras de hacerse una coleta en tres segundos. Para ello, se ayudaban de una maquinita que había irrumpido en la tranquila vida del pueblo una tarde en la que, en el Centro Cultural y Social, unos señores vinieron a dar unas charlas en las que vendían enciclopedias y regalaban un cronómetro a quien se interesase por ellas, sin compromiso. Como en esos anuncios con voz engolada que escuchaba en la radio: «Consulte precio sin compromiso». Enciclopedias sobraron bastantes, que los señores recogieron de nuevo y volvieron a empaquetar con esmero y algo de resignación. En cuanto a los cronómetros, se quedaron secos de existencias. Todos los vecinos fueron como locos a por ellos. Me recordó a las calderetas o chocolatadas populares, donde todo el mundo se abría paso a codazos por conseguir «lo gratis». Todos querían ese endiablado aparatito que medía el tiempo. Si lo tenía Pepe, lo quería Juan. Unos lo querían en negro, otros en azul. Muy pocos lo querían en rojo, especialmente las personas mayores. «Ese es el color del demonio», oí decir a la abuela de Lola. Sí, el cronómetro causó furor. Así que cada cual tenía el suyo y los críos le sacábamos partido a aquel invento prodigioso que amenizaba y arbitraba cualquier desafío imaginable: a ver quién se hacía mejor la coleta en menos tiempo o a ver quién tardaba menos en comerse el Bollicao. Mar y yo competíamos entre nosotros para ver quién tardaba menos en resolver un rompecabezas con los personajes de *D'Artacán y los tres mosqueperros*. El que ganaba le hacía al otro cinco minutos de masaje en la cabeza. Cronometrado también, obviamente.

Los sábados, casi siempre, estaba Abuela sola. Abuelo también iba a la huerta los fines de semana. No había descanso. «Siempre hay algo que hacer allí, Jota», me decía. La gente mayor siempre veía «cosas que hacer» allá por donde iba. Con lo fácil que era aburrirse, perder el tiempo, dejar de pensar... Así que yo merodeaba por la casa. A veces, muy a su pesar, ayudaba a Abuela a secar algún cacharro o a doblar alguna sábana mientras sonaba la radio. Le gustaba tener el transistor puesto y escuchar copla. Si la que ponían le gustaba y se la sabía, la cantaba

por encima. Abuela cantaba muy bien, pero jamás la oí hacerlo delante de Abuelo. Pero Abuela, delante de él, era la mitad de cantarina, la mitad de ingeniosa, la mitad de alegre.

—Abuela, si le cantas una copla a Abuelo seguro que se enamora más de ti.

—Calla, no digas tonterías y apaga el fuego de la cocina —respondía, incómoda.

—Pues él toca el laúd cuando quiere. Y también silba. Silba mucho.

Y ella continuaba con lo suyo, callada. Como si no me hubiese escuchado. O contestaba con otro tema.

Quizá esos eran los momentos en los que la veía más incómoda, más tensa. Junto con su fobia a los roedores. Había vivido episodios traumáticos con estos pequeños animalillos en la huerta, en el patio, en el corral, en el ropero, incluso alguno se había colado en la despensa. No los podía ni ver. Ni en pintura. Y esto era literal, porque si alguna vez le enseñaba uno de mis dibujos de Mickey Mouse se horrorizaba. Y eso que Mickey era una humanización del animal. Pues ni por esas. Mar y yo dejamos de ver la serie *V* en su casa porque un día, justo cuando Diana se estaba comiendo una rata en uno de los episodios, Abuela irrumpió en ese momento en el salón. Los ojos se le salieron de las órbitas y la olla de buñuelos que llevaba, cubierta con un paño a cuadros, voló por los aires. Si hubiese estado Abuelo en ese momento, nos habría cruzado la cara. Como cuando nos decía «a ver si voy a tener que soltarte un tortazo en si bemol mayor». Pero estaba en la huerta.

Apagamos la tele a toda prisa y le pedimos perdón.

—Si esto es mentira, Abuela, es una serie de la tele.

—¡A mí no me pongáis eso más, ¿eh?! —gritó histérica—. ¡A partir de ahora, en esta tele solo se van a ver cosas como Dios manda: los toros!

Yo no pude resistirme a coger un buñuelo del suelo, soplarle y llevármelo a la boca.

Cuando Abuela me daba carta libre, yo me dedicaba a hacer mis inspecciones. Aunque me advertía:

—No te escabullas mucho por ahí y estate atento, que cuando venga tu abuelo tienes que abrirle las portás.

Cuando Abuelo llegaba de su faena en la huerta, tocaba el pito (la palabra claxon solo la oíamos en las películas de gánsteres que echaban por la segunda cadena) para que saliéramos a abrirle las portadas de la cochera. Para los menesteres del campo usaba el «4 latas» color vainilla con tapicería azul y su palanca de cambios tipo revólver, con la que Abuelo bromeaba, simulando ser John Wayne. Cuando me tocaba abrir, tras dejar los portones de par en par, corría embalado a la parte de atrás del coche y me subía sobre el embarrado parachoques, enganchándome con las dos manos al tirador que tenía encima de la matrícula. La pequeña pendiente que había de la calle a la cochera me ofrecía un viaje de cuatro segundos muy

divertido. En un pueblo donde solo había ocasión de subirse a atracciones cinco días de feria al año, nos agarrábamos a cualquier cosa en movimiento.

Una vez liberado de las ayudas caseras, me colaba furtivamente en la despensa en busca de alguna tableta de chocolate para comerme una onza. Abuela las escondía para que no me las zampara, pero siempre lo hacía en una gran olla de barro. Lo cual me llevó a pensar que, en realidad, igual no trataba de esconder el chocolate, sino que intentaba conservarlo en estado óptimo para su degustación. Eran los guiños velados de Abuela.

La despensa era alargada y tenía, al final, una ventana que daba al patio. Desprendía los olores más ricos del mundo. Además de mordisquear chocolate, también le daba pellizcos al queso. La corteza salada del queso tierno de oveja era una debilidad. Una vez la probé cuando todavía estaba masticando los rescoldos del chocolate con leche extrafino, y esa mezcla dulce-salado hizo que se me encogieran los dedos de los pies. Todas las baldas estaban hechas de obra y sobre las del fondo reposaba toda la vajilla «buena», la que se sacaba en los cumpleaños y en Navidad. Perfectamente dispuesta con sus «cubrepoyales», que así llamaban a las telas hechas a mano que cubrían y adornaban las baldas. Abuela tenía mucha mano para coser y les hacía bonitos ribetes con motivos de cucharas, tenedores, tazas y flores.

Aquel sábado, después de mi paso por el patio y la despensa, acabé en uno de los roperos. Había dos, muy grandes. Uno en el piso de arriba y otro dentro del dormitorio donde dormían Abuelo y Abuela. Más una cámara en un piso superior a la que se accedía por una escalera de mano sempiternamente apoyada en la pared.

Entrar al dormitorio era una tarea delicada, pues no quería que me viesen haciéndolo para no llevarme una buena reprimenda, más el bonus posterior de Papa y Mama. Lo había hecho muy pocas veces. En ese momento, Abuelo estaba aún con sus quehaceres en el campo y Abuela con sus tareas en el patio y en el corral, así que decidí que era el instante adecuado. Me adentré con cautela felina, despacio y silencioso. Podría haber entrado como un mono con platillos y no se hubiera enterado nadie, pero el silencio me hacía creer que formaba parte de una de aquellas escenas cinematográficas en blanco y negro donde había tensión pero ningún sonido ni ninguna música.

Las persianas bajadas y la temperatura varios grados más baja conferían a la estancia un matiz hostil. Volvía a mirar las dos camas, con mesita en medio y crucifijo en la pared, y pensaba inevitablemente en el dormitorio de Papa y Mama, con una sola cama de matrimonio. «¿No es así como debería ser?». La puerta interior, que daba al ropero, siempre estaba cerrada. Al abrirla hacía un ruido que me recordaba al inicio del preludio de *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner, con ese lamento nacido de la nada. Di la luz. Una solitaria bombilla, colgada del alto techo, se encendió. Allí hacía más frío aún. Una amalgama de ropa amontonada, cajas, libros y revistas se descubrió ante mí. La ropa estaba doblada encima de sillas y colgada en burros con perchas. Las

cajas contenían calzado en su mayoría y también documentos, recibos, cartas y carpetas con partituras de la época en la que Abuelo tocaba en la banda de música. En su época, me contaba, hubo dos bandas.

—La mala y la peor —me decía con sorna—. Bastante mérito teníamos con hacerles de sonar los instrumentos.

Luego, al parecer, vinieron tiempos mejores, pero él ya estaba mayor y fue perdiendo las ganas. Seguí inspeccionando el terreno en busca de números retrasados de revistas de tele, magazines y suplementos dominicales en los que intentar pescar, por casualidad, fotos e información sobre Queen. Pasaba las hojas rápidamente, nervioso, sabiendo que tampoco debía alargar mucho mi «desaparición». Ante mis ojos desfilaban imágenes de presentadoras de informativos, vedetes hablando de exparejas, Arantxa Sánchez Vicario alzando el trofeo Roland Garros, Joaquín Prat en el plató de *El precio justo*, Richard Chamberlain apoyado en un coche descapotable, Michael Landon en chándal, «la Bombi»... El olor a humedad, papel viejo y pastillas antipolillas se había empadronado ya en mi nariz.

Esta vez me adentré más de lo habitual y llegué hasta el mismísimo rincón, donde advertí el color de una bolsa de tela que me susurraba que la abriera y mirara dentro. Por su forma, parecía que contenía más revistas. Sí, eran revistas. Los ojos se me abrieron de par en par cuando vi la primera portada: una mujer en bikini con un cuerpo como jamás había visto en mi vida. Noté que mi corazón se desbocaba y que algo ahí abajo reaccionaba. «¿Qué es todo esto? ¿Qué me pasa?». Dentro de mi cerebro se había instalado una pista de coches de choque sin yo enterarme. «Pero ¿esto existe?», repetí una y otra vez a medida que pasaba las páginas. Era evidente que esas fotografías no estaban hechas para que las procesaran los ojos de un niño.

Aún estaba intentando gestionar el ciclón fisiológico que se acababa de desatar dentro de mí cuando escuché que alguien se acercaba. Me parapeté instintivamente tras uno de los burros percheros, debajo de las estanterías que me arropaban con su sombra. Con cuidado, observé la figura de Abuela, que entró con ropa planchada en la mano, dispuesta a dejarla en una de las sillas, no sin antes hacer una pequeña inspección. «Estará pensando que cuándo se ha dejao ella encendía la luz, y que menos mal que no estaba delante Abuelo porque se pone como una furia cuando alguien se deja la luz o la tele encendía o la puerta de la calle abierta con la estufa a to meter». Todo eso lo pensé con el corazón golpeándome las sienes. Entre unas cosas y otras, vaya excitación. Abuela comenzó a dejar todo lo que traía, con mimo y decoro, mientras uno de mis pies, en mala posición, iba resbalándose poco a poco. Entonces se puso a tararear una melodía. Yo no podía creer lo que estaba escuchando. No era ninguna copla ni ningún pasodoble. Abuela estaba tarareando la línea de bajo del comienzo de «Under pressure». Yo no daba crédito. Llegué a pensar, tan aprensivo como era, que tal vez todo era fruto de un trastorno causado por la inhalación prolongada de pastillas antipolillas. Era tal la acumulación de pérdida de control sobre

mi cuerpo que bastante poco pasó cuando, de golpe, se me cayeron al suelo todo el montón de revistas que sujetaba con las manos.

Abuela dejó lo que estaba haciendo repentinamente y miró hacia la zona en la que me escondía.

—¿Quién hay ahí?

Y yo callado y sudando a chorros. Abuela insistió:

—¡Jota! ¿Estás ahí?

La bronca que se me venía encima me apetecía bien poco, así que tuve que tirar, con la convicción bien justita, de afinación gutural e imitar el chillido de un ratón lo mejor que pude. La pobre huyó despavorida, soltando de mala manera los últimos pantalones de pinzas.

Cuando nos encontramos después en el patio, Abuela tenía el semblante serio. Yo me moría de ganas de preguntarle que de dónde había sacado la melodía de John Deacon, pero cualquiera decía nada. Se sucedió un silencio extraño que rompió el pito del «4 latas».

Antes de comer, Abuelo se aseó en una palangana blanca que había en el patio y se cambió de ropa. Cada vez que se ponía esa camiseta de tirantes aprovechaba para mostrarme sus bíceps.

—Mira, Jota, así se ponen los hombres cuando trabajan en el campo.

—Parece un caramelo gigante de nata y fresa.

—Eso es por la marca del sol.

La mesa ya estaba puesta cuando entramos al comedor. Estando Abuelo, yo no me ofrecía a ayudar a Abuela ni a poner ni a quitar la mesa porque un día lo hice y se enfadó mucho con ella. Que eso no eran cosas para un hombre, que con mi hermana sí..., pero que yo no. Yo le decía que todavía no era un hombre, que aún era un crío.

—Mi nieto es un hombre desde que nació.

Durante el postre salió un anuncio en televisión que me puso las orejas como dos antenas: se trataba de la emisión, en diferido, de un concierto que le habían hecho, a modo de homenaje, a Freddie unos meses antes en Londres. Yo tenía conocimiento de aquella congregación estelar que tuvo lugar en el estadio de Wembley. Se lo había escuchado en su momento a algún locutor de radio, de esos que tenían el engolamiento de voz subido al nueve. Papa los llamaba «bocamusgo». Era aficionado a poner este tipo de etiquetas en cuanto algo se salía un poco de lo normal. A un vecino que tenía uno de sus ojos medio cerrado, porque le saltó un resto de perdigón yendo a cazar con su padre de joven, le tenía acuñado el término «ojoentornao». El padre de José Antonio, el de la frutería, que el hombre solía sentarse algunos días en la entrada de la tienda con su garrote siempre entre las manos, tenía un ojo velado por cataratas, y cuando volvía de hacer el recado, Papa siempre me preguntaba:

—¿Estaba hoy por allí «ojocrema»?

A mí, más que hacerme gracia, lo que me seducía de aquellos nombres era la musicalidad de

los mismos. Me sonaban rebosantes de timbre, plenos de sonoridad y los repetía con deleite en la cama o en la bañera. «Ojoentornao, bocamusgo, ojocrema, morrofotre», en bucle.

El anuncio del concierto acababa con el rótulo de la fecha de emisión: el día después de Navidad. También caí en que, en todo momento, sonaba de fondo la línea de bajo del comienzo de «Under pressure».

—¿Habíais visto ya este anuncio? —solté la pregunta a modo aspersor.

—¡Bueno! Lo llevo viendo ya una semana —contestó Abuela dejando entrever que le producía cansancio la propia repetición del anuncio, junto al soniquete que sonaba de fondo en el mismo.

Yo sonreí evocando su tarareo y, por asociación de ideas, ella volvió también a aquel instante. Entonces se dirigió a Abuelo:

—¡Ah! A ver si pones otro cartón de esos con pegamento en el ropero del dormitorio, que creo que se ha colao otro ratón.

A la semana siguiente estaba como un clavo delante del televisor en casa de Abuelo y Abuela, pues en la mía había reunión de *tupperware* y no nos querían ni a Mar ni a mí merodeando por allí. Tuve suerte, porque Abuelo y Abuela decidieron pasar la tarde en la zona de la cocinilla, al abrigo de la lumbre y la partida de cartas con unos amigos suyos, y me dejaron solo en el salón. Me había llevado un cuaderno y un boli para anotar quién cantaba qué canción. Aquel día descubrí nombres de grupos y cantantes desconocidos para mí. Mi listado era el siguiente:

- Robert Plant. «Ni idea».
- Seal. «Me suena».
- George Michael. «También me suena».
- Paul Young. «Ni idea».
- Zucchero. «¿¿Un italiano??».
- Axl Rose y Slash. «Ah, estos son de Guns N’ Roses, el grupo que le gusta a Anilla».
- Liza Minnelli. «¿La de *Cabaret*?».

Y alguno más.

Gracias a aquellas anotaciones, continué plantando semillas de otra clase en mi recién estrenado latifundio de rock y pop. Y así pude descubrir a Led Zeppelin, a Lisa Stansfield o a Elton John. Pude saber que Liza Minnelli era hija de la Dorothy de *El mago de Oz* y del director de *El loco del pelo rojo*, película que había visto con Papa varias veces). Decidí también dedicar más escuchas a los Guns N’ Roses y fui consciente de lo bien que cantaba George Michael.

Mi momento preferido del concierto llegó con «Under pressure». Esa canción, en su versión de estudio, llevaba viviendo conmigo desde la primera grabación de casete que me hizo Lola. También la tenía machacada en su versión en directo en el memorable concierto del 86, que

pertenecía al primer disco que me compré en mi vida. Total, habría escuchado la canción entre tres y cuatro millones de veces. Pero nunca hasta entonces había averiguado a quién pertenecía la otra voz que cantaba. Sabía que no era de ningún otro miembro de la banda, que a veces cantaban también, haciendo coros o, incluso, como voz principal. La primera vez que la escuché me descolocó un poco. No supe por qué. Quizá se debía a que rechazaba todo lo ajeno. «El que no sea de Queen, que no cante». Como cuando te juntabas a jugar una pachanga con los amigos y no dejabas que entrara a jugar nadie que no fuese de la cuadrilla. Pero a medida que la fui escuchando más veces y con más atención, le empecé a coger el tranquillo y adopté aquella voz como un nuevo miembro de la familia. De mi familia. Por supuesto, no quería compartir con nadie la incógnita de su identidad, me agradaba que eso no acabase de despejarse. Ni con la propia Lola ni con nadie. Prefería que la voz no me fuese revelada, pues pensaba que sería un sacrilegio compartir lo que yo creía que eran secretos de la banda.

Cada vez me gustaba más ese tema. Esa manera tan segura de cantar de mi desconocido nuevo amigo, ese tono tan limpio y carnoso, a veces misterioso... Y qué bonito comienzo, con el bajo tocando las mismas notas, pero que al entrar la guitarra y un sonido como de trompa, «¡de trompa!», le daban una nueva dimensión armónica sobre la que comenzaba a flotar. Era una invitación en toda regla a irme lejos de allí. A otro planeta. El bajo seguía haciendo lo mismo, pero ya sonaba distinto. Había escuchado esas líneas continuas de nota pedal en la música barroca y celebraba que se realizaran también en la música moderna. Era cierto que se había compuesto hacía varios años, pero a mí me parecía lo más moderno del mundo. Y entonces Freddie exclamaba «Why?!». Y lo convertía en un grito que me hacía saltar y agarrarme en el aire a un cohete, como el que había visto en las historietas de Tintín, que me llevaría de viaje hasta el final de la canción. Aunque deseaba que el «give love, give love, give love» de Freddie se estirara como un chicle, haciendo la canción interminable. Como interminable sería también mi viaje abrazado al cohete por toda la galaxia.

El homenaje avanzaba bajo un ya anochecido cielo londinense. En esas que le tocaba el turno a una tal Annie Lennox, con otro «¿quién?» por mi parte, y un tal David Bowie, «¿mmm?», para interpretar la susodicha canción. Y mi memoria fotográfica me envió entonces una imagen en la que leí en el sobre que contenía el primer disco de la edición del concierto del 86, el título de la canción y debajo, entre paréntesis.

«Under pressure»  
(Queen/Bowie)

Ahí estaba la resolución. Aquel tipo la compuso junto a ellos, y por eso también la cantó. Yo sí había leído un «Bowie» en su día, pero fue como cuando leí:

«God save the Queen»  
(arr, May)

Yo sabía que May era por Brian May, pero no tenía ni idea de quién era ese tal Arr.

David y Annie hicieron más grande, si cabe, el escenario. Él iba impecable, tan británico, con su traje verde pastel. Bien peinado. Ella deslumbraba con un vestido que brillaba en la parte de arriba, lanzando destellos en todas direcciones. Sus ojos llevaban un antifaz negro pintado alrededor y los labios rojísimos. Me quedé hipnotizado. Era tan distinto lo que sentía en ese momento a lo que había sentido en el interior del ropero, mientras miraba las revistas escondido detrás de las camisas de Abuelo. Y, sin embargo, pertenecía a un todo. El despertar sexual había llegado para quedarse. Y no sé a través de qué ciencia infusa pensé de nuevo en Cris. Quizá porque era lo más cercano y terrenal que se me ofrecía de esa naturaleza. Y también la cara más bonita que había visto en vivo y en directo, con esos ojos como dos púas de guitarra con las puntas hacia afuera. Me recordaba a una actriz francesa que vi una vez en casa de Santi. Su hermano estaba viendo una película en VHS llamada *Mala sangre*.

—Qué chica tan bonita.

Y tuve que aguantar la mirada censora de Santi. Afortunadamente su hermano era más permisivo con esos piropos.

—Se llama Juliette Binoche —me contestó sin dejar de mirarla.

Era imposible dejar de mirarla. Imposible dejar de pensar en Cris. E imposible pensar en si algún día hablaríamos, dada mi timidez congénita.

## Capítulo 9

### Bicycle race

Cuando descubrí la canción «Bicycle race», me pareció rara, pero también divertida y alocada. Había comenzado mi flechazo con Queen escuchando la música que correspondía a su última época, finales de los ochenta y principios de los noventa, así que cada canción anterior que iba descubriendo me rompía los esquemas. Como esos artistas que van hacia adelante en la búsqueda de nuevos sonidos y propuestas sorprendentes para su público más fiel. Pero, en este caso, eran mis oídos vírgenes los que hacían que se recorriese ese paradójico camino a la inversa. Me concentraba en medir los diferentes ritmos y descifrar las ornamentaciones armónicas que proponía esta canción ya desde los coros iniciales. Además de cazar palabras sueltas de la letra como «Peter Pan», «Frankenstein» o «Superman», me deleitaba con la parte en la que incluían ese revuelo de timbres de bicicleta, banda sonora de las tardes de verano en el pueblo. De niño, verano y bicicleta eran dos palabras que no se concebían la una sin la otra. Como merienda no se entendía sin pan con chocolate o curso escolar completado, sin moratones en las rodillas.

Pocas cosas hay comparables a la sensación de ir en bicicleta por primera vez. Para mí fue la correspondencia terrenal a lo que en sueños era volar. Sentía el acto de que me quitasen los ruedines, que habían servido de preparación e instrucción en el arte de viajar sobre dos ruedas, como mi primer momento de independencia en la vida. La persona mayor encargada del cuidado y la enseñanza ya dejaba de ir detrás, porque sin ruedines, te ibas, te ibas, te ibas... Elegías tú mismo el camino, tu itinerario, tomando decisiones propias: «Giro a la derecha», «ahora a la izquierda», «voy hasta la fuente y vuelvo».

En el caso de mi primer viaje solo, me costó un incisivo y también el canino izquierdo, que se quedó flojo y finalmente hubo que sacarlo. Habíamos ido a pasar el día a la huerta de Abuelo.

A la huerta se llegaba por un carreterín, a unos pocos kilómetros a las afueras del pueblo. Entonces, aquellos pocos kilómetros me parecían cientos. Ir allí era sinónimo de merienda a la sombra de los nogales. También de comida guisada en la lumbre de la casa, pequeña y vieja. O de juegos entre tubos de riego, montículos de leña y pinos cercanos. Las veces que menos me gustaba ir era para vendimiar la viña adyacente o para recoger almendrucos. «¿Por qué se inventaron los adultos el trabajo, con lo que mola hacer lo que uno quiera?».

Y luego estaba el olor. En aquel entorno, el aire olía especial. «¡Aquí se respira aire puro,

Jota!», me decía Abuelo, al tiempo que inspiraba con tanta fuerza que las aletas de su nariz se expandían como si fueran de chicle.

También los pájaros parecían piar más fuerte.

Cuando Mar ya sabía ir en bici y, de hecho, tenía una que le habían regalado por su cumpleaños los tíos que vivían en la capital, «mis maestros» fueron a por el segundo de la familia. Yo me inicié, como todos, con mis ruedines (o patines, como decíamos en el pueblo). Y mis mentores fueron Papa y Abuelo, que se habían estado turnando durante las semanas previas.

En el caminito que llegaba a la explanada frontal de la casa de la huerta, la tierra estaba dura y bastante asentada, así que decidieron que ese sería el lugar ideal para pasar al nivel definitivo de las dos ruedas. Titubeé bastante al principio, pero lo logré. No obstante, Papa no perdía su posición de escudero y me seguía muy de cerca. Mientras, Mama y Abuela preparaban un guiso de patatas sobre unos sarmientos y una refrescante ensalada de tomates y pepinos recién cogidos. Mar recolectaba flores e inspeccionaba insectos y demás bichos campestres. También aprovechaba para escudriñar desde lejos las evoluciones de su hermano. Yo deduje que le daba algo de rabia que utilizásemos su bicicleta. Pero, por otro lado, estaba deseosa de que aprendiera por fin para que, así, tuviera la mía propia y no necesitara dejarme la suya jamás. Tuve que controlar mis ansias de subirme solo a la bici tras la advertencia de Papa.

—Es necesario que estos primeros días sin patines estemos delante. —Yo lo miraba como un perro esperando el plato de las sobras—. Porque te crees que ya sabes... y no. Todavía hay que practicar más para cogerle el tranquillo.

—Pero ¿no has visto que ya casi no se me mueve el manillar? —intenté convencerlo.

—Ya. Pero puedes pillar alguna piedrecica o algún bache y te puedes caer.

—Y si te caes encima de una cepa y te clavas un sarmiento en las costillas, ¿qué? —intervino Abuelo.

Y yo, claro, puse morros y crucé los brazos vehementemente. Y sin deshacer el nudo, eché a correr, despedido, hacia la casa.

—¡Eso! ¡¿Encima te enfadas?! —voceó Papa, sin pasar por alto lo ridículo que le parecía su hijo corriendo con los brazos cruzados—. Míralo, si parece un lagarto jesucristo —masculló para sí.

Terminamos de comer y Mama, Abuela y Mar recogieron la mesa y fregaron los cacharros. Las chicharras comenzaron a interpretar su sinfonía y las moscas revoloteaban sobre las cáscaras de melón. Papa se tumbó en el maltrecho sofá de la casa, y Abuelo, en la vieja cama de la habitación interior.

Tocaba siesta.

—¿No te echas un rato? —me sugirió Mama, aunque su tono sonaba más a orden que a sugerencia.

—Ahora... sí... —musité, sin dejar de clavar mis ojos en la bici de mi hermana, que estaba apoyada en el tronco de uno de los nogales.

Minutos después, las tres mujeres de la familia se unieron al sesteo iniciado por Papa y Abuelo. Dispusieron dos sillas bajo los rosales de la entrada y allí se sentaron Mama y Abuela. Era asombrosa su capacidad para quedarse dormidas sentadas. Mar prefirió tumbarse en el suelo, usando un mandil doblado como reposacabezas. Yo me encontraba en una esquina, sentado también en el suelo y apoyado en la pared, con los brazos sobre las rodillas plegadas verticalmente y la visera de una gorra de la Caja de Ahorros sobre los ojos.

Todo estaba en calma. Las chicharras tocaban ahora con un doble *forte* en sus partituras. Tras aguardar pacientemente fui, muy poco a poco, levantándome la visera como si fuese el «hombre sin nombre» que había visto en *El bueno, el feo y el malo*. Nunca me atreví a hacer ese tipo de gestos delante de nadie, con lo molón que hubiese quedado que lo vieses los colegas o una chica. Se quedaron para siempre en una película cuyo único espectador era yo.

Me levanté despacio. Con cada paso que daba podía oír los silbidos de Morricone. Me dirigí hacia la bicicleta de Mar, mirando de reojo donde ellas descansaban. Ni se inmutaron. «Duermen». Con cautela, agarré el manillar y me llevé la bici, andando hasta el camino. Una vez allí, me subí. El sol pegaba de lo lindo, pero las ganas de volver a sentir el placer que había experimentado por la mañana podían con todo. En los primeros metros me mostré dubitativo, pero fui afianzando mi conducción con cada golpe de pedal, con cada vuelta de cadena... Aquello hizo que emanara una sonrisa automática en mi cara que, poco a poco, fue derivando en la risa tonta del que no se cree que le esté saliendo tan bien la jugada. Doblé por otro caminito que bajaba hacia la zona donde estaban los tubos de riego. El sutil cambio de pendiente cuesta abajo no hubiera supuesto nada para un conductor consumado, pero para un crío que no sabía casi ni dónde estaban los frenos, se convirtió en un descenso a los infiernos. La velocidad se incrementaba por segundos. Sentía que volaba, sí, pero esta vez no me gustaba la sensación. A mi lado, los perales jóvenes plantados por Abuelo pasaban como los quitamiedos cuando iba en el coche de Papa por la carretera. La hostia era inminente. Cuestión de segundos. El manillar empezó a describir eses y la rueda delantera se topó de manera inmisericorde con uno de los tubos. El impacto fue morrocotudo y acabé empotrado contra uno de los limoneros, que se quedó tronchado. Tardé unos segundos en ser consciente de mi nueva realidad. Miré mis manos, llenas de tierra y con chinas incrustadas, las rodillas me escocían y noté un sabor metálico en la boca. Me levanté como pude y escupí. Al ver el color rojo empezaron a temblar mis piernecillas de alambre y corrí hacia la casa.

Fue mi hermana la primera en percatarse de un punto en el horizonte que se hacía cada vez más grande, moviendo los brazos como un títere, y con un lejano «ayayayayayay» que cada vez sonaba más cercano.

Se acabó la siesta.

Al llegar a la explanada de la entrada, yo solo oía frases al alimón con voces distintas.

—¡Si es que lo sabía! —Papa.

—Ven aquí que te limpie —Mama.

—¡¿Qué le has hecho a mi bici, nene?! —Mar.

—¡Si es que lo sabía! —Papa de nuevo.

—¡Y mira, las rodillas sollejás! —Abuelo.

—Pasa pa dentro que te curemos. —Abuela.

—¡¿Que dónde está mi bici?! —Mar.

—¡Si es que lo sabía! —Papa. Otra vez.

Tiempo después, cuando ya obtuve el beneplácito de los mayores para montar solo, me compraron por fin mi primera bici. Era azul, con el sillín negro y los manguitos del manillar blancos y rugosos. Yo le coloqué en el cuadro una pegatina del escudo del Athletic de Bilbao, que fue perdiendo color con la lluvia y el sol. Tenía un timbre enorme, que sonaba fuerte y brillante. Abuelo solía bromear con ello y cada vez que me oía tocarlo en su puerta, salía a la calle haciéndose el serio y me soltaba:

—¿Es que están tocando a misa?

Con ella experimenté el nuevo asfaltado de calles. Cuando nací, las calles del pueblo eran de tierra. Era habitual jugar a las canicas porque podíamos hacer en la propia calle, escarbando, el «guá», que era la hendidura con forma redondeada para colarlas dentro. Unos jugaban y otros miraban sentados en la acera, a la que nosotros llamábamos «el cemento». Esta tenía formas irregulares y un borde bastante afilado con el que había que tener cuidado. Las mujeres regaban la puerta de casa cada mañana. Con un cubo en la mano, utilizaban la otra para salpicar y distribuir el agua por la tierra, para que no levantara polvareda. Las había también que, para hacerlo, utilizaban cazos o latas de conserva usadas.

Pese a ser un pueblo pequeño, teníamos muy bien delimitados los barrios. Algunos consistían en solo dos o tres calles, pero era suficiente como para que los vecinos que residían en esas calles llevaran muy a gala lo de «soy del barrio de tal». De manera que el asfaltado se fue ejecutando, justamente, por barrios. En la escuela te encontrabas con testimonios que te contaban que ya se había llevado a cabo en el suyo. «Es increíble», decían. Y, claro, la espera para andar en bici por superficie asfaltada se hacía eterna, pues los mayores no nos dejaban extralimitarnos de nuestra zona.

La mañana en la que el pregonero anunció la siguiente fase de asfaltado en nuestro barrio, dimos saltos de alegría. Fue indescriptible lo que sentimos cuando, por fin, el alquitrán estaba puesto y las calles listas.

—¡La bici va sola! —exclamaba Santi, sin las manos en el manillar, totalmente excitado.

Pensábamos que algo así debía de sentirse al patinar sobre el hielo. Alucinábamos con la suavidad que ofrecía el alquitrán, pese a haber comprobado lo caliente y rugoso que era cuando lo aplicaban. Recordé entonces lo que me intrigaba, de más crío, la superficie de la carretera. A juzgar por el aspecto en movimiento y el sonido que producían el deslizamiento de las ruedas, me la imaginaba suave y eso era tremendamente seductor para mí, porque tocar cosas suaves me trasladaba a un estado de relajación y bienestar únicos. No preguntaba, solo imaginaba, incluso soñaba con carreteras a las que pasaba la mano y las notaba pulidas y agradables al tacto.

La decepción vino un día de fiesta en el que fuimos a comer a un merendero de carretera.

—Mama ¿puedo ir a ver las cintas?

—Vale, pero vuelve enseguida.

Lo que más me gustaba de entrar a esos bares eran los llaveros que vendían encima de la barra y los expositores rotatorios con cintas de casetes.

Cinco minutos después.

—¿Has visto a tu hijo? —preguntó Mama a Papa, que volvía al salón comedor, lleno de cortinas naranjas, proveniente del baño.

—¿A Jota? No.

—Pero ¿has pasao por lo de las cintas?

—Claro. Por cierto hay una nueva de Arévalo que creo que se la voy a llevar a Paco, que es un cachondo y le va a gustar.

Mama se levantó nerviosa y dirigió la mirada hacia la entrada del bar. Desde la puerta de entrada me vio pasando la mano por la carretera. Salió pitando hacia mí, con la cara blanca, y me cogió con energía.

—Pero ¡¿tú estás loco, Jota?!

—Pues no es suave —le contesté mientras a escasos dos metros detrás de mí, un camión pasaba veloz rugiendo y tocando el pito.

Santi tenía mucha destreza con la bici y, no en vano, fue el primero que tuvo una moto en el barrio. Yo la única moto que vi en mi casa fue la del póster de *El halcón callejero* que tenía Mar en su cuarto. En cuanto a la técnica de soltarse de manos, de la cual Santi abusaba, yo no la dominaba todavía.

—Jota, colega, hasta que no sueltes las dos manos no vas a llegar a ser cinturón negro de bici.

—Pero ¿eso existe?

—¿Tú sabes lo que le gusta a las crías ver a un crío montando en bici sin las manos? Lo que más. ¡Se vuelven locas!

Decidí entonces intentarlo. Me pasé las tardes enteras alternando dos manos-una mano-dos manos-una mano. Conseguí bastante soltura. Un domingo, Papa y Mama me mandaron al bar de Genaro a recoger un pollo asado con patatas para comer. Genaro «Salón» fue pionero en el

pueblo en instalar una máquina para asar pollos. Sin embargo, aquel mote se lo ganó bastante antes, al ser también pionero en instalar unas puertas abatibles en la entrada de la cocina, que recordaban mucho a las de los salones de las películas del Oeste.

Cuando volvía para casa con la bici, llevaba la bolsa que contenía el recipiente plateado del pollo colgada del manguito izquierdo. Ya en mi calle, que era más o menos larga, me crucé con Cris, que iba andando por la acera. Ella me miró. Y yo hice lo mismo. Sonrió. Entonces decidí soltar las manos con una determinación encomiable. No solo obvié que en el manguito izquierdo llevaba un pollo asado en una bolsa colgando que pesaba lo suyo, sino que también pasé por alto la recién estrenada rejilla que cruzaba horizontalmente toda la calle, y que el ayuntamiento había decidido poner después de las fuertes lluvias que cayeron dos meses atrás. Acabé estrellado contra el escaparate de la tienda de Romera. Cuando miré hacia atrás, ya no había ni rastro de Cris y yo cerré los ojos con fuerza deseando que hubiese sido una alucinación mía.

Al final Mama tuvo que hacer una tortilla francesa.

Pasaron varias semanas y, por supuesto, a Santi no le dije ni mu de aquello. Un día se presentó en casa, como solía hacer a menudo, con su «¿está Jota?».

—Pilla la bici, que vamos a ir a la plazoleta de la fuente.

—Es que ahora tengo que usar la de mi hermana porque la mía está en el taller, que se le pincharon las ruedas.

—¿Y? —respondió Santi, con los ojos en blanco.

—Pues que me da un poco de vergüenza montar en la bici de mi hermana.

—¿Sabes quién está allí?

—¿Quién?

—La Cris —dijo Santi casi sin dejarme acabar—. Está la Cris —noté cómo el corazón se me desbocaba— con sus amigas la Delia y la Sara la de «Cejicas».

Sara era hija de Miguel, al que apodaban «Cejicas» porque tenía unas cejas oscuras, pobladísimas y descomunales. Santi no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de que, por fin, su amigo se lanzara de una vez.

—Jota, escúchame. Que no tienes que decirle que te recuerda a Juliette Binoche o que cuando escuchas cantar a Annie Lennox piensas en ella. Que es que no va a saber ni quien son. Tú tienes que pasar con la bici, sin las manos en el manillar a poder ser, y decirle...

—No, no, las manos en el manillar. —Santi frunció el ceño—. Queda mejor, hazme caso. Queda más... señorial. —Santi comenzó a sacar la lengua y a pendularla a un lado y a otro. Podía sentir sus ojos perforando los míos.

—Bueno, tú verás —contestó al fin—. Que yo lo hago por ti, ¿eh? Para que moles todavía más. Venga, pilla la bici de tu hermana. Por cierto, ¿cómo está?

Una de las razones por las que podía utilizar su bici sin enfrentarme a ella era porque estaba

con los brazos escayolados. Una tarde, ella y sus amigas se creyeron acróbatas y se dedicaron a imitar números circenses, como los que veían en la tele, en los columpios pequeños del parque. Mar salió despedida de uno de ellos. Se rompió las dos muñecas y la boca se le quedó como la de Greta, de *Gremlins 2*.

Papa mantuvo una charla con ella. Apartando el vaso con los restos de la papilla con la que se alimentaba a través de una pajita, le hizo comprender que ya que iba a estar una temporada convaleciente y sin usar la bici, que por qué no me permitía usarla. Sé que a mi hermana nunca le convenció el trato, pero es que con la boca reventada cualquiera entendía lo que decía.

Nos encaminamos con las bicis hacia la plazoleta de la fuente a ritmo lento. Santi iba desgranando el plan, que era bastante simple.

—Nosotros pasamos con la bici y seguimos como si na.

—Como si estuviésemos dando una vuelta normal y corriente, ¿no?

—Exacto lagarto, como si estuviésemos dando una vuelta normal y corriente. —Y comenzó a poner más énfasis en sus palabras—. Damos la vuelta a la manzana y pasamos otra vez. Que ella te vea bien. Tú te haces el interesante.

Yo asentí sin apenas convicción. No en el plan, sino en mí.

—Volvemos a pasar, despreocupados y charlando entre nosotros. «Blablablá», «tiroriro», «tirorí»... —prosiguió Santi—. Es esencial, para el golpe de efecto posterior, no mostrar ningún interés. Ni mirarla siquiera, ¿capichi?

—¿Qué golpe de efecto? —dije yo, intrigado.

Santi me miró con ojos entornados, de los que salía una luz chispeante. La boca se le encendió con una sonrisa malévola.

—En la siguiente vuelta, yo me quedo en la calle de atrás y ya eres tú el que pasa solo. Y es cuando le sueltas que te gusta y que si quiere salir contigo.

Ahí ya me empezaron a entrar los siete calores del desierto y a flaquear las piernas. Santi, que me vio nervioso, me ofreció su mano en alto para darme un impulso anímico.

—¡Choca, colega! —¡Plas! Le choqué la palma de mi mano blanda, por aquello de los nervios.

Cumplimos escrupulosamente lo pactado. En perfecta coreografía, Santi y yo manejábamos con destreza la bici y nos inventamos una charla ficticia entre nosotros. Por el rabillo del ojo observé al trío compuesto por la Cris, la Delia y la Sara, que no podía negar que era hija de Miguel Cejicas porque sus cejas empezaban a igualarse a las de su padre. Hasta mirando de reojo podía detectar la gran sombra negra que se cernía sobre sus ojos. Me pareció que cuchicheaban en medio de deslavazadas risillas. Dando la primera vuelta a la manzana, Santi me advirtió con brusquedad.

—¡Chsssst! ¡Que no mires hacia ellas, Jota!

Dimos alguna vuelta más hasta que llegó el momento crítico: haciendo el cuarto recorrido a la

manzana, Santi se desentendió, tal y como había anunciado. Me deseó suerte y hubo un segundo «Choca, colega». Yo ya no pude ni levantar la mano, que era como un apéndice inerte.

Enfilé de nuevo la plazoleta con el corazón acelerado, que se encargó de transmitir su frecuencia a mis piernas, incrementando la velocidad. Al pasar a la altura donde estaban las chicas, lancé mi frase y la voz sonó a gallos, gárgaras y corneta desafinada. Pero sonó.

—Me gustas. ¿Quieres salir conmigo?

No dejé de pedalear, a merced de unas piernas desbocadas que lo hacían frenéticamente y sin control. Así seguí hasta que llegué a casa. Dejé la bici en la acera y, aceleradísimo, subí a mi cuarto. Para que, por lo menos, si me estallaban las sienes me pillara rodeado de mis cintas y mis pósteres.

Al día siguiente por la tarde, me encontraba haciendo los deberes. Tenía puesto el radiocasete, donde Barry Tuckwell a la trompa atacaba el adagio del segundo concierto de Haydn, arropado por la Academy of St Martin-in-the-Fields, dirigidos por Neville Marriner. Las notas fluían limpias. Las más agudas, que el solista mantenía con maestría, me producían cosquillas. Percibí unos pasos que se acercaban a mi cuarto. Levanté la vista un segundo y al volver a fijarla en el cuaderno, me di cuenta de que había puesto la misma palabra en todas las respuestas a los problemas y a todos los resultados de las cuentas: CRIS.

Mama entró con el mandil puesto, que olía a cebolla y a tomate.

—Jota, te buscan.

Solté el lápiz súbitamente. «¿Quién será? ¿Santi preguntándome cómo fue la parte final del plan? ¿La propia Cris?».

—Es Francisco José, el hijo de «Cejicas» —contestó ella como si hubiera leído mis pensamientos.

En mi cara asomó una mueca extraña, que hizo que Mama me preguntase si me dolía la barriga o algo. Salí a la calle. Efectivamente era Francisco José, el hermano mayor de la Sara, quien tampoco podía negar que era hijo de su padre.

Abrí la boca para saludarlo.

—Hola, Franc...

—¿Qué le dijiste a mi hermanica ayer? —me cortó, acelerado.

—¿Cómo?

—¿Es que estás sordo?

—Pero...

—¡¿Que qué le dijiste a mi hermanica ayer?! —Esta vez masticó bien las palabras y la separación entre ellas.

—A ver. Tu hermana estaba con...

—Fue a dar una vuelta con la Cris y la Delia, sí.

—Claro. Pero yo...

—Pero ¿tú qué?

—Que yo...

—Tú lo que estás es a por uvas siempre, muchacho. Que estás mu confundío. Eso es lo que estás.

—Pero...

—¡Que no digas tanto «pero»! —Se quedó unos segundos callado, con la mandíbula apretada y mirándome de arriba abajo—. ¿A ti es que te gustan las crías?

—Eh...

Francisco José enrolló entonces su lengua para adentro y la mordió con los dientes mientras acercaba su cara a la mía con el dedo índice en alto.

—Mira, como le vuelvas a decir que te gusta o alguna cosa de esas, te sacudo una hostia que vas a ver las luces de Minaya.

Al parecer, Santi no fue el único que decidió retirarse cuando estábamos dando la vuelta a la manzana. En ese instante, Cris y Delia dejaron sola a Sara para ir a por unas chuches, y esta se quedó guardando el sitio. Así que fue ella la que recibió de lleno todos mis anhelos románticos cuando pasé rápido y sin mirar.

Pero yo carecía de esa información y, aturdido, no sabía lo que estaba pasando. Me sentía como los futbolistas de Malta cuando empezaron a caerles los doce goles de España, uno detrás de otro. Mi cuerpo se había agarrotado. Los brazos los tenía totalmente estirados hacia abajo y pegados a cada lado de mi tronco. Estaban tan estirados que tenía la sensación de poseer brazos de orangután en ese momento. Francisco José se separó para despedirse de mí.

—Y yo que creía que, entre la bici que llevas y que te gusta el cantante ese del bigote, eras maricón...

## Capítulo 10

### Don't stop me now

Durante mi primer año en el instituto, los domingos eran días apacibles en los que en mi casa se mezclaba el sonido del campeonato de motos en el televisor con el ruido de la aspiradora.

Uno de esos domingos, un señor desconocido llamó al timbre.

Papa salió a abrir.

—...

—Buenas tardes tenga usted, caballero —comenzó a decir con voz melodiosa y gesto educado—. Mi nombre es Sebastián Fo y soy artista del dibujo.

Con sigilo me asomé desde el pasillo, cautivado por los tres elementos que se adivinaban en su parlamento: musicalidad hablando, un nombre de lo más molón y además era dibujante.

Detrás de mí, noté cómo se unían a olisquear Mama y mi hermana. El hombre continuó:

—Voy recorriendo los pueblos y sus casas, conociendo a sus amables gentes y ofreciendo humildemente un poquito de mi arte en esta noble profesión.

Papa se volvió a mirar atrás y nos vio a los tres allí plantados. Se giró de nuevo al desconocido.

—¿Ve usted? Como no solemos escuchar a gente hablar así de bien en persona, ha llamao la atención de mi familia...

El artista sonrió y agachó levemente la cabeza en señal de reverencia. Parecía venido de otra época, pero Papa no se detuvo y decidió acabar su frase antes de invitarle a pasar.

—... Es como si usted fuera el flautista de Hamelin, y mi familia, las ratas. —Mama, Mar y yo nos miramos—. Entre, no se quede ahí.

Vestía un jersey beis con el cuello de pico, de donde asomaba una camisa clara y una corbata de un rojo carmesí. Los pantalones vaqueros le quedaban holgados y calzaba unos zapatos que se empeñaban en mostrar lo negros que habían sido, sin éxito. Estaba pulcramente afeitado y peinado con raya al lado. Calculé que sería mayor que Papa. Ya en el salón, Mama le ofreció agua y almendras peladas, y Papa, tabaco. Declinó las tres cosas. Parecía tener cierta prisa contenida. Sacó una gran carpeta verde que llevaba dentro de una cartera algo raída.

—Aquí les muestro a ustedes varios de mis dibujos que, sin duda, harán las delicias de estos dos vástagos.

«¿A que tú no habías oído nunca esa palabra?», oí que Papa le dijo a Mama por lo bajini.

—¿Cómo os llamáis? —El señor se dirigió a mi hermana y a mí con una de esas sonrisas que le había visto poner a Gene Kelly en las pelis que echaban los domingos por la tarde.

—Yo me llamo Mar, y mi hermano, Jota.

—¿Y os gusta dibujar, pintar, colorear...?

—A mi hermano sí. A mí me da más igual.

Sebastián Fo desplegó sobre la mesa camilla varios de sus dibujos. La gran mayoría eran personajes de cómics, individuales o en parejas, y también los había de la televisión. Estaban hechos con los contornos en negro y vacíos por dentro para poder colorearlos. Comenzó a pasarlos: Astérix, Zipi y Zape, Mortadelo por un lado, Filemón por otro, Conan, Espinete, Tintín y Milú, Epi, Spiderman, la gallina Caponata, Blas, Obélix, el Monstruo de las Galletas...

—Desde luego usted no se casa con nadie —dijo Papa.

Yo estaba embobado por la catarata de formas y trazos.

—Me gusta mucho ese —dije cuando llegó a Lucky Luke.

—Normal, es que es «más rápido que su sombra» —contestó mientras me guiñaba un ojo, cómplice.

—¿Ese cómo se llama? —se coló en la conversación Papa.

—Lucky Luke —respondió, solícito, el señor.

—Ya, ya. No, digo... —e hizo el universalmente conocido gesto del dinero con los dedos—, que «cómo se llama».

—Pues...

Sin dejarle contestar Papa volvió a la carga con otro tema.

—¿Y a la de *Los vigilantes de la playa* no la tiene usted dibujá?

Mama terció, no sin cierto apuro.

—¿Cuál es el precio entonces?

El dibujante sonrió y contestó que «la voluntad».

Se le acompañó a la puerta de casa y allí se despidió con una nueva reverencia. En su bolsillo llevaba ahora las monedas que Mama le dio y unas almendras que el hombre cogió al levantarse.

Yo me pasé el resto de la tarde coloreando con deleite aquel dibujo de Lucky Luke. En él, el personaje creado por Morris disparaba a una pared donde se reflejaba su propia sombra, a la que el tiro le cogía desprevenida. Ya me había leído muchas de sus historietas, que cogía prestadas de la biblioteca municipal. Junto a las aventuras de Astérix y las de Tintín, formaron mi gran acompañamiento en forma de viñetas durante muchos años. A Santi le encandilaban tanto como a mí. Aunque él había ampliado el espectro de cómics y tebeos, seguía diciéndome que sus tres preferidos eran estos. Yo creo que lo hacía como un acto de amor hacia su amigo. Y para seguir haciendo la broma privada que hacíamos juntos durante nuestro último año en el colegio, en clase de Religión, cuando el cura hacía que nos santiguásemos diciendo: «En el nombre del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» y que Santi y yo sustituíamos entre risas sibilinas por un «en el nombre de Astérix, Tintín y Lucky Luke. Amén».

Como siempre, tuvo que ser Santi el que me descubriera lo que significaba, traducido al español, el nombre del vaquero dueño de Jolly Jumper. Mi desinterés por el inglés era patente. Pues era propenso a la vagancia, me dispersaba con facilidad y dejaba las cosas para el último momento.

Al día siguiente precisamente justo antes de la clase de Inglés, tuve conocimiento de que una sola palabra bastaba para definir este último asunto.

—Procrastinación —me dijo Anilla en el recreo del instituto.

—¡Hala, eso te lo has inventao! Eres una trolas.

—¡Que sí! Que el viernes salió en un concurso de la tele y tuve que mirarlo en el diccionario porque yo tampoco me lo creía y era verdad.

—Lo miraste en el diccionario por si se habían equivocado los del concurso de la tele, ¿no?

—A partir de ahora te voy a llamar el Marqués de la Procrastinación —me soltó con sorna Anilla.

—Eso es muy largo pa ti. Tú te trabas. Sigue llamándome Sócrates, anda, que es más corto.

Sonó el timbre y nos dirigimos al aula de inglés. Aquel día, la profe nos pasó unas hojas con la letra de una canción. De vez en cuando, nos ponía canciones cantadas en el idioma de las islas y seguíamos la letra en la pizarra o en hojas fotocopiadas. «Tears in heaven», de Eric Clapton; «Are you gonna go my way», de Lenny Kravitz; «Here comes the sun», de The Beatles; «Only you know», de Dion; «Just can't get enough», de Depeche Mode, o «Friday on my mind», de los Easybeats no solo contribuían a intentar mejorar nuestro inglés, sino que nos descubrían canciones y artistas que, en muchos casos, desconocíamos. Esta segunda parte me atraía mucho más y era la que se llevaba toda mi atención. Así que nunca conseguí prosperar con el inglés.

Aquel día, la canción elegida por la profesora fue, para mi gran regocijo, «Don't stop me now», de Queen. Anilla y Lola me lanzaron una mirada cómplice, celebrando la elección. Era cierto que la había escuchado infinidad de veces, siempre asociándola al disco del primer volumen de grandes éxitos que pude conseguir, copiado, después de machacar el segundo. La verdad es que el no pretendido camino recorrido a la inversa era más interesante. De manera que la música me la sabía de pe a pa, pero de la letra ni mu.

Al verla escrita en papel, con su correspondiente traducción al español en la columna situada a la derecha, una emoción inesperada me recorrió todo el cuerpo. Reparé en que era la primera vez que veía la letra de una de las canciones de mi grupo favorito. Era casi como ver un autógrafo de uno de ellos.

—Hala, qué exagerao, como un autógrafo dice... —exclamó Lola, riéndose de mí.

Me sabía algunas palabras sueltas, aprendidas de forma fonética. Pero aquel día, por fin, pude

seguir la canción mientras la leía. La profe siempre nos animaba a cantarlas, sin pudor. Incluso, si alguien se atrevía, nos animaba a que cantáramos y bailáramos las canciones delante del resto. Cosa que nunca ocurría. Le dio al *play* y la voz única e inconfundible, acompañada del piano, emergió embriagando toda el aula. Al menos era lo que yo sentía, al contrario que algunos compañeros, que no ocultaban su cara de sopor y hastío. «No saben lo que se pierden».

Las frases se sucedían y, al verme a mí mismo cantándolas, se dispararon unas extrañas cosquillas dentro de mí. Me estaba sintiendo como Freddie en un 0,0001 por ciento. Y eso ya era bastante. La canción avanzaba, y mis ojos iban frenéticamente del lado de la columna con la letra en inglés al lado de la columna con su traducción al castellano. «Soy una estrella fugaz cruzando en el cielo como un tigre». Y la boca se me abrió, exageradamente. La canción, que duraba tres minutos y veintinueve segundos, se me pasó en un suspiro. Afortunadamente, la profe decidió ponerla de nuevo.

—Voy a ponérosla de nuevo y así os vais fijando bien en la pronunciación y en cómo construyen las frases cuando quieren decir que...

De pronto, dejé de escuchar a la profe y a todos los compañeros de clase que estaban a mi alrededor. Mis oídos estaban atentos a otra cosa.

Sonaron de nuevo las primeras notas y la luz del sol se ocultó. Quizá alguien estaba bajando las persianas para dar más ambiente. O corriendo las cortinas. De repente, un pensamiento fugaz pasó por mi mente: «No recuerdo que hubiera cortinas en el aula de inglés». Entonces entró la batería de Roger Taylor, y el folio con la letra y los apuntes comenzaron a vibrar, y con ellos, la patas de mi mesa color verde manzana, mi silla... Me miraba las manos y las tenía aferradas con fuerza a las esquinas delanteras de la mesa, con los nudillos blancos. No pude contener ni el ya desatado movimiento del mobiliario ni el golpeteo de los pies contra el suelo. Súbitamente, me levanté, folio en mano a modo de chuleta, y salí a hacer el *playback* delante de la pizarra. El marcador del «tanto por ciento Freddie» corría cada vez más rápido: 0,0001, 0,001, 0,01, 0,1, 0, 1, 2, 3..., 10..., 99..., y al llegar al cien por cien se puso rojo.

«Estoy ardiendo en el cielo». Y movía las rodillas arriba y abajo mientras no dejaba de cantar con la regla en la mano, haciendo las veces de micrófono. «Estoy viajando a la velocidad de la luz». Y la profe me miraba, alucinada, y reía. Y la clase gritaba, vitoreaba, aullaba... «Soy un cohete espacial rumbo a Marte». Y pegué un salto con el que aterricé en la mesa de Adriana, la chica nueva que había llegado hacía unos meses. Ella fue subiendo la mirada desde mis zapatillas hasta mi cara, se fijó en que mi cuerpo entero centelleaba y se llevó la mano al pecho porque no se lo podía creer.

Al final de la canción, el *fade out* con el que Freddie se despedía tarareando se fue fundiendo con la voz de la profe, apagándose el uno y tomando más presencia la otra:

—... y lo abris por la página 54. Vamos a repasar los *linking verbs* en frases adverbiales,

adjetivas, etcétera.

Busqué a Adriana con la mirada, pero ella estaba a lo suyo sacando el libro de texto. Miré a las ventanas, donde las persianas no podían estar más subidas, y me cercioré de que «pues claro que no hay cortinas en el aula de inglés». Y miré a Lola, que le decía no sé qué al Pecas. Y me dije a mí mismo: «La próxima vez, lo hago».

Semanas después, la profesora de música, compinchada con la de inglés, nos animó a realizar un mural de manera individual. En él debíamos elegir un artista o artistas musicales que pertenecieran al imaginario anglosajón y fomentar con ello el uso del inglés como lengua que nos vendría muy bien en el futuro. Todos los murales se exhibirían a modo de exposición final dentro de las actividades de la semana cultural. «Qué manía con lo de hablar en otra lengua. ¡Que estamos en España, joer!», decía el Pecas desde su silla. Yo tenía clarísima mi elección. Traicionando mi recién estrenado Marquesado de la Procrastinación, proclamado por Anilla, esa misma tarde me puse a confeccionar mi mural. Fui a la tienda de Perico «el de los periódicos», donde, además de prensa, vendía tabaco y artículos de papelería. Me daba rabia que el olor a tabaco se comiera el de los periódicos, las revistas, los rotuladores o las gomas de borrar, mucho más embriagadores para mí. Compré una cartulina grande y amarilla y volví corriendo a casa. Con un lápiz marqué la disposición de los elementos que quería incluir. Durante tres tardes, en las que descuidé bastante los pertinentes ejercicios de latín y griego, estuve componiendo el *collage*. Comencé dibujando en el centro el escudo de Queen, algo que ya de por sí era muy laborioso. Lo coloreé con esmero, utilizando acuarela. Después añadí en la zona de la corona unos polvos de purpurina que le robé a Mar. Lo enmarqué dentro de una enorme Q a su alrededor, con tipografía distinta a la que se incluía en el propio escudo y que doté de un rojo intenso. A ambos lados, quise situar varias fotos de los miembros de la banda, que sacrificué de mi colección personal que había recortado de revistas y periódicos. Pero las seleccionadas, además de que no cabían enteras, le restaban estilismo al centro del mural, de manera que finalmente decidí individualizar a Roger, Brian, John y Freddie, recortando sus siluetas y poniéndolas, a su vez, sobre otras de color azul claro con algo más de diámetro. Con lo que sus figuras ahora estaban dotadas de tal profundidad y fuerza que parecía que se salían del papel. Como último paso, coloqué unos bocadillos de cómic en sus bocas, con la letra de pasajes de sus canciones.

La noche antes de la exposición, el mural reposaba rebasando los límites de mi escritorio. Con el flexo encendido encima de la silla, yo lo observaba de pie, fijamente. Mama entró en mi cuarto.

—Anda, qué bonito te ha quedao.

—¡Gracias! —La sonrisa se me salía de la cara.

—Luego lo puedes poner aquí cuando acabe la exposición en el instituto. Y así quitas el

banderín y la bufanda del Bilbao, que cogen mucho polvo.

Mama volvió a posar su mirada sobre la cartulina.

—Espera un momento.

Al rato, volvió con un trozo de cinta roja que puso sobre la gran Q, adaptándola a su forma.

—¿Quieres que te pegue esto aquí y que así parezca que está hecho de cinta?

—¡Qué guay!

—Así también es un homenaje a la lucha contra el sida... —Lanzó un suspiro—... Por Freddie.

Me estremeció la manera en la que Mama pronunció su nombre. Creo que nunca se lo había escuchado decir hasta entonces. Me percaté en ese instante de que tal vez fue una manera velada de nombrar y recordar a su amigo Elías.

A la mañana siguiente todos los murales inundaban el aula de música. A la vuelta del recreo se suspendieron las clases para que todos los alumnos participaran en las actividades: visitar las exposiciones, jugar a algún deporte en el patio o el gimnasio, escuchar el recital de poesía, etcétera. Al igual que el resto, en el aula de música las puertas estaban abiertas de par en par y el trasiego de estudiantes era continuo. Se instaló un lugar especial para que pudiéramos consumir bebidas gaseosas y devorar frutos secos a ritmo del rock que sonaba por los altavoces. El mural me quedó tan pintón que decidí no firmarlo por ningún lado para no mancillarlo, aunque Lola y Anilla sabían que era mío.

—Jota te has salío, ¡está genial! —me dijo Anilla con orgullo sincero.

—Y to el mundo se para pa verlo. Es que es el más bonico —me lanzó Lola con su sonrisa de diablilla y sus ojos achinados—. ¿Hasta cuándo los van a dejar colgaos?

—Creo que hasta el viernes —contesté yo.

Anilla quería pasarse por el taller de poesía y Lola se ofreció a acompañarla.

—¿Vienes tú también, Jota? Por aquí ya ha pasao casi to el mundo, ya no queda mucho ambiente.

—Bueno, pero me quedo un rato más aquí. Voy a beberme otra fanta con pistachos, si es que quedan.

—Lo que quieres, «pistachos», es seguir viendo cómo adoran tu mural, ¿eeeh? —dijo Lola, y se rieron las dos.

Me acerqué a la zona del picoteo donde, efectivamente, no quedaban ni las cáscaras. Busqué algo de bebida en los desperdigados vasos de plástico y me agencí uno al que le quedaba más de media pepsicola. Mirando la ventana, me llegaron risillas deslavazadas. «Tío, tío..., que te van a decir algo», y más risas...

Me giré y ahí estaban el Pecas, Esteban y Carmelo. Este último, subido a una silla, se disponía a quitar mi mural de la pared. «Joer», pensé, extrañado, «pero cómo se junta el Pecas con esos dos». Esteban y Carmelo iban a un curso superior, pero ya habían repetido otro. Se dedicaban a

pinchar a todo Cristo y a hacer perrerías varias. Esteban fue uno de los que me llenó la cabeza de espuma de afeitar el primer día de clase con motivo de las novatadas. Y Carmelo fue el que dijo al resto de sus secuaces que me llevaran a los lavabos. Él iba detrás de la comitiva, con una superioridad en el rostro que a mis ojos parecía que estaba siendo transportado encima de un escudo como Abraracúrcix, el jefe de la aldea de Astérix. Al llegar a los lavabos de chicos, donde no había nadie, me dijo que me pusiera de rodillas y que metiera la cabeza en la taza del váter.

—Tenemos que hacerte el bautizo de novato. —E hizo una señal a otro para que tirase de la cadena. Lo repitieron cinco veces.

—Vale, ponte de pie. —Yo le obedecía con la cabeza chorreando—. Bájate los pantalones.

—Mirad, lleva calzoncillos de marica —dijo Esteban, que no quiso perderse mi humillación. El resto se desternillaba.

—Me han dicho que tocas el trombón en la banda de música —habló Carmelo.

—La trompa —contesté escupiendo el agua que me había entrado en la boca.

Esteban soltó una carcajada excesiva que se fundió con el timbre que indicaba el final de las clases. Carmelo siguió dando órdenes.

—Os están esperando para llevaros ya a vuestro pueblo. Ahora sales y, con los pantalones bajaos, vas andando hasta la puerta como si fueras tocando en la banda, que nosotros te vamos a cantar «Paquito, el chocolatero». Y subes así al autobús, que yo te vea.

Yo quise reproducir música en mi cabeza para minimizar el ridículo, la vergüenza... Pero me di cuenta de lo difícil que es escapar a veces de la realidad.

El caso es que allí estaba yo, viendo cómo Carmelo despegaba mi mural y con toda la tranquilidad del mundo lo enrollaba y se lo llevaba. Habría cinco o seis personas más en el aula, pero estaban a otra cosa. Ojalá hubiera tenido valor para decirle algo, pero me quedé mirando toda la acción con la cara de una gata a la que le quitan a una de sus crías. Me llevé el vaso con los restos de pepsicola a la boca y di el trago más triste del mundo. No hice nada para evitar que se llevaran mi pequeña obra, pero porque no sabía qué debía hacer. Esa mezcla de resignación, indefensión e incompreensión me paralizaba. O peor, me despojaba de mi energía interior dejando una carcasa vacía.

Cuando le conté a Santi lo ocurrido, ya reaccionó él por mí.

—Por todos los demonios... ¿En serio? ¿El tolái ese que te hizo lo del bautizo del novato? —decía con aspavientos y visajes iracundos—. Qué pena que ese no sea mi instituto. Es que, es que, es que... le metía una ensalá de hostias que cuatro le iban a parecer treintaidós al, al, al, al..., al mentecato ese. —Santi se encasquillaba un poco cuando estaba cabreado.

—En fin, que ya está. —Estaba deseando dejar ya a un lado ese tema, no quería pensar en mi falta de determinación y mi «no sangre» a la hora de gestionar este conflicto.

—A ese hay que hacerle algo... ¡Me cago en toa su estampa! —Santi entrecerraba los ojos como los dibujos animados.

—Luego le digo que me lo devuelva, que me han dicho que ha sido él y ya está. —Por supuesto, no le conté que yo estaba delante cuando ocurrió todo, por vergüenza.

Santi se me quedó mirando, sostenido.

—¿Añadirás un «por favor», no? —dijo con voz suave y calmada.

—Claro, hombre.

Santi seguía con la mirada clavada en mis ojos.

—¿Y en qué idioma se lo vas a decir? En castellano, supongo.

—Pues, hombre, es...

Santi me cortó, elevando súbitamente la voz.

—¡En el idioma de las hostias es en el que hay que hablarle al gomarota ese! ¡Mangasdehumo! ¡Qué por favor ni por favor, Jota...! ¡Con el abecedario de mi puño es como hay que hablarle!

Con Lola y Anilla no fue muy distinto a la mañana siguiente en el instituto.

—Ya nos ha dicho la profe de música lo de tu mural. Dicen que igual fue Carmelo —me informó Lola.

—Eso parece, sí.

—Ese tío es idiota... Llega a ser más tonto y nace botijo. —añadió Anilla.

—Habrá que hacerle algo, digo yo. Se lo podemos decir a Vicente y a estos, para achucharlo —soltó Lola, guerrera.

—¿Vosotras también? —Traté de hacerme escuchar.

Las dos arquearon las cejas.

—Mira, Jota, ese tío es imbécil y habrá que darle un toque bueno —remarcó Lola en la actitud seria que tan poco me gustaba de ella.

—Lola, hay cosas peores en la vida. —Traté de convencerla.

—Escucha, «vidas», que tú seas un tranquilón del espacio no significa que los demás lo seamos. Y menos todavía ante las injusticias. Y menos aún por el gilipollas de Carmelo.

—Que huele a estornudo —añadió Anilla.

—Y es un flipao —prosiguió Lola—. Que dice que tiene un helicóptero en su casa... ¿Sabes lo que sí tiene en su casa? Unos padres que son unos agarraos. Que no se gastan un duro en salir por ahí, que le deben dinero a la gente. Pero ¿no ves a Carmelo que solo tiene dos pantalones y dos camisetas? No le compran ropa porque prefieren tener to el dinero amasao en el banco.

—¡A ver si se les pudre ahí dentro! —Anilla iba poniendo sus lacitos a las frases de Lola.

Yo me rendí. Mi cara impasible volvió a aflorar sin yo ser consciente.

—Bueno, bueno, bueno... —Lola comenzó a agitar la mano derecha al recordar un dato—. Por

lo visto son tan agarraos en su familia que no compran ni papel higiénico. Y le dicen a Carmelo y a su hermana, que va a la clase de 3º C, que se lo traigan escondido del instituto. Ellos creen que no lo sabe nadie. —Y lanzó una risa como la de Freddie hacia el final de «A kind of magic».

—Madre mía, qué ratas... —apostilló Anilla.

—¿En serio? —dije yo.

Como no quería ningún tipo de confrontación personal ni física, traté de convencerlas con un plan. Comencé a ir a los servicios cada recreo para tratar de coincidir con Carmelo, que iba siempre con su mochila en la mano. Observé que nunca hacía nada en los urinarios de pared, sino que siempre elegía los baños con puerta, concretamente el último. Agradecí que fuera un chaval de manías. Tres días después, por fin, logré que coincidiera mi salida del baño del fondo con su entrada. Llenó el torpe relevo con un «¡Epa!». Me alejé de allí con las notas de *El aprendiz de brujo*, de Paul Dukas, resonando en mi cabeza.

—Ya veremos si surte efecto —les dije a Lola y Anilla cuando me reencontré con ellas.

Una semana después, la profe de música nos dijo en clase que mi mural había aparecido esa mañana enrollado en la puerta del aula. La pena es que nunca vi la cara de Carmelo al descubrir, en la intimidad del baño de su casa, un tramo del rollo de papel higiénico en el que ponía:

DEVUELVE EL MURAL DE QUEEN QUE ROBASTE  
EL DIRECTOR DEL INSTITUTO

Debió de resultarle más desconcertante que cualquier tortazo en la cara.

## Capítulo 11

### Mustapha

Fue tiempo después de recuperar mi mural cuando supe que tanto «Bicycle race» como «Don't stop me now» pertenecían a un disco llamado *Jazz*, publicado el 10 de noviembre de 1978. A través de mi conexión y trasvase habitual, Santi-hermano de Santicolegas suyos en la capital-hermano de Santi-Santi, conseguí una copia en casete. En este caso, no sé cómo se las apañó el bueno de mi amigo para poder incluir la portada. Así que le pregunté:

—La he recortao de la revista *Discoplay* —contestó Santi.

—¿Qué revista es esa? —le dije, intrigado.

—Un catálogo con venta de discos, cintas, camisetas... Nuevos y de antes. Pides las cosas ¡y te las mandan por correo a casa, tron! ¿Es que a la tuya no llega la *Discoplay*?

—¿A mi casa? Qué va. De revistas y eso, por allí solo veo la *Teleindiscreta*, el *Marca* y la *Venca*.

—Yo pensaba que el «Live at Wembley '86» te lo habías pedío así.

—No, no, me lo compraron mis padres en la ciudad, aprovechando un día que fueron de médicos.

—Pues deberías decirle a tu padre que la pidiera. Ibas a flipar.

La portada de *Jazz* me resultaba enigmática e hipnótica. El primer día la estuve mirando con fijación, aguzando la vista al máximo sobre la caja de plástico del casete. Siendo propenso al mareo como yo era, tuve un pequeño vahído. Pero aquello se quedó en mantillas con lo que sentí al escuchar el inicio del LP grabado. Entonces no hubo mareo, sino que la cabeza me giró en otro sentido. Freddie comenzó a cantar a *cappella* como lo hacían los árabes en las películas o las noticias. «Ibrahiiiiim». No daba crédito. «Igual es una broma», pensé. La canción se desarrollaba sobre un ritmo marcado con brío por el bajo al que doblaba el piano con sus teclas graves. Más tarde, tras una eléctrica descarga guitarrera, entraban en otra dimensión sonora, con coros en los que imaginaba a gente danzando con vestimenta árabe. John Deacon hacía unos efectos con el bajo que me recordaban a cuando Santi y yo competíamos por ver quién hacía más el tonto con sonidos guturales.

En el pueblo ya empezaban a verse inmigrantes de fuera de España. De países del Este, de países árabes e incluso alguno de América Latina. Los primeros solían buscar trabajo en algún taller, limpiando en casas o en albañilería. Los segundos intentaban vivir con sus negocios de

venta ambulante, en el mercado o con trabajos en el campo. Los terceros solo recuerdo verlos en trabajos itinerantes y artísticos, como orquestas de verbena o circos. Recuerdo uno de ellos, en el que anunciaban a bombo y platillo: «¡El doble de Cantinflas!». En el cartel, en medio de tigres, leones, payasos y trapeceistas, sobresalía en grande su cara dibujada. Se trataba, sin duda, de uno de los platos fuertes del *show*; un tío clavado al cómico y actor mexicano que, seguro, hablaba y actuaba como él. Papa y Mama no quisieron llevarnos a Mar y a mí. No obstante, con la excusa de haber quedado con Lola para hacer un trabajo del instituto, fui a merodear por la explanada en la que habían montado el circo con la esperanza de que a la salida alguien, con el privilegio de haberlo podido ver *in situ*, me contase lo de Cantinflas. Al acercarme a la carpa, divisé a una persona que me parecía que iba vestida como él en sus películas. Efectivamente, a medida que me situé a escasos dos metros, ahí estaba «el doble de Cantinflas»: un señor tirando a regordete, con el característico bigotín pintado, que fumaba un cigarro con otro hombre vestido con leotardos. Los dos no podían tener más cara de aburrimiento y hastío. «Hala, pues ya lo he visto. Y sin pagar entrada», pensé. Con qué facilidad generaban ilusión y magia los adultos para luego desinflarla de aquella manera.

Entonces no eran muchos los inmigrantes o extranjeros que se podían ver por allí. Qué curioso me parecía el término «extranjero», misma palabra con distinto significado según quien la utilizara. En el pueblo también usábamos con frecuencia «forastero» para referirnos a los de otros pueblos o ciudades, en este caso del propio país. Ser conscientes poco a poco de estos nuevos inquilinos en nuestras calles, plazas o tiendas nos resultaba muy llamativo. ¿Qué haría esta gente tan lejos de sus países? ¿Por qué aquí? Pero a su vez aceptábamos con naturalidad que hablaran nuestro idioma con cierta fluidez.

—Pero eso es porque el español se aprende fácil —dijo el Pecas comiendo pipas sentado en un banco en la plazuela de la fuente, donde había varios corrillos de chavalada.

—Pero ¿se puede saber de qué demonios estás hablando, flipao? —inquirió Santi con su tono hollywoodiense—. Tú Pecas, de lejos pareces tonto pero de cerca eres gilipollas... ¡El español es muy difícil, tronco!

—Pues yo cuando lo hablo para mí no es difícil —siguió el Pecas, escupiendo de vez en cuando las cáscaras—. ¿Tú les has escuchao a ellos hablar? Eso sí que es difícil. Ahí no pillas na. Pero ellos se adaptan a lo nuestro porque es fácil hacerlo. Mira Alejandro... El otro día estaba en la puerta del bar de Genaro «Salón» hablando con los vecinos. Ahí estaba el tío plantao, con sus manos atrás, charlando y riendo. Que parecía que tenía más viñas que tos los otros juntos.

Santi le cogió un puñado de pipas y añadió:

—Lo bueno que tiene Alejandro es que no arma escándalo cuando va vendiendo con la furgoneta. No como el de las naranjas whashingtonas, que lo tengo ya atravesao de las voces que mete a la hora de la siesta. Que voy a salir un día y le voy a lanzar un tarugo de leña.

Alejandro fue uno de los primeros extranjeros que pisó el pueblo. Había nacido en Marruecos y después se marchó a Argelia. Vivió allí un tiempo hasta que buscó un nuevo rumbo en su vida emprendiendo el viaje a España. Y así, un buen día, apareció en el pueblo con su mujer. Se bajaron del autobús de línea con una bolsa de deportes y dos bolsas de plástico cerradas con goma, como si vinieran del pueblo de al lado. Su nombre era Brahim Khorta El Aziri, y así se empadronó. Su mujer se llamaba Hamida Fiher. A Brahim pronto se le españolizó con el nombre de Alejandro. Creo que fue un concejal el primero que le llamó así «porque parece que están diciendo to el rato *alejah, alejah, alejah...*».

Alejandro y su mujer consiguieron un puesto fijo en el mercado, en el que vendían alfombras, ropa, piezas baratas de bisutería y de cerámica. Para poder vender también como un puesto de feria dentro de la semana de las fiestas municipales, añadieron a ese cóctel, juguetes. Con ello lograron estar presentes en el día a día del pueblo, en sus costumbres, sus modos y manías. Y sin dejar de perfeccionar el nuevo idioma. Gracias a esa familiaridad extendida en el tiempo y en el espacio, se fueron granjeando la simpatía de algunos vecinos y, en algún caso, su amistad. También los hubo que prefirieron no tener trato con ellos.

Alejandro siempre me pareció un buen hombre. De maneras cuidadas y con una sonrisa dibujada permanentemente en el rostro. Me caía bien. Me transmitía bonanza. Si nos cruzábamos por la calle, me gustaba saludarle con un «Hola, Alejandro» al que él siempre respondía con su «qué pasa, *chiaval*», que tanta gracia me hacía.

Una mañana de domingo me encontraba en la puerta de casa de Abuelo y Abuela. Sentado en el poyo, dibujaba lo que tenía enfrente: una fachada enjalbegada, con sus portadas, su remolque aparcado, huérfano de tractor, y a la vecina que había salido a regar la calle, algo que se mantuvo como costumbre en todas las mujeres del pueblo pese a no ser necesario desde que estaban asfaltadas. Alejandro apareció andando del brazo de su mujer, Hamida, en el mismo momento que Abuela asomó su cara por la puerta para decirme si quería ir a echarle de comer al gato. Yo saludé a Alejandro. «Qué pasa, *chiaval*», me devolvió con su perenne sonrisa. Al entrar en la casa, Abuela se dirigió a mí mientras se limpiaba el mandil:

—Pues ¿cómo es que le saludas a ese hombre?

—Lo conozco.

—¿Lo conoces? Pero si es extranjero.

—Ya, pero lo he visto algunas veces en el mercao cuando voy con Mama... o por la calle. Es simpático.

Abuela no me habló con sequedad, simplemente no entendía muy bien la situación. Prefería que su nieto guardase distancia con personas que no eran de su entorno.

—Es simpático porque no le queda otra. Que de puertas pa dentro no conocemos a las

personas, Jota. Mira como su mujer iba callá. —Abuela empezó a verter las sobras de comida del día anterior en un plato pequeño y viejo—. ¿Tu padre lo sabe?

—¿Papa? ¿Que si sabe el qué?

—Que hablas con un extranjero.

—Yo qué sé... Él también le saludó una vez en la feria del año pasao, en su puesto.

—Claro, en su puesto. Pero por la calle ya es otra cosa, Jota. Anda, ve al corral a llevarle esto al gato —zanjó.

A partir de ese momento me fue difícil separar el pensamiento en Alejandro cada vez que escuchaba «Mustapha» en mi walkman. De manera que un día cogí papel y boli y decidí transcribir la letra fonéticamente. Más allá del «Ibrahim», el «Allah, Allah, Allah» y el «Mustapha» que sí logré anotar a la primera, cacé pocas palabras al vuelo. Luego llegó la expresión «Salámalekum» que juraría haber escuchado alguna vez en alguna película. «¡Ya tengo otra!». Para el resto necesité varias tardes encerrado en mi cuarto, sacrificando ocio y charletas con Santi.

—Pues sí que les ponen ahora deberes a estos —decía Papa al preguntarle a Mama por mí y responder esta con un «no le molestes que está estudiando».

Cuando, por fin, acabé el presunto manuscrito árabe, lo doblé y lo metí en mi riñonera y salí a buscar a Alejandro.

—¿Dónde vas? —me gritó Mama desde la cocina.

—Tengo que pedirle un libro a Santi, que me hace falta pa una cosa de Filosofía.

—No tardes que hoy cenamos pronto, que Papa quiere ver el fútbol.

Sabía que Alejandro y Hamida vivían en una de las «casas baratas», por ese adjetivo se las conocía, que había frente a la zona donde se instalaba el mercado. Me dirigí a esa calle y estuve haciendo tiempo para provocar un encuentro fortuito con él.

El piar de los pájaros se escuchaba con una cadencia constante. El cielo, limpio y claro, comenzó a inundarse de tonos anaranjados mientras yo iba de un lado a otro sin perder detalle de todo cuanto acontecía en la calle: un gato rebuscando en la basura, un vecino metiendo su pequeño Pasquali en su cerca, el eco de las campanas de la iglesia, vecinos hablando a voces... Pero ni rastro del tendero marroquí.

Anohecía ya cuando alguien salió de su casa. Afiné mi vista y comprobé con desilusión que no era él. Estuve tentado de preguntarle si sabía dónde vivía, pero no quería que los dimes y diretes, que en el pueblo corrían como la pólvora, llegaran a oídos de Papa, Mama o Abuela.

Estaba a punto de dar por acabada mi jornada de centinela y volver a casa, cuando una sombra me acechó por la espalda. Al volverme, vi a Alejandro que me miraba serio. Me inquietó no encontrar en su rostro ni un atisbo de su característica sonrisa.

—Hola, Alejandro —dije con voz trémula.

Él empezó a hablar en árabe y con un tono bastante alto. En ese momento, una puerta se abrió y de ella salió... «¿Alejandro?». Miré extrañado al nuevo individuo.

—¡Qué pasa, *chiaval*! —me contestó mostrando todos sus dientes—. Este gemelo, hermano mío.

Se dirigió a él hablando en su idioma, pidiéndole que pasara dentro. Nos quedamos a solas en la calle el «verdadero» Alejandro y yo.

—Lleva dos *mese* con nosotros. A ver si *encontra* trabajo él.

Sonreí para mis adentros mientras asentía.

—¿*Quí hases* aquí? —me dijo.

—Mira —di dos pasos hasta situarme debajo de una farola y saqué de mi riñonera la hoja con la letra de la canción de Queen—, es que quería recitarte algo.

Alejandro añadió a su sempiterna sonrisa un toque de extrañeza.

—Es un poema en tu idioma —aclaré.

Y le leí la letra lo mejor que pude. Alejandro se quedó callado. No entendió ni una pizca.

—No sé qué hablas tú —dijo.

—Es un poema de un... amigo. Pensé que te haría ilusión escuchar algo en tu idioma, ya que estás tan lejos. —Y se lo repetí de nuevo.

Nada. Alejandro cabeceaba de un lado a otro. Saqué entonces mi walkman y, con decisión, le tendí los cascos para que se los pusiera. Le di al *play* y «Mustapha» comenzó a sonar. La cara de Alejandro se iluminó. Me miró y volvió a cabecear a los lados, esta vez pensando quizá que de dónde habría sacado yo esa canción. Cuando acabó, se quitó los auriculares con delicadeza y me los devolvió.

—Tu amigo inventa letra. Ni sé ni lo que dice. Pero gustar ritmo. —Y bailoteó moviendo el puño en alto.

Volví a casa con una pequeña frustración clavada, pero que se disolvió con el paso de los días. Años después supe que Freddie improvisó gran parte de la letra de «Mustapha». Excepto las palabras que yo había pillado al principio, todo lo demás fue fruto de su gracejo a la hora de inventarse las frases en árabe.

Cuantas más personas de Marruecos, Rumanía, Argelia o Arabia Saudí iban llegando al pueblo, animadas por sus compatriotas, nosotros tratábamos de incorporarlas con naturalidad dentro del paisaje social. No siempre fue fácil, pues si alguien venía de nuevas latitudes, era como si algo se descuadrara. Como cuando, sentados en la terraza del bar de Prospe, que estaba en las afueras, vimos cómo seis negros ataviados con camisas y pantalones anchos llenos de múltiples colores avanzaban calle arriba ocupando toda la calzada. Parecían «los siete magníficos» en versión africana.

—Pero ¡esos son negros! —exclamó el Pecas mientras la pepsicola se le caía al suelo de la

impresión.

—Mi padre tiene un pijama así pero en gris —dijo Santi.

—Pero ¿aquí pueden venir también negros? —siguió el Pecas.

—A ver, Pecas, lo estás viendo, ¿no? —Santi le habló con una sonrisilla mientras devoraba su segundo bocadillo de panceta.

—Y además van por to el medio de la calle. Como pase un tractor se los limpia. Y ya tenemos el lío. Allí es que andan tranquilamente porque seguro que no tienen vehículos de motor.

—¿Allí dónde? —le espetó Santi, interrogándole.

El Pecas pensó durante unos segundos y decidió compartir su razonamiento.

—Pues en Kenia. Estos tienen que ser de Kenia por lo menos...

—Lo dices como si hubiera solo dos países en África, tío. ¿Y si son de Etiopía? ¿O de Nigeria? ¿O Senegal? ¿O Mali? ¿O Camerún?

—De Senegal aquí, imposible —añadió Juanvi, metiendo su hocico en la conversación.

—Pues sí que hay razas en el mundo... —concluyó el Pecas.

Cuando Juanvi hablaba, siempre nos pillaba de sorpresa. Se juntaba a veces con nosotros, pero era tan sigiloso que se nos olvidaba que estaba ahí. Su padre era el electricista del pueblo.

Entre tanto Alejandro y Hamida cada vez participaban más en las actividades del pueblo. No era raro verlos formar parte de corrillos en las plazas, asistir a conciertos de la banda de música y a las obras de teatro, comerse unos churros en la feria o seguir el desfile de carnavales desde una esquina. Incluso, pese a profesar religiones diferentes, formaban parte de las procesiones en Semana Santa o las que se celebraban durante la semana de feria y fiestas. Así como en Navidad, caminaban junto a la cabalgata de Reyes. No en vano, Alejandro llegó a disfrazarse de Baltasar un año, poniéndole más entusiasmo que muchos otros que desempeñaron ese papel anteriormente. Fue el año en el que, antes de dar comienzo la cabalgata, desaparecieron misteriosamente los gorros de los pajes. El concejal de festejos, con sentimiento de culpa y el «algo habrá que hacer» grabado a fuego desde las elecciones anteriores, fue corriendo a su casa a ver qué encontraba. Era muy aficionado al carnaval, con lo que confiaba en solventar la papeleta. Lo consiguió de aquella manera con el paje de Melchor, que se puso en la cabeza un gorro de Robin Hood. Peor fueron las cosas con los pajes de Gaspar y Baltasar, que tuvieron que ponerse una chistera y un bombín. Al año siguiente no faltó en ningún bar la frase: «¿Este año también salen Tip y Coll de pajes en la cabalgata?».

Alejandro volvió a repetir como Baltasar.

Para mí fue el mejor Baltasar que recuerdo haber visto.

## Capítulo 12

### We are the champions

—¿Sabes lo que le ha pasao al hijo de la Vicenta? —empezó a decir Abuela, mientras cortaba pan.

—¿Qué Vicenta? —replicó Abuelo.

—Ea, ¿qué Vicenta va a ser? La que está casá con Pepito «el Albañil».

—Ah, ya.

—Pues el hijo.

—¿El que se viste siempre de mujer en los carnavales?

—Exactamente.

—Sí, sí... que es novio de la de «Trigolimpio».

—¡No me digas que habla con la hija de Trigolimpio! No lo sabía.

—Me lo contó la Asunción en la esquina donde tiene la casa Juan «Rindolo».

—Pobrecica la Asunción... Vi a su madre hace poco. Bueno, ayer. Está muy estropeá.

—Ha pegao un bajón...

—Creo que se va ahora a la casa de la otra hija, la que vive en Alicante.

—¿La que se separó de Paco el del estanco?

—No, esa es la pequeña.

—Es que las confundo.

Yo ya me había perdido hacía rato. Finalmente lo que contó Abuela fue que un muchacho del pueblo, el hijo de la Vicenta, tuvo la feliz ocurrencia de tirar un petardo bien gordo en la puerta de enfrente. El motivo fue que su equipo había ganado la final de la Copa del Rey y su vecino se había pasado todo el año picándole a base de lindezas de todos los colores con el equipo rival. Ante la posibilidad cierta de devolverle toda la bilis que había tragado, le pidió a un primo suyo de Quart de Poblet, en Valencia, que le mandara «uno o dos petardos gordos de esos que tiráis allí en las Fallas». El petardo que le envió era tan grande como su puño. La noche estaba quieta y silenciosa, como todas las noches del pueblo, cuando el hijo de la Vicenta, en plena euforia, fue a cobrarse su venganza. Fruto de la excitación que le provocó la consecución del título por parte de su equipo, sumado al carácter furtivo de su acción, encendió el petardo de manera torpe y nerviosa. Eso, unido a que por lo visto el *masolet* le llegó en mal estado, provocó que le estallara

de manera repentina en su mano, arrancándole de cuajo el meñique, el anular y la segunda y tercera falanges del dedo corazón.

—Si es que el fútbol no es bueno —sentenció Abuelo al escuchar la historia en boca de Abuela.

A mí me apasionaba también el fútbol, como le ocurría al hijo de la Vicenta. Estaba enamorado del rojo, el blanco y el negro, los colores de mi equipo. Sin embargo, cuando visualizaba lo que sentiría al verles ganar un campeonato, pensaba en bailar, en dar abrazos y en besar a gente. Pero nunca en tirar un petardo. «¿Para qué sirve el ruido? ¿No es mejor poner una canción y bailarla todos juntos?».

Me había quedado a comer en casa de Abuelo y Abuela. Afuera hacía una resplandeciente tarde de sábado, muy calurosa para esas fechas. Abuela hizo huevos fritos y albóndigas, junto a una gran ensalada de tomates, cebolla y ajo picado muy fino. La tele puesta, claro. La tele siempre estaba puesta en su casa. Excepto un día al año: el del aniversario del fallecimiento del hermano de Abuela, al que nunca conocimos Mar y yo, pero del que de vez en cuando nos hablaba con nostalgia. Ese día, marcado en el calendario, allí no se ponía ni la radio ni la tele durante las veinticuatro horas en señal de luto. Abuela, además, cubría el televisor con una tela negra.

En la comida, lo que se veía eran las noticias. Siempre. Y la pulcritud y exactitud por conservar los mismos horarios todos los días hacía que el postre coincidiera inequívocamente con «el hombre del tiempo», al que Abuelo prestaba una atención obsesiva.

—¡Chsssss! ¡Callar! Que van a dar el tiempo.

Y siempre que el televisivo meteorólogo se despedía con un «que pasen ustedes una buena tarde», Abuelo le decía en voz alta desde su silla: «Gracias, hombre. Buena tarde a usted también», se metía un palillo en la boca y se levantaba de la mesa. Se declaraba entonces la hora de la siesta.

Una vez que Abuelo y Abuela ocuparon el sofá y yo el sillón orejero, dejé que mis ojos se fueran cerrando en un plácido tránsito. Ayudó el sonido del reloj de pared mezclado con los melodiosos diálogos de *Irma la dulce*, que la estaban poniendo en la tele.

Los tres caímos como moscas.

El timbre de la puerta sonó de repente.

—Pero bueno, ¿pues quién viene a estas horas? —dijo Abuela con los ojos aún cerrados.

—Eso digo yo —agregó Abuelo, con cierto malestar—. Jota, ve a abrir, anda.

Yo, que me estaba secando la babilla que se había deslizado desde mi boca durante la siesta, fui hacia la puerta arrastrando los pies. Aún no estaba despierto del todo cuando llegué. Abrí la puerta y el fogonazo de luz me dejó como a Raymond Burr con los flashazos que le tiraba James Stewart en *La ventana indiscreta*.

—Hola, hermoso, ¿está tu abuelo por ahí?

Lo reconocí primero por la voz, ya que aún no había recuperado mi vista. Era Casimiro, un amigo de Abuelo. Con apariencia de Gargamel, tenía cierto tembleque al mover su cuerpo esmirriado y huesudo, como si fuera siempre subido en un remolque sobre un camino empedrado. Casimiro era conocido especialmente por su tacañería, que le hacía, entre otras cosas, apagar el televisor cada vez que salían los anuncios. «Pa ahorrar luz», decía.

—Dile que salga, anda —me pidió, ocultando un brazo tras su espalda.

Fui al salón a decirle a Abuelo que saliera.

—Es tu amigo Casimiro.

—No te creas que este también... —refunfuñó mientras se levantaba del sofá.

Abuela aprovechó para quejarse al unísono.

—Es que... vaya horas, Casimirín... —dijo para sí. Desde su misma postura de siesta. Los ojos seguían cerrados.

En el pasillo, Casimiro recibió con una mueca infantil a su amigo. A mí ya me habían fastidiado el sueño, así que me asomé al pasillo a oler lo que allí se cocía.

—¿Qué pasa, hombre? —Abuelo aún llevaba una torta encima importante.

Casimiro hizo un movimiento propio de los magos que veía en la tele y se sacó de detrás lo que parecía un trofeo pequeñito o algo así.

—Que ya nos han dao la copa —dijo sin borrar su cara de parque de atracciones.

—Pues mu bien —contestó Abuelo con sequedad.

Desde mi posición no pude reprimir recalcar una información que yo ya sabía por boca de Abuelo, y así se lo lancé.

—Pero ¿quedasteis terceros, no?

—Claro, hermoso —repuso Casimiro—. Pero por fin ya tenemos la copa que nos acredita como terceros clasificados a tu abuelo y a mí.

Aquella frase debió de haberla escuchado en algún telediario porque Casimiro no acostumbraba a hablar así. En ese momento recordé las palabras exactas que Abuelo había pronunciado tres días antes. Se las dijo a Abuela en la cocina mientras yo bebía un vaso de agua: «Hemos quedao terceros en el campeonato de tute. Nos iban a dar una copa a los tres primeros, pero no les han llegao todavía. Pero que pedías..., las tienen pedías... Dicen».

Casimiro alzó la pequeña copita y se abrazó a Abuelo que, aturdido, se dejó arrastrar en la celebración, dando vueltas, mientras el primero repetía efusivamente: «La copa, la cooopaaaaaaa».

Cuando ya parecía que Casimiro se iba a ir por donde había venido, se dirigió de nuevo a Abuelo:

—Escucha, que esto lo hemos ganao los dos. Pero, claro, no podemos partirla por la mitad. —

Se rio solo de su ocurrencia, y retomó—: Que he pensao que te la quedas tú.

—Eh... Bueno... Vale.

—Me das trescientas pesetas, si quieres, y te la quedas y ya está.

Abuelo, que pese al meneo del abrazo, seguía bajo los efectos de la siesta interrumpida, atinó a decir:

—¿Cómo que «si quieres»?

—Claro. Oye, que si no, me la quedo yo, ¿eh? Si yo es por ti.

Abuelo no sabía cómo acabar con aquello.

—Venga, pues dame las trescientas pelas y santaspascuas —sentenció Fabián.

Abuelo volvió al salón después y buscó acomodo para la copita encima del televisor, al lado de un recuerdo de Nerja. Abuela, mirándola, suspiró:

—Trescientas pesetas.... Si eso yo creo que no vale ni veinte duros. Y encima luego va a haber que limpiarla de vez en cuando con Aladdin.

—Si quieres la limpio yo, Abuela —dije, solícito.

Junto con el del rotulador permanente Edding, el olor del algodón mágico Aladdin me propinaba ya mis incipientes colocones de andar por casa.

—Pero ¡qué vas a limpiar tú! —dijo Abuelo entre risas—. La limpieza es cosa de mujeres. ¿Te quieres venir conmigo a la huerta mañana? —Y se dirigió a Abuela para informarla—. Tengo que coger las habas y regar un poco, que está la tierra mu seca y «el hombre del tiempo» ha dicho que todavía no llueve.

—Vale. Se lo digo a Mama primero. Creo que sí puedo —dije como si tuviera que consultar mi apretada agenda de niño.

Tras el carreterín por el que se llegaba a la huerta, se abría paso un caminito estrecho de tierra firme que conducía a la casa. Anteriormente fue un camino de servidumbre, que había formado por el centro toda una hilera elevada en la que la hierba silvestre crecía a su antojo.

La casa de la huerta no era muy grande, pero contaba con su chimenea, una pila con su grifo, un espejo con manchurriones negros y un sofá desvencijado que tenía registradas múltiples siestas en su hoja de servicios. Los aperos de labranza colgaban en pequeñas estacas clavadas o se apoyaban en esquinas. Un perchero de pared hecho a mano mostraba siempre sombreros de paja y gorras con logotipos de cajas de ahorros o seguros. También había una pequeña habitación con una cama vieja y varias cajas de madera apiladas en un rincón, de las que salía siempre un agrio aroma a fruta. Fuera, a unos pasos de la esquina de la casa, había un pozo tapado con *uralita*.

—Ni se os ocurra retirarla y asomarnos, ¿eh? —nos advertía siempre Abuelo a mi hermana y a mí.

Eran muchas las historias que se contaban de personas que se caían a los pozos y no salían de

allí con vida. Gracias a eso, cada vez que miraba hacia el interior del pozo, de su negro fondo me parecía oír brotar una música en modo menor, sombría, con violonchelos y contrabajos bramando siniestramente.

Dos majestuosos nogales daban una sombra reconfortante en la explanada que se abría frente a la casa. Yo los miraba desde abajo y ellos parecían mover sus ramas mientras resonaban los metales del comienzo del *Largo* de la Sinfonía del Nuevo Mundo.

Y si el viento se levantaba, nos regalaba ligeros aromas a romero, hierbabuena y tomillo.

Fueron muchas las veces que comentaba con Mama:

—Me tengo que venir aquí con la trompa, a estudiar, tocar partituras de Mozart, Haydn, pasajes de bandas sonoras... mientras Abuelo hace cosas.

—Pues, claro, aquí ni molestas a nadie ni nadie te molesta a ti.

Cuando me decidí por fin a hacerlo, llegué con muchas ganas porque hacía una mañana estupenda. «Esta luz pide Richard Strauss», pensé. Saqué el instrumento de su estuche, lo dejé apoyado en una mesa de ladrillos que había bajo uno de los nogales mientras armaba el atril, y cuando cogí la trompa vi que una lagartija se estaba metiendo por la campana. Cogí un palo, la aparté y guardé el instrumento de nuevo en su funda. No llegué a tocar ni una nota. Ni ese día ni nunca.

Con la mañana que hacía.

Detrás de la casa había una balsa donde nos bañábamos entre los pequeños renacuajos que allí se criaban. No cubría mucho, así que en esas ocasiones Mar y yo nos quedábamos sin nuestra ración de observar cómo nadaba Abuelo. Cuando lo hacía en la piscina municipal, nos provocaba risas verlo nadar verticalmente: «Parece un gato de pie, andando con las patas traseras», nos burlábamos.

Pues bien, aquella mañana que fui con Abuelo a la huerta había una luz especial.

—Tú quédate por aquí que yo voy al balsín a preparar el riego —me dijo, arremangándose con decisión su camisa de rayas finas, dejando al descubierto sus brazos fornidos y esculpidos a golpe de azada.

—Luego almorzamos, ¿no? —Mi única preocupación era llenar el buche.

—¡A ver si no! Pues claro... Me he traído la horterera grande hasta arriba de pimientos fritos y croquetas que ha hecho tu abuela. Y también una tortilla de patatas.

En el pueblo llamaban «hortera» al recipiente con comida que se llevaban los hombres al campo, a las huertas. Abuelo siempre la llevaba dentro de su talega a cuadros azules y blancos.

Mientras él hacía sus labores, me entretuve paseando entre los árboles. Saqué el walkman de una bolsa que me había traído y me puse una cinta donde en la cara A tenía varias canciones de Queen y en la B una obra orquestal donde la instrumentación era solo de cuerdas. Me la había grabado de uno de los discos prestados por Pitule, uno de los compañeros mayores que yo que

tenía dentro de la banda de música y que me suministraba material musical de altura. Con los cascos en las orejas y las armonías fluyendo de un oído al otro, parecía que las fragancias del campo se afinaban también. Cogí un palo y lo removí al viento, al compás de la música que sonaba. Me asomé a la conejera, donde Abuelo tenía varios conejos que, en ese momento, comían restos de hojas y gránulos. Me entretuve poniéndoles nombres de los compositores que iban formando ya parte de mi universo. Los señalaba con el palo e iba bautizándolos: «Maurice, Amadeus, Piotr, Leonard, Benjamin, Richard». Para el último de ellos reservé el nombre del compositor cuya música sonaba en aquel instante, de reciente incorporación a la pandilla: «Y tú, Ralph».

Después del almuerzo, donde dimos buena cuenta de nuestras provisiones, Abuelo se encendió un cigarro y le dio unas cuantas caladas rápidas.

—No le digas a tu abuela esto, ¿eh?

—¿El qué?

—Cagüendíole, Jota. Esto —dijo señalando el pitillo con la barbilla y echando humo por la nariz—. Tu abuela no quiere que fume. Que no me lo ha dicho tal cual, cuidao, pero sé que no le hace mucha gracia. Tuerce el morro cuando huele que he fumao. Y tengo que andar escondiendo también los paquetes.

Yo sonreía amargamente al imaginarme a los dos, cara a cara, llevando a cabo las autoprohibiciones que se imponían: Abuela cantando y silbando mientras Abuelo le aplaudía fumándose un Ducados.

—Abuelo, te he hecho una sorpresa. —Y señalé hacia un cachito de tierra que había a los pies del nogal.

—Pero ¿qué has puesto allí? —contestó con extrañeza, mientras aplastaba la colilla con su alpargata derecha.

Un brillo producido por el reflejo del sol, indicaba el lugar exacto. Nos acercamos hacia allí, donde el pequeño trofeo del torneo de tute estaba semienterrado.

—Pero ¿qué hace eso ahí? —Su cara se arrugó como el papel.

—Abuelo, vamos a hacer una ceremonia para que, en lugar de terceros, la próxima vez Casimiro y tú quedéis campeones. Mira, ponte esto —le dije mientras le tendía mis cascos.

—No tienes na más que tontás... Venga, que tengo que seguir regando.

—No tardamos na. Escucha la canción mientras riego la copa y así crecerá para llegar a ser la copa de campeones.

—Pero que a mí me da igual si ganamos al tute o si no ganamos al tute.

Le di al *play* y el sonido del «We are the champions» me llegaba desde los auriculares en sus orejas. Ayudándome de una jarra pequeña, comencé a verter agua alrededor del trofeo.

—¡¡Esta música es mu moderna pa mí!! —dijo gritando. Y riendo, yo le respondí con señas

que no hacía falta que gritase—. Hala, ya. —Se quitó los cascos, no sin enredarse con el cable—. Venga, ponte una gorra que el sol ya muerde. Voy a seguir un rato y luego nos vamos al pueblo.

No tuvo paciencia para escucharla entera, con las ganas que tenía de que oyera esa trepadita arpegiosa que hace John Deacon con su bajo, cerca del final. Probablemente, mi instante favorito.

El sol avanzaba implacable. El azote de su calor se dejaba sentir en la tierra, caliente. Me toqué el pelo y ardía. Haciendo caso de la recomendación, corrí adentro de la casa a por una gorra. Elegí una verde y, con un golpetazo de dedo, retiré a la araña que había dentro.

Al salir miré a la derecha con los ojos entrecerrados. Abuelo estaba acabando de repartir en dos cubos las habas que había cogido. Después, azada en mano, se dirigió a las pequeñas eras que había formado para nutrirlas del agua que llegaba procedente del balsín. Comenzó a agacharse, con el ímpetu de un deportista olímpico, en movimientos que parecían implantados desde generaciones pasadas. Yo lo observaba en la distancia, taciturno. De repente, caí en la cuenta de que el silencio se había adueñado de la estampa que me rodeaba. No se oía nada. Ni el viento ni los bichos ni los pájaros. Era como si el planeta se hubiera quedado mudo. Pensé que ese calor, cuya intensidad no correspondía con los días del calendario, me estaba causando la sordera. Decidí colocarme los auriculares y pulsé el botón del *play*. La cara B se inició de nuevo con la *Fantasía sobre un tema de Thomas Tallis*, de Ralph Vaughan Williams. Escuchar las primeras notas supuso el alivio que buscaba. «No estoy sordo». Neville Marriner dirigía una vez más a la Academy of St Martin-in-the-Fields, una formación con la que empezaba ya a familiarizarme. Alentado por el firme pulso de las violas y los violonchelos en sus primeros compases, caminé hacia la noguera más grande. Eran *pizzicatos* que no presagiaban el que vendría después y que surgió de repente, súbito, como de la nada, dejando por rastro un trémolo casi imperceptible que pareció invitarme a trepar el tronco. Llegué a una de las ramas más altas, y desde allí seguí observando cómo Abuelo abría y cerraba los boquetes en la tierra para que, desde la reguera madre, el agua fuese entrando. En ese momento, el tema principal se exponía con solemnidad por parte de unas decididas violas, arropadas por los violonchelos y los contrabajos. Parecían guiar al agua, que regaba a las futuras judías verdes y a los futuros tomates. También a las zanahorias y los calabacines que habrían de comerse algún día. Y a los melones cuya corteza caería de nuevo al suelo, desprovista ya de su carne, en una tarde de verano. Mientras, los violines, celosos, tomaban el mando y elevaban el tema más arriba, *molto espressivo*, desde donde divisaba ahora el rosal que enmarcaba la puerta de la casa, rebosante de rosas de varios colores. Y a sus lados, la manzanilla sembrada, esa que Abuela cogía con mimo para cocerla y hacer infusiones con ella, que nos preparaba y nos daba a beber, acompañadas de un beso en la frente.

Los violines segundos desplegaban semicorcheas y me señalaban hacia la espalda de la casa,

entre el camino y la balsa, el rastro de tres ciruelos. Y sentí que en ese instante, a mi lado, Abuelo me susurraba al oído, y me contaba que tiempo atrás, los rayos de una tormenta impactaron en ellos y se secaron, teniendo que sacrificarlos. Y que fue una pena porque daban unas ciruelas de la variedad «Claudia» que estaban riquísimas. Giré la cabeza, pero Abuelo ya no estaba. En su lugar, una alondra posada en una rama movía sus alas anunciando su inminente vuelo. Conseguí agarrarme en el último suspiro a su cola y despegué con ella. Y subimos y subimos. Y nos cruzábamos con mirlos, tordos, gorriones y golondrinas. Y yo no sabía si las cosquilleantes disonancias que había escuchado les provocaban los giros en el aire o si eran sus giros los que habían originado esas disonancias, que entrechocaban entre los violines y las violas. El campo cada vez se veía más abajo, pero conseguí distinguir almendros, higueras y avellanos. Y manzanos, melocotoneros y perales. Y encinas. Y pinos. Y todos juntos formaban un crisol de colores de una belleza arrebatadora. Surgieron otros caminos ahí abajo, cada vez más lejos, formando un intrincado conjunto de arterias que comunicaban otras huertas con pinares, viñas, campos de melones, de ajos, acequias y pozos. Y se perdían entre montes, pueblos, ciudades, montañas y ríos. Y sentía que había ganado un campeonato. Y que Abuelo había ganado otro. Que todos éramos campeones y los múltiples trofeos se nos ofrecían a los pies.

Miré hacia arriba.

Y la luz del sol me engulló.

## Capítulo 13

### Killer Queen

Me puse muy nervioso cuando me lo dijeron.

—Jota, te van a tener que operar —me comunicó Mama con la suavidad que le caracterizaba.

La misma suavidad que empleaba para regañarme o para buscar mi culo con la zapatilla en la mano, lo cual me desconcertaba. Sobre todo cuando recordaba las palabras de Santi al respecto: «¡la mía, tronco, se pone como una loca!». Y yo pensaba que así debía de ser. Pero que Mama me diera un pescozón y me castigara en mi cuarto con voz mansa y melodiosa me daba más miedo aún.

Papa intervino también en esta desconcertante noticia para mí.

—Es una operación de amígdalas, pero tranquilo que eso no es na.

—¿Amígdalas? —Me llevé una mano al cuello porque Papa se había señalado esa zona, pero en realidad yo no tenía ni idea de qué eran las amígdalas.

—Son anginas. Que las tienes mu grandes. Te las quitan y así puedes tragar mejor.

También era la primera vez que escuchaba la palabra «anginas», así que lo mismo me daba. Eso sí, de cara a Santi o Lola o Anilla, reivindicaba la primera palabra.

—¿Me han dicho que te van a operar de anginas?

—Bueno, es una operación de amígdalas —decía, vocalizando cada letra, para que no hubiese dudas de que aquella operación entrañaba una gravedad y un riesgo, aunque no fuese cierto.

Es curioso como, de niños, nos empeñábamos en revestir este tipo de acontecimientos de una importancia que rozaba lo solemne. Con un espíritu de hierro. La operación no tenía riesgo alguno, pero cuando llegó el momento me convertí en la persona más cobarde y vulnerable del mundo.

Ya en el quirófano el anestesista me preguntó cosas divertidas. Se daba un aire a don Rufino, el maestro de Naturales. Sentía que intentaban distraerme como a un mono, con un plátano en una mano y unas maracas en la otra, pero aquella sensación me gustaba. El doctor que me iba a operar me dijo:

—¿Te gusta la música?

—Lo que más —le confesé.

—¿Y qué te gustaría ahora mismo, enumerar músicos o cantar una canción?

Yo no sabía muy bien dónde quería llegar el doctor, así que le dije que «lo que más me

gustaría ahora mismo es estar en mi casa escuchando Queen».

—Ah, te gusta Queen, ¿eh? Venga pues canta alguna, si quieres.

—Esta inyección que te voy a poner es para dormirte, tranquilo. No te vas a enterar de nada. Tú canta, como dice el cirujano —insistió el anestesista.

El leve pinchacito me estremeció. A los pocos segundos, su parecido con don Rufino era más patente, hasta que llegaron a ser como dos gotas de agua. Empecé a sonreír y a tararear como pude la letra de «Save me», la canción que escogí del repertorio. Dada mi enemistad con el inglés, yo no era consciente de lo adecuado que resultaba exclamar una súplica en ese momento. Pronto dejé de ser consciente, en general, no sin antes lanzar una última mirada al anestesista y decirle, con risa tonta: «Aceituno, ten cuidaooo»...

Oscuridad.

Cuando desperté no sabía qué día era, ni si era por la mañana o por la noche, si había soñado o no. Me sentía mareado y la garganta me dolía al tragar. Movía las extremidades, que parecían hechas de aquel corcho blanco que tenía millones de bolitas y con el que jugábamos a que nevaba en la calle al deshacerlo. Papa y Mama me miraban.

—Ya está, ya no tienes las anginas. —Mama me comunicó las primeras palabras tras salir de los efectos de la anestesia.

—Yo creo que todavía no oye... —le dijo Papa.

—Pero ¿qué dices?

—Pues que igual va recuperando los sentidos poco a poco... Primero uno, luego otro...

—Pero que la han puesto anestesia general; te despiertas y ya está.

—Sí, ¿no? —Papa me miró. —¡Jota, ya es-tás des-pier-to! —gritó, despacio y vocalizando. No preguntaba, afirmaba.

Mama no sabía ni dónde meterse. Luego le chistó, señalando al otro paciente con el que compartíamos habitación.

—Quiero... agua —acerté a pronunciar con mi lengua de trapo.

Papa volvió a la carga.

—¡El médico dice que todavía no pue...!

—Chsssst. Que no grites —le reprendió Mama, susurrando fuerte.

Papa bajó entonces muchísimo la voz:

—Que el médico dice que todavía no puedes beber na.

Eso es lo que él creyó decir, pero el resto escuchamos un bisbiseo casi imperceptible.

—Hombre, ni una cosa ni otra. —Le hizo ver Mama.

—Que tú tranquilo, Jota. —Papa ya con un registro medio de potencia—. Que mañana estarás casi bien y al contao estarás ya por ahí danzando y dando vueltas.

Unas palabras lánguidas y algo lastimeras llegaron del otro lado de la habitación.

—Como los derviches turcos...

Silencio.

Después de mirar a Mama, que acto seguido se fue al baño, Papa se dirigió a la cama en la que estaba acostado el otro paciente.

—¿Decía usted?

—Que digo que va a danzar y dar vueltas como hacen los bailarines derviches en Turquía.

Papa lo miró un rato, callado. Luego añadió:

—Exactamente. —Se giró hacia mí—. Este está todavía con la anestesia que no se aclara...

—Mi anestesia se llama cultura —añadió el convaleciente.

Papa optó por hacer como que no lo había oído. Me miraba fijamente, con una sonrisa rara. Callado. Yo no sabía si aquellos silencios eran extraños por mi atontamiento o se estaban produciendo de verdad.

—Por cierto —soltó de repente—, no te lo dijimos, pero también te han operado de vegetaciones. Ya que estaban, el médico nos aconsejó que era lo mejor. Por aprovechar.

—¿Vegetaciones? —murmuré—. Pero eso... ¿qué es... entonces?

Silencio. Otra vez.

—Venga, dígaselo. Dígale en qué consiste lo de las vegetaciones —pidió el de al lado... con un poco de mala leche.

Tras otra pausa, Papa salió malhumorado de la habitación.

—Dile a tu madre que he bajao a la papelería del sanatorio, a por tabaco y otras cosas.

Cuando subió, me dijo que me había traído algo como recompensa por haberme portado tan bien durante la operación. Me dio un libro envuelto en papel de regalo. Al abrirlo descubrí una portada con un dibujo que me encantó. El título era *Misterio del lago fantasma*, y encima del mismo, en un faldón negro, ponía «Alfred Hitchcock y los tres investigadores». Debía de ser una colección.

—Anda —dijo Mama—. Este tiene que ser de aventura y de suspense.

—Sí —añadió Papa—, es que a *Alfre Hicok* le llamaban —su mirada se dirigió a la cama del otro enfermo— «el maestro del suspense» —dijo, haciendo de manera exagerada las comillas con los dedos. Y se volvió hacia nosotros. No se dio cuenta de que el otro paciente dormía.

Miré de nuevo la portada del libro. Tenía muchas ganas de empezar a leerlo y de reproducir luego, en casa, el dibujo de la portada.

Con el tiempo tuve alguno más de la saga «Alfred Hitchcock y los tres investigadores», como *Misterio en el castillo del terror* o *Misterio del concurso de T.V.* Todos ellos los leí escuchando composiciones de Bernard Herrmann. Era el «traje musical» idóneo para ello, como ponerse un chándal para ir a hacer gimnasia. Aquel señor americano fue mi gran descubrimiento a raíz de que Papa me regalara el libro. Por otra parte, yo supe por primera vez de aquel director de cine

por el alborozo que supuso en casa ver el anuncio de que iban a poner *Los pájaros* en la tele. Aunque éramos aún pequeños para ese tipo de películas, a Mar y a mí nos dejaban verlas, porque Papa y Mama no las consideraban ni de miedo, ni subidas de tono, ni de vocabulario soez. Además, cuando las vimos, lo de poner uno o dos rombos ya había pasado a la historia. De manera que *Los pájaros*, *Marnie*, *la ladrona* o *La ventana indiscreta* las vimos en familia, los cuatro. Y yo fiché en los créditos el nombre de aquel compositor, que sonaba como a futbolista de la selección alemana. Tardaría, sin embargo, varios años más en escuchar una de sus más célebres partituras, la que hizo para *Psicosis*. En ese caso también me llegó antes la música que la película. Me pasó lo mismo con *Vértigo*, quizá mi banda sonora preferida de Bernard Herrmann. Fue la primera que conseguí en la época en la que leía y releía el libro que me regaló Papa. A través, claro está, del hermano de Santi. Me grabó en la cara A varios temas que pertenecían a la peli protagonizada por James Stewart y Kim Novak. Y en la B incluyó temas de *Con la muerte en los talones*, con ese comienzo tan particular de intrincados ritmos y vigor orquestal.

Pero la de *Vértigo* la escuchaba día y noche. Me gustaba especialmente hacerlo en la cama, con el walkman y los cascos puestos, leyendo uno de los libros de la saga «Los tres investigadores» de Hitchcock. Aunque siempre que llegaba el tema de la *scene d'amour*, no podía compaginar lectura y escucha. Entonces dejaba el libro a un lado y me colaba de lleno en la atmósfera que creaban aquellos acordes. Me dejaba arrastrar por el misterio de esas primeras notas agudas, que me mecían y me llevaban a sitios oscuros en los que, sin embargo, no temía a nada ni a nadie. Quería sentir el abrigo de la cuerda en todo su esplendor, su armonía cambiante, sus trémolos, que parecían susurrar secretos. Secretos que se acababan desvelando en una explosión sonora en la que aparecía el arpa, con su cascada de notas como diamantes saltando por los aires. Y los vientos, flotando alrededor. Entre ellos, las trompas. «Ay», suspiraba al sentir el cosquilleo. «La trompa es el instrumento que mejor une el metal con la madera, el viento con la percusión, con la voz, con la cuerda...», mi cabeza no dejaba de reflexionar. Y me sorprendía a mí mismo pasando mis dedos por el dobladillo de la sábana para completar la gozosa experiencia con ese tacto de algodón, tan liso... «*Lo suave*», le decía a Mama desde muy bien pequeño, cuando me tapaba por las noches. «Ponme la sábana por *lo suave*». Y acariciando con las yemas el dobladillo, me dormía.

Pensaba en cuál sería el mayor regocijo: ¿ser el autor de esta composición o sorprenderse y disfrutar de ella al escucharla con distancia, como el resto de los mortales? Qué más daba, lo importante era que aquellas melodías existían ya para siempre. Y siempre habría oídos que las escucharían, durante décadas e incluso siglos después. Esa era la razón máxima por la que se habían creado.

Lo que sí quería era vivir en un mundo donde algo así sonara por las calles, por el campo, en

el mar... sin que uno tuviera que preguntarse de dónde salía.

La transición del colegio al instituto supuso también el lento ocaso de la atracción por Cris. Al igual que pasaba con la música de Herrmann, un halo de misterio parecía envolver los impulsos que surgían entre los distintos seres humanos. Había escuchado muchas veces a Abuelo decir «un clavo quita otro clavo», sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

Casi sin darme cuenta, vi en Adriana, la nueva alumna que llegó un buen día a nuestra clase del instituto, a mi renacida Elisabeta. Preso de uno de esos impulsos indescriptibles, volví obsesivamente a la música de *Vértigo*. Yo no había visto aún la película, ni tampoco pensaba en *Drácula*. Simplemente detectaba algún tipo de obsesión que salía de aquellos pentagramas. De manera que no es que me pusiera la cinta para pensar en ella, sino al contrario: al pensar en ella o verla, la música venía a mí.

Lola, con su sentido arácnido, lo detectó. Lo olió a la legua.

—Ya estás otra vez pensando en la nueva, ¿a que sí?

—No.

—Jota... ¿Sabes cómo se llama eso? Amor platónico. Ten cuidao con idealizar a las chicas. Que sí, que está claro que somos superiores a vosotros —decía con sorna—, pero no es plan que te obsesiones.

—Venga Lola, no te pongas a hablar ahora como si fueses experta en to lo de la vida. ¿Vamos ya a clase o esperamos a Anilla?

—Anilla ha salío a fumar a escondidas con Vicen.

—¿A fumar?!

—Bueno, a fumar... Ya sabes. A morrearse.

Aquel día, en clase de música, la profe nos soltó lo de que «escuchar a Mozart te vuelve más inteligente». No es que lo expusiera como si fuese una máxima científica, pero aseguraba que se lo había escuchado a gente que a su vez tenían como fuentes de inspiración a prestigiosos musicólogos. Yo aquello me lo tomé tan en serio que, al acabar, le pedí a Lola que por favor me suministrara alguna grabación más de la música de Mozart, dada la vasta colección que tenían su padre y su hermano.

—Pero si ya te grabé varias. Incluidos los cuatro conciertos para trompa y orquesta. ¿Cómo se llamaba el que toca, que tenía nombre como de chica?

—¿Dennis Brain?

—Eso.

—Sí, sí, más lo que he conseguido de los discos que me deja Pitule. Pero es que me quiero

enchufar bien de Mozart. Igual es verdad y te vuelves... Yo no digo que te vuelvas increíblemente inteligente, pero así... como más ocurrente, más chisposo, ¿no?

Lola me miraba con su genuina sonrisa de picaresca.

—Escucha «chisposo», tú lo que quieres es tener más armas pa ligarte a Adriana.

—Que no, idiota.

—Mira, ayer justo le llegó a mi padre de la *Discoplay* un CD del Réquiem de Mozart.

—Pero eso suena... así como mu fúnebre.

—A ver, no hagas caso al título. Es una de sus obras cumbre. Fue lo último que compuso. Por lo visto no llegó ni a terminarla. To eso sale en la peli de *Amadeus*.

—¿Qué peli? ¡¿Hay una peli sobre él?!

Lola abrió mucho los ojos.

—¡¿No has visto *Amadeus*?!

Dos días después tenía una cinta donde Lola me había grabado el Réquiem. Me aseguraba que era de las mejores versiones, porque lo interpretaba la Academy of St Martin-in-the-Fields y, según su padre, era la orquesta más especializada en la obra de Mozart en el mundo. La dirigía sir Neville Marriner. Me explicó que lo de *sir* era una cosa de los ingleses, y que no se lo ponían a cualquiera. Aquel director tenía que ser muy bueno.

Escuchar el Réquiem me atrapó desde el principio. No me lo esperaba, tal vez porque tenía más predilección por la música puramente instrumental y al enterarme que aquí había coro y solistas, estaba un poquito en guardia. Las corales no me disgustaban, pues de alguna manera seguía en contacto con ese tipo de música asistiendo a los conciertos que Papa y Mama hacían con el coro del pueblo. Pero me había vuelto casi un purista de lo instrumental. No obstante, fue darle al *play* y aquellos números que se iban sucediendo uno por uno en mis cascos me dejaron sin palabras. Una sección de cuerda deliciosa, intervenciones bellísimas de fagotes y clarinetes, un solo de trombón que se convirtió desde aquel momento en mi preferido ya para siempre, una coral sublime y unas ricas interpretaciones de soprano, contralto, tenor y barítono solistas.

Quise sorprender a Mar y ponérselo en el radiocasete.

—A ver, no me entretengas mucho que tengo que estudiar un montón, ¿eh? Y luego he quedao con estas.

—Espera un momeeeeeento.

Mar consiguió cazar el nombre del compositor, pues estaba escrito a boli en la carátula de la cinta.

—¿Mozart? ¿Me vas a poner música clásica? Eres más pesao que una vaca en brazos, nene.

—Que te va a gustaaar... Es el Réquiem.

—Pero ¿que me vas a poner música de muertos? Calla, quita, quita...

—Pues no es por na, pero te vendría mu bien pa estudiar porque... —y me puse misterioso,

que se me daba fenomenal—... según dicen los expertos, escuchar su música aumenta la inteligencia.

Mar se me quedó mirando con la mandíbula ligeramente sacada. Cuando ponía ese gesto de muesa, es que estaba pensando muchas cosas a la vez, contradictorias entre sí, y eso la ponía en un estado que no le gustaba. Para resolverlo, en este caso, sabía lo que tenía que hacer.

—A ver, ponlo...

—Yo le doy al *play* y te dejo, ¿eh?

—A ver si cuando no mire te vas a esconder debajo de la cama, como otras veces, y me vas a pegar un susto luego, ¿eh? —Y se quedó mirándome mientras se aseguraba de que salía de su cuarto y cerraba la puerta.

A mi hermana le gustó mucho. Me dijo cosas como «es relajante», «te calma», «no esperaba que fuese tan bonita», «es como de una banda sonora». Para acabar diciendo que «si no funciona lo de la inteligencia y no apruebo todos los exámenes que tengo, te la vas a cargar».

—Si es que se la tenías que haber puesto primero, y luego ya decirle lo que era, después.

Me dijo Lola al día siguiente.

—Ya...

—Claro. Tú le tendrías que haber puesto la cinta diciéndole: «Mira, ¿te gusta?», y ella: «Sí, ¿qué es?», y tú: «La banda sonora de la película tal», y le dices una en la que salga Patrick Swayze o Johnny Depp o Mickey Rourke. Y ella: «Anda, qué guay», y tú...

—Es que creo que no me sé ninguna película de esos actores que has dicho. Que los he visto en la *Teleindiscreta* y en otras que se compra mi hermana, sí, pero que...

—¡Que lo que sea, «Teleindiscreta»! Y si al final, vas y le sueltas: «Pues es el Réquiem de Mozart», el efecto hubiera sido más grande.

—Pero a ver, es que el arreglo orquestal que tiene el Réquiem no pega con, por ejemplo, *Dirty dancing*. Esa es de Patrick Swayze, ¿no?

—Ay, mira, déjame.

Los días pasaban. Y las semanas. Y los meses. No recuerdo si me fui notando más inteligente, pero sí fantaseaba con que me diera para poder aprobar de sobra sin apenas estudiar, con ganar a mi hermana al Trivial y al Monopoly, con jugar mejor al fútbol, tipo Laudrup... Cosas así. Lo que sí se convirtió en realidad fue que el Réquiem, aquella última obra que salió de la cabecita de Wolfgang, había llegado a mi mundo para quedarse. Alternaba sus escuchas con las de Queen. También tenían cabida los nuevos descubrimientos rockeros o de bandas sonoras de cine, así como otros compositores de música clásica. Pero todo ello gravitaba en torno a la banda de Freddie y al genio de Salzburgo.

También conseguí hacerme con *Amadeus* gracias a la profe de música que me prestó un VHS

de la película. Al día siguiente, Lola, que ya la había visto, me preguntó que qué me había parecido el film dirigido por Milos Forman.

—Me ha gustao mucho. Hay varias escenas que ya se me han quedao ahí para siempre —dije, tocándome en la sien con un dedo.

—Lo sabía.

—Pero ¿sabes qué más? —Lola me incitó a seguir con un movimiento leve de cabeza—. Que anoche tuve un sueño.

—¿Sí o qué?

—Estaban Wolfgang Amadeus Mozart y Freddie Mercury juntos, tomando algo en un bar.

—Vale.

—En la barra. Y hablaban... sin hablar. ¿Sabes?

—¿Cómo que «hablaban sin hablar»?

—Sí, ya sabes cómo son los sueños, que no es fácil explicarlos. Yo notaba que hablaban, pero no movían la boca. Como si se comunicaran por telepatía o algo así.

—Ya.

—Yo los veía reírse, sí, pero luego no abrían la boca, solo se miraban. Y asentían. Y volvían a reírse.

Lola seguía mis palabras con esa expresión neutra con la que muchas veces me escuchaba. Después empezó a lanzar esporádicas miradas sistemáticamente a un lado, aséptica.

—De fondo, en el bar sonaba el famoso *Andante* del concierto nº 21 para piano y orquesta.

—No sé cuál es.

—Pues fue una de las obras que me grabaste de CD a cinta.

—Ya, bueno, el experto en música clásica es mi padre.

—Bueno, pues es mu conocido. El caso es que cuando llegaba la parte del solista, Wolfgang Amadeus estaba al lado de un fútbolín e iba tocándole las cabezas a los muñecos.

—¿A los futbolistas?

—Bueno, es que no sé si es correcto llamar también «futbolistas» a las figuras de un fútbolín. El caso es que al hacerlo, iban sonando todas y cada una de las notas, como si fuera el piano. Hasta que dejaron de sonar.

—El fútbolín.

—Sí. Las notas.

—¿Qué equipos eran?

—El Real Madrid, creo... Y el Athletic de Bilbao.

—Cómo no...

—Y, claro, Mozart no se explicaba por qué habían dejado de sonar los jugadores, que hacían

de teclas... Entonces comenzó a chasquear los dedos para comprobar que funcionaban y encontrar así alguna solución.

—Ya.

—Y los chasquidos que iba dando, poco a poco, a ritmo, a *tempo*, le sirvieron a Freddie para comenzar a cantar «Killer Queen» mientras andaba sobre los taburetes.

—¿Esa es la canción que decías que era tan rara?

—Mozart tocaba el bajo, en el techo, bocabajo.

—Hala, ¿y no se caía?

—No. La canción continuaba y ahora ellos estaban cogíos, bailando juntos. Wolfgang vestió de reina de la feria y fiestas del pueblo y Freddie de su paladín.

—¿Como la Pili y su primo Juanfran el año pasao?

—Eso es. El final se repetía en bucle y ellos bailaban como si se hubiese rayao el disco, repitiendo los mismos gestos. Parecían autómatas en un balcón de esos que sacan en el telediario en Navidad, en plazas de Austria o algún país por esa zona...

—¿Y tú no salías?

—¡En ese momento entré yo, precisamente! Y al verme, pararon de moverse y me miraron.

—Eres cortarrollos hasta en sueños, macho. —rio Lola.

—Y Freddie se dirigió a mí con un «no te creas lo que dicen» y Mozart lo remató con «por mucho que escuches mi música, vas a seguir siendo más tonto que “Afilamazas”».

—¿Eso te dijo Mozart? —Lola inclinó ligeramente la cabeza hacia abajo, sosteniéndome la mirada.

—Sí, bueno...

—¿Mozart te dijo que eres más tonto que «Afilamazas»?

—A ver, que Mozart está muerto... Era el sueño... ¿Me estás escuchando?

Empecé a chasquear mis dedos en la cara de Lola, que ahora miraba un cartel que acababan de colocar en el pasillo.

—¡Jota, mira!

En el cartel, el aula de música anunciaba que el instituto preparaba una excursión a una ciudad en la que iban a representar, precisamente, el Réquiem. Al parecer, se trataba de una gira que llevaba a cabo una orquesta y coro de Cataluña. Nos miramos con la boca abierta los dos. Iba a ser la segunda vez que vería a una orquesta sinfónica en directo, después de la que vino de Estados Unidos al pueblo.

—¿Hay que apuntarse en algún sitio? —le dije a Lola, excitado.

—Aquí dice que en el aula de música —contestó mi amiga—. Solo pueden ir treinta alumnos, pero nosotros tenemos prioridad por la especialidad.

—¿Vosotras os apuntáis o qué?

—Yo fijo que sí. Le pregunto a Anilla.

El día antes del concierto estaba nervioso como pocas veces. Iba a ver, a escuchar, a sentir, aquella partitura de la que conocía cada recoveco como la palma de mi mano. Delante de mí, en directo. Era tan emocionante. Aún me puse más nervioso cuando vi que la última persona que se subía al autobús era Adriana. Noté un calor súbito en la cara y sudor en las manos.

—Pareces un gusanito de los naranjas —me soltó Anilla, que iba con Lola al otro lado del pasillo.

Yo la miré con rencor.

—Anda, mentirosa, cállate.

Adriana vino a sentarse a mi lado.

—No está ocupado, ¿verdad? —me dijo como si de su boca salieran gominolas.

—No, no, no... —Algo así atiné a decir.

El resto de «Las tres letras» reían, cómplices, al otro lado. Yo estuve todo el trayecto sin hablar. Paralizado por el olor de Adriana y por sus brazos esponjosos.

Elisabeta.

«Estás aquí otra vez, Elisabeta...».

Cuando llegamos a la ciudad, nos advirtieron que el concierto comenzaría en dos horas. La profe de música y el jefe de estudios nos pastoreaban, llevándonos a un bar a tomar una pepsicola y de allí a un parque, a ver patos. Cuando faltaban unos cuarenta y cinco minutos, estábamos ya en la plaza de la basílica donde iba a tener lugar el concierto. Hacía una tarde muy agradable, ni una pizca de viento, y se vislumbraban unos colores rojizos en el cielo. Se oía a los músicos calentar con escalas y arpeggios, en un edificio anexo con mucha solera. Anilla y Lola me hablaban de vez en cuando, pero mi oído estaba de viaje con aquellos instrumentos que repasaban algún pasaje de la obra. Advertí que tres componentes de la orquesta estaban fuera, fumando distendidos. Y que otro salió por uno de los balcones del edificio, con su violín, a proseguir allí su calentamiento. Este último tocaba con tanto gusto que yo lo miraba embelesado. Uno de los músicos que estaba apurando su cigarrillo le gritó desde abajo, con marcado acento catalán:

—Mira, es el violinista «casi» en el tejado —remarcó mucho el «casi» para hacer patente el juego con el título de la película.

Anilla, que no se callaba nunca, también lo oyó.

—Qué acento más raro tienen por to aquella zona...

Me tocó sentarme en primera fila y, por otro golpe de gracia, Elisabeta volvió a sentarse, de nuevo, a mi lado. Ya estaban colocados todos los músicos. El oboe dio el *la* para que los vientos afinaran primero y la sección de cuerdas lo hiciese después. Estaba a punto de salir ya el director cuando, armándome de valor, le dije a Elisabeta:

—¿Es la primera vez que ves una orquesta sinfónica en directo?

Y hasta pegué un leve respingo al escuchar mi propia voz.

—Sí —dijo ella, mirándome con sus ojos como dos castañas.

Y pensé en que ojalá le hiciera tantas cosquillas escuchar ese sonido por primera vez como me pasó a mí en su momento..., como pasa con las primeras veces de aquellas cosas que no se olvidan jamás en la vida.

Tras los aplausos iniciales, noté un súbito olor a champú de frutas; Elisabeta se me había acercado al oído para decirme:

—Hoy vamos a volver a casa siendo más inteligentes. —Y me guiñó el ojo.

Sonaron los primeros compases del «Introitus». Y tal como estaba, así me quedé en el transcurso de los aproximadamente cincuenta minutos que duró la interpretación. No moví ni las pestañas. No pude. Y no fue por el guiño de Elisabeta, que también, sino porque ahí, delante de mí, se estaban reproduciendo en tiempo real esos sonidos que me habían llevado al espacio exterior durante tantas noches desde mi cama. Las manos de esas personas los hacían posibles. El aire que salía de sus bocas, los dedos certeros en las cuerdas, las llaves o los pistones. No había sentido una emoción así hasta ese instante y mi cuerpo se quedó como suspendido en el tiempo. En *pause*.

Creo que aprendí también que la inteligencia era algo más que acertar preguntas de cultura, o realizar correctamente sumas y divisiones, o tener pericia en el deporte. Era el desarrollo de una herramienta que te permitía estar relajado ante cualquier eventualidad externa o sorpresa, y adaptarte a ella. También sacaba lo mejor de ti para que brillase lo más posible. Creo que sí, que algo así sentí cuando, de pronto, al acabar los aplausos finales, Elisabeta se dirigió de nuevo a mí.

—Dicen que tocas la trompa.

«No ha dicho tuba ni saxo ni trompón. Se nota que sabe».

—Sí..., toco la trompa —le contesté, con una cara sobre la que hubiera quedado fenomenal que sonara de nuevo el inicio coral del «Rex Tremendae».

—¿Te imaginas que dijeran ahora desde el escenario: «Si alguien quiere tocar un *bis*, que suba»? —dijo, divertida, poniendo una sonrisa con todos los dientes juntos.

—Creo que me pasaría lo que le ocurrió al «Niño perdido».

—¿A quién?

—A un chico de mi pueblo. Le pusieron ese mote porque un día fue a ver una obra de teatro a la pista municipal —noté cómo Elisabeta me escuchaba con máxima atención. Me parecía increíble que ocurriera eso, pero más aún lo relajado que me estaba encontrando yo—. Total que, cuando acabó la función, uno de los actores se dirigió al público y dijo: «Si alguien quiere subir al escenario a cantar alguna canción o algo...». Y subió este muchacho y soltó: «Le voy a dedicar

la canción a mi madre». Y comenzó a cantar a *cappella*: «Un domingo de piñata, un niño se perdió...». Y no se acordaba de más. Y volvía a la carga: «Un domingo de piñata, un niño se perdió...». Y nada. Se quedaba encasquillao. O porque no se acordaba o por los nervios del momento. El caso es que el pobre se bajó del escenario avergonzado porque no había pasado de ahí... Y en el pueblo comenzaron a llamarle el «Niño perdido».

Elisabeta explotó de risa. Una risa que yo no sabía que existía. Una risa que inventaron solo para que ella la utilizara y se riera. Una risa de confeti. La risa más festiva del planeta Tierra. Y yo viéndola en directo, allí en primera fila, como a Mozart.

Una risa que no olvidé nunca.

## Capítulo 14

### *Bohemian Rhapsody*

Abuelo me contaba que a él también le pasaba lo que a mí, que le preguntaban cómo era el fliscorno, el instrumento que tocaba. «Que si ¿y cómo es? ¿Y qué forma tiene? ¿Y cómo se dice?». Y él siempre tenía que repetir lo de «es parecido a la trompeta». Era el sambenito que llevaba siempre consigo.

—Lo del campo, Jota..., eso lo entienden a la primera. Amagarse a sembrar, a recoger, a regar, a vendimiar, a espalotar... Eso es universal. Pero el fliscorno no saben lo que es.

—A mí me pasa con la trompa.

—Claro, ya verías como si tocaras el bombo, no te preguntaban...

—O el piano... Pero sería un rollo si to el mundo tocase los mismos cuatro o cinco instrumentos, ¿no? O si todos vistiésemos igual, fuésemos de los mismos equipos de fútbol o baloncesto o si habláramos de la misma forma, ¿no?

—Pero ¡mira como bien que me pedían que tocara *La hija de don Juan Alba*!

Abuelo no me estaba escuchando. Y me contaba, otra vez, cuando le pedían esa canción en las fiestas o en una despedida de soltero o en una boda. Y que le levantaban y le llevaban a hombros de lo bien que lo hacía. Los ojos le brillaban al recordarlo. Abuelo se parecía mucho a Marcus, el que salía en las pelis de Indiana Jones. Santi me hizo la observación un día y a mí me parecía lo más, «¡qué guay!», que Abuelo fuese como un personaje de *En busca del arca perdida* o *La última cruzada*. Abuelo estaba contento con el campo. Sabía que era duro, lo sufría bien en sus carnes. Llevaba con orgullo ser agricultor. Pero, en el fondo, hubiera querido dedicarse a la música por completo. Lo hubiera cambiado todo por eso. Como le pasaba a mucha gente en el pueblo, donde la resignación se extendía como la lava del Vesubio, quedando sepultados bajo ella potenciales músicos, poetisas, cantantes, humoristas, actrices, pintores o bailarinas. Aun así tocó muchos años en la banda de música, desde niño hasta que lo dejó cuando perdió la ilusión. «La edad, Jota. Las rodillas ya me dolían cuando tocábamos por la calle», decía él. A partir de ese momento se limitó a matar el gusanillo con el laúd, que tampoco se le daba mal. Abuelo me hablaba de la banda de música con fervor, y yo idealicé, desde muy niño, la figura del músico de banda.

—Y no todos tocaban tan bien como yo, no te creas... —decía con un matiz orgulloso que me hacía mucha gracia—. Yo me lo tomaba en serio. Desde crío, venía de ayudarle a mi padre en el

campo y me subía al granero a estudiar la lección con el fliscorno. Y cuando ensayábamos la banda, lo hacíamos en una antigua cuadra. Y yo me llevaba el instrumento otra vez a mi casa para seguir practicando, no como Tomás «Barriguica», que al acabar el ensayo colgaba su trombón en una estaca que había en la pared y, ¡hala!, hasta el próximo día. Así pasaba, que no daba dos notas seguidas... Iba patrás, cada vez peor. Al final ya no le hacía ni de sonar.

Abuelo lo contaba todo con una gracia innata.

—Pero ¡si le poníamos la partitura al revés en el atril sin que se diera cuenta y el tío se sentaba y se ponía a tocar! ¡Le daba lo mismo!

Cada vez que la banda tocaba por la calle era un día grande. No solo por el día del calendario, sino que era especial para mí. Iba emocionado desde casa, con Papa, Mama y Mar, al encuentro de la procesión o el pasacalles en cuestión. Al encuentro de las personas que más admiraba en el pueblo. En la esquina, primero llegaba el lejano runrún musical. Con el paso de los minutos, la presencia sonora aumentaba, sobre todo con la percusión y los instrumentos más graves. Y ahí llegaban. En filas ordenadas, con sus atriles de marcha enganchados en los clarinetes, trompetas, saxofones... Con sus uniformes. El atuendo no podía ser más elemental: camisa blanca y pantalón azul marino. Pero a mí ese traje me parecía como si fuese el de Superman. Eso en verano. En invierno le añadían corbata negra y una chaqueta con hombreras como las de los militares, que llevaban una lira plateada a modo de tachuela.

«La lira es el escudo del músico», decía Abuelo.

Siempre le pedía a Mama y Papa que, por favor, les siguiéramos. No detrás, como la mayoría, sino al lado. Al pasar por calles estrechas, resonaba con fuerza y notaba cómo mi cuerpecillo temblaba por dentro. No era lo mismo, pero me recordaba a cuando íbamos en el coche de Papa por la carretera y pasábamos rápido por un cambio de rasante. Papa siempre decía: «Ahí va, ahí va, ahí va... ¡Booooooung!».

No era el único que los seguía tan de cerca, siempre veía a algún amigo o amiga del cole que también lo hacía. Y nos mirábamos con ojos centelleantes, que parecían ver el futuro en el que estábamos tocando ahí dentro, formando parte de la banda.

Una vez me fijé en una película, de esas que se quedaba viendo Abuela cuando venía a casa. De las de blanco y negro. «Estas son las que me gustan a mí», decía. «Abuela, es que tú estás en blanco y negro también», le decía Mar haciendo referencia a su vestimenta de luto. Pues era una película en la que una pequeña banda tocaba en la plaza. Alrededor de ella se arremolinaban niños, como las abejas a la uva en verano. La película se titulaba *Carta de una desconocida* y salía una actriz, Joan Fontaine, a la que yo miraba sin parar. Me gustaba imaginar que me la encontraba por la calle o que venía un día al cole, como nueva maestra.

Antes de poder tocar en la banda del pueblo con «los mayores», lo cual era un logro que se

celebraba en la familia, aprendíamos en la Escuela de Música. Mi hermana Mar estuvo yendo algunos años hasta que se aburrió. Ella eligió tocar el clarinete.

Un día, estando aún en el colegio, le dije a mi hermana que por qué no tocábamos alguna cosa juntos.

—Podíamos hacer como los artistas que salen en la tele y dar alguna gala.

—¿Gala? —Mar frunció el ceño—. Pero ¿qué dices de gala?

—Mira, yo escribo las partituras pa que las toquemos los dos y se lo decimos a unas cuantas personas pa que vengan de público.

—¿Y les cobramos entrada y eso?

—¡No! Lo hacemos gratis, como debe ser.

—Bueno, bueno... Si vamos a ensayar antes y esas cosas... ¿No cobran los artistas cuando actúan con público? Además me vendría bien pa poder comprarme el disco de Vanilla Ice. O algo de ropa, y ya lo tengo pa la Virgen de agosto...

—Pues ahorras con lo de cortar ajos, como otras veces. O cuando llegue la vendimia.

Vanilla Ice o Glenn Medeiros no se imaginaban que la venta de algunos de sus discos dependía de la cantidad de ajos que cortara una persona y cuántas cajas llenara.

Convencí a Mar para hacer el concierto sin cobrar entrada. «Pa pasarlo bien y pa que nos aplaudan». Esto último la convenció más que lo primero. Pensé que podíamos tocar las melodías que salían en un libro que un buen día apareció en el ropero de casa. Las cosas a veces aparecían así: un paquete de pilas en un taquillón, donde hubieras jurado que no estaban, o, por ejemplo, cuando Papa, buscando una cerveza en el frigorífico, sacó un calcetín de los que se ponía para jugar al frontenis. «Pero ¿qué hace esto aquí?», dijo, mientras sostenía la prenda que estaba bien fresquita.

Aquel libro era de color morado y en la portada ponía *100 éxitos de siempre*. Estaba lleno de boleros y «canción ligera». Seleccioné algunas y transcribí la melodía, transportándola de tonalidad, en un cuaderno de papel pautado para poder tocarla con la trompa y el clarinete. Así podríamos hacerlo al unísono Mar y yo, en el mismo tono.

Le cogí el gustillo a lo de escribir en el pentagrama. En la Escuela de Música solo teníamos ocasión de hacerlo durante los dictados, cuando el profe tocaba al piano y lo teníamos que copiar en papel. Pero ahora se me presentaba la oportunidad de escribir con tiempo, mimando la caligrafía musical. Como tenía la suerte de que se me daba bien dibujar, me solían quedar bastante apañadas las partituras. Una partitura escrita a mano me parecía algo tan bonito. Abuelo me enseñaba su pequeña carpeta donde guardaba sus antiguas partituras. Todas estaban manuscritas por el entonces director de la banda o «el Maestro música», como se referían a él las personas mayores. Me parecían cuadros de un museo.

El programa final que elaboré fue: «El reloj», «Bésame mucho», «Fascinación» y «Qué será,

será», que me sonaba porque una vez la cacé en una película titulada *El hombre que sabía demasiado*, que pusieron un sábado por la tarde, con la que Papa se durmió como acostumbraba hacer, con el palillo de después de comer en la boca. Luego se despertó en el *The End*, abruptamente, y le pregunté de qué iba la peli y me dijo «pues... de un hombre... que sabía demasiao».

Quise meter un par de temas más, esta vez de televisión. Había dos series con dos sintonías que me volvían loco. Tremendamente orquestales, poderosas. Una sonaba en la cabecera de *Norte y Sur*. La otra pertenecía a la de *El secreto del Sáhara*. Recuerdo que cuando se iba a estrenar esta última, Papa nos dijo:

—Bueno, bueno, bueno, bueno... Esta serie es extranjera, pero ¿sabéis quién sale? Miguel Bosé y la Ana Obregón.

—¡No me digas que trabajan ahí! —respondió Mama, sorprendida, con el delantal puesto, oliendo a pimienta verde y zanahoria.

—Sí, sí. Hay que verla. Hoy la echan. ¡Hay que verla!

Se durmió a los diez minutos.

Estuve esperando con ansia la emisión del siguiente capítulo de cada serie para, papel y lápiz en mano, apuntar el nombre de los compositores. «Bill Conti». Ya tenía uno. «Ennio Morricone». El otro. Con ayuda del microfonito del tocadiscos, conseguí grabarlas para escucharlas en la cama. Luego las pasé a papel pautado, simplificándolo, como pude, a dos voces. De este modo, elegí qué parte tocaría Mar con el clarinete, y cuál yo, con la trompa.

Al ser verano, había mucho y poco que hacer a la vez. La eterna dicotomía del pueblo. Santi, Anilla y Lola agradecieron salirse un poco de la rutina de la bici, jugar a los «muertos» o al «gol regañao» y tenían muchas ganas de asistir a la gala.

El patio de casa de Abuelo y Abuela no era muy grande, pero suficiente para albergar el recital. Retiramos algunas macetas. «Con cuidao, no me las vayáis a romper, que os pego un azotazo», nos advirtió Abuela. Debajo del techo de uralita dispusimos unas cuantas sillas. Antes de empezar, repartí entre los asistentes un programa de mano que había elaborado el día anterior.

#### I GALA MUSICAL DE VERANO

Jota, trompa  
Mar, clarinete

Se interpretarán las siguientes obras:  
EL RELOJ (Roberto Cantoral)  
BÉSAME MUCHO (Consuelo Velázquez)  
FASCINACIÓN (F. D. Marchetti)

QUÉ SERÁ, SERÁ (J. Livingston - R. Evans)

Y directamente desde la TV

NORTE Y SUR (Bill Conti)

EL SECRETO DEL SÁHARA (*Enio Morricone*)

—Te has comío una «n», tron. —Fue lo primero que me dijo Santi en cuanto le di la hoja—. Es «Ennio», con dos «n».

—¿Lo conoces?

—¿Estás de broma? ¿Con quién demonios te crees que estás hablando, colega? Es el de la música de las pelis del Oeste. Y este otro, Bill Conti —dijo señalando con su enorme dedo el nombre en el programa—, es compositor de la banda sonora de la película *Rocky*.

—¿*Rocky*? ¿Esa de boxeo?

—Esa de boxeo —dijo con retintín—. Dirigida y protagonizada por el señor don Sylvester Stallone. Ganó tres Oscars. Pues, tronco, escúchatela porque salen unos solos de trompa que vas a flipar...

Con el nombre de la velada ocurrió lo contrario del fenómeno de los restaurantes con nombres como Garysol II o Los Montañeros II, de los que jamás nadie había oído hablar del primero. Pues con la I Gala Musical de Verano pasó al revés, jamás hubo una segunda.

A modo de apertura, tocamos el «Te Deum» de Charpentier, por su popularidad como sintonía de la cortinilla que veíamos en el Festival de Eurovisión. Como era de esperar, el primer tramo gustó más al sector abuelos-padres. De hecho, Papa y Mama se lanzaron a bailar agarrados. Animado quizá por el tinto de verano que se tomó durante la tarde, Abuelo también le tendió la mano Abuela para bailar. «Estas lentas me gustan a mí». Pero Abuela negó con la cabeza con un extraño gesto que jamás llegué a descifrar. Me quedé sin verla bailar. Ni aquella vez ni nunca.

Santi, Anilla y Lola disfrutaron más con las dos últimas partituras, seguramente por aquello del carácter televisivo. Santi, además, las grabó en un radiocasete, tal y como le pedí. Aquella grabación la escuché al día siguiente, a solas en mi cuarto. Fue la única vez que lo hice. Después la guardé en un cajón, bien escondida. Me produjo el mismo efecto que la primera vez que me escuché la voz grabada en una cinta o en vídeo. «¿Ese soy yo? ¿Hablo así?». Todos nos sorprendíamos ante ese experimento. Yo siempre prefería pensar que no, que la gente me oía como yo a mí mismo, que me gustaba más. Con aquella grabación en el patio de Abuelo y Abuela experimenté algo peor: «¿Y las otras voces instrumentales?». No había otras voces. Las sintonías de *Norte y Sur*, por un lado, y *El secreto del Sáhara*, por otro, eran despliegues monumentales de sonoridad, en los que muchos instrumentos llenaban el espacio con miles de

colores armónicos y tímbricos. Con solo una trompa y un clarinete no se podía alcanzar esa ornamentación, ni de lejos. Sin embargo, yo recordaba que cuando Mar y yo las tocábamos aquella noche, se oían tal y como sonaban en la tele.

La grabación me devolvía una realidad que no me gustaba. Y si no me gustaba, no creía en ella.

Fue una semana más tarde, en la cocina, cuando Mama me anunció un evento que me dejaría la boca abierta durante días.

—¡No toques ahí, que está caliente! —dijo, dándome un manotazo en el brazo.

—Es que huele bien.

—Pues entonces huélelo, pero no lo toques. Venga, llama a tu hermana y dile que ponga la mesa. Y le ayudas.

En el salón, Papa veía un partido de fútbol y hablaba solo.

—Mira que es de otro equipo, pero... qué bueno es Butragueño.

Mar y yo íbamos de la cocina al salón y del salón a la cocina con todo el aparataje de cubiertos, platos, la jarra de agua, el vino, el pan...

—Ya está to puesto, Mama.

—Mu bien. —Y se llevó a la boca una cuchara de madera para probar la salsa—. Esto ya está...

Después Mama me miró.

—Escucha Jota, ábreme el cajón ese de ahí —dijo de forma natural, como si nada.

Hice lo que me pidió y saqué un folleto en el que se anunciaba el concierto de una orquesta filarmónica en el pueblo.

—¿¿Y es de Estados Unidos?? —Abrí tanto los ojos que casi se me salieron y se me cayeron como canicas.

—Eso parece. Venga, vamos a la mesa.

Nada más sentarnos los cuatro, Mama se dirigió a Papa y sacó el tema que previamente me había chivado a modo de exclusiva sorpresa.

—Le he dicho lo de la orquesta americana que va a tocar aquí el mes que viene.

—Ah, sí. Es verdad. —Papa no despegaba la vista de la tele.

La excitación se adueñó de mi definitivamente. Iba a ver una formación musical que solo había escuchado en grabaciones. Bueno, sí, también había visto algunas en películas. O las había imaginado o soñado con ellas. Pero nada era comparable con la sensación de verla delante de mis narices.

—Es una orquesta filarmónica de las de verdad. ¡Y de Estados Unidos, Mar!

—¿Qué fuerte, no? —Mi hermana también alucinaba—. Igual alguno conoce, yo qué sé..., a Rob Lowe.

Yo me encogí de hombros.

—¿Y vienen de allí, desde tan largo? —dijo Papa, que seguía mirando el partido.

—Me ha dicho la Luci que es por un programa de la Junta de Comunidades o algo así. Que hacen una gira por toas las provincias. Pues pa acercar la cultura a los pueblos y eso.

Mar seguía a lo suyo.

—O a lo mejor también conoce alguno a Richard Gere. ¿Te imaginas?

—Ya ha acabao el partido. Empate a uno. —Papa dio el parte que nadie le había pedido y se puso a comer como un descosido—. Pásame el vino, anda.

—Creo que lo hacen en la iglesia. Como son tantos... —Mama continuaba dando detalles—. En el Centro Cultural y Social no caben, claro. Se salen del escenario.

—Hala... —Yo alucinaba.

Papa hablaba con la boca llena.

—¿Y dónde se quedan a dormir?

—Ea, ¿y yo qué sé? —contestó Mama.

Cada uno de nosotros hablábamos de lo que nos interesaba del evento...

—Tienen que traer hasta arpa. Y contrabajos.

—De Estados Unidos también es Madonna.

—Igual se quedan en el hostel Juype.

—¡Pero que son un montón, hombre! Se volverán a alguna ciudad, digo yo. Por cierto, ¿has llamao a Paco el de Elche? Hoy operaban a la Mari.

—Rick Astley creo que no... Me suena que es de Inglaterra. Pero bueno, hablan igual.

—¡Madre mía, la primera vez que voy a ver una orquesta!

—¡Que no hables con la boca llena! —me llamó la atención Papa, con una miga de tomate en la comisura de los labios.

La llegada de la orquesta al pueblo fue todo un acontecimiento. La gente lo comentaba en cada esquina, en el bar, la gasolinera, el mercado... «¡Que vienen los americanos!». Se parecía tanto a una peli que pusieron una vez en el segundo canal. Hasta don Rufino estaba nervioso en más de una clase y al escribir en la pizarra se le caía la tiza y todo.

La iglesia se llenó como nunca la había visto. A la entrada, el cura estaba parapetado recibiendo a los vecinos y no dudaba en abroncar cariñosamente a los que solo veía por allí «porque tocaban los americanos». Yo pude convencer a Mama para que fuéramos una hora antes y así poder sentarme en el primer banco. Les habían dado la vuelta a todos porque el director de la orquesta había decidido tocar en la parte de atrás, pues había más espacio aún que en la zona del altar. Y entre el cura, el sacristán y algunos monaguillos lo habían estado haciendo por la mañana. El sacerdote le dijo a algún vecino que había sido una idea propia, haciéndose el entendido con razones acústicas bastante peregrinas.

Los músicos fueron ocupando sus sitios. Afinaban, tocaban pasajes, hablaban entre ellos. «Tienen... como otra cara», oía decir detrás de mí. «Son personas también, pero distintas», decían en otro banco. Apareció el director y la ovación fue bulliciosa. Casi estridente. No sé si sería por la reverberación de la iglesia o porque la gente estaba enfervorecida con nuestros nuevos amigos.

No hubo programa de mano como tal, sino una hoja con el nombre de la orquesta, los nombres del director y los componentes de la orquesta, fotografías, pueblos y ciudades de la gira. De manera que era un poco sorpresa lo que iban a interpretar.

Se hizo el silencio. El trompeta solista atacó una nota con *triple picado*. Noté que se me erizaba el vello de la nuca. Mar me preguntó, curiosa:

—¿Mozart o Beethoven?

—Hay más compositores, ¿eh? Pero ahora mismo no caigo. Yo creo que esta no la he escuchao nunca.

—Pues entonc...

—¡Chsst!

Quería poner los cinco sentidos en esas notas. La trompeta subió de tesitura. Parecía estar escalando una montaña hasta llegar a un cielo que se salía de los márgenes. Y entonces la orquesta al completo estalló en un acorde como jamás había oído. La percusión hizo rugir a la orquesta. El suelo tembló. La gente, boquiabierta, miraba a un lado y a otro. Las trompas imponían su garra, contestando con notas que bajaban a tesituras que desconocía que se pudieran tocar con mi instrumento. En aquel momento no sabía que estaban interpretando la quinta sinfonía de Gustav Mahler, una composición que me acompañaría el resto de mi vida como los latidos del corazón.

Al acabar el concierto, toda la chavalada corrimos a saludar a los músicos. Los que tocábamos algún instrumento íbamos primero a los intérpretes correspondientes. Les pedíamos autógrafos que ellos, sorprendidos, nos dedicaban con paciencia y simpatía desbordante. Se habían convertido en nuestros nuevos ídolos. *To Jota, french horn player*, me escribió uno de los trompistas cuando le pedí su rúbrica y le hice entender por señas que éramos colegas de instrumento.

Hubo un momento en que estábamos todos mezclados. Los del pueblo queríamos saludarles, sonreírles, tocarles, y uno se iba chocando con vecinos o con americanos. Lola, que estaba por allí, se les acercaba e iba diciendo *congratulations* a todos.

—Significa «enhorabuena» —me dijo—. Les doy la enhorabuena en su idioma. Yo creo que lo agradecen.

—Yo le he hecho señas a uno antes y me lo agradecía igual. Creo que hasta les hace más gracia.

Papa, que andaba también entre la marabunta y había puesto la oreja, aprovechó para pedirle un favor a mi amiga.

—Oye, pregúntale a alguno que dónde se quedan a dormir, anda.

Yo decidí empezar a decir «congratulations» a diestro y siniestro. A este, a la otra, al de más allá, a aquella... Sin darme cuenta, se lo dije a José Andrés el Charcutero, que le llamaban así porque era bastante rosado de piel.

—¿Qué dices de *congratuleision* tú? ¿Es que te pasa algo en la boca? —me soltó.

Más tarde tuve un profesor de trompa en los cursillos de verano que hice en la ciudad, entre el instituto y la universidad, que incidía mucho en las palabras. En su acento y musicalidad. Y desde ahí construía una manera de tocar. Aprendí mucho de él. Cuando nos hablaba de interpretar a Mozart, nos decía que era fundamental tener muy en cuenta el fraseo. En las tutorías siempre me decía:

—No puedes tocar Mozart igual que Schumann, Ravel o Mahler. Amadeus requiere finura, una afinación clara, un color alegre y un picado suave. Y sobre todo piensa en no tocar *mozartiano*, sino en —y remarcaba mucho— hablar *mozartiano*.

Entonces cogía el instrumento y, antes de tocar como ejemplo una parte del concierto para trompa y orquesta nº 3, me decía:

—Jota, tú no le dices a nadie *te quííiero*. Ni *te quieróóó*, ¿verdad? —Yo negaba con una sonrisa—. Hay que decir... *te quiero*. —Y se ponía a tocar con una sensibilidad primorosa.

Nunca se lo dije pero, cuando me lo explicó así, me recordó tanto a la manera en la que Freddie, muy cerca ya de sus últimos días de vida, cantó ese «I still love you» al final de «These are the days of our lives». Mozart-trompa-Freddie era un triángulo que me empeñaba en conectar. O quizá no fuese mi empeño, sino una decisión del universo.

En uno de los conciertos de la gala final del cursillo, los miembros de un quinteto de metales del que formaba parte decidimos tocar una versión de «Bohemian Rhapsody», arreglada para esa formación de dos trompetas, trombón, trompa y tuba. El programa transitaba por autores del renacimiento y el clasicismo. También tocamos una versión de «La niña de los cabellos de lino», de Claude Debussy, otro autor con el que había tenido un flechazo años atrás. Para finalizar la representación, tocamos «Bohemian Rhapsody» de la manera más fiel posible. Yo les dije que para ello teníamos que incorporar una batería. «Eso le dará un carácter más festivo al final». Entre los estudiantes de percusión, había un chaval que la tocaba muy bien y con el que había congeniado durante el cursillo. Además, fue el que me descubrió el calimocho.

Aquella fue la primera vez que experimenté el trasvase de conocimientos profesor-alumno, pues me erigí como instructor para esa última pieza. En las anteriores se mezclaban las directrices de los profesores de viento metal con las de nosotros mismos, sobre todo cuando ensayábamos por nuestra cuenta, en un aula o en el parque (así nos echaban alguna monedilla

que no nos venía mal), pero en esta canción, que Queen había dado a conocer al mundo en 1975, tomé las riendas de algo por primera vez en mi vida. Los demás sabían de mi devoción por el grupo, puesto que ya me había encargado de darles la matraca con eso durante las dos semanas que duraron los ensayos. Así que aceptaron de buena gana cualquier indicación, como, por ejemplo, que para ese momento, nos pusiéramos de pie, apartáramos las sillas y nos moviésemos por el escenario. Algo que en un principio no acababan de ver muy claro mis compañeros.

—Vamos a tener a Fran tocando la batería y seguro que la gente conoce esta canción. Hay que darles algo más, ¿no? —intenté convencerlos.

Como si de hablar del primer beso se tratase, les conté que mi primera vez con esa canción fue con el disco sobre el que gravitaba todo mi descubrimiento: el directo de 1986 en Wembley. Aunque en esa ocasión atacaron el tema directamente desde la parte del piano, saltándose el precioso coro inicial. Ese coro lo aprecié después, cuando descubrí que la canción se había grabado años atrás para su disco *Una noche en la ópera*.

—Es necesario tocar estos primeros compases con la delicadeza de la voz —les decía a mis compañeros.

Y les ponía en un radiocasete que había en el aula el tema original, incidiendo en los fraseos de Freddie.

—Fijaos cómo dice el *tomorrow*. Cómo respeta la acentuación de la palabra, pese a que no le sea propicia la acentuación musical por su colocación en el compás. No dice *tomorróóów*. Sino que dice... *mañana*.

Aquel día, tocando «Bohemian Rhapsody» delante del público, me sentí un poquito más cerca de Freddie. Experimenté un paseo exterior más largo que en el inicio de aquella actuación junto a Santi en el colegio, mientras sonaba «One vision». El ímpetu interior que desconocía tener afloró a borbotones en ese momento, acabando mi interpretación de rodillas en el escenario, como Marty McFly en *Regreso al futuro*.

El triángulo se ampliaba ahora a un cuadrado: Mozart-trompa-Freddie-McFly.

## Capítulo 15

### Love of my life

—¿Se puede saber por qué vas con los brazos así, Jota? Es antinatural —me dijo Santi, en la calle.

Habíamos quedado para dar una vuelta, ir al parque y comer unas pipas. Poco más.

—No sé, me gusta, voy cómodo —mentí.

Era verano y hacía poco que había terminado el último curso escolar. Santi y yo ya no volveríamos a coincidir como compañeros de clase, pues a él lo iban a matricular en otro instituto.

Mama solía dejarme en la silla de mi cuarto, para que me las pusiera, camisetas de manga muy corta o de tirantes. Y yo, cuando salía a la calle, me llevaba las manos detrás de la nuca y me las colgaba ahí, llevando los codos bien marcados hacia afuera y los brazos plegados para que abultasen más. Lo hacía porque me acomplexaba tener unos brazos tan finos. Descubrí esa postura un día, frente al espejo, por casualidad, y vi que podía ser la solución. Me sentía muy pequeño, débil. No podía ser un chico normal si tenía los brazos como dos alambres. El resto del cuerpo era igual: piernecillas blancas y finas, pies pequeños y dedos de las manos cortos. Flaco y frágil. Así no se iba a ningún lado. Me decían: «Vaya patejas de liebre» o «Como venga una ventolera, te lleva». Y yo pensaba en que así era imposible gustarle a Cris. Seguro que ella prefería chicos más fuertes, que mostrasen destrezas físicas. Lo tenía comprobado. Y Santi incidía en ello.

—Ir en moto, tron. Eso las vuelve locas. Y jugar bien al fútbol, también.

—Joer, yo soy malísimo, Santi... Quiero jugar bien, pero es que no me sale. O sea, yo visualizo las jugadas, digo: «Si hago esto así, meto un gol seguro». Pero luego no acaba de cuajar la cosa.

—Tienes que dejarte de tanta poesía y tanto romanticismo.

—Ya estamos...

—Que yo lo digo por ti, ¿eh? —Santi me clavó sus ojos. —Me dijeron que por lo visto le escribiste a Cris un poema o no sé qué en la carpeta.

—¿Quién te lo dijo? ¿Anilla?

—Eso da igual. Déjate de rimas y ponte unas gafas de sol, anda. ¡Y deja los brazos en su sitio, por todos los dioses! —Y me dio un manotazo para llevarlos a su posición natural.

—¡Que así voy más cómodo te digo! —Entonces fui yo quien lo miró con fuerza. —Anton Bruckner también era romántico, ¿sabes?

—¿Quién dices?

—Bruckner. Fue un compositor. ¡Que tú presumes de saber muchas cosas pero algunas no las sabes!

Santi se rio para adentro, con pequeños espasmos.

—A ver, ¿tú has escuchao el principio de su cuarta sinfonía, listo? —le dije, abriendo bien los brazos.

—Como no la hayan tocao *Alice in chains*, no la conozco...

—Igual que, por ejemplo, la tercera sinfonía de Beethoven se llama «Heroica» o la sexta de Tchaikovsky es la «Patética»...

—Tú sí que eres patético, macho...

—... pues la cuarta sinfonía de Bruckner se llama la «Romántica».

—Y venga...

—Y empieza con un solo de trompa que te caes pa atrás.

—Me extrañaba que no saliera la trompa a relucir, tron. Pues nada, tú ponle a Cris la sinfonía del Bruckner ese. Pónsela. Seguro que se enamora a tope de ti.

La sinfonía «Romántica» de Anton Bruckner había llegado a mis manos gracias a la colección de discos que Pitule, mi compañero en la banda, tenía en un cuarto de su casa. Qué gran fuente de suministro era esa. La interpretación corría a cargo de la Filarmónica de Viena, dirigida por Claudio Abbado. El sello discográfico era el famosísimo Deutsche Grammophon, como casi el de todos los vinilos y discos compactos que había en esa mágica habitación. Mi gran pensamiento frustrado era: «¿Por qué si algo me apasiona a mí, no puede apasionarle a quien yo quiera?». Me negaba a pensar que sería imposible, raro o inadecuado tratar de enamorar a Cris, mi Elisabeta, si la cogía de la mano y me la llevaba de viaje por el comienzo de aquella sinfonía. En mi cama, con el walkman y los auriculares puestos, sentía que todo era posible. ¿Por qué Santi se empeñaba en quitarme aquella idea? Yo estaba seguro de que si lograba ponerle los cascos a Elisabeta y le daba al *play*, no habría marcha atrás. Flotaríamos juntos con ese trémolo inicial de cuerdas. La llamada, salvaje y atávica, de los primeros compases del solo de trompa nos indicaría el camino. Sería como seguir la estela de un cometa. La madera, comandada por la flauta y el oboe, se mezclaría con nosotros, dialogando con la trompa. La cuerda se aliaría con ellos, creciendo la tensión entre ambas fuerzas... Pero la trompa es como ese felino que sale a cazar solo y cuando está en peligro, entonces acuden el resto de sus compañeros de manada para mostrar juntos las fauces y las garras. «¡Chan, chan, cha-cha-cha-chán!».

Pero, claro, ¿qué parte se llevaba el mérito? ¿Ese paseo por el espacio que le ofrecería sería suficiente para que se fijara en mí? ¿O sería todo cosa de Bruckner? ¿O de la batuta del maestro

Abbado? Quizá entonces corría el riesgo de que Elisabeta no se enamorara de mí, sino de ellos. Mi ventaja sería la de: «Vale, venga, pues vete a buscarlos». Pero no era eso. ¿Qué era el amor? ¿Era algo real o una proyección? ¿Había alguna fórmula? ¿Me tendría que comprar una moto el día de mañana? Con Papa ni de coña. «En esta casa no entran ni motos ni motas», me decía.

La verdad es que no sabía cuál era el mejor momento para darle vueltas a todo aquello: si en el pueblo, sabiendo que Elisabeta andaba cerca, o en la playa, durante los días de vacaciones. Justo me encontraba en esas circunstancias cuando no paraba de sonar «Love of my life» en mi walkman. En la terraza del apartamento, en el piso 17, yo miraba el cielo azul de la playa mientras Freddie cantaba. Brian May le acompañaba con una guitarra española amplificadora, después de hablar por primera vez en el concierto, en un estadio de Wembley encendido, hasta arriba de público. Esas cuerdas sonaban metálicas, como pequeñas espinas que se me clavaban sin hacerme daño. Freddie invitaba al público a cantar. Yo enviaba mensajes mentales que surfeaban la brisa marina que llegaba a la terraza. «¿Elisabeta, de qué manera te puedes fijar en mí?». Freddie decía entonces otro «I still love you», que el público celebraba con fervor.

Me gustaba mucho que Freddie hablara con el público cuando tocaban en directo. Sentía que no solo hablaba al de aquel día, sino a todos los que le escucharíamos en la grabación, en cualquier rincón del mundo, en cualquier tiempo. Que me hablaba a mí. Eso sí, entenderlo, no lo entendía casi nada. Mi inglés, por dejadez, era muy básico. «What's your name, hello, love, one, two, three, four..., happy birthday». Poco más. Había un momento en Wembley, después de tocar «A kind of magic», en el que Freddie se ponía a improvisar un tarareo para que los miles de asistentes le siguieran al unísono. Toda esa gente entonando a la vez. Era un ejercicio de comunión imposible de experimentar en el pueblo, con tan pocos habitantes como había. Imaginaba, aun así, juntar las voces humanas de todos los vecinos con las de perros, gatos, liebres, ovejas, conejos, gorrinos y gallinas. Y tampoco me salían las cuentas. Pues bien, al finalizar dicho canturreo, Freddie ponía la guinda con un «I love you» a todos ellos. «Qué majo», pensé la primera vez que lo escuché, feliz de haber cazado de boca de mi ídolo algo en inglés que sabía lo que significaba. Tardé muchos años en descubrir que lo que les dijo fue «fuck you».

Cuando la reencarnación de Elisabeta ya había pasado de Cris a Adriana, me conjuré para que esta vez las cosas sí cuajaran. Anhelaba sentirme especial, ser deseado por ella. Abrazarnos durante minutos, horas, días... Culminar con un beso como los de verdad, de los que se veían en la tele. Lo de darte un piquito jugando al «toma tomate» tenía su gracia, pero aquellas burbujas efervescentes ya hacía tiempo que no hacían ni cosquillas. Anhelaba ser anhelado.

Santi ya me había restregado por la cara varias veces lo poco que creía en el romanticismo. Por eso, tuve que recurrir a Anilla y Lola, como expertas en el punto de vista femenino, para idear sobre el territorio a conquistar.

—Lo principal es la sorpresa, Jota. —Anilla hablaba masticando chicle. —Y deja de usar la

colonia Brummel de tu padre.

—Eso también —añadió Lola.

A mí el concepto de «la sorpresa» ya me estaba empezando a molestar.

—Es que parece que toooooo tiene que ser una sorpresa ahora —les espeté con aspavientos.

Lola tomó el mando.

—Nosotras dos, al menos, somos así. Si nos dices negro, queremos blanco.

—¿Chocolate blanco?

—Pero ¿qué chocolate, tú? —Anilla puso cara de vinagre.

—Mejor piénsalo así —retomó Lola—. Si piensas que a una chica, Adriana en tu caso, le van los Beatles, tú le tarareas a los Rolling Stones. Si crees que le va Disney, tú le imitas al Pato Lucas. Si te imaginas que le molan las bicis, pues le sueltas que tienes una moto y que cuando quiera, le das una vuelta con ella.

—Pero que yo no tengo moooto. —Carraspeé—. Que mi padre dice...

—¡Que yaaaa! —Lola era de mecha corta—. Que te estoy poniendo ejemplos.

—Y un poco básicos, ¿no? —le replicó Anilla.

—¡Mira esta! ¿Pero tú con quién vas? Que lo que te quiero decir, Jota, es que no te dejes llevar por las apariencias. Que juegues a la contra.

Un silencio de varios segundos atravesó la conversación. Anilla se metió otro chicle en la boca. Lola abrió una revista. Yo estaba con la mirada perdida. No entendía muy bien aquello. Era un conflicto muy raro y estaba convencido de que las cosas eran más sencillas. Y, sobre todo, estaba seguro del poder que me otorgaba la música para la conquista. Al rato, abrí la boca como el que golpea flojo a la puerta, con miedo por si están durmiendo al otro lado.

—Y si...

—A ver, «y si»... —Sin levantar la mirada de la revista, Lola se puso en guardia.

—Digo que si... —Y venga otro carraspeo—. Que la sorpresa también puede ser por mi parte, ¿no? Elisab... Adriana —corregí—, piensa que yo igual soy un aburrío porque no me relaciono con to el mundo... O que soy tímido, que sí que lo soy, pero... O que estoy to el rato con la música clásica en la boca...

—Y con Queen, macho —agregó Anilla—. Que, por cierto, creo que no le hacen mucha gracia. Ella es más de Aerosmith.

—¿Aerosmith? —A mí me sonó a nombre de *spray* para la nariz anunciado en la televisión por los Laboratorios Bayer.

—Joer, Jota. —Lola rio a trompicones—. El grupo del tío este que tiene la boca que parece el buzón amarillo que hay en la plazoleta.

—Vale, pero entonces si yo ya tengo ese dato, ¿por qué no le digo directamente algo relacionao con *Aerísmi*?

—Aerosmith —me corrigió Anilla—. Claro, joer. Mira, le grabas una cinta con algunas del grupo. O le cantas una estrofa sin que se lo espere. Eso sí, apréndetela bien, aunque sea fonéticamente. Que tú con el inglés te llevas como si tuvieran que ponerle ropa a un guepardo.

—Pues ya está. Pues eso. —Mi aturdimiento todavía era patente. No sabía gestionar la información y me puse a bracear al aire—. Que entre la una y la otra me habéis puesto la cabeza loca y yo creo que es que ni vosotras os aclaráis con lo que os gusta que hagamos o dejemos de hacer.

—El que no te aclaras eres tú, macho —apostilló Anilla.

De nuevo, mi mirada extraviada. Cabeza torcida. Brazos largos.

—¿Sabéis si también le gusta Nana Mouskouri? —dije con cautela.

Sentí cómo atravesaron mi cuerpo con los rayos X de sus ojos, destrozándolo.

Creo que eran dos los discos de Nana Mouskouri que había por casa. Uno era un LP de baladas. El otro era uno pequeño, de los de 45 rpm que tanto me gustaban. A Papa le encantaba escucharla y los ponía de vez en cuando. Un día, extasiado por las cuerdas vocales de la cantante griega, me dijo:

—Jota, ¿sabes por qué canta así de bien? Porque se bebe to los días un vaso de leche de burra.

Papa a veces mezclaba cosas que le sonaban de oídas, en este caso los famosos baños de Cleopatra, con otros personajes populares. En el tocadiscos estaba sonando el de 45 rpm, que contenía en su cara A dos canciones que pertenecían a la banda sonora de una película.

—*Les para... paraplui... Les parapluies de Cher... de Cherbourg.* —Y me quedé también con el nombre que había entre paréntesis: M. Legrand.

—Eso es francés.

—Anda, ¿sabes francés, Papa?

—Guí.

—¿Y cómo se dice...?

—Te llama tu madre.

Tiempo después, ese tal Legrand me brindó grandes momentos cuando descubrí sus composiciones en *Verano del 42*, *Yentl* o su disco de jazz junto a John Coltrane. Pero, tras escuchar millones de veces aquel EP, mi predilecta era su música en *Los paraguas de Cherburgo*. Una melodía que se me quedó grabada para siempre con la voz de Nana Mouskouri y que me llevó, como tantas otras veces, a conseguir ver la película.

—Tron, que te vas a aburrir muuucho. Mi hermano me dice que no hablan, que lo que hacen es cantar durante toa la puñetera película —me advirtió Santi.

Mi amigo me había hecho el favor de pedirle a su hermano que me la dejara.

—Dámelaaaaa. —Y se la quité de un tirón.

—¡A ver si te la vas a cargar ahora, gilipollas! Sería lo último que harías en esta vida, tron. Mi

hermano nos mata a los dos.

—Joer Santi, ya veré yo si me aburro o no. Qué manía tienes con que los demás reaccionemos a las cosas como tú crees que debería ser. ¿Tú has escuchao la música de esta película? —Santi iba a hablar, pero no lo dejé—. ¡Y no me vengas con que si soy un romántico de mierda! No tienes ni idea de lo que hizo Michel Legrand. ¡Algo grandioso! Y ahora mismo me voy corriendo a verla y no vas a influir en que sienta lo que tenga que sentir.

Eché a correr como un descosido, igual que había visto en muchas películas. Sin atisbo alguno de rubor. Me vino de lujo aprovechar el color de la puesta de sol que se colaba por las calles del pueblo. «Para peliculero, yo». Santi se quedó mirándome con la boca abierta.

Adriana se parecía tanto a Catherine Deneuve en *Los paraguas de Cherburgo...* Se parecía muchísimo. Por eso no me la pude quitar de la cabeza desde el momento en el que llegó al instituto y se presentó al resto de sus compañeros. Llevaba una sudadera roja como el envoltorio de los Phoskitos, unos vaqueros ceñidos y unas zapatillas deportivas tan espectaculares que todo el mundo corrió a preguntarle que dónde se las había comprado. Su cara, cristalina y radiante. Y su pelo rubio estaba coronado por una coleta alta que le caía con el vigor de las cataratas a las que fueron Clark Kent y Lois Lane en *Superman II*. El cóctel que todo esto formaba en mi cabeza junto a la música de Legrand era demasiado fuerte para mi corazoncito descarriado.

Conseguí hacerme con una grabación en casete del disco *Get a grip* de Aerosmith, recién salido del horno. En casa, la preparé para regalársela por sorpresa a Adriana. Para ello, copié el tipo de letra inspirándome en una foto de la portada en la revista *Discoplay*. Dejé un huequito al final de la cinta e incluí el «Love of my life» de Queen, pues esperaba que fuese un giro inesperado para ella y surtiese un efecto sorpresa de mayor impresión aún. Sentía que las sombras de Lola y Anilla sobrevolaban el techo de mi cuarto.

Quería entregarle la cinta de la manera más inmaculada posible, pese a ser un hecho técnicamente incongruente dado el proceso de la propia grabación. No obstante, consideraba que si nadie más la escuchaba antes que ella, no estaba profanando su primera escucha. Pero una fuerza irresistible llevó mi mano a la pletina e introdujo el casete. Di al *play* y me encantó lo que escuché. Me engancharon sus canciones, el modo en el que empleaban las armonías y las texturas sonoras. Tanto, que a partir de ese día tuve frecuentes escarceos con la banda de Steven Tyler y compañía.

A la mañana siguiente, junto a los libros de texto, libretas y plumier, eché en mi mochila el walkman y varias cintas. En un bolsillo independiente coloqué con cuidado el casete envuelto en papel de regalo que le robé a Mar y en el que escribí: «Para ADRIANASMITH».

Durante las tres primeras clases no me enteré de nada. Los apuntes que tomé eran garabatos nerviosos. Mis piernas temblaban, como si fuesen de gelatina, a medida que se acercaba la hora del recreo. Era la personificación de un flan de huevo Mandarín, como los que hacía Abuela.

Cuando el timbre sonó, indicando la hora del descanso, sentí percutir dentro de mí los cuatro golpes de bombo que suenan a mitad de «Livin' on the edge». Mi cuerpecillo de fideo era un pabellón polideportivo en el que esos cuatro toques retumbaron como ellos solos. No dejaron de hacerlo hasta que fui al baño a preparar la entrega del regalo a Elisabeta. Me eché agua en la cara con torpeza, las manos me temblaban. Otros chavales que entraron al baño, vociferando como hienas, se me quedaron mirando con extrañeza.

—¿Estás mareao? —me dijo uno.

—No, no... —mascullé.

Entré a uno de los habitáculos y cerré la puerta. El final de la canción de Aerosmith se había agarrado a mi cerebro y no lo soltaba. Allí dentro me sentía como Michael Corleone cuando va al baño en la secuencia del restaurante italiano de *El Padrino*, solo que cogiendo una cinta de casete en lugar de una pistola.

Sabía que Adriana estaría en el aula repasando los ejercicios porque era algo que solía hacer. Asomé la cabeza por el ojo de buey, despacio. Desde dentro debí parecer Martin Sheen emergiendo del agua como en *Apocalypse now*. Adriana estaba sentada, con la libreta abierta, y hablando con una amiga, Sandra.

Tomé aire y fui para dentro.

—¡Adriana! —debí gritar extraordinariamente fuerte debido a que no controlaba la situación.

—Ay, qué susto. —Pegó un respingo Sandra.

—Perdón, perdón... Eh..., Adriana, es que quiero darte una cosa. —Mi voz sonó trémula.

Sandra se rio.

—Jolín, qué variedad de registros... Ni Plácido Domingo.

Tal vez fue escuchar el nombre de uno de los tenores de ópera más famosos, un nombre ligado a la tradición de la música clásica, el terreno en el que me movía como en casa, lo que hizo que se me deshiciera el nudo del estómago.

—Bueno, voy a por una bolsa de Apetinas a la cafetería. ¿Te traigo algo, Adri?

Esta negó con la cabeza y Sandra salió del aula, regalándome una sonrisilla rebosante de perspicacia delante de mi cara.

Me acerqué a Elisabeta con paso decidido y le mostré la cinta.

—¿Esto es para mí?

La primera sorpresa ya se había producido, pues no esperaba que Jota, el chaval con el que apenas había hablado, le estuviese haciendo un regalo. La segunda sorpresa me la llevé yo.

—Adrianasmith. —Leyó, con una mueca congelada—. Eh..., esto es por..., eh...

Como no atinaba a decir, le aclaré:

—Por Aerosmith.

—¿Aerosmith? ¿Eso qué es?

Mi sonrisa se desmoronó y fue engullida por un agujero negro.

—Es..., eh... Es... un grupo de música. —Yo no entendía nada—. Es que me dijeron que te gustaba mucho.

—Pues no los conozco... Lo siento. Si es que yo escucho otro tipo de música: Haendel, Bach, Mozart, Schubert... Ya viste que no me perdí aquel concierto del Réquiem.

—Ya, ya... Bueno, pues no sé... Si quieres, quédatala de toas formas y a ver qué te parece. A mí también me gusta la música clásica, ya lo sabes.

—Claro.

—Aerosmith también, ¿eh?

—Ya. Tendré que oírlos...

—Pero vamos, la música clásica más.

—Seguro que la cinta está guay.

—Y Aerosmith también me gusta.

Antes de salir de la clase e ir a estrangular a Anilla, le anuncié el bis que había añadido.

—Ah, como sobraba cinta, te he grabao una canción mu bonica de Queen.

—¡No me digas! —Su rostro deslumbró ilusión y contagió al mío—. ¡A mi novio le encanta!

No recuerdo muy bien si dije un «hasta luego», un «chao» o si no dije nada. Ni recuerdo cómo salí del aula. Supongo que andando, que es como solemos movernos los humanos, pero en mi recuerdo salí tumbado, arrastrándome como una iguana roja. Ya en el pasillo, me levanté como pude. Una vez erguido, fui hacia la salida. Necesitaba aire y un tortazo de sol en la cara. Saqué el walkman de la mochila y puse una de las cintas. Un rasgueo metálico y seco emergió a través de los cascos y el golpe de batería que le siguió activó mi modo despechado. David Bowie cantaba «Modern love» y recordé aquella escena en casa de Santi, cuando su hermano nos invitó a ver *Mala sangre*. Mis piernas comenzaron a correr, a dar saltos para sacar toda la rabia. Me puse a gritar y a hacer aspavientos y visajes. Era imparable. Bowie y sus compases dolientes hacían que corriera más y más, esquivando árboles y perros callejeros que se me cruzaban. Hasta que, de un coche aparcado, salió un hombre abriendo la puerta sin mirar. No lo vi venir, bastante tenía con estar protagonizando mi película. El porrazo fue morrocotudo.

Ya en casa, Papa y Mama se iban alternando en el rapapolvo. Yo les escuchaba con la nariz hinchada, el labio partido, un cardenal en la frente y un brazo vendado.

—Pero ¿a qué tenías que salir a la calle? Si ya tenéis cafetería en el instituto —empezó Mama.

—Pues a hacer el indio, ¿a qué va a salir? —Papa le iba a la zaga.

—Que ya sé que era el recreo y que no te estabas saltando las clases. Pero mira ahora. ¿Te gusta estar así? Esta tarde tenemos que ir otra vez al ambulatorio a que te curen.

—Que nos ha llegao que por lo visto ibas corriendo que parecías Jerry Lewis. No me toques los dalbaidas, Jota...

—¡Si es que la culpa la tiene Anilla! —Mi voz sonaba como la de Blas, el de *Barrio Sésamo*.

—Pero ¡que ni Anilla ni Anillo! —voceó Papa—. ¿Te dijo Anilla que fueras haciendo cucamonas por la calle?

—Tómate la aspirina, anda.

—Y el del coche me dice que le pague el retrovisor y el arreglo de la puerta, que ahora no le cierra bien. No te creas que ese también...

Ya sentado en mi cama como un muñeco de trapo y con los cascos puestos, sonó «Amazing», de la cinta de Aerosmith que le había regalado a Adriana. Me había hecho una copia de su copia. Me toqué la nariz y me sangró de nuevo.

—¡Mamaaaaa! ¡Que me sangra otra vez la nariz!

—¡Que no te toqueeeeees! —gritó Papa, iracundo.

Pero aquello no dejaba de sangrar.

## Capítulo 16

### Keep yourself alive

Iba a comenzar mi octavo curso cuando reunieron en el colegio a todos los padres y madres. El motivo era que un señor del pueblo de al lado, más grande y con muchos más habitantes, anunciaba en la comarca la apertura de una Escuela de Música. Se abría la opción de aprender música de forma académica.

—¿Queréis que os apunte? —nos ofreció Papa a mi hermana y a mí, mientras se acababa una macedonia de frutas, de postre.

—Psé. —Mar respondió con desgana.

—¿No te apetece aprender a solfear?

—Yo sí quiero —le solté sin dudar—. ¿Nos enseñan a tocar un instrumento también, no?

—Claro —dijo Mama, que estaba terminando de sorber con la cuchara los restos del líquido de la macedonia que había preparado—. Puedes elegir el que más te guste: la campana, el silbato, el timbre...

Yo me quedé parado y ambos se rieron. Pero Papa se apresuró a marcar las leyes de la economía doméstica, mientras se encendía su Ducados de después de comer.

—De momento, el primer año creo que es solfeo y esas cosas. Luego, cuando haya que elegir el instrumento, ya veremos si hay que comprarlo o te pueden dejar alguno. He oído que aprender música viene bien pa los sentidos y pa curar cosas como el sonambulismo. Así dejas de darnos más sustos, Jota. Venga, ¿os apuntamos a los dos, entonces?

Mar y yo formamos parte de la recua de críos que comenzaron a estudiar música aquel año. La palabra «conservatorio» se coló en nuestro diccionario, y los padres y las madres se turnaban para llevarnos en coche al pueblo de al lado, al que se llegaba en un cuarto de hora a través de una carretera maltrecha y sin arcones. El primer año nos ilusionó a unos y frustró a otros, lo que sirvió de criba de cara al segundo curso. En este nuevo paso sí que había que elegir instrumento. Mar lo tenía clarísimo.

—El clarinete.

—¿Ya está? ¿Ya lo tienes pensao? —le dijo Papa.

—El clarinete.

—La hija de Manolo «el Golondrinica» creo que va a elegir la flauta.

—El clarinete.

Una cosa estaba clara, los instrumentos a elegir debían estar presentes en una banda de música, para poder nutrir con savia nueva a ese tipo de formaciones que se prodigaban tanto en nuestra comarca. Es decir, solo podíamos escoger en las familias del viento y la percusión. Y había una inercia extendida, de la que no éramos conscientes o no queríamos serlo. Igual que de bebés, el azul se asociaba a los niños y el rosa a las niñas, a los críos les tiraba más el viento metal o la percusión y a las crías el viento madera. Y si no era así, ya se encargaban los mayores de propiciarlo. Había excepciones, pero eran pocas. La estadística hablaba por sí sola. Los núcleos de pequeñas comunidades, como era el caso de tantos pueblos, estaban bajo el yugo de la ley que dictaminaba lo que tenía que ser «así o asá». Las tradiciones se habían encargado de marcar el camino y a muchos les costaba salirse de él. Por la resignación del «es lo que hay» o por la del «qué dirán».

La guitarra española también estaba en el plan de estudios. Pero el violín, la viola, el violonchelo y el contrabajo eran instrumentos inimaginables de ver por allí. Era lo inalcanzable. Sonaba a ciudad. Sonaba a élite. Sonaba a lo más de lo más.

En casa, donde muchas veces veíamos los conciertos de música clásica que echaban en la tele, la formación de orquesta sinfónica era algo de otro mundo. Mi cabeza pronto estableció una analogía entre dicha formación y la de banda de música. En realidad era así, y muchos compositores o arreglistas adaptaron famosas partituras de la historia de la música para una formación de viento. De esa manera se ofrecían a los pueblos melodías que se escuchaban en los auditorios de grandes ciudades. Así podíamos acceder a interpretar la obertura de «Egmont» de Ludwig van Beethoven sin necesidad de disponer de una gran orquesta con sus correspondientes intérpretes de cuerda.

Mar ya había decidido su instrumento. Daba igual su poco entusiasmo y sus pocas ganas. Había tomado una decisión. En mi caso, elegir nunca fue una de mis virtudes. Y más siendo tan crío.

Los días transcurrían y mis dudas pasaban del saxo a la trompeta, del oboe al bombardino. En las ramas del árbol genealógico de Papa, según me contaba, hubo una gran tradición de percusionistas. Primos, tíos y bisabuelos que en su día tocaron la caja, el bombo o los platillos. «Alguno era un filigranas», decía. Pero yo quería un instrumento melódico.

Un día, viendo *Barrio Sésamo* en la tele, un grupo de críos tocaban varios instrumentos en la calle. Como impulsado por un muelle, me puse de pie sobre la alfombra.

—¿Qué instrumento es ese? ¿Has visto, Mar? ¡Ese!

Mi hermana, que estaba distraída leyendo la *Superpop*, levantó la vista.

—El clarinete.

—Noooo. Digo ese, el que toca el muchacho rubio. Si lo he visto en la banda cuando tocan por la calle, aunque tiene una forma distinta.

En ese momento, Espinete entraba en escena y decía: «A ver, déjame que toque yo el trombón ahora».

—El trombón —dijo Mar, leyendo la revista.

No dejé de mirarlo. Qué bonito era, cómo brillaba, qué molón con esas varas que subían y bajaban.

—Ese va a ser mi instrumento.

Papa y Mama nos dijeron que vale, que iban a preguntar por la manera de hacerse con un clarinete y un trombón. Pero aquella noche no pude dormir bien. En esa época leía tebeos en la cama y conciliaba el sueño frotando la parte suave de las sábanas. A veces también me ponía un transistor pequeñito que me había regalado un amigo de Papa, con el que solía quedarme dormido. Esa noche no. Daba vueltas y más vueltas, como cuando tenía retortijones de barriga y tenía que venir Mama con una bolsa de agua caliente.

A la mañana siguiente, en el recreo del cole, Santi se me acercó y me dijo que fuera esa tarde a su casa, que me quería enseñar algo.

—Hola. ¿Está Santi?

—Hombre, Jota. Pasa, está en su cuarto. —La madre de Santi era una mujer bajita que siempre estaba haciendo cosas—. ¿Quieres un vaso de leche y unas galletas?

—Ya he merendao, gracias. —Aunque me estaba entrando otra vez hambre gracias a los olores que procedían de la cocina. El resto de la casa olía a pescado, proveniente de la pescadería. Pero en la cocina siempre olía a comida, fuera la hora que fuera. Todas las casas del pueblo siempre olían a comida. La habitación de Santi estaba permanentemente desordenada. Calcetines, tebeos, lápices, zapatillas... Todo desperdigado por el suelo. Un gran póster de «Magic» Johnson colgaba encima de la cama. Y tenía una mesa de color naranja con un equipo de música que su hermano le cedió cuando se compró otro más moderno. Levantó la tapa del tocadiscos.

—Voy a ponerte un disco que creo que te va a molar mazo. Es un pavo que hace música de cine.

—¿Bandas sonoras?

—Eso es. Adivina lo que se ha pillao mi hermano en la capital; la música de la película *Robin Hood: príncipe de los ladrones*, la de Kevin Costner. Es nueva en el cine.

—¿De verdad? Qué bueno... —La boca abierta.

—A mí Kevin Costner... Bueno, ni fu ni fa.

—¿Ah, no?

—No. Bueno, digo que a mí me da igual que sea un guaperas y eso.

—Mi hermana se pone loca con él.

—Pero he de reconocer que sus pelis están guay. Por lo menos eso dice mi hermano. Y yo de

él me fío bastante.

—Ya.

—¿Te suena *Bailando con lobos*?

—Me suena.

—¿Y *JFK*? ¿*Revenge*? ¿*Los intocables de Eliot Ness*?

Santi siempre iba muy rápido con los datos. A veces me costaba asimilarlos, pero yo disfrutaba viéndole hablar con esa pasión, con esa energía, con esas ganas de albergar conocimiento. Santi creía que cuantas más cosas supieras, «aunque a mucha gente le parezcan tontás», pues mejor que mejor. Que así nuestra vida sería más plena.

—El ser humano existe porque quiere aprender to el rato cosas, Jota. Si no, hubiéramos dejao de existir como especie hace tiempo.

Y retomó el asunto de *Robin Hood*.

—Bueno, esas pelis ya las verás algún día. Volviendo al tema que nos ha traído aquí, yo creo que te va a flipar mucho escuchar esto. Porque si te gustan las pelis como creo que te gustan y si te apasiona tanto la música clásica, este es el arte que conjuga ambas cosas. ¡El arte perfecto, tron!

—Ponlo ya, que no puedo más... —dije, ansioso.

Sacó el vinilo de su funda y lo colocó en el plato. Puso la aguja en su sitio y... Unas notas, graves y elegantes, describían lo que podía ser el suave galope de unos caballos. Cerré los ojos instintivamente. Y apareció un sonido. Era una especie de llamada, porque me pareció que aquel instrumento hablaba. El vello de mis brazos se puso de punta. Me estaba hablando a mí. Insistía, acompañado de sus colegas. «Hola, escúchanos». Ahora arriba, agudo. Santi habló en medio, fuerte, para hacerse oír por encima del volumen del disco:

—¡Eso son las trompetas!

—Chsst, ¡calla!

Ya sabía que podían ser las trompetas las que se habían unido en ese momento, pero yo estaba prendado de los que habían iniciado esa aventura. Y entonces volvieron. Después de varios compases, con el ritmo muy marcado, los timbales les abrieron la puerta de nuevo.

Era la trompa.

Eran las trompas.

Era un grito de guerra. Salvaje, natural y arrebatador.

—La trompa, Santi, quiero tocar la trompa.

Mi amigo salió del cuarto como el correcaminos, provocando que las hojas que había tiradas por el suelo flotaran en el aire. Volvió con un libro de música clásica, enorme y precioso.

—Es de mi hermano. Ten cuidao.

Empezamos a ver fotos de instrumentos, ilustraciones, directores marcando el *tempo* con su

batuta. Yo señalé al instrumento más bonito del mundo.

—¡Ahí está! Es lo que toca aquí en la banda el del pelo rizado, que tiene barba.

—¿Pitule?

—¿Cómo?

—Le dicen Pitule. Sí, yo también lo he visto en algún pasacalles. El modelo de su instrumento es distinto, pero es la trompa lo que toca.

Santi me pasó el disco a una cinta y la devoré en el radiocasete durante los siguientes días. Los momentos *trompísticos* no solo se ceñían a aquel comienzo, sino también a instantes más íntimos y elegíacos en los que Vincent DeRosa, que así se llamaba el solista porque me aseguré de buscarlo en los créditos de la funda del disco, desplegaba sus mejores cualidades como intérprete de finura. Michael Kamen compuso la banda sonora de *Robin Hood*. Aquel señor, al que ni siquiera podía ponerle cara porque no tenía ni idea de cómo era físicamente, fue el causante de que eligiera ese instrumento y no otro. Ese hombre que, seguramente, vivía a miles de kilómetros de nuestro pueblo, con una cultura y un lenguaje diferentes, había propiciado el mayor de los deseos en un crío con cuerpo de fideo que vivía en un pequeño pueblo castellano.

Cuando llegué a casa, corriendo y sudando, solo me faltó gritar el «paren las rotativas» que había visto en algún capítulo de los Looney Tunes.

—Eso tiene pinta de que barato, barato... no es. —Papa fumaba mientras ponía el fútbol en la tele. Jugaba la Selección.

—Bueno, si es lo que quiere tocar... —Mama me echó un capote mientras recogía una pelusilla del suelo.

Papa me agarró entonces de los brazos y me colocó delante de él como si fuera un Playmobil. Comenzó a alternar su mirada seria de mi cara a la tele y de la tele a mi cara.

—Has visto que tu hermana tardó un segundo en decidirse.

Yo asentí y pensé: «Como si eso fuese garantía de algo».

—Dijo que el clarinete. Ahora tú dices que el trombón.

—No, el trombón lo dije ayer, pero ya no. Es la...

—... La tuba.

—Papa, la trompa.

—Vale. Una cosa te digo: como luego no te guste, te la pongo de sombrero. ¿Me has escuchao?

Yo volví a asentir. El hormigueo en el estómago jamás lo olvidaré.

—¿Estás en lo que te quiero decir, no? Bueno... Mira, me he comprado un disco nuevo. Es para ti también. —Me pellizcó la cara—. El de Los Tres Tenores con la Orquesta de París. —Y, mirando a la tele, siguió hablando—: Pero mira que es bueno el Buitre... Qué tío...

Una vez que se supo que íbamos a ser algunos menos los que iniciáramos el nuevo curso, en el

que Mar y yo nos presentamos con el clarinete y la trompa, los padres se reunieron para decidir si contrataban a alguien como chófer. Porque eso de estar haciendo turnos y gastando gasolina y cuadrando horarios de trabajos era cada vez más difícil que un encaje de bolillos. Decidieron decírselo a Domingo Lunes, que aceptó al instante.

Domingo Lunes era un hombre que se había jubilado recientemente y veía en esta oportunidad la ocasión de ganarse unas perrillas, y así no estar tanto tiempo en su casa. «Se me cae el techo encima», decía sin parar. Durante mucho tiempo tuvo una frutería. También se dedicó a la venta ambulante por la comarca, ya que tenía buen género. Para ello, utilizaba una gran furgoneta de color amarillo a la que llamaba La Peregrinica. No llegaba a tener el tamaño de un microbús, pero casi.

Lo de Domingo Lunes era porque a su familia les apodaban «los Lunes». Entonces, los mote pasaban de padres a hijos con una facilidad pasmosa. Fueron su padre, Zacarías, y sus tíos, Alfonso y Benito, los que iniciaron todo. Por lo visto todos los fines de semana le pedían algo de dinero al abuelo Silvino para comprar chucherías. Y Silvino, que tenía el carácter avinagrado, siempre les respondía: «El lunes os doy». Les comenzaron a llamar «los Lunes», incluido al abuelo; Silvino Lunes, Zacarías Lunes, Alfonso Lunes y Benito Lunes. Años después, Zacarías tuvo la feliz idea de llamar Domingo a su primogénito.

El bueno de Domingo Lunes adoraba a los críos y nos estuvo llevando al conservatorio con su furgoneta durante cinco años. Nosotros íbamos como podíamos, sentados en las cajas de la fruta, sin agarres ni cinturones de seguridad ni nada. En las curvas, las cajas se desplazaban y nos partíamos de risa. Era una atracción más. Y ni el chófer ni los padres ni mucho menos nosotros veíamos peligro alguno. De hecho, cuando ya teníamos cierta destreza con los instrumentos y habíamos ingresado en la banda del pueblo, aprovechábamos para ir ensayando en el trayecto. Primero cada uno con sus estudios correspondientes y luego probábamos a tocar de memoria algún pasacalles como «El abanico» o un popurrí de bandas sonoras de Morricone, que siempre gozaba de buena acogida por parte del público en los conciertos.

A Domingo Lunes le llegó a decir algún vecino agricultor, de los que faenaban al lado de la carretera:

—Cuando te veo pasar con la furgoneta llevas la radio mu fuerte, ¿no?

A veces, ensayar en casa era un suplicio para algún vecino. Sobre todo cuando Mar y yo lo hacíamos al mismo tiempo, cada uno con su instrumento, sus escalas, sus arpeggios, y sus notas largas y monótonas. Muchas veces teníamos que hacerlo además en la hora de la siesta porque así disponíamos del resto de la tarde para hacer los deberes. En esa franja tan conflictiva para los que practicaban entre semana esa noble costumbre de después de comer, albañiles o agricultores en su mayoría, era común escuchar frases como: «Ya están otra vez con el pito en la boca», «Pero ¿es que tienen que tocar eso? ¿No pueden tocar un pasodoble o algo así más alegre?».

El muchacho de pelo rizado y barba que llevaba varios años tocando la trompa en la banda, me acogió con los brazos abiertos cuando ingresé en la formación. «Por fin otro que toca lo mismo que yo». Le llamaban Pitule y era unos diez años mayor que yo. Tenía un hermano gemelo que también tocaba en la banda, en su caso la flauta, y al que los dedos le olían a algo muy raro. Eran los únicos gemelos en el pueblo, y eso impresionaba la primera vez. Ver a dos personas exactamente iguales impactaba. Causaba mucha impresión en el cerebro de un crío que vivía en un sitio tan pequeño. Algo parecido a lo que provocaría más tarde ver a un negro o a un gitano gay, como uno al que señalaban en el pueblo. Nadie le vio nunca besarse con otro gitano o con un payo, pero el muchacho iba por la calle vistiendo un sombrero de ala corta, ligeramente inclinado hacia adelante. Algo tan estrambótico a los ojos de los vecinos necesitaba de una explicación. Y esa explicación la dio Francisco, al que apodaban «Cocota pájaro», el día que dijo: «Mirad, ese gitano lleva ese sombrero así porque es marica».

Pronto Pitule me ofreció su casa para que ensayáramos juntos y enseñarme «esas cosillas que se aprenden dentro de la banda de música y que no te enseñan en el conservatorio». Era una vivienda enorme en las afueras del pueblo. Su hermano y él disponían, aparte de sus dormitorios, de un cuarto muy grande lleno de discos, libros y partituras. Entrabas allí y veías fotos y pósteres en las paredes, mezclados y solapados, entre los que resaltaba la imagen en tonos morados de un cantante iluminado por un potente foco. También tenían una tele de tubo gigante, un tocadiscos y un Scalextric que siempre estaba montado en el suelo. Nunca olvidaré el primer día que visité esa habitación. El ver tanto material junto hizo que se me apoderara del cuerpo un tembleque desconocido para mí. Me salivaba la boca, o eso creía yo. Fue allí donde Pitule me descubrió varios autores que no conocía. Me enseñaba las portadas de los discos, me hablaba del autor o la obra y los ponía en el plato. En lo primero que me fijaba era en los logotipos de los sellos discográficos, tan característicos, tan bonitos: Deutsche Grammophon, Decca, Philips... con sus distintivas tipografías.

—Mira, este es de Claude Debussy. Este tío era francés y estaba muy relacionao con los poetas simbolistas como Mallarmé, Rimbaud, Verlaine... Y con los pintores impresionistas como Monet o Cézanne.

Yo lo miraba con el gesto que ponía Abuela cuando en la tele salían hablando de política. Ese primer día, los gemelos no pararon de hablarme y sacar discos.

—Mira este que acabo de poner, *La mer*. Bernard Haitink dirigiendo a la Orquesta del Concertgebouw de Ámsterdam.

—Ahí va, esa orquesta me suena de que la nombran en Radio Nacional Clásica, las veces que puedo pillarla desde mi casa.

—Cierra los ojos y dime qué sientes.

Al hacerlo, me adentré en una oscura bruma, extraña, vaga... Instrumentos de viento madera

aparecieron para guiarme, llevándome en volandas. Armonías espumosas servían de lecho a violonchelos, flautas, el arpa, el viento metal opacado... Sin darme cuenta, estaba oliendo como cuando estábamos en la playa, de vacaciones, y nos metíamos hasta las rodillas a coger *pechinas*.

—Huele a mar —dije aún con los ojos cerrados.

Pude escuchar la sonrisa sorda de Pitule, así estaban de agudizados todos mis sentidos. Me los había puesto en alerta aquella música.

—¿A que hueles también a la pescadería de aquí? —Rio con estrépito el hermano flautista—. Esto es psicotrópico, macho. Es como fumarse un porro de maría.

—¿Un qué? —dije, perdidísimo.

—Na. Mi hermanico no dice más que tontás. —Pitule le censuró con la mirada.

—Debussy es la caña —repuso su hermano gemelo—. El tío jugaba mucho con los cromatismos y los modos, le sacaba partido a los diferentes timbres de la orquesta.

—Es que buscaba una experiencia distinta para el oyente —prosiguió Pitule.

—El *tempo* se la sudaba bastante.

—Debussy y Ravel marcaban un *tempo*, pero era algo latente, en las profundidades. Ya en la superficie lo moldeaban como a la plastilina.

—No como los pesaos de Mozart o Haydn.

—A mí me encanta hacer figuras con la plastilina —contesté yo, por meter *mojá* en algún sitio.

Pero entre todo lo que me iban diciendo, la música tan estimulante, verlos moverse por la habitación sin parar, con la misma cara los dos..., sentía que me mareaba.

—¡Mira, mira, mira! —Pitule nos hizo el gesto de callarnos—. Aquí representa cuando el Sol está en to lo alto, imponente.

Continuó poniendo en el tocadiscos de nuevo al autor francés. En este caso, su obra *Images*.

—En la portada también sale el mar porque *La mer* está incluida en el disco, pero quiero ponerte «Imágenes para orquesta». —La pseudotraducción que me dio ya sonó sugerente—. Está dividida en tres partes y se nutre del folclore y la tradición musical de Inglaterra, España y Francia.

—A mí me flipa la parte central, «Iberia». ¡Ponle esa! —El hermano era puro nervio.

La funda de cartón mostraba la portada a la que había hecho alusión. Era el cuadro de una ola gigante, el mar rompiendo y convirtiéndose en espuma. Detrás, en el horizonte, una figura enorme, negra, que no se sabía si se trataba de las tripas de una ola descomunal, el cielo amenazando tormenta o acaso un escarpado acantilado.

Y, no sé por qué, me quedé hipnotizado con la característica cajetilla amarilla de Deutsche Grammophon en la que se podía leer la obra, el autor, quién interpretaba y quién dirigía. En este caso, Leonard Bernstein llevaba la batuta ante la Orchestra dell'Accademia Nazionale di Santa

Cecilia. Mientras sonaba el brillante inicio de «Iberia: *Par les rues et par les chemins*», con sonido de castañuelas, «¿eso son castañuelas?!», solté alucinado, el hermano gemelo bailaba con gracia, haciendo movimientos de zíngaro y chasqueando los dedos. «Qué puntazo la melodía del clarinete», decía.

La música siguió sonando. Flotaba en el aire y nosotros con ella. Se filtraba por todos y cada uno de los poros de nuestro cuerpo. Mientras, yo seguía perdiéndome entre más portadas; algunas mostraban más cuadros pictóricos, algunos de una belleza deslumbrante como el ave incendiada de colores que servía de portada de «El pájaro de fuego», de Ígor Stravinsky; otras a los intérpretes o directores, con sus caras antiguas exhumando inteligencia a través de la mirada; también estaban los que mostraban los instrumentos, fotografiados o ilustrados, como un piano pintado con acuarela que contenía la «Suite Iberia», de Isaac Albéniz. Los discos de música clásica convivían, de igual modo, con otros géneros como el jazz, el rock, el soul, el rhythm and blues, el reggae. Buceé también entre todos los libros de diversos temas: pintura francesa del siglo XIX, Miguel Delibes, Beethoven y el análisis de sus sinfonías, Vladímir Nabókov, la colección completa de Astérix, el poemario de Paul Verlaine, Julio Verne, *Leonard Bernstein: El maestro invita a un concierto*, cuentos y leyendas europeas, una publicación sobre el jazz de Chick Corea, etcétera. Me topé con partituras orquestales, para solista y acompañamiento de piano, conciertos, música de cámara...

—Anda, esta es un dúo para trompa y flauta.

—*La suite champetre*, de Marcel Boucard. Es mu curiosa. La tocamos cada semana —dijo Pitule.

—Él se equivoca más que yo —añadió el gemelo.

—Ya estamos... Pero ya sabes que la trompa es un instrumento divino... ¡porque solo Dios sabe la nota que va a salir de ahí! —Y se reían los dos a la vez y exactamente del mismo modo. Inquietante—. ¿Eso no te lo sabías, Jota? Pues apúntalo.

Y corrió a poner otro disco. La habitación se contagió entonces de los sonidos festivos de «Pinos de Roma», de Ottorino Respighi. Sonaba la Boston Symphony dirigida por el maestro Seiji Ozawa. El estruendo de las trompas y las trompetas era deliciosamente ensordecedor. Los hermanos subieron aún más el volumen y allí nadie decía nada. No había golpes en la pared, ni amenaza con zapatilla en mano, ni broncas, ni gritos. Era como estar en el mismísimo teatro. Los gemelos comentaron entre ellos «que si había ecos de *Fiestas Romanas* en la música de John Williams», «que si el Respighi de *Fuentes de Roma* había inspirao a Bernard Herrmann en *Vértigo* o *El cabo del miedo*», etcétera.

Mi cabeza estaba a punto de explotar. Pero «explotar de bien» como hubiera dicho Anilla. Para acabar, Pitule puso en el tocadiscos los conciertos de Richard Strauss para trompa y orquesta, con los que entré directamente en una especie de trance.

—El padre de Richard Strauss era trompista y eso le marcó mucho. El primero lo compuso de mu jovencico, y se nota. El segundo está lleno de madurez y es más interesante. Y más difícil —añadió risueño.

—De toas maneras hay padres que no han marcao a sus hijos —soltó su hermano gemelo—. Mira Federico, el nieto de «Espantaquincallas», que es más perro que el suelo. Su padre se mata a trabajar de lo que haga falta: albañil, en el campo, camarero... pero el hijo es más malo que el baladre... ¡Y perro!

—¡Casi se me olvida! —vociferó Pitule, agachado y de espaldas a nosotros. Y se volvió, teatrero, sujetando con la mano otro disco más—. Britten.

El otro gemelo asintió despacio y con los ojos cerrados.

—Mu bueno ese.

Pitule me lo mostró.

—No creo que conozcas esta obra, Jota.

Yo puse cara de «no conozco casi nada de lo que me habéis hablado hasta ahora y aun así todo me parece lo más».

—Es un punto —añadió el flautista.

Yo ya no me aclaraba entre «un puntazo» y «un punto». ¿Qué se suponía que era más importante o más molón? ¿El punto o el puntazo? Decidí callarme y no preguntarlo, por vergüenza. Pitule tomó la palabra de nuevo.

—*Serenata para tenor, trompa y orquesta de cuerda*, de Benjamin Britten. Compositor inglés. Canela en rama. Te va a parecer..., ¿cómo decirte?... algo rarillo de escuchar las primeras veces, pero ya verás luego. A nuestro padre se lo hemos puesto mil veces y dice que, cuando está segando en el campo, de vez en cuando le vienen pasajes de esta pieza a la cabeza.

Y metiendo todos los discos de los que me había hablado en una gran bolsa, me dijo:

—Toma, llévate los. Te los pasas a cinta y luego me los devuelves.

La sonrisa de felicidad se me salió de la cara. Me despedí del gemelo, que se disponía a cambiar de tercio en el tocadiscos. Justo cuando salí de la habitación, acompañado por Pitule, el rasgueo de unas guitarras eléctricas comenzó a sonar, seguido de un machacante ritmo de batería. El sonido se diluyó en cuanto bajamos las escaleras hacia la planta baja.

—Te he metío también uno que no es de clásica: el *Tea for the tillerman*, de Cat Stevens. Escúchatelo, a ver qué te parece.

—Gracias. Nos vemos luego en el ensayo de la banda.

En ese momento no sabía que lo que se había quedado escuchando el de la flauta era la canción que abre el primer disco de Queen, «Keep yourself alive», en cuya portada se ve en tonos púrpura a Freddie en un escenario siendo iluminado por un cañón de luz.

Al llegar a casa me puse a grabar todos los discos como un loco. Y a partir de esa misma

noche los fui escuchando sistemáticamente en la cama. El gasto de pilas para el walkman se incrementó bastante desde entonces, lo que hizo que en un alarde de economía doméstica sin precedentes, tuviera que sacrificar parte de la paga semanal destinada a chucherías y demás menesteres.

## Capítulo 17

### Father to son

Había una canción, en aquel disco de Cat Stevens que me dejó Pitule, con la que vibré de un modo especial. No por la letra, pues para bien o para mal seguía siendo lo último a lo que le prestaba atención, más todavía si era en otro idioma. Lo que no me pasó desapercibido fue su forma de cantarla. Se trataba de «Father and son».

Cuando pensaba en el tal Cat Stevens, veía a un señor con barba. Una imagen evocada por la portada del disco, en la que salía dibujado un hombre con una frondosa barba pelirroja. El timbre de su voz me recordaba a la del tío Andrés. Era primo de Papa, pero le llamábamos el tío Andrés. Y, curiosamente, también tenía barbaza, en su caso castaña. Quizá todo se me mezclaba.

Lo que me fascinaba de «Father and son» era el cambio vocal que establecía según las estrofas que cantaba. No solo tenía que ver con el cambio de octava, sino que latía un matiz distinto en el timbre que adoptaba. A pesar de mi paupérrimo inglés, deduje que con ese título con las palabras *father* por un lado y *son* por otro, aquel tipo imitaba la voz del padre por un lado y, efectivamente, la del hijo por otro. Y me encantaba. Era un acercamiento al teatro desde una canción.

—Si mis conversaciones con Papa fueran cantadas, sería lo más parecido a vivir dentro de una canción.

—¿Se puede saber a qué demonios te estás refiriendo ahora, Jota? —Santi intentaba seguir mi disertación mientras destruía naves espaciales en la máquina del bar del Centro Cultural y Social.

—Es por una canción que llevo escuchando varios días... Si Papa y yo consiguiésemos hablar cantando, el resto de la familia tendría que aceptarlo pa no sentirse fuera. Y lo digo porque Papa y yo no dejaríamos de hacerlo. Y entonces Mama y Mar tendrían que hacerlo también. Y luego se sumarían Abuelo y Abuela...

Santi estaba pegando unos buenos porrazos a los botones.

—La nave gorda... Buah, chaval. Me va a fundir. —Y su lengua, nerviosa perdida, ya le empezaba a pendular.

—¿Y te imaginas que se empieza a extender y to el pueblo hablamos entre nosotros cantando? Y se expande por la comarca y por otras provincias. Da igual que uno vaya al médico a la ciudad o a comprar al Corte Inglés. Y se hablaría de este fenómeno en las noticias, pero tendrían que

investigar quién o quiénes originaron todo, y ahí saldríamos Papa y yo, hablando en el telediario o en algún programa especial.

—¡Cierra el pico ya, tron! ¡Que no me concentro, macho!

—¿Te imaginas que nos entrevista Jesús Hermida?

—Hala, ya me han matao... —Santi se me quedó mirando. Respiraba fuerte, extenuado. Sin duda había batallado de verdad—. Pero ¿tú qué te crees, que vives en Broadway? Pídeme una pepsicola anda, que se me han anudao los quicos de antes. Yo creo que he perdido la partida por eso, maldita sea.

A Papa le gustaba mucho el deporte. Más verlo que practicarlo. Aunque había jugado, y muy bien, al fútbol, al balonmano, al futbito, al tenis y al frontenis.

—Y tonteeé un poquito también con el baloncesto —me decía—. Pero me faltaba mano. Tenía las manos pequeñas. Los dedos cortos. Era dedicorto.

—Así he salío yo, no me digas más.

Papa tenía bigote y le solían decir que se daba un aire a Richard Chamberlain, el de *El pájaro espino*. Fumaba un Ducados por la mañana, otro después de comer y el de la noche. Esos eran los que veía yo. El gusanillo del frontenis lo seguía matando, así que los sábados se juntaba con otros tres amigos y se iban toda la tarde a una pista de frontón que había a las afueras del pueblo, cruzando la carretera general. La pista tenía ya sus años. La parte larga era una doble pared que daba a un enorme almacén de ajo morado. La parte corta, el frontón, estaba anexa a un pequeño pabellón que se caía a trozos y del que salía un caminito que llevaba al campo de fútbol. En medio del trayecto, una pista pequeña que no conservaba ni las porterías de fútbol sala ni las canastas que un día tuvo. Estaba pintada con mil rayas de geometrías diferentes y colores desgastados, rodeada por una valla metálica destrozada, pasto de las inclemencias meteorológicas y las trastadas de los chiquillos. Papa solía llevarme con él los sábados «a lo del frontenis». Pero más que por el «a ver si así se anima a hacer deporte» que pronunciaba a veces Papa, era más bien por el «llévatelo, que se entretenga por allí y le dé un poquico el aire» de Mama. Jugaban por parejas: Papa y Juan Vicente el Electricista contra Eusebio y Perico. Estos dos también cantaban en el coro del pueblo junto a Papa, Mama y Abuelo.

Tenía especial fijación visual por sus atuendos: Papa, con los calcetines altísimos y un polo rojo de Adidas. Juan Vicente el Electricista, con una camiseta amarilla. Eusebio, con una camiseta blanca con el logo de Zanussi en el pecho. Perico, con unos pantalones largos color azul marino con una raya blanca en el lateral. Los cuatro iban con una gorra uno o dos números más pequeña. Ni un día los vi jugar con una ropa distinta. Se ponían siempre la misma indumentaria, luego la lavaban las mujeres en su casa y todo listo para el sábado siguiente.

A mí me colocaban donde acababa la pista y me dejaban allí con una raquetilla vieja y una pelota. Me tiraba una hora recibiendo mis propios golpes contra el final de la pared larga.

Cuando me cansaba, me dedicaba a explorar las plantas y hierbajos que crecían de forma silvestre en los alrededores. A veces recolectaba amapolas y margaritas y se las llevaba a Mama.

Las pelotas a menudo salían disparadas lejos y me mandaban ir a por ellas, como a un galgo de caza. Las más difíciles de recuperar eran las que se colaban por la doble pared alargada. Se accedía a través de un pequeño agujero por el que me metía felinamente. Las dos paredes eran altísimas, a mí me parecía que llegaban hasta el mismo cielo, por lo que allí nunca jamás entraba el sol. Una vez dentro, la temperatura bajaba varios grados y el silencio se adueñaba de forma inquietante de ese extraño lugar. Yo caminaba despacio. En el suelo había piedras de todos los tamaños, latas de refresco oxidadas, restos de cristal de botellines, alguna cucaracha que asomaba las antenas, arañas, salamanquesas... Yo deseaba encontrar pronto la pelota de goma que se había colado y salir pitando de allí. Era un gran éxito dar con ella y, más aún, hacerlo en los primeros metros. Sin embargo, si no aparecía, había que meterse más y más adentro. Entonces la temperatura continuaba bajando y la oscuridad se echaba encima como una alimaña. En ese instante, la intranquilidad se apoderaba de mí. Por mucho que reprodujera algo de música en mi cabeza no lograba evadirme de aquel entorno tan hostil. «¡Ahí está!», respiraba por fin algo aliviado, la cogía y me dirigía hacia la salida como un relámpago, cortando el poco aire viciado que quedaba. Mi paso se aceleraba solo, ayudado por las notas del final de la «Marcha Húngara» de *La condenación de Fausto*, de Hector Berlioz, que reproducía para animarme. Emergía por el agujero, victorioso, y los últimos compases resonaban, fulgurantes, en mi cabeza. Los cuatro amigos me dedicaban frases al alimón: «¡Muy bien, chaval!», «¡Ahí está, el tío!», «¡Toma ya, sí, señor!», «Anda, Jota, entra otra vez que se nos acaba de colar otra»...

Una de las veces que acababa de salir con una nueva pelota rescatada en la mano, todo oscureció de repente. Cuando abrí los ojos, adiviné cuatro cuerpos amorfos haciéndose grandes y pequeños como si estuvieran dentro de un acordeón. Poco a poco la imagen se fue estabilizando... Un polo rojo..., camiseta amarilla..., lo de Zanussi..., cuatro cabezas con cuatro gorras...

—Ya parece que se espabila, ya... —Sonó la voz aliviada de Juan Vicente el Electricista.

—Menudo susto nos has dao, machote. —Reía nervioso Eusebio.

Noté una punzada fría que atravesaba mi cabeza. Papa estaba echándome agua de un grifo que había cerca del frontón. Salía helada.

—Perdóname, hijo mío... —dijo con un tono en su voz que no le había oído nunca.

Yo tenía un aturdimiento encima que no me aclaraba. Por lo que me contaron, justo cuando estaba saliendo de la doble pared, ingresé como siempre en la pista por la zona de atrás, y en ese instante una bola larga fue hacia allí, donde yo me encontraba, rebotada desde la pared del frontón. Papa corría hacia atrás para intentar devolverla desde el fondo de la pista y al armar el

brazo y soltar el raquetazo, mi cabeza se había colado en medio de la trayectoria sin darnos cuenta ni él ni yo.

—El hostiazo ha sido morrocotudo —dijo Perico.

—Menudo susto nos hemos llevao —repitió Eusebio.

Lo de adjudicarse el dolor ajeno a uno mismo era una de las prácticas preferidas en el pueblo.

—Bueno, pero ya ha pasao. —Trató de calmarnos a todos Papa.

—Pero... ¿me van a a tener que operar? —dije yo, con un hilillo de voz y el miedo a los médicos heredado de Abuela.

—¡Qué va! Si tú eres mu fuerte. —Papa buscaba complicidad mirando al resto—. Ahí donde lo veis, el tirillas este es más duro... Solo le puedes quitar la fuerza si le cortas el pelo, como a Charlton Heston.

A Papa le encantaba ver el fútbol en la tele, siempre con un cigarro y un botellín de cerveza. Animaba al Athletic de Bilbao, algo minoritario por aquellas latitudes, pero aceptado. Había celebrado exitosos campeonatos de Liga y finales de Copa del Rey ganadas; también había sufrido otras finales perdidas, tanto de Copa como de competición europea. Cuando decidió comprarme en la tienda de Romera el uniforme del equipo, el Athletic de Bilbao comenzó a dejar de ser un equipo laureado, pero mantuvo una identidad que se parecía al fútbol que se jugaba por aquí: los del pueblo jugando contra los de otro pueblo. Aquel traje me parecía el más bonito del mundo: rayas rojas y blancas, pantalón negro y medias negras con rayas rojiblancas en la parte de arriba. Mis ojos soltaban chispas cuando veía esos colores en la tele, en los resúmenes del programa Estudio Estadio, cuya sintonía no paraba de repetir en mi cabeza y trataba de transcribir en mi libreta de papel pautado. También mi mirada revoloteaba por los cromos o los periódicos y revistas, como la de *Don Balón*, que a veces caía por casa. Adoraba dibujar futbolistas. Era la figura que más repetía, junto a las de vaqueros de las pelis del Oeste, las de los tres Reyes Magos o las de Frankenstein y el conde Drácula.

Para dibujarlos correctamente, muchas veces me fijaba en las fotos de Manolo Sarabia, Zubizarreta, Argote, Dani, Biurrun o Goikoetxea. Nombres que se quedaron asociados para siempre a mi hogar y a unos determinados olores como el que desprendían los rotuladores, los lápices de colores y la plastilina.

Un día, Papa me enseñó una carta que tenía guardada como oro en paño. Con motivo del doblete de Liga y Copa que ganaron en 1984, decidió enviarles una felicitación por correo. Aunque no confiaba mucho en que llegara a la sede del equipo. El manuscrito no solo alcanzó su destino con éxito, sino que la carta que me estaba mostrando se la había enviado el club, agradeciendo el gesto. Papa cogía esa hoja de papel con el mismo cuidado que ponía al recoger la ceniza que se le caía fuera del cenicero.

—Mira, Jota, lleva el membrete oficial. —A Papa le brillaron los ojos, y a mí, más—. Y está

firmá ¿ves?

Yo me quedé embobado también con el sobre, donde se podía leer Bilbao en el matasellos. «Esto ha llegao desde allí», pensé como si viniera del lejano oriente, del polo norte o del salvaje oeste.

Papa heredó su afición de Abuelo, que también era forofo del Athletic Club desde que era un crío. Y me contaba que le gustaba jugar de portero en la calle o en la era.

—Donde nos juntábamos los mocicos a darle patás a lo que podíamos. Yo quería ser como «Rai» Lezama.

Y también me hablaba de la famosa delantera de Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gaínza. Yo metía en el mismo saco todas estas historietas junto a los cuentos o las leyendas que me contaba sobre «el pozo negro», «el entierro de Zacarías» o «las peripecias del loro Cristóbal».

—Porque ya me tiembla mucho el labio y me falta el aire, que si no, sacaba el fliscorno y te tocaba el himno. El arreglo lo hizo el maestro Bernaola. Carmelo Bernaola se llamaba.

Entonces se ponía a tararearlo o a silbarlo. Y yo le acompañaba cogiendo lo que pillara cerca, a modo de percusión.

Viendo con Papa mis primeros partidos de fútbol, retransmitidos por televisión, aprendí geografía y vocabulario. Él resolvía al instante todas mis cuestiones y dudas: «¿Qué es la *vitola* de líder?», «¿El *Osasuna* de dónde es?», «¿Qué significa que un balón *llevaba marchamo de gol*?», «¿De dónde viene lo de *cancerbero*?», «¿Dónde está *Eindhoven*?», «¿Es verdad que *Johan Cruyff* era jugador antes? ¿Y tú le viste jugar?»...

También le acompañé a varios partidos en el campo de fútbol del pueblo. Nos quedábamos viendo el partido en la banda o sentados en una pequeña grada de cemento, construida a modo de tribuna. Cuando cumplí algunos años más, me iba con otros muchachos detrás de la portería que tenía que atacar el equipo del pueblo para poner nervioso al portero contrario. Nuestros padres y el resto de vecinos que acudían no paraban de increpar al árbitro, voceándole. Gritaban como bestias enjauladas. En la segunda parte subía el volumen de la berrea porque en el descanso se acicalaban bebiendo cubalibres en una barra de bar que había instalada en una esquina. Los de la cuadrilla de detrás de la portería insultábamos también, llevados por la imitación. Pero yo prefería inventarme los improperios y soltaba cosas como «¡acetato!», «¡desafinao!», «¡anguila!», «¡zorromostro!». Palabras que había escuchado en otros contextos y que gozaban de una sonoridad que me hacía más gracia que las que soltaban. Por supuesto, no cuajaron en el resto.

En los descansos, mientras los padres le tiraban al grifo, el delegado del equipo nos dejaba un balón para que los muchachos nos desfogáramos disputando un «gol regañao» en una de las porterías. También tirábamos penaltis y faltas directas. Yo sentía celos de los que le pegaban con

clase al balón, pues a mí se me daba más bien regular, tirando a mal. A veces los padres se metían también a jugar.

Papa probó una vez a tirar una falta en uno de esos descansos. Lo hizo tan mal que el balón apenas levantó vuelo. Acto seguido, puse la pelota en el mismo sitio, lancé y, aún no sé ni cómo, entró por la escuadra. Él me felicitó: «Joer, Jota, la has clavao por to la escuadra», pero yo no pude evitar sentirme mal. Hubiera preferido mil veces haberlo hecho mal, como casi siempre. O meterla por la escuadra, sí, pero lanzando detrás de los que lo hacían bien, como Raúl, el hijo de «Pirindolo», o Juanito, el nieto de la Justiniana, que le daban al balón que no veas. Pero que, en aquella involuntaria comparación con Papa, hubiera salido victorioso me hacía sentir una desazón dentro que me escocía cosa bárbara. Yo no quería adelantar a Papa. Aún no tocaba. No quería superarlo, ocupar su espacio, tomar su testigo. No quería constatar el paso del tiempo y ver que él ya no podía jugar como lo había hecho de joven, como me imaginaba que lo hacía al observar las fotos en blanco y negro que había por casa, vestido de corto con los colores del equipo del pueblo. Detestaba ser consciente de que las cosas en color, pertenecientes al presente, fueran tan efímeras y, sin embargo, los documentos en blanco y negro, algo que a los críos nos causaba rechazo, se convirtieran en algo eterno.

Papa era un maniático del orden. Cuando entraba a su dormitorio a curiosear en su mesita de noche, o a *bacinear*, como decíamos en el pueblo, lo tenía todo pulcramente colocado. En los cajones inferiores, los calcetines y los calzoncillos estaban debidamente doblados y colocados cromáticamente. Al abrir el cajón superior, del que emanaba un aroma como a eucalipto, se encontraban tres relojes colocados de manera perfecta, la documentación, varios pañuelos de tela sin estrenar y una colección de monedas de peseta conmemorativa del Mundial de España '82. Los sábados por la mañana, Papa reordenaba los tomos de la enciclopedia que había en el salón, los discos que guardaba en un armario, alineaba las figuritas decorativas que se habían desplazado algún centímetro durante la semana, así como las copas y trofeos que había ganado jugando al frontenis. En la cocina hacía lo mismo con el cajón de los cubiertos y con la alacena donde estaban las copas y la vajilla de los días festivos.

Una vez acababa de recolocar bien todo, ponía en el tocadiscos uno de sus LP preferidos, el de Riccardo Cocciante. Y mientras sonaba «Bella senz'anima», Papa volvía a repasar todos los cajones y muebles que había colocado antes, por la mera satisfacción visual que le producía ver todos los objetos, figuras y cacharros perfectamente ordenados. La canción «Bella senz'anima» abría el disco. En la portada podía leerse, abajo, *Arranged by Ennio Morricone*. Aquel armario contenía muchos discos y Mar y yo hacíamos peticiones a Papa y Mama para que pusieran nuestros preferidos los domingos por la mañana. Junto al de Cocciante, mis predilectos eran: uno de Abba, en el que me perdía dentro de su «Dancing Queen» como un astronauta naufragando por el espacio; otro de José Luis Perales, en cuya portada aparecía posando con un jersey

amarillo y las casas colgadas de Cuenca detrás; otro de Hombres G, cuya funda mostraba a Jerry Lewis en la película *El profesor chiflado*; el de Xavier Cugat, con el que Papa y Mama bailaban a veces, moviendo el cuerpo de forma extraña; la banda sonora de *Dos en la carretera*, que Papa compró solo porque ponía que la música era de Henry Mancini, «y ese hombre nunca defrauda»; uno de Neil Diamond, con su «Brother love's travelling salvation show», con la que pegaba saltos de pura alegría en su estribillo; y el de la banda sonora de *Jesucristo Superstar* con su segundo corte, «Heaven on their minds», una canción que me ponía literalmente como loco. Sobre todo ese bajo eléctrico, en su más amplio espectro, sus partes con ritmo irregular, el piano que parecía cabalgar sobre olas, la alianza de las cuerdas. Y ese final... Ese final servido en bandeja por los violines a modo de un cohete que despegaba, en el que los desgarros vocales del cantante y las burbujeantes notas del bajo se unían a mi locura. O quizá era eso, precisamente, lo que me volvía loco. Nunca supe qué fue antes, si el huevo o la gallina. Había *fade outs* como el del final de aquella canción que jamás deberían concluir.

Papa me pedía que guardara los discos que me iba comprando en el mismo armario donde tenía los suyos. Yo era muy celoso de mis cosas, pero es cierto que así los tenía a mano para reproducirlos en el tocadiscos del salón. Cosa que no ocurría apenas, pues Mar y yo nos tomábamos al pie de la letra la teoría de que era mejor grabarlos en cintas para que no corrieran el riesgo de rayarse. Las cintas las escuchaba hasta la extenuación. Y cuando se estropeaban, volvía a hacer otra copia.

No obstante, accedí a colocar mis discos en ese armario, pero en apartados distintos. En la «sección Queen», tras el primero del concierto de Wembley '86, fueron viniendo los siguientes con el paso de los años. A Papa le hicieron especial ilusión los títulos de *A night at the opera* y *A day at the races* el día que se los traduje.

—Significan *Una noche en la ópera* y *Un día en las carreras*.

—¡No me digas! —exclamó Papa—. Pero ¡si eso son películas de los hermanos Marx! Esas que a veces echan en la tele.

A mí me sonaba que había visto alguna con ellos y también en casa de Abuelo y Abuela. Me venían a la cabeza flashes de secuencias de uno de los hermanos Marx tocando el piano haciendo piruetas con los dedos o de otro tocando el arpa, pero no me acordaba de los títulos.

—Son en blanco y negro, pero te meas de la risa. Tenéis que ver más películas así y no tantos dibujos o de las que no tienen na más que efectos especiales de esos...

—Anda que no mola *Regreso al futuro* o la de *E.T.*

—¿*E.T.*? ¿Esa cuál es?

—La del extraterrestre que dice lo de «telééééfono, mi caaaasa...».

—Pero ¿eso no lo dice Macario, el de José Luis Moreno?

—...

—Mira..., a mí me gusta Groucho Marx. Y ya está. ¡Eh! Mira, Jota, ¿a que anda así?

Y se ponía a imitar los andares de Groucho, recorriendo todo el salón y el pasillo a grandes zancadas, simulando que tenía un puro en la boca con uno de sus Ducados. Mama lo veía desde la cocina.

—¡Ya está tu padre otra vez haciendo tontás! —El teléfono de casa comenzó a sonar—. ¡Y coged el teléfono, que yo no puedo que estoy empanando los boquerones!

Papa descolgó el aparato sin dejar la imitación a un lado. Incluso después del pertinente «¿dígame?», me miró y levantó las cejas rápido y varias veces, con el cigarro entre los dientes.

—Es Abuelo, que si te dejamos ir de caza el domingo con él.

Me dejaron acompañar a Abuelo de caza el domingo. Fue mi primer acercamiento a una disciplina muy practicada en mi tierra. También fue el último. Abuelo me recogió tempranísimo en su coche para el campo, el Renault «4 latas». Yo salí de casa con tanto sueño que parecía un zombie de los que salían en el videoclip de Michael Jackson. Iba ataviado con mi chándal y una pequeña bolsa que me había preparado Mama en la que llevaba una neverita con un bocadillo de fuagrás, una mandarina, una pera y una cantimplora con agua. La dejé en el asiento de atrás, junto a la horterera de Abuelo, que estaba caliente y olía a carne con tomate y ajo.

—¿Qué haces con eso? —me dijo Abuelo antes de arrancar.

—¿Con qué?

—Mecagüendíole, Jota. ¡Con eso! —Y señaló el walkman, que llevaba pinzado en el pantalón de chándal con los cascos alrededor del cuello—. Pero qué quieres, ¿espantar a los conejos y a las perdices?

Yo, que no podía digerir tanta energía y volumen de voz a esas horas, traté de explicarle:

—Abuelo, que esto no son altavoces como los de tu transistor —dije agarrando mis auriculares—. Que yo me lo pongo en las orejas y solo escucho yo.

—Que no, que no, que no, déjate de cacharros. Los animales son mu listos y se enteran de to. Se las saben toas, tienen mucha mili...

Prendió el motor del coche y salimos hacia el campo abierto, en medio de una neblina rasgada por los faros. La oscuridad de la noche aún nos envolvía. Dejamos atrás las últimas calles del pueblo y Abuelo se dirigió de nuevo a mí, esta vez con un tono más suave:

—Mejor vamos al monte directamente sin pasar por el bar, que es donde nos juntamos los cazaos primeros, porque allí... hay mucha ropa tendía... y vas a oír cosas que un crío como tú no tiene que oír.

Entre el sueño y cómo decía algunas cosas, yo no me enteraba. Yo solo quería oír mi música. Y Abuelo había cercenado esa opción a las primeras de cambio. El día anterior me había preparado una cinta acorde con una incursión de esas características: aventura, intriga y suspense en plena naturaleza. El «Brighton Rock Solo», de Brian May en el directo de Wembley, y «The

prophet's song», que aparecía en el disco de *Una noche en la ópera*. Ambas gozaban de una atmósfera sonora propicia. Una vez más, tenía que activar el plan de reproducirlas mentalmente. Abuelo dejó su coche al lado de una casa abandonada que había pertenecido a su tío.

—Aquí vendremos luego a almorzar.

Desde allí comenzamos a andar para adentrarnos en el meollo. Atravesamos primero un páramo sobre el que asomaban los primeros rayos de sol. Poco después nos fuimos adentrando en el monte. Cuando quise darme cuenta, los altos y frondosos pinos nos habían engullido. Apenas se oía nada. Sin querer, los mágicos primeros compases de «The prophet's song» echaron a andar en mi cabeza. Me alcanzó un olor penetrante a madera, hierba húmeda y piñones. El suelo estaba lleno de juma, que así llamaban a la hoja seca caída del pino. Una alfombra gigante que pinchaba al tocarla con la mano. En invierno solían utilizarla, junto a las piñas secas, para encender el fuego de las estufas.

Observaba todo a mi alrededor, despacio, e imaginaba el tramo en forma de canon coral que ejecutaba Freddie a mitad de la canción. Mirando hacia arriba, por donde apenas se filtraba el sol entre las ramas, creía estar en el planeta de los Ewoks. Pasaba la mano por la rugosa madera de los troncos y meditaba: «¿Cuántos años llevaréis aquí vosotros? ¿Habréis visto a Abuelo cuando era más joven? Seguro que sí. ¿Era igual que en las fotos en blanco y negro que tiene en su casa? Pero en color, ¿no? Y moviéndose. Y joven». Abuelo me devolvió a la tierra dándome un pescozón y haciendo el gesto de «¡chitón!» con el dedo en la boca.

—Venga, Jota, ¿estamos a lo que estamos o a qué hemos venío aquí? Mecagüendíole —susurró fuerte—. Fíjate bien ahora y no hagas ni un ruido.

Abuelo señaló hacia un punto. Yo me quedé mirando fijamente la zona donde señalaba. Estuvimos así un buen rato. Era como observar una fotografía artística, un cuadro pintado. De repente, algo en ese cuadro se movió. Una pequeña mancha peluda avanzaba entre la juma. «¡Un conejo!». Iba un poco al trantrán, alternando pequeños acelerones con pasitos cortos. Debía de estar inspeccionando el terreno. Apenas pasó medio segundo y el conejo ya yacía, inmóvil, mientras yo me había tapado instintivamente los oídos con las palmas de las manos. Nunca había escuchado un estruendo de esas características. Ni los cañones que sonaban en el final de la *Obertura 1812* de Tchaikovsky me parecían tan hoscos. Abuelo avanzó hacia él y lo recogió para echarlo a su bolsa.

—Mira, Jota. —Y abrió la bolsa para que lo viera.

Un súbito olor metálico trepó hacia mi nariz y mi garganta. El color de la sangre...

*Fade out* y fundido a negro.

Aquel día fue la primera vez que me desmayé. En el sofá, Abuela me trajo una taza humeante de manzanilla.

—Yo pensaba que ya eras un hombre, Jota —oí decir a Abuelo entre risas.

Papa fue a por mí para llevarme a casa. Cuando íbamos en el coche, me dijo que él también, cuando era un muchacho, fue una vez de caza con Abuelo y supo que ya no iría más.

—Y ya está, hijo mío, no pasa na. No hay que hacer toas las cosas de la vida. Yo hubiera preferío que Abuelo solo fuera cazador haciendo un personaje en el teatro, con el grupo Ditirambo, pero...

En el pueblo, las estaciones pasaban sin que uno se diera cuenta. Y los años. El cambio del instituto a la universidad no solo fue académico, sino que también supuso abandonar el nido familiar. Eso sí, parcialmente. Cada fin de semana regresaba al pueblo.

Uno de aquellos fines de semana que había llegado de la ciudad, solté el bolso y me tumbé en la cama a escuchar música y pensar un poco en mi nueva Elisabeta. Emma y yo compartíamos clase, en la que ella, tan tímida como era, procuraba pasar desapercibida en todo momento. Tanto era así que tardé en reparar en su cara, su pelo, sus maneras y modos, que me conquistaron. Así que decidí posar mi luz de faro sobre ella para guiarla fuera de la bruma oscura del mar donde se empeñaba en guarecerse.

El *compact disc* ya había desplazado al disco de vinilo, pero yo seguía grabándome los originales en cintas de casete por aquello de hacer literal la frase de escucharlas hasta que revienten. Acabó la cara B que pertenecía al *Queen II* que, como su propio nombre indica, fue el segundo álbum editado de la banda. En medio del silencio que se hizo, me llegó el rumor de una conversación entre Papa y Mama. Detecté un fraseo pausado y cierto matiz circunspecto en la sonoridad de las palabras. Me quité los cascos y me levanté a poner mis antenas pegadas a la puerta para cazar algo de lo que se cocía en el pasillo.

—... que lo mejor es que estemos encima, que vigilemos lo que dice, lo que hace... —decía Papa.

—A lo mejor estaría bien que lo viese otro médico. —La voz de Mama parecía preocupada.

—Sí, le van a llamar de la capital pronto. He hablao con mi hermanico.

—Si es que... Acuérdate que yo te venía diciendo que lo veía mu despistado últimamente...

Cuando un rato después volví a entrar en mi cuarto, Papa y Mama ya me habían explicado que Abuelo estaba mostrando síntomas de «algo a lo que llaman demencia senil». Que no era grave, pero que seguramente fuera a más con el tiempo.

Precisamente, Abuelo llegó después a traer unas habas, espárragos trigueros y un manojo de ajos tiernos. Quiso pasar a saludarme a mi habitación. En ese momento recapitulé las veces que aquello habría ocurrido y no me salían más de dos. Ver a Abuelo en mi habitación era como encontrarte con una liebre en una farmacia.

Le había dado al *play* con la cara A de nuevo puesta en la pletina. Me encantaba que los tres

primeros temas sonaran enlazados, sin corte entre uno y otro. Y entonces, como queriendo mimetizarse con los profundos latidos que sentía en ese momento, sonaron los golpes de bombo de Roger Taylor en el tema que abría el disco, «Procession». Cuando poco después entró Mama seguida de Abuelo, había comenzado a sonar «Father to son».

—¡Hombreeee! ¿Quién está aquí? —Y me plantó dos besos.

—Hola, Abuelo.

—Qué bien te veo... ¿Cuándo te vas?

—El lunes.

—Ha venío a traer unas habas pa que te las meriendes esta tarde con pan y con sal, como a ti te gustan —dijo Mama mientras pasaba el dedo por mi escritorio—. Luego te doy un trapo y se lo pasas a tu habitación, anda.

—Bueno, Jota, ¿cómo lo llevas por allí? —Abuelo se metió una mano en el bolsillo y adoptó esa pose suya de pie y de medio lado.

—Bien.

—Tiene que haber un montón de muchachos por allí por la... Por allí por la... Por la esta.

—¿La universidad?

—La universidad.

—Claro, hay mucho ambiente.

—¿Te he contao alguna vez una cosa que me pasó una víspera de Reyes?

El cambio de tema fue brusco y, además, Abuelo me había contado aquello mil veces.

—Resulta que —comenzó a contar— había mucha riña entre los vecinos por cosas políticas y de tierras... Que si las viñas, que si los hitos... Y llegaron las Navidades y nadie quería participar en na. No se querían ni vestir de reyes magos pa la cabalgata. Pero cuando quedaban justo dos días yo me presté y pensaba «seguro que se animan otros y se van apaciguando las aguas». Pero na... Nadie más quería y el concejal de festejos dijo: «Pues no hay cabalgata este año». Y yo le dije: «¡Eso nunca en la vida, Marceliano!». Se llamaba Marceliano el hombre. Y el 5 de enero me presenté vestío de rey mago encima del remolque de Casimiro. Él iba conduciendo el tractor. Y nos pusimos a hacer la cabalgata. La gente me miraba aluciná desde la puerta de sus casas porque llevaba la cara pintá de negro, una peluca blanca y una barba postiza castaña. «¡Ya están aquí los tres reyes magos!», les iba diciendo... Todavía se acuerdan muchos. —Abuelo sonrió.

Después señaló el radiocasete. Aún conservaba el buen oído que tuvo en su época de músico de banda.

—¡Anda! Este cantante es el que te gusta, ¿a que sí? El *Fremi Fércuri*... ¿Es ese?

Luego, en la comida, nos limitamos a ver las noticias. Papa y yo hablamos también un poco de fútbol mientras rebañábamos bien el plato.

—¿Estaba rico el pisto? —dijo exultante Mama, antes de cambiar de tema—. Jota, ¿qué es lo

que te ha dicho Abuelo antes, qué palabra no ha dicho bien?

—¿Lo de que no se acordaba de decir, «universidad»?

—¿Se le ha olvidao alguna palabra? —dijo Papa con cierta alarma.

—No. —Mama iba recogiendo la mesa—. Lo de «Fremi Fércuri» o algo así. Madre mía..., que ya empieza a pronunciar mal.

—No Mama, eso Abuelo lleva diciéndolo así años.

Observé a Papa tras la comida, en la sobremesa. Se quedó callado y serio durante un largo rato. No se encendió ni su Ducados. «Father to son» volvió a sonar en aquel instante en mi cabeza. Papa me miró y, por un momento, me pareció que él también la estaba escuchando. Entonces me habló.

—Jota, ¿sabes que yo también fui un muchacho como tú?

—Claro, Papa.

—Cuando era joven, digo.

Sonreí ante su redundancia.

—¿Sabes lo que me decía Abuelo cuando le pedía dinero pa comprar chucherías? —continuó.

—No, nunca me lo has dicho.

—Yo le decía: «¿Me das cinco pesetas?», y él me contestaba: «¿Cuatro pesetas? ¿Pa qué quieres tres pesetas si con dos tienes bastante? Anda, toma una. Y dale la mitad a tu hermano».

Yo me reí, pero Papa se quedó callado y serio otro buen rato.

## Capítulo 18

### In the lap of the gods

Su grito sonaba como el del inicio de «In the lap of the gods». Todos los críos salíamos corriendo, entre risas nerviosas y tropezones con el bordillo de las aceras. Así que la primera vez que escuché el comienzo de la canción mi cerebro lo conectó con aquel chillido.

En el pueblo había un hombre que se llamaba Francisco Camarena Alonso, pero al que llamaban Pacorro. Tendría unos cincuenta años y vivía con su hermana en una casa cerca de la iglesia. Vestía igual todos los días del año: traje de pana marrón, jersey de hilo con camisa de cuellos grandes y puntiagudos y unos zapatos desgastados. Pacorro acostumbraba a dar paseos con las manos cogidas detrás de la espalda. Si te cruzabas con él y le dabas los buenos días, él te respondía con un «nos dé Dios» y se santiguaba. Pero por lo que más se le conocía a Pacorro era por seguir a las parejas. Cuando una pareja de novios iba paseando cerca de la iglesia, por el parque, la plazoleta de la fuente, la calle del colegio o la antigua carretera nacional que pasaba por el pueblo, donde ponían la feria en agosto, no era raro ver a Pacorro andando detrás, sibilino, guardando unos metros de distancia. Tanto los propios acaramelados como los que mirábamos en la distancia éramos conscientes del seguimiento. Era como ver uno de esos documentales en los que un depredador avanza con sigilo hacia la presa. La diferencia era que en este caso no había cacería. Algunas parejas se mostraban más permisivas que otras. «Déjalo al pobrecillo», «No hace daño a nadie», «¿Qué se le va a hacer si le gusta seguirnos?». Sin embargo, la cosa se ponía más tensa cuando Pacorro lo hacía rascándose la entrepierna por encima del pantalón. Casi siempre era el novio de turno el que se daba la vuelta y le increpaba: «Tú, so guarro. ¡Tira por ahí!». A lo que Pacorro reaccionaba con un chillido agudo que se nos clavaba en la oreja como un punzón.

Cuando nos juntábamos los críos en la calle, si pasaba Pacorro le aguardábamos en una esquina y le pegábamos un susto. Y otra vez el grito. Corríamos en todas direcciones, como hormigas huyendo del fuego. «¡Chilla como un gorrino en una matanza!», decía el Pecas.

Cuando empezamos a no ver a Pacorro por la calle, Papa nos contó que otro hermano, que vivía en Gandía, se lo había llevado a su casa. Al parecer, no fueron pocas las veces que pillaron allí a Pacorro fisgoneando en las fincas y mirando a la gente bañarse en sus piscinas. A Papa le llegaban todas las informaciones a través de uno de sus primos, que trabajaba en el ayuntamiento. Y nos las iba soltando.

—Por lo visto, la semana pasá salieron detrás de él y se libró por patas. Chillando.

Pacorro parecía lento, pero corría como las liebres.

—Ayer le llamó la atención un guardia civil y Pacorro le soltó un tortazo. En el calabozo está. Se metía en líos hasta con animales.

—El otro día se descuidó y el perro de una finca empezó a atacarlo. Le dejó la cara empezá... Empezaíca se la dejó.

Observar el comportamiento de los demás, desde una barrera invisible, era algo que practicábamos a menudo desde críos. Como en el pueblo pocas cosas se podían hacer, constituía uno de los entretenimientos más extendidos. Ver de cerca el comportamiento de Pacorro resultaba una exploración muy estimulante.

Recuerdo también a Zósimo, un hombre con el que mantuve una conversación de lo más peculiar la primera vez que lo vi. Yo salía de la tienda de Romera de comprar alguna chuchería y me encaminaba hacia casa de Abuelo y Abuela cuando, en la esquina, un hombre mayor me hizo gestos con la mano.

—Eh, mocico. Ven aquí, anda.

Me aproximé a la acera con la naturalidad con la que los niños nos acercábamos a alguien a quien no habíamos visto nunca. El hombre, apoyado en una pared recién enjalbegada, se protegía del sol, que pegaba de lo lindo.

—¿Adónde vas? —me dijo.

—Ahí. —Señalé la puerta de la casa—. Adonde mis abuelos.

—Ah..., tú eres su nieto, ¿no?

—Sí.

—Yo soy muy amigo de tu abuelo. Hicimos la mili juntos. Dile que le mando recuerdos.

—¿Cómo se llama usted?

—Zósimo.

—Yo se lo diré.

—Eso es. Dile: «Me ha dicho Zósimo que te de recuerdos. Y que eres un gilipollas mamaculos».

Y se fue andando, con rápidos y eléctricos desplazamientos de sus piernas.

Yo me quedé bastante desconcertado. No solo fue lo que dijo al acabar, sino cómo lo dijo. Un tono de voz y una expresión en la cara que me pusieron los pelos de punta. «A ver cómo le digo yo eso ahora a Abuelo», pensé. Decidí omitirle el extraño encuentro. A quien sí se lo dije fue, por la noche, a Papa y Mama.

—Tú si te lo encuentras otra vez, no le hagas caso —me pidió Mama, mientras pelaba una pera de agua—. Y no hables más con él.

Pero el caso es que deseaba toparme de nuevo con Zósimo, pues quería entender el porqué de

su comportamiento. Un par de semanas después me lo encontré unas tres veces en el intervalo de dos días. La primera de ellas llevaba un transistor pegado a la oreja, del que no salía sonido alguno. Zósimo se limitaba a gritar: «¡Gol de mamaculos!, ¡gol de gilipollas!, ¡gol de tontomierdas!». La segunda estaba en bata bailando un pasodoble consigo mismo en la plazoleta de la fuente. La tercera trepaba a la reja de una ventana. Esta última la comentábamos los amigos mirando desde una esquina.

—¡Mira cómo se engarabita el tío! —exclamó el Pecas.

Al llegar a lo más alto que pudo, se quitó la gorra que llevaba y nos la mostró con aire supremo. No sé por qué, a mí me vino esa imagen de Freddie que tantas veces había recortado de revistas y pósteres en la que mostraba la corona real al público.

Tanto Pacorro como Zósimo ejercieron una fuerza que me arrastró a desear encontrármelos por la calle. Deseaba interactuar con ellos. También con Pepito «el tío Cohete», que iba siempre al lado del director de la banda de música en las procesiones y los pasacalles. Pepito se encargaba de lanzar los cohetes en las festividades, prendiendo la mecha con el cigarro que llevaba en la boca. Un cigarro que era prácticamente un apéndice de su cara. Algunos decían que Pepito el tío Cohete llevaba siempre el mismo cigarro y que se lo encendió un día hace nosecuantos años y que aún le duraba. No lo vi jamás haciendo otra cosa que no fuera esa. Parece ser que ni trabajaba ni hacía nada, pero la destreza que tenía lanzando los cohetes desde la tablilla era digna de los mejores artistas de circo.

Nunca oí a Pepito el tío Cohete hablar. Nunca supe cómo era su voz. A Alfonsín, sin embargo, le oíamos todo el rato. Solo que Alfonsín decía la misma frase, repetida una y otra vez. «El balonvolea es el mejor deporte del mundo». También había una cosa que le ponía hecho unos demonios: el silbido. Si alguien le silbaba cerca, Alfonsín le soltaba un zarpazo a mano abierta de tal calibre que a más de uno lo tuvieron que llevar al ambulatorio.

Hablaba algo más un hombre que vivía cerca de la casa de Abuelo y Abuela: Segundo. Había dos Segundos en el pueblo: Segundo Melero Gracia, que era fontanero, y Segundo, el vecino de Abuelo y Abuela, al que llamaban así porque contestaba siempre de la misma manera, utilizando la misma estructura.

—Entonces ¿dices que va a llover esta tarde? —le preguntaba el Pecas.

—Sí. Primero: porque la nube aquella está muy negra ya. Y segundo... —Y nunca se le ocurría qué más añadir.

Así que, fuera o no por el desmelenado grito en falsete que lanzaba Roger Taylor en el comienzo de «In the lap of the gods», seguido por la melodía que Freddie cantaba con una voz enigmáticamente distorsionada, siempre que oía este tema mis recuerdos iban en la misma dirección: Pacorro me llevaba a Zósimo, que hacía lo propio con Pepito el tío Cohete, con Alfonsín y con Segundo. Cinco personas a las que siempre vi por separado en el pueblo. Nunca

coincidieron en el tiempo y en el espacio. Tanto es así que empecé a pensar que los cinco eran la misma persona, que jugaba con nosotros mostrándonos distintas personalidades. Como Clark Kent y Superman.

El LP *Queen II* contenía también una especie de continuación de este tema, «In the lap of the gods... Revisited», cuya melodía sí había escuchado previamente gracias al disco del concierto en directo en Wembley en 1986. Yo caía rendido ante aquella línea melódica dulce, plena de encanto. John Deacon realizaba con el bajo unas divertidas octavas que parecían fundirse como chocolate derretido. El suave ritmo flotaba y se balanceaba como si la propia canción estuviera recostada en una hamaca. También contaba con dos momentos corales muy especiales: el primero aparecía de esa manera chispeante, marca de la casa. El segundo, más tradicional, más popular, más terrenal, se asomaba en un final muy emotivo, haciéndose cada vez más y más grande. Engullendo la propia melodía iniciada por Freddie en solitario.

Fue con este tema y su final con el que tuve un sueño especial donde cantaba. Formaba parte de un gran corro en el que estábamos agarrados por los hombros Pacorro, Zósimo, Pepito el tío Cohete, Alfonsín y Segundo. Nos movíamos alrededor de un gran fuego que crepitaba con fuerza y escupía chispas y cenizas en todas direcciones. Lenguas de humo de todos los colores afloraban desde el corazón de sus llamas y dibujaban en el cielo cientos de figuras imposibles.

Con el tiempo no supe realmente si lo soñé o lo viví. Quizá fue un momento que existió de verdad o que quise que existiera. Un profesor de trompa me dijo una vez que la música de Mozart sigue ahí afuera, en el aire, entre nosotros. La respiramos, nos acaricia la cara. Solo hay que saber verla, y tocar la tecla para que conecte con nuestro mundo. Y de ese modo, ambos mundos pueden convivir en el mismo plano espacial, aunque sea por unos instantes. Mantener su duración en el tiempo depende de la destreza y la valentía del que se aventure a deslizarse entre el tejido que separa ambos planetas. Yo era consciente de los años que me separaban de muchas de las canciones que escuchaba, del día en que se crearon o del día en el que se grabaron. Pero sentir, por un momento, que estaban naciendo en ese preciso instante solo para mí era una de las experiencias más mágicas que he sentido en este mundo.

Después de la versión en Wembley de «Revisited» se escuchaba la juerguista «Seven seas of Rhye», también acortada. Llegué a su versión de estudio de la misma manera, pues también formaba parte del *Queen II*. Abría el piano las puertas de la canción, invitando a todo el mundo a entrar a la fiesta que se cocía dentro. Batería y bajo prorrumpían como cohetes de feria. La guitarra de Brian May soltaba notas como cascadas de agua. Unos coros alocados desataban la euforia. «Qué risa de canción» fue la primera frase que solté en voz alta cuando tuve el privilegio de escucharla. Pero la gran sorpresa fueron unas voces que irrumpieron en el final de la canción, como los borrachos que llegan tarde a la fiesta cuando en esta solo queda un suelo lleno de

confeti aplastado y bebida derramada. «I do like to be beside the seaaasideeee, I do like to be beside the seaaaaa...».

—¡Si parece cuando cantan «los mayos» en la plazoleta de la fuente, tron! —me dijo Santi la primera vez que se la puse.

—¿A que sí? O cuando Florencio el de la Rosita y Esteban van acicalaos y se ponen a cantar canciones de san Antón o de san Isidro en el bar de Salón. —Me partía de risa con él—. Pero en otro idioma, claro.

—No si... en otro idioma cantan... —Santi hizo el gesto de empujar la botella.

Florencio el de la Rosita y Esteban siempre iban juntos. De fiesta, a las procesiones del Corpus Christi, a dar vueltas con las motos, al fútbol... Se decía de ellos que por hacer todo juntos, hasta perdieron la virginidad a la vez. «En el bar de las luces de colores», decía la gente, refiriéndose al puticlub que había pegado a la carretera, a tres kilómetros del pueblo. El menú del sábado noche era la excursión a «la casa del amor», como decía Esteban, y luego tirar para el pueblo a seguir bebiendo. Una vez aliviada su libido, se ponían a beber cubalibres como bestias. A veces se torcían un poco las cosas y tenía que acudir la Guardia Civil porque la armaban.

Una noche se presentaron en la disco-bar uno con un azadón y el otro con unas tijeras de podar. Por aquello de hacer la gracia. Pusieron los aperos encima de la barra y empezaron a calentarse el gaznate a base de cubalibres y chupitos a mansalva. En ese delimitado espacio, donde se encontraban Florencio, Esteban, un azadón, unas tijeras de podar y todo el alcohol de la comarca, la temperatura fue subiendo cada vez más. Parecía el epicentro incandescente que imaginaba al leer *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne. Y desde ahí se propagaba una tensión que no se iba ni con lejía. Tanto era así que, aunque la música seguía rezumbando por los altavoces, un ambiente sordo, de silencio negro, comenzó a inundar la disco-bar.

Santi y yo estábamos tomando unas pepsicolas con el Pecas y Juanvi a escasos metros, sin perder detalle de sus evoluciones. Habíamos estado echando unas cuantas partidas al fútbolín y Santi estaba sudando a chorros.

—Os toca pagar la coctelera a vosotros. —El Pecas tenía ganas de chupitos.

—Pero ¿es que nadie se da cuenta de la que pueden liar estos, por el amor de Dios? —soltó Santi, bien cargado de intensidad cinematográfica.

—Parecen los dos monstruos morados de *Barrio Sésamo*, ¿os acordáis? —dije yo.

—Era uno solo, pero con dos cabezas. —Santi me corrigió sin dejar de mirarlos.

—Pues eso... Oye, ¿y si nos vamos? —sugerí.

—Jota, ¿qué te dije una vez? No vamos a hacer cosas que no nos apetezcan o que no queramos solo porque aquí estos dos elemeeentos —subrayó con vehemencia— la vayan a liar. No es justo, por el amor de Dios.

—No nombres tanto a Dios, macho... —Se reía el Pecas.

—¡Tú te callas! —Y se dirigió a todo el grupo, con una sombra en su mirada—. Voy a decirles que saquen los aperos y los metan en su coche o algo.

—Espera, espera, ¿dónde vas? —le dije, alarmado.

—A ver si la van a empujar contigo, Santi —le advirtió el Pecas.

—Vamos a ver, tíos, si es que aquí nadie les dice na. ¡Ni el dueño, troncos! Les voy a decir con buenas palabras que no la lleen.

Comenzaron a sonar los primeros compases de «Mucho mejor», de Los Rodríguez. La refrescante melodía pareció oxigenar el ambiente por un momento. Cantaba su estrofa Andrés Calamaro cuando Santi decidió encaminarse hacia aquellos mentecatos. Iba dando pasitos lentos pero decididos, como cuando jugábamos al «un, dos, tres, el patito inglés». Yo, arrastrado por la irrefrenable fuerza del síndrome del fiel escudero, del Sancho Panza, del Pepito Grillo y de la madre que parió a todos, también fui para allá. Santi era mi mejor amigo y no podía dejarle solo en esto. No sabía si esto último lo estaba pensando o lo dije en voz alta, el caso es que no me lo creía ni yo, con lo cobarde que había sido siempre. Como si estuviera imitándolo, me desplazé también de la misma manera. En aquel momento era Coque Malla el que cantaba su parte. Me hacía ilusión que cantara con ellos porque a mí Los Rodríguez me estaban empezando a gustar mucho. Y lo mismo me había pasado anteriormente con Los Ronaldos. El flechazo que tuve en su día con el timbre de la voz de Freddie abrió también el periscopio para observar desde las aguas de la música clásica otros estilos. Otras voces de otras músicas. Y tanto Andrés Calamaro como Coque Malla, que cantaban en mi mismo idioma y eran más accesibles en estilo y tesitura, eran espejos en los que me gustaba mirarme. Con la fiebre de los karaokes fueron suyas las primeras canciones que escogí y que me ayudaron a perder la vergüenza en el escenario. Un escenario de andar por casa, sí, pero escenario al fin y al cabo. Yo quería tocar Mahler, Bruckner o Bernstein, pero quería cantar como Andrés y Coque.

Santi estaba parado a un metro de los dos. Un taburete vacío, en medio, le ofrecía un parapeto en caso de que la cosa se fuese de madre y pasáramos de la dialéctica a la física.

—¿Se te ha perdido algo a ti? —ladró Esteban.

Sudaba como un pollo y desprendía un olor como a vinagre, tierra y pan mojado. Sentado en su taburete parecía una pila de ropa sucia esperando entrar en la lavadora. Santi habló calmado.

—Que estamos pensando que es mejor que despejéis la barra y guardéis esas cosas —dijo, señalando con el dedo el azadón y las tijeras de podar.

Yo miraba los artilugios y parecían crecer en tamaño con el paso de los segundos. Además, las luces de la disco-bar les insuflaban un halo siniestro muy distinto a cuando los veía en manos de Abuelo, en el campo.

—Pero ¿es que te pica algo? Si te pica algo, ráscate —masculló Florencio el de la Rosita, mientras apuraba su enésimo vaso de tubo, que parecía del tamaño de una jeringa en sus manos

de corteza. Tenía la cara roja y parecía que le hubieran hincado las cejas en la cara a presión, como al cerrar la tapa de las pilas del walkman.

—A ver... —Santi miró el suelo como buscando las palabras idóneas, los polvos mágicos que hicieran que el truco saliera bien—. La gente está un poquito nerviosa porque podéis lastimar a alguien con eso.

—¿Lastimar? Pero ¿eso qué es? ¿Tener lástima? Te parece cómo me habla el guacho este... —Florencio escupía las palabras con desdén—. ¿Tú qué eres? ¿Poeta o un ecologista de esos?

Di un paso más y Esteban reparó en mi presencia, al lado de Santi.

—Espérate que ahora viene también el marica este...

—No es marica. —Santi intervino—. ¿Y si lo fuera, qué pasa?

—Pues si no es marica, se viste como los maricas. —Florencio se giró hacia mí, pero yo no me atrevía a abrir la boca.

Santi le metió un poquito más de bombo al pasodoble.

—Bueno va, cerrad el pico los dos. Cogéis los bártulos y al coche, ¿entendido?

Yo miré a Santi con los ojos fuera de las órbitas. Florencio y Esteban se miraron entre sí. Lo primero que recuerdo es oír cómo chirriaron las patas de sus taburetes. Cuando me quise dar cuenta, los teníamos a los dos delante, como dos osos pardos a punto de devorar a sus presas. Esbocé un ruidillo con la voz que hizo que Florencio me cogiera de la pechera y me levantara un palmo del suelo. Sentí, al mismo tiempo, miedo y fascinación por algo que me estaba ocurriendo por primera vez en mi vida y que solo había visto en la tele.

—A ver, marica, dile a tu amigo que no está en las películas americanas, que no se ponga tonto. Que nosotros hacemos lo que nos sale de los cojones.

Transcurrieron unos segundos de silencio tenso, solamente mancillado por algún: «Eh, eh, va, va».

—¿Sabes lo que pasa? Que te acaba de escuchar, no hace falta que yo le diga na. —No sé quién hablaba, si era yo o una proyección mental. Florencio seguía sosteniéndome por los puños como si fuera un peluche de esos que atrapábamos echando veinte duros en la máquina de la garra. El caso es que cogí carrerilla y empecé a soltar palabras y frases casi sin respirar—. Lo que pasa es que tú has preferío agarrarme a mí utilizándome como rehén de cara a mi amigo, porque al ser él más grande que yo, no te atreves a cogerlo. Santi os estaba diciendo una cosa con to el sentido del mundo. Esos aperos corresponden a otro sitio. Pa cuando trabajas en el campo y esas cosas. Así que aquí no pintan na. Lo único que pueden suponer es un peligro y bastantes cosas malas pasan ya en la vida como pa que se líe aquí alguna. Lo que queremos, lo que queremos todos, vosotros también imagino, es estar tranquilos tomando algo, escuchando música, jugando al fútbolín, estar de cháchara y de risas. ¿A que sí? Y eso que tenéis ahí no os hace falta pa na. Es como si hubierais puesto encima de la barra un violín y un fagot, que son dos

instrumentos que no tenéis ni idea de cómo se tocan y que no merecerían estar ahí tiraos. ¿Habéis visto un violín alguna vez? ¿O un fagot? ¿Habéis visto un fagot? ¿Y un arpa? ¿Vosotros sabéis cómo se toca el arpa? Es un instrumento muy difícil, igual os suena de verlo en las películas de los hermanos Marx. Lo tocaba Harpo. Hay unas cuerdas rojas por las que los arpistas se guían pa tocar. ¿Y la trompa? Es un instrumento mu difícil. Está afinado en fa y con una posición de cilindros se pueden hacer un montonaco de notas ejerciendo más o menos presión del aire. Mira muchacho, si me pongo aquí a tocar ahora mismo el solo de «Sigfrido» de Richard Wagner te caes de culo.

Cuando decidí callarme, todos me miraban. No solo Florencio el de la Rosita, Esteban y Santi, también sentí la mirada del Pecas, de Juanvi, que como siempre no había despegado el pico en toda la noche, del camarero y de más gente. Seguramente la música de Los Rodríguez seguía sonando, pero lo que oía en mi cabeza era ese sonido cuando la aguja terminaba de reproducir la cara de un disco y se quedaba en el final, enganchada. Florencio, súbitamente, soltó una risotada a la vez que me devolvía al suelo. Y dándole un manotazo a Esteban me dijo:

—Vaya rollo me has metío. Mira, no sé ni lo que me has dicho, porque al oírte hablar así tan gracioso, al lao del otro, me estaba acordando de cuando hacíais aquello de risa... ¿Cómo era...?

—¿Lo de «Los Charlotes»? —le contestó Esteban.

—Eeeeeeeexactamente. —Y escupió otra risotada—. ¡«Los Charlotes»! ¿Ya no hacéis eso más o qué?

Sin duda, el plan que Santi me dijo alguna vez de intentar desconcertar al enemigo aquí se había dado la vuelta. O, mejor dicho, yo lo había conseguido con él pero, contra todo pronóstico, él contraatacó con otro desconcierto.

—Venga, echaros un cubalibre aquí con nosotros, que os convido, «Charlotes»... —Y su risa sonó a tos.

Cuando volvimos a ocupar nuestro sitio con el resto, el ambiente estaba mucho más distendido.

—Madre mía, cuando he escuchao que Florencio te decía marica... —el Pecas me puso la mano en el hombro mientras con la otra sujetaba un chupito de piruleta—... he pensao «ese no ha visto a uno de los de verdad». Como Juanjo, ¿sabes? El que va con nosotros al instituto.

El Pecas hablaba así de Juanjo como de cualquier otra persona o cosa que se saliera de lo establecido. Juanjo era un muchacho que iba con nosotros a algunas asignaturas. Su amaneramiento pronto le convirtió en objeto de burlas y bromas pesadas. Se incidía mucho en su supuesto gusto y atracción por los chicos. Cuando, hartos, el propio Juanjo se encargó de confirmarlo, lejos de cesar la tormenta sobre él, esta se acentuó. Los dimes y diretes en torno a su figura se multiplicaron. El ruido alrededor era de tal magnitud, que la primera vez que coincidí con él en el urinario de los chicos se me hizo hasta raro. Tal pensamiento me generó una cierta

incomodidad. Sabía que Juanjo se llevaba muy bien con Anilla y Lola, con las que hablaba a menudo. Así que decidí compartir aquello con mis amigas.

—...y estaba ahí meando, en los urinarios de pared.

—¿Y? —dijo Anilla masticando chicle como una de esas dentaduras de juguete a las que se les daba cuerda.

—No, na... Que... Pues yo qué sé... Es que como le dicen que si es... Y él dice que...

—¿Y tú piensas que él tiene que pasar al de chicas? —soltó Anilla.

—Pero ¡si es un chico! —bramó Lola.

—Ya, ya, si lo digo porque...

—No, ¿cómo que «ya»? Pero vamos a ver, ¿a ti te molesta?

—¡Que no! ¿Cómo me va a molestar?

Anilla y Lola resoplaban.

Recordé entonces la vez que Abuelo me habló sobre un muchacho que vivía en el pueblo hacía años, al que, insinuaba, le gustaban los hombres. Me decía que le incomodaba verlo salir a la puerta de su casa a barrer la calle.

—... y cuando pasaba y le daba los buenos días, el muchacho me decía «adióos» así con la mano, de una manera... rara.

—¿Rara cómo? —le pregunté.

—No sé... Así... rara.

—Bueno, a lo mejor...

—También era zurdo.

Más tarde, Juanjo me preguntó un día que qué escuchaba en mi walkman. Estábamos en una pausa entre clase y clase y aprovechó para indagar un poco en mis gustos musicales. Miré alrededor. Dudé. Finalmente acabé poniendo mis cascos en sus orejas cuando comenzaba a sonar «Flash», de Queen. Le encantó. A partir de entonces, siempre que me veía me gritaba: «¡Flash! ¡Aaaaahhh!». Y hacía un gesto muy divertido con los brazos. Se le veía tan feliz haciéndolo... Adopté el gesto para mí y lo hacía sin pensar cada vez que escuchaba aquella canción, allá donde me encontrara, comprobando que también me sentía feliz y alegre al hacerlo.

Un hecho tan anodino, como el de un muchacho yendo al baño, había instalado una sombra de extrañeza en mi interior que se borró de un plumazo con una canción.

Lo simple que era la vida a veces y lo mal que la entendíamos.

## Capítulo 19

Dear friends

Aparte de la cama de mi cuarto, había un rincón en casa en el que gozaba escuchando música. En ese rincón estuvo muchos años instalada la estufa. Allí fue donde escuché la noticia de la muerte de Freddie. También, al lado de la ventana, había una especie de butaca que se balanceaba, a la que llamábamos «el balancín». Al ser un primer piso, desde aquella ventana se veía enfrente un pequeño huerto. Pertenecía a la casa de un matrimonio mayor, Pedro y Julia, a los que nos referíamos como el *hermano* Pedro y la *hermana* Julia. En el pueblo era habitual llamar así a la gente mayor: *hermano* o *hermana*. «¿Dónde va usted por ahí, *hermano*?», «Buenos días, *hermana*», «*Hermano*, ¿me deja usted pasar?». Eran frases que oía a mi alrededor, en las que se establecía un trato vital: alguien más joven se dirigía así a un anciano.

El matrimonio llevaba muchos años viviendo allí y había muy buena relación con ellos. Era habitual que Mama nos mandase a Mar o a mí a pedirles alguna cebolla o algunos huevos. Y si una mañana no iba a haber nadie en nuestra casa, el panadero que repartía el pan con su coche cada día dejaba en su casa nuestra ración y más tarde íbamos a por ella.

—Qué, rubiales, ¿vienes a por el pan? —me decía el hombre, tan servicial.

—Sí.

Y cogía la bolsa de tela que tenía colgada en el perchero de la entrada, llena de olor bien rico, y me la daba.

—Qué bien huele, ¿eh? —me decía—. A ver si inventan una colonia con este olor... ¡Yo me la compraba!

—¡Y yo!

El huerto del *hermano* Pedro, al estar rodeado de urbanización —la calle y las casas que lo delimitaban—, daba la impresión de ser un decorado de televisión. Desde la ventana, escuchando música, observaba a mi amigo regar el árbol que había justo en medio, recoger lechugas o echarle de comer a las gallinas. Muchas veces, el balón con el que jugábamos los críos en la calle se nos colaba en el huerto. Él siempre nos lo devolvía con una sonrisa esculpida en esa cara a la que el sol y el frío habían curtido durante muchos años.

—¡Cuando lo he visto venir, he estao a punto de tirarme a hacer una zamorana! —solía decirnos al devolvernos la pelota.

Desde mi posición de falso centinela, con los cascos sobre las orejas, vertía notas musicales

sobre aquel paisaje concreto. Unas veces se trataba del segundo movimiento de la sinfonía nº 40 de Mozart. Claudio Abbado no solo dirigía a los miembros de la London Symphony, sino que también hacía lo propio con los lentos trajines del *hermano* Pedro, que parecía agacharse, faenar y moverse por el terreno guiado por la batuta del maestro italiano.

Otras veces, simplemente, el *hermano* Pedro optaba por sentarse al sol en una silla vieja de madera. Ahí podía quedarse una hora, con su boina negra bien calada y apoyado en su inseparable garrote. Yo ponía en mi walkman el Largo de la ópera *Xerxes*, de Georg Friedrich Händel, para que me ayudara a traspasar el espacio entre los dos y descifrar qué era en lo que podía estar pensando ese hombre ahí tanto tiempo.

—Sé que me miras desde la ventana, Jota —me dijo un día.

—¿Yo?

—Sí. Pero que no pasa na, rubiales. Si es que me dio por pensarlo la otra noche, cuando echaron en la tele la película esa del hombre que está mirando las casas de enfrente desde su ventana, con una pierna escayolá.

Precisamente por algo parecido, el *hermano* Pedro comenzó a decirme «gracias» todos los días de su vida. Fue un sábado de abril, antes de comer. El cielo resplandecía como en algunas de las viñetas de Tintín. El hombre estaba sentado en su silla, al sol. Yo estaba escuchando el nuevo disco de Queen que Santi había conseguido grabarme, *Sheer heart attack*. Observaba con curiosidad al *hermano* Pedro a través del cristal mientras sonaba «Dear friends». Era una canción muy corta, que desprendía cierto aroma a villancico. Un villancico de esos americanos, de los que salían en las películas que ponían en Navidad en la televisión, cantando todos alrededor de un piano o frente a una chimenea prendida. Sin embargo, al mirar hacia mi amigo, que se encontraba en esa posición en la que a veces parecía que estaba dormido, dicha composición parecía más bien una nana. «Un bebé anciano al que le cantan para dormir», pensé. Vi cómo, poco a poco, el brazo que sujetaba el garrote se empezó a desplazar. El garrote cayó al suelo y tras él, el cuerpo del anciano fue inclinándose hacia un lado, como si se derramara. Quedó tirado en el suelo, inmóvil. Me alarmé súbitamente y grité a Mama.

—¡Que al *hermano* Pedro le ha pasao algo! ¡Mira!

Mama bajó rápidamente a llamar a su casa. La *hermana* Julia, que estaba en la cocina guisando arroz con judías pintas, ajena a todo, abrió la puerta. Cuando la ambulancia se lo llevó, Mama no paraba de decir que «menos mal que Jota estaba en la ventana».

Una semana después, el *hermano* Pedro estaba ya en su casa. Cuando volví a verlo, puede que yendo a recoger el pan como otras veces, me dio un beso.

—Ven que te dé un beso, rico mío. Muchas gracias. Ya me han contaó. Si no llega a ser por ti...

—Bueno... Pero ¿ya está usted bien?

—¡Si yo soy más duro que una piedra! Ahora, eso sí, me dio un buen apechusque.

—La película se llama *La ventana indiscreta*.

—¿El qué?

—La película que usted me dijo que echaron en la tele. Es de Alfred Hitchcock, el de *Los pájaros*. Yo tengo algunos libros suyos. Me ha dicho Papa que el que mira por la ventana, el de la escayola, resuelve un crimen.

—Menudo crimen resolviste tú también. —El hombre se rio sin parar.

—¿Quiere oír la música que estaba escuchando cuando le estaba mirando?

—Venga a ver...

Saqué mi walkman y le cedí los cascos. Le ayudé a ponérselos. Puede que fuera la primera vez que se ponía un artilugio de esas características. Se los colocó por encima de la boina porque la boina yo creo que no se la quitaba ni para ir a dormir. O, al menos, eso es lo que oía decir a Papa. El *hermano* Pedro escuchó «Dear friends» de principio a fin.

—¿A que parece un villancico? —dije yo.

—¿Un villancico? Poca pandereta lleva esto... Yo es que estos idiomas no los entiendo, hermoso.

—Pero la música es bonita, ¿a que sí?

—Sí, suena afinao... Jota, a mí lo que me gustan son los pasodobles, que son alegres. Ponme un día un pasodoble.

—¡Vale!

Me quedé mirándolo un instante antes de hablarle de nuevo.

—¿Es eso en lo que piensa cuando está ahí en su silla, en el huerto?

—¿Cuando salgo a sentarme fuera, dices?

—Sí. ¿Piensa usted en los pasodobles?

Esbozó una sonrisa y los ojos se le encendieron.

—No. Yo ya no pienso en na, rico mío... Porque si me pongo a pensar, no me levanto de la cama.

Yo entonces no lo sabía, pero Mama y Papa me contaron que el hijo mayor de la *hermana* Julia y el *hermano* Pedro se había muerto años atrás al caer en uno de esos pozos que había por el campo.

Decidí grabarle una cinta entera con pasodobles, todos interpretados por la Banda Municipal de Madrid. Dos de mis favoritos eran «Puentearreas», con sabor gallego, y «La kermés de las Vistillas», con aires chulapos de Madrid. Sabía que el hombre disponía de un radiocasete que le regaló su hija y que lo tenían en la cocina.

—¡Cada día me pongo la cinta! —me decía cuando estaba en la puerta tomando el fresco por las noches—. A mí también me gusta mucho ese tan alegre... ¿Cómo dices que se llama...?

—¿«La kermés de las Vistillas»?

—¡Ese! Me dan ganas de ponerme a bailar y de to. *Me se van las piernas solas.*

—¿Y por qué no lo hace?

—Ay, rico mío... —Lanzó un suspiro y sus ojos brillaron—. Oye, y gracias por lo de aquella vez.

—Que ya me lo ha dicho usted muchas veces.

—¡Y así me voy a tirar diciéndotelo to los días que me queden!

Un día dejé de recibir las «gracias» del *hermano* Pedro. Pero continué mirando por la ventana. Pasaron las semanas, los meses y los años. Aquel huerto, mi decorado de televisión, se fue marchitando hasta no quedar nada reconocible. Solo tierra y viento.

Pero no fueron pocas las veces que, asomado al cristal, me ponía «La kermés de las Vistillas» para ver de nuevo al *hermano* Pedro andar entre los matorrales, las tomateras y las gallinas, quitando alguna hoja del árbol ayudado por su garrote o sentándose en la silla, al sol.

Y lo vi levantarse después.

Y ponerse a bailar.

Había una tienda en el pueblo a la que iba cuando estaba en casa de Abuela y esta me pedía que le hiciera algún *mandao*. Estaba en una calle de detrás, rodeada de cercas y casas viejas. En la lista que apuntaba en un papel, Abuela siempre incluía chocolate, porque sabía que me gustaba mucho. Era su recompensa por hacerle los recados.

—Y te traes media libra de chocolate.

Abuela seguía utilizando esa medida antigua cuando ya no era necesario.

—Es que antes te vendían dos pastillas de chocolate. Se le llamaba «una libra de chocolate». Si querías solo una pastilla, pues entonces pedías media libra —me aclaró un día Abuelo.

La tienda en cuestión la regentaba una mujer muy mayor que no oía nada. La apodaban, de manera certera, la *hermana* Sorda. Al establecimiento se accedía bajando unas escaleras, desde la calle. El habitáculo era oscuro y olía a humedad. Un mostrador de madera quedaba al frente. Tras él, estanterías llenas de latas de conserva, legumbres, dulces, chucherías y algo de fruta. En la tienda de la *hermana* Sorda no era necesario decir al entrar aquello de «despachaaaaar». No porque la *hermana* Sorda no oyera, es que —nadie sabe cómo— la mujer se adelantaba siempre y salía antes de que alguien llegara al mostrador. En detrimento del oído, había desarrollado el sentido de la anticipación, del presentimiento.

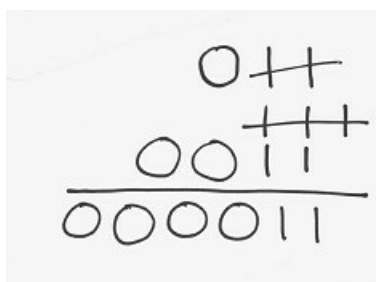
Había que pedirle las cosas señalándolas, así como utilizar los dedos de las manos para las cantidades. Algunas vecinas le escribían lo que querían en un papel, pero es que la pobre no

sabía apenas leer. Entonces se lo dibujaban. En esos casos, la tardanza en hacer la compra iba en función de la destreza como dibujante de quien estuviese comprando.

La *hermana* Sorda hacía las cuentas en un papel de esos grises y gruesos, con un lápiz gastado que parecía haberse detenido en el tiempo y llevar así varios lustros. Utilizaba palitos y círculos para ello. Los palitos representaban las pesetas, y los círculos, los duros. De manera que ella iba sumando: ¿que esto costaba 7 pesetas? Dibujaba un círculo y dos palitos.



¿Que esto otro costaba 3 pesetas? Añadía otros tres palitos. ¿Lo último valía 12 pesetas? Pues dos círculos y dos palitos. Y a la hora de sumar, tachaba cinco palitos para convertirlos en un nuevo círculo. Resultado: 22 pesetas.



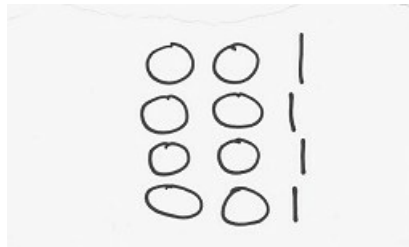
El sonido del lápiz desplazándose por el papel a mi me daba mucho gustirrinín. Parecido a lo que me ocurría con los huevos en la tienda de Romera. Y me preguntaba si a la *hermana* Sorda, de poder escucharlo, le pasaría lo mismo. «Pobrecica, lo que se pierde».

Una noche, escuchando el walkman en mí cama, se me ocurrió idear un código simple de comunicación con la *hermana* Sorda. Cuando volví a su tienda y me dibujó la cuenta en el papel, yo le fui señalando cada círculo, que lo asociaba a un golpe en el mostrador de madera. Confiaba en que algo de vibración le llegara por alguna parte. Quise que ella me imitara porque, sin duda, ahí sí que notaría algo. Con los palitos, le conminaba a hacer el mismo golpe, pero en vez de con el puño cerrado, con la palma de la mano abierta hacia abajo. Fui poniéndole ejemplos con otras cuentas que se habían quedado escritas en el papel, pertenecientes a anteriores sumas de la clientela que ya había pasado por ahí antes. Así, fui alternando golpes de puño y golpes de palma. A la mujer le entraba entre risa y vergüenza, y me hacía divertidos visajes que yo interpretaba como: «Ay, el guacho este, lo que me hace hacer...».

Merendando en casa de Abuela, sacaba una libreta y unos lápices y calculaba precios de

distintos alimentos traducidos al sistema de círculos y palitos de la *hermana* Sorda. Realicé varios intentos hasta que conseguí convencer a Abuela de comprar tal y cual producto en tal y cual cantidad, para que en la cuenta salieran los dibujos que tenía pensados.

Aquel día, la *hermana* Sorda me dibujó la cuenta que yo quería que hiciera. Yo ya llevaba un cosquilleo y una risa tonta desde que salí de casa de Abuela. Animé a la tendera a hacer juntos nuestro código sonoro.



Sin ella saberlo, la *hermana* Sorda estaba tocando conmigo el principio de «We will rock you».

Cuando era un niño, las mujeres mayores iban casi todas vestidas de negro. Enlutadas por viudedad o por algún hijo o hija, como el caso de la *hermana* Julia, mi vecina. Muchas de ellas iban en parejas a la iglesia a escuchar misa. Cuando me pillaba por allí cerca, porque estaba jugando al balón, me quedaba embobado viendo el riachuelo de sombras negras que se acercaban lentamente a la puerta de la iglesia. Algunos críos nos asomábamos a olisquear, por la puerta de atrás, sin ser vistos. Yo cazaba melodías como las de «Tú has venido a la orilla» o «Santo es el Señor» con las que jugaba a hacer dobles voces o acompañamientos de percusión, tamborileando en el balón de plástico. Las mujeres cantaban de manera lánguida, haciendo una especie de *glissandos* de una vocal a otra. Eran notas que se diseminaban en las siguientes. Melodías que parecían no acabar nunca.

Escudriñaba los bancos y recitaba los nombres de las ancianas como si de una alineación de fútbol se tratase. Ahí estaban la *hermana* «Porras», la *hermana* Justina, la *hermana* Adriana, la *hermana* «Acelga», la *hermana* Claudia, la *hermana* «Sandalia»...

De entre los ancianos, los más populares eran el *hermano* Morcillo. Ese era su apellido, aunque también le servía de mote porque tenía unos dedos en las manos como auténticas morcillas de las que hacían en las casas en época de matanza. El *hermano* Casimiro, amigo de Abuelo. El *hermano* «Picardías», que había sido sepulturero toda la vida y tenía un hijo, Juan Antonio, que llevaba entonces la funeraria del pueblo. A este último se le conocía mucho por entrar a las casas con sus artilugios para preparar el féretro diciéndole a la viuda: «¿Dónde montamos el circo, *hermana*?». Y cuando se cruzaba con algún vecino o vecina por la calle,

estos solían decirle «¡Juan Antonio! ¿Qué...? ¿Mucho muerto?». El *hermano* Tomasete, que tenía el récord de años consecutivos tocando el bombo en la banda de música. El *hermano* «Galgo de la caña», del que nunca se supo la procedencia de ese mote, pero todo el mundo le llamaba así. O el *hermano* «Vaselino», a quien llamaban de esa forma por el olor que desprendía siempre, que recordaba al del frasco de vaselina perfumada marca Gal.

Si había algo que unía a todas las personas mayores, a todos los *hermanos* y *hermanas* del pueblo, eran los gatos. El animal por excelencia del pueblo. Claro que también había muchas gallinas, perros, cerdos, corderos y ovejas. Pero los gatos representaban para mí la sustancia del pueblo: egoístas, unas veces; cariñosos, otras. Pasotas, fisgones, imprevisibles, sibilinos, *bacines*, eternos, artistas involuntarios y fieles a una manera de ver la vida.

Todos tenían, al menos, uno en la casa, el patio o el corral. En casa de Abuelo y Abuela hubo varios. Pero tal vez el que dejó más huella fue uno gris, con motitas blancas y unos ojos verdes como si estuvieran hechos de kryptonita. Fue el que más años vivió y con el que jugué más tiempo. Abuela siempre les voceaba «¡sape!» a los gatos, así que se quedó con ese nombre. Solía andar entre el patio y el corral, y cada vez que cazaba algún ratón, Abuela le recompensaba con ración doble de comida. «Hoy te has portao bien, Sape». Adoraba ver cómo se movía, haciendo gala de sus estudiadas coreografías en las que su gran cola, gris oscura tirando a negra, se balanceaba como la batuta de Leonard Bernstein.

El día que descubrí la canción «Delilah», Sape cobró otra dimensión en mi vida. En el disco *Innuendo*, el último que lanzó Queen como banda al completo, Freddie decidió dedicarle una composición a su gata Delilah, a la que adoraba con locura. Este dato lo supe más tarde, pero en el momento de las primeras escuchas me divertían mucho los guiños que lanzaba Freddie con sus maullidos al cantar. Y no solo con la voz, pues Brian May hacía lo propio con la guitarra. Después, el líder de la banda y dueño de Delilah le soltaba un «I love youuu» que muchas personas lo hubieran querido para sí. Esa nota aguda que alcanzaba al hacerlo penetraba en mí de una manera en la que podía llegar a sentir lo que significaba el amor verdadero, el amor de la amistad.

La mayoría de las veces, al entrar a la casa de Abuelo y Abuela, iba directo a ver a Sape. Oía sus maullidos desde el patio y cuando llegaba al corral ya sabía dónde estaba esperándome. A veces venían algunos hombres, amigos de Abuelo, a regalarles algunas piezas de caza para que Abuela las guisara: conejos, liebres, perdices. Entonces Abuela se iba para el corral y colgaba a los animales de una cuerda para prepararlos. Muchas de aquellas mañanas iba a visitarlos.

—¿Dónde está Abuela?

—Está en el corral, arreglando un conejo que nos ha traído Isaac.

Me dirigía entonces para allá. Atravesaba el patio, repleto de macetas, con un rosal en el que llegué a ver rosas rojas, amarillas y blancas. La joya de la corona era el manzano, con unas

manzanas gordas y amarillas que olían desde la calle. En una esquina había una planta que crecía por parejas en la misma maceta, pero mirando cada una hacia el otro lado, a la que llamaban «suegra y nuera». El sol se deslizaba desde los tejados contiguos, bañando rosas, geranios, claveles, petunias, gladiolos, los platos decorativos colgados en la pared y la ropa que había tendida con pinzas de madera.

Un día en concreto, Claudio Abbado dirigía en mis cascos el comienzo del tercer tiempo de la octava sinfonía de Dvorák, su *Alegretto grazioso*, que se amoldó a aquel recorrido «como el recodo al camino», que decía Joan Manuel Serrat en una de las canciones que tanto le gustaban a Mama. Los violines exponían el tema con una delicadeza que contrastaba con los aspavientos que realizaba Abuela pelando al animal que colgaba y sangraba vivamente.

—Te vas a quedar sordo con el cacharro ese en las orejas tó el día. —Conseguí leerle en los labios.

Busqué a Sape con la mirada, y estaba donde me temía. Abuela le cubría previamente con una de esas cajas de fruta que tenían apiladas por todas partes para que el gato no molestara durante el despiece del conejo. Los maullidos quejumbrosos que Sape lanzaba desde el interior de la caja lograban traspasar mis auriculares y se fundían con la melodía de Dvorák. El viento madera tomaba el testigo del tema principal y eran ahora los violines los que, a modo de contracanto, entonaban sus quejidos como hacía Sape.

La siguiente vez que fui de visita en una situación similar, me encargué de amenizar su involuntaria reclusión en la celda de plástico poniendo «Delilah» en mi walkman. Subí el volumen al máximo y acerqué los cascos a las rendijas. Sape olió las esponjillas y luego se quedó quieto escuchando a Freddie soltarle lindezas en sol mayor.

Abuela me miró de reojo.

—Jota, rico mío, ¿es que te crees que los gatos entienden la música?

—Bueno... nunca nadie les ha preguntao.

El día que Sape se murió, Abuelo me propuso ir a la huerta a enterrarlo. Me dijo que había preparado una cruz de madera para «hacerle los honores». El trayecto en el «4 latas» lo hice en silencio. Llevaba a Sape metido en una caja, en mi regazo. Y me había echado el walkman con la cinta en la que tenía grabado el Réquiem de Mozart.

Abuelo se encargó de cavar un agujero en el que depositó al animal. Cuando puso la cruz de madera, yo me quedé un rato observando el pequeño montículo mientras escuchaba el «Lacrimosa» por los cascos. Nunca dejó de impresionarme, una vez que el coro completaba la primera frase *Lacrimosa dies illa*, la consecución de compases en los que la tonalidad escalaba, de forma implacable, como abocada al fatal destino. Abuelo, que aprovechó ese momento para quitar algún hierbajo que había crecido cerca de las nogueras, se me acercó de nuevo. Yo pulsé el botón de *stop*.

—Los animales es que viven menos que las personas, Jota.

—Ya.

—A este lo hemos tenío un montón de tiempo... Yo creo que el que más.

—Con Sape es con el que más he estao yo, eso seguro.

—A ver si Isaac me da alguno la semana que viene. Creo que en su huerta tiene un montón.

—Pero ya no va a ser igual...

—Voy a decirle que si tiene uno que se le parezca mucho.

Abuelo se rascó la cabeza y luego miró hacia la zona del camino por el que me estampé una vez con la bicicleta.

—Por allí está enterrao el perro lobo que tuve. ¿Te he contao alguna vez eso, no?

—¿Lo del perro lobo? Me suena, sí... Pero creo que de oírsele a Papa, no a ti.

—Era más bueno... A la gente le daba miedo, pero no hacía ná... Yo pa mí que era medio tonto, el pobrecico... No le mordió nunca a nadie. Algunas veces le tocaba el fliscorno y se ponía a aullar y a mover la cola. Yo creo que entendía la música.

—Como Sape.

—Pero es que el perro lobo aullaba en el tono de la pieza que tocaba. Era listo también... Bueno, era tonto listo.

—Entonces, habéis tenío un perro lobo y... ¿cuántos gatos?

—Que yo me acuerde... cuatro o cinco antes que este.

Yo volví a mirar la tierra removida, bajo la que descansaba el difunto felino. Abuelo volvió a hablarme.

—¿Y lo del loro te lo he dicho alguna vez?

—¿Un loro? ¡¿Habéis tenío un loro?!

—¡Vaya! Ese sí que era listo... Más que muchos del pueblo.

—¿Había más loros en el pueblo?

—No, digo que era más listo que algunas personas del pueblo. Hacía sumas y restas. Y cantaba la de «La campanera».

—Venga ya... —Empecé a pensar que Abuelo me estaba tomando el pelo.

—¡Palabra! Si no te lo crees, díselo a tu abuela. Aunque lo tuve estando de soltero. Ella igual ni lo sabe. Está enterrao también por aquí. —Y señaló hacia el balsín—. Creo que allí. Esta huerta es que fue de mi padre y luego me la quedé yo. Al loro le pusimos una cruz hecha con reja. Pesaba un montón.

—Pero las cruces ya no están. ¿Es que las quitas luego?

—Se cuelan en la tierra poco a poco.

Volví a mirar la cruz de Sape.

—Pues el loro me salvó de una... —continuó Abuelo—: Iba en tren desde un pueblo de aquí al

lao hasta la capital. Quería estar unos días por allí, visitando a unos primos. Y me lo llevé.

—¿Te llevaste al loro?

—¡Claro! Casi que fui solo pa eso... pa enseñárselo.

—¿Y no se mareó?

—Qué va..., esos bichos tienen otra naturaleza. Total, que lo llevaba en una jaula. La maleta con la muda la puse en el compartimento de arriba y la jaula en el asiento de al lao, que iba vacío. Pues el revisor que pasa y me dice: «¿Me da usted los billetes?», y le doy el mío. Y el tío va y me dice: «¿Y el otro billete?», y yo: «¿Qué otro billete?», y me dice el revisor: «El del loro». Yo me quedé anonadao. Total que le digo: «Pero, hombre, es que es un animal. Lo he puesto aquí, que había más sitio». Y el hombre seguía erre que erre: «Pero es que da igual, va ocupando plaza». «Pues lo quito y sanseacabó». «¿Que da igual que usted lo quite, que es un ser vivo que va en el tren!». «¡Pero, bueno, vamos a ver, ¿me está diciendo que el loro tiene que pagar un billete?!». «¡Usted haga lo que quiera, si no me paga el billete del loro se bajan en la próxima estación!». «

—Se puso la cosa peliaguda, ¿no, Abuelo?

—Pues espérate. Estábamos los dos ahí discutiendo, enzarzaos, que veía que llegábamos a las manos, cuando el loro va y, con un ala, abre la puerta de la jaula, silba y dice: «Venga, hombre, no discutáis y arreglarlo».

—¿De verdad?

—De verdad te lo digo. Al revisor le hizo mucha gracia y lo pasó por alto. Y me firmó un papel y de to, pa que no tuviera problemas a la vuelta.

Nunca supe si Abuelo se inventó aquella historia para levantarme el ánimo o si de verdad ocurrió. Eso sí, aquella noche no dejé de pensar en mi cama lo mucho que me hubiera gustado haber coincidido con ese loro. Enseñarle a cantar canciones de Queen o a dirigir con sus alitas el comienzo de la obertura de *El holandés errante*, de Richard Wagner, con su magnífico inicio, en acorde de quintas, y el rugir de las trompas.

## Capítulo 20

Teo Torriate

De las cosas que más me gustaba dibujar, con diferencia, eran los escudos. Hacer animales me divertía, claro. Y también pintaba paisajes de nuestros alrededores, las calles del pueblo, futbolistas, los tres Reyes Magos... Pero los escudos me transmitían algo especial. Sus formas geométricas me ofrecían armonía visual y transmitían fuerza e identidad. Recreaba símbolos de toda índole: escudos heráldicos, de equipos de fútbol, logotipos, marcas de coches, escudos de superhéroes.

—Hijo mío, haces escudos como churros... —me decía Papa—. Solo te falta el chocolate pa mojarlos.

—Mmmm. Chocolateeeee...

En el colegio, no paraba de dibujar por todos lados el escudo de mi equipo, el Athletic Club de Bilbao. Y con la fiebre de la serie V, que tanto éxito había tenido en televisión, dibujaba «uves» por doquier. Con tantos reportajes, pósteres, pegatinas y recortables acumulados de las revistas me era fácil copiar el modelo y trasladarlo a otros tamaños. La que mejor me quedó fue una que hice en grande en la primera hoja de mi cuaderno de Naturales. Era la envidia de la clase.

Un día, Lola me animó a hacerla en la pizarra cuando el maestro no estuviera presente. Cogí una tiza de color rojo y llené la pizarra hasta donde me daba la altura con una V gigante, imitando también, como en la original, el líquido chorreante del *spray* en la pared. Cuando don Rufino el Aceituno, lo vio, lejos de borrarlo o echarnos la bronca, dio la clase escribiendo alrededor de la gran V porque dijo que le gustaba mucho la serie.

Algunos de mis compañeros de clase comenzaron a pedirme que les hiciera algunas en sus cuadernos. También me pedían el escudo de «los visitantes», los malos de la serie. Con lo que se podía distinguir la posición que tomaban unos y otros respecto a sus afinidades con la historia.

—¡Madre mía, si es que la Dayana está más buena que el pan! —decía el Pecas mientras besaba el escudo que acababa de dibujarle. Los otros se meaban de la risa.

Por todos lados veía formas de escudos. Era una fijación casi enfermiza. A veces, unos me recordaban a otros que pertenecían a una disciplina totalmente distinta, como cuando me quedaba mirando la forma del escudo del F. C. Barcelona en el traje que tenía expuesto Romera en el escaparate de su tienda y me remitía al de los Hombres G.

El escudo de *El gran héroe americano*, una serie que, a diferencia de V, sí que nos dejaban ver

algo más a los críos, también lo dibujaba con asiduidad. Además, Papa era muy fan del grupo Mocedades y consiguió un *single* en el que versionaban la canción de la sintonía de la serie en castellano. «Lo creas o no» fue la adaptación patria al «Belive or not». Mar y yo ya habíamos escuchado miles de veces a Mocedades gracias al disco de la banda sonora de *La vuelta al mundo de Willy Fog*, la serie de dibujos animados que devorábamos una vez a la semana. Los colores del gran héroe americano, tanto del escudo como del traje que usaba Ralph Hinkley, eran el rojo, el blanco y el negro. «Claro, te gustan porque son los del Bilbao», me decían en clase con cierto tono burlón. Y no les faltaba razón. De hecho, llegué a dibujar al personaje con el escudo del Athletic de Bilbao en lugar del suyo, realizando así mi primer *crossover*. Al que luego seguirían el que hice de Abuelo disfrazado de Superman o el de los muñecos Rockefeller, Monchito y Macario vestidos de los tres Reyes Magos.

Durante el paso de la niñez a la pubertad y de esta a la adolescencia, experimenté cómo las banderas tomaban el relevo a los escudos. Papa había comprado una enciclopedia universal en varios tomos gordísimos que pesaban un quintal. En uno de ellos, cientos de banderas desplegaban sus colores a lo largo de varias páginas. Formas y colores que identificaban a países. Con solo dibujar una de ellas, todo un pueblo, una lengua, su sociedad y su cultura estaban integrados. Mi obsesión por la identidad enmarcada en un simple dibujo tuvo su cenit en el que realicé en mi carpeta del instituto: en el centro dibujé el escudo del Athletic de Bilbao y lo enmarqué en una bandera rojiblanca, que a su vez lo hacía en la del País Vasco, que se enmarcaba también en otra, la de España. «Cuatro en uno».

—Tú flipas en colores, macho —me dijo Lola al ver mi obra en el autobús de ida al instituto.

Había algo en su expresión que no adivinaba a descifrar.

—¿Te gusta o qué?

—Tú flipas en colores —repitió.

Yo me lo tomé como un halago. Incluso quise quitarle mérito.

—Bueno, pero los colores son los que pertenecen al escudo y a las banderas correspondientes.

—Pero ¿qué estás diciendo, «correspondiente»? ¿No has escuchao todavía lo de «flipar en colores»?

Quizá siempre llegaba un paso por detrás a las expresiones molonas. Y eso que corrían como la pólvora. Pero yo siempre tenía los cascos puestos, literal o figuradamente. Siempre puestos. También es verdad que no acababa de entender el mecanismo de muchas de ellas, como me ocurrió con las de «esto es un puntazo», que derivaría más tarde en «esto es un punto», invirtiéndose la intención de aumentar empleada con el sufijo. Vamos, que era más el punto que el puntazo.

Lola volvió a la carga por el tema de mi dibujo.

—¿Es que no sabes que los vascos le tienen tirria a España?

—Pero ¿todos?

—¿Qué más da eso?

—Pero vamos a ver, Lola, este es mi equipo —dije señalando el escudo—. Estos son sus colores, ¿no?

—El rojo y el blanco. Sí.

—Esta bandera es la de su comunidad autónoma.

—Pero tú no eres de allí.

—Ya, pero yo soy español. —Y señalé la última bandera.

—Pero te digo que tú no eres de allí. —Y señalé la ikurriña.

—Claro, de ahí son ellos.

—¿Quién son ellos?

—El equipo, el club.

—¿Y por qué no has dibujao la bandera de aquí? La nuestra, la de Castilla.

—Bueno, esa estaría englobá en esta, ¿no? —Y señalé de nuevo la de España.

—Claro, como esta. —Y Lola hizo lo propio con la del País Vasco.

—¿Pero no dices que le tienen tirria?

—Una cosa es lo que yo diga y otra lo que es.

—Entonces ¿mi dibujo está bien o mal?

El Pecas se dio la vuelta desde el asiento de delante y se dirigió a mi amiga.

—No le hagas caso, Lola... Si este es un etarra.

—Pero ¿qué dices túuu? —salté.

—Que los del Bilbao sois etarras. Que eso lo sabe to el mundo.

Por la tarde había quedado con Santi para ir a dar una vuelta al pinar que había en una de las salidas del pueblo, la de la zona de la Piscina Municipal.

—Tú ni caso... Ya ves. —Santi iba pegándole patadas a una piedra tratando de mantenerla dentro del camino—. De toas maneras, estás ahí to el rato con las banderas y los escudos, tron. Un poco pesao sí que eres. ¿Tú te has planteao alguna vez por qué te gusta Queen?

—Joer, esto lo hemos hablado mil veces, macho...

—Ya, pero te lo digo otra vez. No van a sacar discos nuevos, sus canciones son en inglés. ¿Tú sabes lo distintos que son los ingleses de nosotros? ¿Tú crees que allí vendimian como aquí? ¿Crees que cogen ajos? ¿Que van con un Pasquali por la calle y le gritan al vecino con el que se cruzan: «¡Ay, Tiburcio!»?

—Pero es que eso que dices... es que ni lo pienso.

—Pero sí que piensas que te comenzó a apasionar su música y ahora no puedes dejar de escucharla, ¿verdad?

—Claro.

—Porque nadie te lo impide. Igual que ser del Bilbao.

—A ellos no les gusta que digamos «el Bilbao». Es el Athletic Club de Bilbao.

—Deja de tocarme los cojones, Jota. Es el nombre de la ciudad. ¿O es que he dicho el Málaga?

—...

—¿Tú te acuerdas de Johnny y Ricki?

—¿Quiénes?

—Tú es que eres mu chavalín todavía...

—A ver, que solo soy dos años más pequeño que tú.

—Pues entonces te tienen que sonar de verlos por la calle alguna tarde. Ya no viven en el pueblo. Les llamaban «los rockabillys».

—Ah..., ¿«los rockabillys»?

—Juan Francisco y Ricardo. Mi hermano fue con ellos a la escuela y al instituto. ¿A que parecían americanos? Buah, chaval, lo que se reían de ellos por sus pintas.

—¿Estos eran los que se hacían tupé y llevaban los calcetines blancos con zapatos negros, que eso ya no se lleva?

—Afirmativo. Y chupas de cuero con la bandera americana y un pañuelo rojo y to la pesca. Pues de estos se reía to Cristo... A sus espaldas, claro. Delante de ellos no se atrevían. Y menos con Ricki, que tenía unas manos gordas y duras de quitar yeros con su padre en el campo. Te soltaba un tortazo que te dejaba silbando. Pues ellos iban por ahí creyéndose que habían nacido en Tennessee. Y a mí me parecía cojonudo.

Sin darnos cuenta, andábamos ya entre los pinos. Santi había cambiado la piedra del camino por una piña seca, y seguía practicando su toque con ella.

—Mi hermano me contó una vez la que armaron el par de dos para que sus padres les dejaran ir a la ciudad a ver *La Bamba* en el cine.

—Esa la han echao en la tele alguna vez.

—Va de Ritchie Valens, el tipo que cantaba «La Bamba». Por lo visto fue un rockero de la hostia. Esa peli fue la epifanía definitiva que tuvieron estos dos. En homenaje, Ricardo se empezó a llamar a sí mismo Ricki.

—¿Y Juan Francisco por qué se puso Johnny?

—En homenaje a Johnny Cash, que le flipa. Aunque ahora anda con regomello y le da un poco de tirria, creo.

—¿Por?

—Por la pasó que han dao con la canción de Paco Pil.

—La de «Johnny Techno Ska»?

—Esa. Y to el mundo se la canta cuando lo ve. Menuda mierda, macho.

Pronto empezó a refrescar. Los otoños castellanos eran traicioneros. Santi y yo nos fuimos pasando la piña el uno al otro, con los pies, para no quedarnos fríos. Aunque enseguida emprendimos la vuelta al pueblo. Algunos tractores volvían por el camino. Uno de ellos pitó al vernos y le hicimos un gesto con el brazo. No sabíamos quién era, pero daba igual. En el pueblo todos nos saludábamos.

El sol comenzaba su descenso con pulso lento. ¿Qué elemento puede mostrarse así de imponente en el proceso de su ocaso? Me acordé del «Bydlo», de *Cuadros de una exposición*, de Mussorgsky, en su orquestación llevada a cabo por Maurice Ravel. Era una composición algo lúgubre en su inicio y en su final, pero con un desarrollo con una fuerza aplastante. Se me ponía la piel de gallina cada vez que llegaba el momento más explosivo. Luego volvía la oscuridad. Como pasaría con aquel sol de aquella tarde. Entramos a las calles del pueblo cuando casi había anochecido.

—Jota, es más fácil subirse al carro en el que van todos. La minoría es dura a veces, pero también un motivo de orgullo. Lo guay es que Johnny y Ricki siempre fueron fieles. Como tú lo eres con el Bilbao. Con el Athleeeeeetic Club de Bilbao —rectificó, divertido—. O como lo eres con Queen. Cuando te agarras a las modas que están en boca de to el mundo siempre suele haber patinazos, tron; me estoy acordando del día que salí de la escuela y me quedé un rato en la puerta, de cháchara con Ramón «huevoduro» y estos. Pues al rato salió un grupete de críos sacando unos folios de sus mochilas y se pusieron en corrillo a cantar la canción de Europe, la de «The final countdown». Se ve que habían tenío clase de inglés y el maestro les había dao la letra en español. Y ahí estaban los tontolabas cantando: «*Es-la-ultííímaaa... es-la-cuentatrááás... es-la-ultííímaaa... es-la-última-cuenta-trás...*».

—¿Con esa acentuación? Me jode cuando no hacen coincidir las acentuaciones de las palabras con las de las frases musicales.

—Pero qué hostias de acentuaciones... ¡Que estaban cantando la letra en la parte instrumental! En la parte del «*ni-no-nííínooo... ni-no-ninonííí... ni-no-nííínooo... ni-no-ninoninenó*», ellos metían la letra. —Santi me miraba con la sonrisa de Jack Nicholson en *Batman*—. Pues eso, Jota... que cuando el tonto coge la linde, la linde se acaba y el tonto sigue.

Con todo el batiburrillo en la cabeza, llena de escudos, nacionalidades, banderas, identidades, los de aquí, los de allí... fui haciéndome con nuevas músicas. Unas me sonaban. Con otras no tenía ni idea de sus autores, compositores o intérpretes. Pero todas fueron llegando para quedarse. En el instituto me topé cara a cara con las palabras «nacionalismo musical» cuando la profe de música nos habló de Manuel de Falla, Isaac Albéniz y Enrique Granados. También de Dvorák, al que yo ya conocía por su Sinfonía del Nuevo Mundo, con la que contribuyó al nacionalismo americano siendo checo. Así como de Béla Bartók o Edvard Grieg.

Decidí adentrarme en los autores españoles, y más concretamente en Falla. Gracias a Pitule,

me hice con varias obras como *Noches en los jardines de España*, donde el piano era el gran protagonista, *El amor brujo*, *El retablo de Maese Pedro*, *La vida breve* o *El sombrero de tres picos*.

—En estos dos —me dijo Pitule señalándome los últimos de la lista—, las trompas tienen pasajes mu buenos.

—¿En serio?

—¿Qué te crees? ¿Que como era de aquí no podía componer como los demás que escuchas? —Y soltó una carcajada a la vez que se le escapaba el humo de su cigarrillo.

Entre los distintos intérpretes estaba Seiji Ozawa al frente de la Orquesta Sinfónica de Boston. «Un japonés dirigiendo una orquesta americana tocando Manuel de Falla. Esto le va a encantar a Santi», pensé. No solo comprobé que Pitule tenía razón, sino que caí rendido a la exquisitez de su música. Su genialidad, brillantez y clase embriagaban cada uno de los compases de sus composiciones. *El sombrero de tres picos* ciertamente tenía momentos espectaculares, como el de esa farruca en la que el solista de trompa se explayaba con un *fortissimo* nada más empezar. «¡Ahí estamos!», gritaba en mi cuarto como si el delantero de mi equipo hubiese metido un gol. O su impresionante «Danza Final», en forma de jota. Una jota moderna, sinfónica, con atrevimiento en sus armonías y sus intrincados ritmos. Con descarados juegos de colores tímbricos y plena de personalidad. No es que las jotas aragonesas o manchegas que había visto en la tele me parecieran algo barato. Simplemente, no esperaba esa vuelta de tuerca en un hombre que había vivido tantas décadas atrás. Me abrumaba Manuel de Falla. Hasta descubrí un guiño a la quinta sinfonía de Beethoven, con toda su intención cómica. «Es como un chiste dibujado en un pentagrama».

En *El amor brujo*, impregnado por su título, me enamoré de «El círculo de fuego». Su sencilla melodía me transportaba a noches de verano que aún no había vivido, desde las que soñaba con el pasado y, a la vez, se alumbraba el futuro. El poder evocador de la cuerda, si no lo estaba ya, quedó patente para siempre. Y juré no abandonarlo jamás.

Quería saber más y más de este hombre. De su música, de su vida. Indagué en la biblioteca del pueblo y cuando llegaron los días de feria, me apoderé de unos cuantos libros más, de los de bolsillo, en un puesto que se ponía cerca de la verbena.

—¡Anda! Pero si este es el que salía en los billetes de veinte duros, ¿no? —me dijo Papa al ver una de las portadas.

Durante ese verano, la fiebre por la música nacionalista española me subió varias décimas. La música de Falla, así como *Catalonia* de Albéniz, el «Intermedio» de *Goyescas* de Granados o *El concierto de Aranjuez* de Joaquín Rodrigo se mezclaban en mis oídos con conversaciones sobre los Guns N' Roses, Soundgarden, Green Day o los Héroes del Silencio.

Durante la época de mi infancia y adolescencia, los únicos viajes que hacía eran a la playa con

Papa, Mama y Mar, a la ciudad para visitar a los médicos correspondientes y merodear por los centros comerciales y a la capital para ver a los primos. Eran los tres límites marcados en mi territorio. Por otra parte, ser forofo de un equipo de fútbol que traspasaba esos límites no solo me aportó información geográfica extra, sino que también amplió mi repertorio musical años después. Leí en algún periódico que un tal Kepa Junkera, intérprete de acordeón, era también forofo del Athletic Club. «Anda, como yo». En su caso, por ser de allí. Alcanzó cierta notoriedad en los medios más generalistas gracias a un disco llamado *Bilbao 00:00*. Suficiente motivo para comprar su disco. Hacerme con un CD de un forofo de mi equipo me descubrió no solo el folk de su tierra, sino que me sirvió para enterarme de que al acordeón lo llamaban *trikitixa* y que a esa suerte de xilófono de maderas, que sonaba a bosque y a magia ancestral, lo habían bautizado como *txalaparta*. Que además ese intérprete se fundía también con artistas canarios, gallegos, irlandeses, portugueses o escoceses. Que se podía cantar no solo en español o inglés, sino también en euskera. «Qué raro es y qué bonito queda en la música», pensaba.

Toda esa belleza era invisible a ojos de los mismos que me llamaban etarra por ser del Athletic, ya que empleaban la misma etiqueta cuando, accidentalmente, me pillaban escuchando música en euskera.

Un día llegó un muchacho nuevo al instituto. Se llamaba Raúl y le encantaba el ciclismo. Lo practicaba y lo veía en la tele sin parar. Pero tuvo la osadía de declararse fan de un corredor italiano con el que se sentía muy identificado.

—No sé si me ha dicho que es por su manera de pedalear, por el maillot que lleva, por las tácticas que emplea...

—¡Pues por lo que sea, ya ves! —zanjó Santi medio riendo cuando se lo contamos.

Muchos no le perdonaron su adoración a Gianni Bugno, su ídolo. No lo perdonaban porque no lo entendían. Y en aquella época recuerdo a muchas personas que no entendían cosas, y reaccionaban a base de golpes, insultos, empujones o escupitajos.

—Pero si es que el mejor es Induráin. ¡Y es español, hostia! —bramaba el Pecas.

—Bueno, si al chaval le gusta el italiano... —se atrevía a decir Juanvi, con la boca pequeña.

—Pero qué italiano ni qué cojones... ¡Induráin! Joder. ¡Induráiiiiin!

A mí el ciclismo, la verdad, me daba bastante igual. De hecho, llegaba a aburrirme. Pero celebraba las victorias del ciclista navarro por inercia, porque había que hacerlo. «Si no, qué clase de español eres», oía. En unos años en los que se podía sacar poco pecho en el territorio masivo del fútbol y el baloncesto, Induráin en ciclismo o Arantxa Sánchez Vicario en el tenis eran estandartes que sacar a pasear. Daba igual que fuera viendo sus intervenciones deportivas en la tele o mostrando orgullo y celebración en otros ámbitos, como en encuentros de amigos.

La segunda vez que en el pueblo interactuamos con gente de otro país fue con motivo de un intercambio cultural con una banda de música del sur de Francia. A ellos les tocó ser los primeros en visitarnos y nosotros lo haríamos al año siguiente. Llegaron al pueblo en un verano especialmente caluroso. Los vecinos, como con los americanos de la orquesta filarmónica, estaban agitados. Aunque igual no tanto por aquello de la cercanía. Incluso había quien hablaba de ellos como cuando se referían a los del pueblo de al lado, con un deje de desaprobación latente, oscuro. El rechazo al vecino, esa fuerza atávica que parecía contagiarse y que nadie sabía cuándo ni cómo brotó. El vecino siempre era peor, no había vuelta de hoja.

—Si estos son de más *pallá* de los Pirineos, tampoco vienen de tan lejos...

—Bueno, pero son extranjeros. Son franchutes.

Estuvimos unos días de convivencia en los que la comunicación, en muchos casos, era a través de la mímica. Alguno chapurreaba francés o inglés, pero no daba para mucho. Así que la alianza se encontró en el alcohol. En el momento que celebramos el concierto conmemorativo del intercambio fue cuando todos nos entendimos; la sangría, el calimocho, los cubalibres y los ponches corrieron como la pólvora. Abrazos, cánticos, risas.

Algunos se liaron y todo.

—¡Tú, que la Mari Carmen se ha ido con el franchute de la trompeta al parque!

—¡No jodas!

—Vamos a espiarlos.

—¡Y mira esos! La franchute del saxofón con Mariano. ¡Se están morreando, macho!

Yo decidí ser directo sobre un tema concreto con alguna de las muchachas francesas. Se ve que me hizo efecto el Malibú con piña y me lancé a una que tenía muchas pecas y era pelirroja. Pensé que preguntarle por Claude Debussy, compositor insigne de su país, sería fantástico. «Seguro que alucina con que alguien de España conozca las partituras de *El mar* o de *Images*». Al principio no me entendía y tuve que echar mano de algún compañero que se defendiera con el francés.

—¿A ver si es que no te entiende a ti tampoco?

—Que no, Jota... Que le he traducío bien. Que me dice que no tiene ni puta idea de quién es Debussy.

—Pues estamos buenos...

—Oye, ¿te importa si le tiro los tejos? Yo creo que quiere tema...

Llegaron los de la percusión de nuestra banda, escandalosos como ellos solos, y prorrumpieron con gritos de «Induráin, Induráin, Induráaain» aderezados con la melodía de «Barras y estrellas».

Más batiburrillo.

«¡Hay que demostrarles quién gana siempre en su Tour!», gritaban como fieras.

La cabeza a veces era una coctelera curiosa, y tuvo que ser mi mesías, Freddie, el que una vez más me alumbrara en una cuestión determinada. En uno de nuestros viajes realizados con cuentagotas a ver a los primos a la capital, conseguí convencer a Papa y Mama para que me compraran el disco *A day at the races*, que mi primo había fichado en un mercadillo del barrio.

Afortunadamente para mí, los tíos tenían un tocadiscos. No lo ponían apenas y temí que no funcionara bien, pero finalmente pude escuchar mi recién adquirido tesoro por primera vez en esos días en la capital. Alternaba las escuchas, con el volumen bajito para no molestar a los tíos, con los visionados de *Una pandilla alucinante* en VHS o las bajadas a la calle con mi primo. Había un parquecillo debajo, donde otros críos se juntaban a darle patadas al balón. Fue allí donde vi por primera vez que el que jugaba de portero, usando como portería un banco del parque, se tiraba al suelo como veíamos hacer a los jugadores profesionales en la tele.

—¿Has visto? —decía mi primo.

—¡Como los porteros de verdad!

—Flipas, ¿eh? Juanan se tira aunque le lancen una tostadora ardiendo. Se lo toma muy en serio.

Mi primo siempre tenía un aire solemne. En sus movimientos, en lo que decía y cómo lo decía.

—Juanan es como Benji, el de los dibujos.

Yo conocía *Oliver y Benji*, la serie japonesa sobre fútbol, por mi primo. En el pueblo no llegaba el canal donde la echaban. Mi primo estaba fascinado con la serie.

—¿Te has dado cuenta de que si Benji, el portero, se tira al suelo, a él se le cae la gorra también?

—... Sí, creo que sí.

—¡Y, luego, cuando se levanta, la recoge del suelo y se la pone! ¡Como haría cualquier portero! Son superrealistas —decía, cargado de razón.

Las continuas escuchas de *A day at the races* me dejaban nuevos detalles atornillados en el cerebro, pero había uno que se me escapaba. La canción que cerraba el disco, «Teo Torriatte», escondía algún misterio en varias estrofas. Aunque se me daba fatal el inglés, podía reconocerlo. Estaba familiarizado con su sonoridad y con la musicalidad de sus palabras. Pero esas estrofas...

Tuvo que ser mi primo, que no solo veía *Oliver y Benji*, sino también otros dibujos japoneses cuyas sintonías respetaban sin doblarlas al español, el que me dijera que esta canción le sonaba a «cosa japonesa». En los primeros compases también manifestó que parecía música de videojuego.

Ya en el pueblo, fue Santi el que, con la colaboración como investigador de su hermano, corroboró la teoría de mi primo.

—Sí. El pavo canta en japonés en esa canción.

—Cuando dices lo de «el pavo»..., ¿es por Freddie, no?

—No, es por el *hermano* Morcillo, no te jode. Claro, tron.

Me encantaba escuchar a Freddie Mercury cantar en otra lengua. Qué bonito sonaba el japonés en su garganta. Abuelo vino a preguntarnos que qué tal lo habíamos pasado en la capital y yo le enseñé el disco y la canción.

—Mira, fíjate. Canta en japonés.

—Mecagüendíole, pero ¿es que se puede cantar en japonés también? Estos chinos son muy listos...

En la parte final, cuando el grupo parece cantar a coro con los oyentes de la canción, con su parroquia, lancé una mirada a Abuelo y me fijé en que no perdía el hilo. Se mostraba incluso más atento de lo habitual. Sus ojos, como canicas llenas de vetas brillantes, no se despegaban de los altavoces. Es como si el japonés de Freddie hubiera ejercido sobre él el influjo del canto de una sirena o la hipnosis de un prestidigitador mental. Yo pensaba que igual le había dado algo. «Este se ha quedao como en *pause*», pensé.

La canción acabó y entonces me miró.

—¿Sabes de lo que me estaba acordando ahora, Jota? De una vez que fui a la capital, como habéis estao vosotros allí... Yo ya me había casao con tu abuela, pero todavía era más o menos mocico. Íbamos cuatro en el Simca de Franco Bonilla. Igual te suena, creo que has ido a la escuela con su nieto. Bueno, pues Franco tenía un Simca azul marino que estaba muy apañado, con su radio y de to. Íbamos a una feria de muestras a mirar una maquinaria agrícola y otras cosas pa su taller. Se vinieron también Evelio y Marino. Evelio era hijo de don Prudencio, que fue maestro y le apodaban «el Ministro». Su hijo y sus nietos se quedaron con el mote, ya sabes lo que pasa en los pueblos.

—Yo conozco también a su nieta, la más pequeña, la Carmen. Es muy guapa.

—Eso es. Y a Marino le decían «Obispo» porque se peinaba así pa arriba el pelo, que lo tenía bastante fosco el muchacho, y se le quedaba como una mitra de las que llevan los obispos. Bueno, pues cuando acabamos de mirar to lo que teníamos que mirar, dijeron que si íbamos a hacerle una visita a don Manuel Jaral, ya que estábamos. Don Manuel era un hombre que nació aquí y estuvo muchos años viviendo en el pueblo hasta que se fue a vivir fuera. Era un terrateniente de cuidao, tenía un montonazo de cuartos. Nosotros teníamos buena relación con él, y nos tenía dicho que si alguna vez íbamos a la capital que le avisáramos. Total, que nos presentamos los cuatro en su finca y llamamos al timbre. Salió una mujer, que debía ser de las que tenía trabajando en el servicio, muy bien vestía, con uniforme que olía a limpio. Se quedó un poco pará y no preguntó que quién éramos nosotros. «Venimos a ver a don Manuel». Ella se quedó mirando un poco enfurruñá. Entonces le pedí que le dijera a don Manuel que estaban aquí Franco, el Ministro y el Obispo. La mujer nos cerró la puerta. Al rato salió a abrirnos de nuevo.

Por lo visto cuando la mujer se lo dijo llevaba la cara desencajá. Don Manuel le contestó riendo: «Anda, déjalos entrar, que son del pueblo».

Yo, que había estado callado, atendiéndole con toda la atención, le pregunté si se había acordado de aquella historia al escuchar la canción, cosa que ya me habría parecido rara. Abuelo me miraba sereno.

—¡Qué va! No es na con esta canción, que además ni la entiendo... Es que últimamente pienso más en cosas de antes.

## Capítulo 21

### You're my best friend

Estudiar en la universidad. Irse del pueblo. Vivir en la ciudad.

Era todo tan nuevo. No solo las calles, los edificios o el transporte, eso era arquitectura ya construida, mobiliario o contenedor en el que verternos. La verdadera construcción eran las incipientes amistades, los nuevos compañeros, profesores o posibles amores. La posible nueva Elisabeta. Empezaba a vivir en la ciudad. Aunque al principio, el ancla emocional seguía llevándome todos los fines de semana al pueblo. Al contrario de lo que les pasaba a varios de mis amigos, la raíz me tenía bien agarrado por los tobillos y me tiraba para adentro. En el fondo, me venía bien para seguir ensayando y tocando en la banda de música. Y para las fiestecillas, cada vez más numerosas, con los de la cuadrilla. Cuando no era por el cumpleaños de Santi, era por el del Pecas. Otras veces era Lola la que proponía, o Anilla, o Juanvi. Puentes, carnavales, Semana Santa, Navidad... Durante los momentos de cuadrilla lo que yo quería era escuchar música. Sentir el placer de ponerla y bailarla sin parar. Nos juntábamos en un local que anteriormente había sido un bar. Era propiedad del padre del Pecas y ahora estaba prácticamente desmantelado. En ese lugar se prendía la mecha de la juerga para luego acabarla en la discobar del pueblo. Andaba yo sacándole lustre a aquel «sábado a la noche» poniendo, precisamente, la canción de Moris que Los Rodríguez habían versionado en directo, incluida en su *Disco pirata*. Santi, el Pecas, Juanvi, Lola y Anilla hicieron un corrillo sentados en sillas de plástico para contar cuchicheos. Los botellines de cerveza apoyados en el suelo. El Pecas comenzó a hablar.

—Esta noche traen una gogó a la disco-bar. ¡Habrás que ir a verla, ¿no?!

Lola y Ana resoplaron.

—La semana pasé trajeron otra —apuntó Juanvi.

—Sí. ¿Y sabéis con quién se enrolló la Carmen esa noche? —cambió de tema Pecas.

—¿La Carmen, la nieta del «Ministro»? —Anilla fumaba y soltaba el humo torciendo la boca a un lado, sin dejar de mirar al Pecas.

—Con el Pecas. —Se adelantó Santi.

—¡Hala, vete por ahí! ¿Contigo? —exclamó Lola.

—¡Con el menda lerenda! —el Pecas confirmó, orgulloso.

—¡Tomá chaval! —Juanvi.

—Qué callao te lo tenías, ¿eh, pajarico...? —Lola.

Anilla apagaba la colilla en un cenicero.

—El caso es que a mí me había llegado que os habían visto morreándoos.

—No puede ser —me introduje en la conversación—. Pero si la Carmen es guapísima y tú, Pecas...

—Ya estamos... —Santi.

—Yo qué, gilipollas... —replicó el Pecas.

—Valeeeee... —bramó Santi, intentando quitar tensión.

—Gua-pí-si-ma, dice —el Pecas se rascaba la barriga—. Lo que está es más buena que un bocadillo de panceta.

—¿Es que no pueden estar las feas con los guapos y los feos con las guapas? —Lola echó un capote.

—Además, yo soy un cachondo mental. A las tías eso os gusta mucho, ¿a que sí? —el Pecas dirigió su mirada a Lola y Anilla.

—Tienes mucha labia, es verdad —susurró Juanvi.

Lola les replicó con sorna:

—Sois unos «labias», sí...

El Pecas quiso ilustrar con un ejemplo:

—¿Os acordáis cuando salí una noche del baño y me fui a preguntarle a la Teresita que si quería rollo?

Juanvi continuó:

—Y ella te dijo que sí y le tiraste un rollo de papel higiénico mojado. «¡Pues toma!».

El Pecas se moría de la risa con la complicidad de Juanvi, Santi bebió un trago y Lola y Anilla soltaron aire por la boca censurando con la mirada al Pecas. Yo aún estaba pensando en lo primero. Debieron de notármelo.

—Tú, Jota, que te has quedao ahí callao... —Podía sentir a kilómetros cuando Santi me miraba como lo hacía en ese momento—. Pero... ¿es que te gusta la Carmen a ti o qué?

—Buenooo... —Juanvi susurró otra vez.

No me gustaba la Carmen. Lo que no me hacía gracia es que alguien como el Pecas ligara con ella. Santi lo detectó y me cogió del brazo.

—Vamos a echarnos un cubata tú y yo.

Cambié el disco y fuimos a por vasos de tubo de plástico, en los que los cubitos de hielo, grandes como riscos, a duras penas cabían. Santi y yo nos quedamos en una esquina del local. Había veces en las que se alargaba aquello y decidíamos no ir a la disco-bar y pasar allí la noche entera. En un pequeño equipo hi-fi de música, sonaba ahora el CD de la banda sonora de *Abierto hasta el amanecer*. Santi lo había introducido en mi vida hacía alrededor de un año, gracias al cual seguí tejiendo mi tela de araña musical, descubriendo a Stevie Ray Vaughan o ZZ Top.

—A ti no te gusta la Carmen, ¿verdad? —Quiso asegurarse Santi.

—Que nooo...

—Pero yo sé lo que te pasa, Jota. No aceptas que el Pecas tenga labia.

—Ya estamos con la labia y el labio... Pero si es que es verdad. ¿Tú te crees que al Pecas se le ocurriría poner las canciones que estoy pinchando yo esta noche? ¡Pero si no tiene ni idea de música!

—Ah, ¿que vamos de intelectuales? A ver si ahora que te has ido a la ciudad te van a decir aquello de «este se fue capacho y ha vuelto serón».

—No quería decir eso. Digo que...

—Sííí dices eso —me cortó Santi. De su boca emanaba un considerable olor a ponche Caballero—. Lo dices porque crees que la vida se reduce a saber música o tener buen gusto por ella, a conocer cosas molonas de cine o de fútbol.

—Pero tú algunas veces me has dicho que eso es bueno, que es guay.

—¡Eso es de puta madre, Jota! Pero lo que digo es que la vida es mucho más que eso. Para bien y para mal. No se puede estar to el rato por ahí por el espacio, tron. Porque mientras, aquí en la vida real te roban a las chatis. —Santi chasqueó los dedos—. Así, en cuanto te descuides.

Yo lo miraba con los ojos algo perdidos. Sabía que, después de varios botellines de cerveza, en cuanto bebiera alguna copa más, empezaría a sentirme ebrio. Santi bebía a tragos largos, con la boca abierta como un dragón. Solo que en vez de escupir fuego, la bebida entraba con fuerza torrencial en su gástrico. Siguió con lo suyo.

—Mira, tío, hay una cosa que se llama química. Déjate guiar por ella. Y, sobre todo, acepta que eso existe.

Jimmie Vaughan cantaba «Dengue woman blues» a través de los altavoces del hermano mayor de Juanvi, al que este se los birlaba para nuestros saraos. Más de un tortazo con la mano abierta le costó al pobre. O eso decía él. A Juanvi también le gustaba hacerse la víctima.

—Pero Santi, esto que está sonando ahora, por ejemplo... El Pecas no se lo pondrá nunca a la Carmen.

—¡Pero es que a lo mejor a ella no le hace falta que nadie se lo ponga!

—¿Por la labia? —dije con ojos entrecerrados y sonrisilla irónica.

—No, Jota. Porque a ella a lo mejor no le gusta esta música, directamente. Igual no tiene ni idea de Jimmie Vaughan ni de la madre que lo parió. Por mucho que la Carmen se parezca a Natalie Imbruglia, como dices tú, a lo mejor luego le preguntas que quién es Mozart y te dice que «uno que juega en el Real Madrid», joder.

Santi echó hielo de nuevo en su vaso para ponerse otro cubata. Tras pegarle un buen trago, se acomodó en la barra desconchada. Se encendió un cigarro y me miró, sonriendo. Yo le devolví la mirada, serio.

—¿Qué te crees, que eres Ray Liotta en *Uno de los nuestros* o qué?

—No. Soy el que te dice que no fuerces las cosas. Deja que la naturaleza siga su curso, macho. Exhaló un humo oscuro y espeso.

—Eso no es un cigarro normal, ¿a que no?

—Tienes que ser más hombre, Jota.

—Venga, Santi... Tú no me digas eso.

—¿A que alguna te ha hecho tilín en la universidad y te crees que por ponerle «Love of my life» ya te la vas a ligar?

—¿Y a ti? ¿Te hace tilín alguna sardina, ahora que te has quedao ayudándole a tu padre en la pescadería?

Santi clavó sus ojos llenos de fuego en los míos.

—Vete a la mierda, Jota —Santi se acabó de otro trago su bebida—. Voy a echarme otro cubalibre.

Yo le acompañé y me serví otro. Volvimos al mismo punto de la barra. Noté cómo los ojos de Santi brillaban como una hoguera y su cara comenzaba a sudar como en la escena del piloto de *Aterriza como puedas*.

—No me mires así que tú también vas ya... —acertó a decir Santi.

ZZ Top sonaba con fiereza desde los pequeños bafles del hermano de Juanvi. Santi miraba a un punto fijo, con la mirada algo perdida.

—Tengo ganas de hacer el cabra y liarla.

—¿Qué dices?

—Hacerlo to polvo, hacerlo to quina. ¡Hacerlo to bicarbonato!

Yo lo miraba sin parar de beber, mientras su figura se me emborronaba.

—Mira Jota, hay momentos en la vida en los que hay que soltarse... —Santi me miraba sin mirarme—. Y a ti te veo muchas veces, no sé cómo decirlo... Parao. Mu parao. Mu paraete, tron. Y este circo pide... gasolina, colega.

—¿Qué circo y qué gasolina?

—Pues locura. Yo qué sé, tron, me ha salío así la frase. Me ha puesto to *crazy* esta canción, tío. Como cuando me enseñaste la portada del disco *Jazz* que te grabé, ¿te acuerdas? Me puse to loco. Vaya portada se marcaron los cabrones, lo que me hubiera gustao a mi inventarme un dibujo así... Y el título... El jazz nació como respuesta a lo establecido. ¿Tú sabes lo que hay dentro de la cabeza de esa gente pa tocar lo que toca? No te lo imaginas... Mira, cuando tú y yo hacíamos lo de «No me chilles que ya te oigo» hacíamos jazz a nuestra manera. ¿Sabes?

—Hombre, en el jazz utilizan las escalas...

—¡Que te dejes de analizar las cosas académicamente, de manera minuciosa y literal! Los del pueblo nos llamaban «Los Charlotes» porque les sorprendimos.

—Bueno, no fue exactamente por eso...

—No pero sí, Jota. Tienes que sorprender.

—Eso ya me lo dijeron Lola y Anilla en el instituto.

—Si sorprendes a alguien con tus comportamientos, tus manifestaciones..., estás haciendo jazz.

—Bueno, con Fabián el de la Rosita hice un poco de jazz, sí...

—Eeeexactamente. Tienes que hacerlo más, Jota, tú que puedes... Cuando nos emborrachamos, también hacemos jazz.

Comencé a sentirme algo mareado, pero, a la vez, las canciones que sonaban penetraban en mi cuerpo de una manera especial. Volví a observar a Santi, apretando las cejas.

—... Pero desde aquí, desde el pueblo... No puedo, Jota... —Santi adoptó un tono amargo, de frustración, en sus palabras—. El pueblo va a otro ritmo. Está como suspendido en el tiempo, no pasa casi nadie por la carretera, tron... —Su mirada se quedó extrañamente perdida. Aminó la cadencia de sus palabras—. Aquí no hacemos lo que queremos. Ni siquiera hacemos lo que podemos. Aquí, en el pueblo, no hacemos na, Jota...

El semblante de Santi había tornado a una cara extraña, casi deformada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—Vamos a echarnos otro cubalibre —me dijo.

El Pecas se nos acercó.

—Pero, bueno, ¿es que no nos vamos a ver a la gogó o qué?

Santi lo despachó mandándole callar.

La banda sonora de *Abierto hasta el amanecer* seguía abriéndose paso entre la maleza que allí iba creciendo, en forma de borrachera. Para cuando sonó «After dark», de Tito & Tarántula, Santi y yo íbamos ya...

—Estos van bonicos... —Me pareció oír a Juanvi.

—Van peinaos, sí... —Traté de adivinar si era Lola la que hablaba.

Santi bailaba, sudando a chorros, en el centro del local con su camisa de los sábados ya por fuera. Se movía como Salma Hayek en la escena de la serpiente. Pero sin la serpiente y sin ser Salma Hayek. Sin nada. Yo hacía lo mismo a su lado. Desde fuera debíamos parecer un gigante y un cabezudo que se habían escapado de un desfile. Expresión hierática, movimientos vacilantes, cuerpos inertes a los que tratan de dar vida los que van manejando dentro. Pero es que ahí, en ese momento, ya nadie iba al volante de nada.

El Pecas, que venía de la calle, entró voceando.

—¡Poner algo más animao, hostia, que esto parece un entierro!

Y, coincidiendo con el final de «After dark», otra canción emergió desde la calle de forma

atronadora. Juanvi había salido y se había metido en el coche de su padre a poner un CD con las puertas abiertas. Sonaba el hit «Mueve tu cucu». A pesar de la niebla que llevaba encima, un pensamiento hurgó en mi mente y pensé que así ponían música en la disco-bar del pueblo o en las radios locales: cambiaban de género o de estilo abruptamente de una canción a otra. Aunque esta vez había sido fruto del azar, de los caprichos del destino.

Cuando intenté enfocar mi mirada a un lado, en busca de Santi, no había nadie. Salí hacia fuera guiado por una música que odiaba con todas mis fuerzas, como si fuera una cobra saliendo de una cesta de mimbre al son de una dulzaina. La noche era cerrada. La calle, sin un alma. Siempre estaban así las calles del pueblo. Año tras año. Parecía que el mundo se había acabado, que había habido un desastre nuclear o que los extraterrestres habían acabado con todo rastro humano y solo les quedábamos nosotros, alrededor de aquel coche, mientras sonaba «Mueve tu cucu».

—Estamos pa que vengan los marcianos ahora... —pensé en voz alta.

Alguien contestó.

—¿Qué dice este?

Yo ya no sabía ni quién hablaba. La cabeza me daba mil vueltas. Observaba a Juanvi sentado al volante, moviéndose como un teleñeco al compás de la canción. Lola y Anilla se partían de risa, señalando en todas direcciones. El Pecas le hacía cucamonas a un gato que se había quedado paralizado en la acera. El recuerdo de Sape me visitó durante un segundo, como un fogonazo. Miré a Santi, que comenzó a bailar con los pantalones bajados a la altura de los tobillos y la camisa abierta, delante de los faros del coche de Juanvi. Le jaleaban y él se dejaba llevar, tirando hacia el cielo el resto de cubalibre y tratando de beberse con la boca abierta.

—¿Qué eres, malabarista? —le soltó Anilla, muerta de la risa.

Los hielos golpearon en su cara y el resto de ponche y pepsicola se derramó por el pelo y la camisa.

—¡Vaya lamparones, Santi. Tu madre te va a tener que lavar la camisa mañana! —gritó Lola.

Esta fijó su mirada en mí, dándole cómplices codazos a Anilla. Me advirtió de que llevaba mi vaso totalmente en horizontal, como si mi mano estuviera agarrada al asa de una maleta. Yo miré hacia abajo y vi cómo el poco líquido que quedaba se esparcía sobre mis zapatillas. Decidí entonces unirme a Santi en su baile. Me bajé los pantalones y levanté las manos. Daba vueltas, bailoteaba sin ritmo porque en ese momento carecía de ese sentido. Santi y yo nos abrazamos.

—¿Ves? ¡Déjate llevar, Jota! —me dijo Santi en la cepa de la oreja, con la lengua de trapo—. Da igual que esta canción no la cante Freddie. Deja que sucedan las cosas cuando tengan que suceder. ¡Estamos viviendo!

Sonó un ruido en una ventana, arriba. Un segundo después, Santi y yo estábamos empapados de agua.

—¡Ha sío la vieja! —gritó el Pecas, al borde del ahogamiento con su propias risotadas.

—¡Os ha tirao un cubo de agua! —Lola corrió dentro del local y todos la siguieron. «Vamos, vamos, vamos».

Santi y yo nos miramos, helados, en medio de la calle.

—Qué raro que no tirites, Jota, con lo blando que eres.

—Pa tiritar estoy...

Nos abrazamos de nuevo, tropezándonos como pingüinos, sin dejar de tararear. «Mueve tu cucuuuuu».

Nos metimos en el coche de Juanvi y cerramos las puertas.

—Aquí nos secamos —dijo Santi. Miró las llaves, puestas en el contacto—. Eh, Jota, ¿y si nos vamos por ahí de carrileo al campo?

—¿Ahora?

—¡No, mañana!

—Pero ¿puedes conducir?

Santi ya había arrancado el coche. Quitó el CD y observé que tenía escrita con rotulador la palabra «Missiego». Reconocí la letra de Juanvi. Abandonamos las últimas calles del pueblo y nos adentramos en un camino. Entre el cubazo de agua recibido y las ventanillas abiertas se nos fue pasando la «chispa», que diría Abuelo. Al fondo, el sol comenzaba tímidamente a asomar, iluminando poco a poco la tierra, llana como el mar. Atravesamos viñas, acequias y huertas. Encendí la radio, donde un locutor daba las noticias y hablaba de la festividad del día que amanecía. Entonces Santi paró el coche y salió a echarse un cigarro, sentado en el capó. Yo le acompañé fuera. Hacía frío, pero ayudaba a aliviar el mareo, del que aún quedaban rescoldos.

—Ya verás Juanvi cuando vea que no está el coche en la calle... —dije, con cierta preocupación.

—Luego se lo llevamos. No pasa na.

—Es que se lo ha dejao su padre... Menos mal que hoy es fiesta y no lo necesita pa trabajar.

El canto de los pájaros, cada vez más presente, arropaba nuestra conversación. Santi fumaba relajado. La luz iba dejando al descubierto nuestro desastroso *look*, nuestros rostros demacrados.

—Me ha gustao verte así, Jota, desinhibido... Tienes que hacerlo en la universidad también. Aprovecha.

—Algo voy haciendo... De hecho, ¿sabes lo que pasó la semana pasá? Salí de fiesta a celebrar la Copa de Europa.

—¿De qué demonios hablas, Jota? ¿La que ganó el Real Madrid?

Asentí.

—¡Pero si tú eres muy del Athletic de Bilbao! Pero ¿qué cojones...?

—Santi, vamos a ver... Imagina el piso de estudiantes de uno de mis compañeros de clase.

Casi todos mis amigos de allí son madridistas. Goles, victoria, cubatas, euforia, la canción «We are the champions»... Si quieres me quedo acostao.

—No, ya ya...

—Yo allí saltaba como el que más. Me bañé en la fuente y de to.

—¿Que te bañaste en la fuente?! Mira el parao... —Santi sonreía con la boca abierta.

—Me metí junto a mis compañeros de clase. Era una risa. Estábamos en el aro grande, abajo, con el agua por los tobillos. Y, de pronto, en la parte de arriba me empezaron a ofrecer manos. Había brazos por todos los laos. Total que me agarré. Mira cómo se me puso la barriga, macho.

Me abrí la camisa y le enseñé una rozadura tremenda, rojiza, con costra y con moretones alrededor.

—Jo-der. Qué peazo sollejón, tron. ¿Y eso?

—Me subieron como a un muñeco. Como los helicópteros esos que rescatan a las personas que se han caído a un barranco o se han quedao atrapás en la montaña... Pero mal. Rozándome con la piedra, con los focos, las baldosas y todo lo que se meneaba. Cuando me la vio mi madre, le tuve que decir que me caí yendo de excursión a la sierra.

—¿Estuviste hábil ahí, sí señor...!

—Calla, calla... Si se entera Papa que me lo hice por estar celebrando lo del Real Madrid..., me deja de hablar.

Santi se estiró y se rascó el pelo con fruición. Observando los pinos con la vista fija, como cuando se queda uno embobado, me dijo que le apetecía beberse dos botellines antes de que nos fuésemos a casa.

—Espera, que no te he conta lo mejor. Estuve en la capital al día siguiente. Como pillá cerca, me fui a acompañar a estos pa ver las celebraciones y la fiesta.

—¿No jodas! Vaya, vaya, vaya... Parece que alguien está saliendo bastante de este entorno.

—Ya ves, fue un día y ya. A mis padres no se lo dije, claro. Había un ambiente, Santi... Nos subíamos a los coches en marcha. Yo me agarré a un todoterreno que estaba dando vueltas en una rotonda y pitando sin parar, mientras movía un brazo como un director de orquesta marcándole el *tempo* del claxon. Pues, tío, después ocurrió algo increíble que he esperao a contarte en persona.

—¿Y por qué no me lo has dicho en el local?

—Quería que estuviéramos solos.

—A ver, dispara.

—Íbamos por la calle entre todo el gentío. La capital, ya sabes, gente por todos los laos, tráfico... Pues súmale la celebración del fútbol y la policía intentando despejar aquello. La cosa se empezaba a poner tiesa. Total, que nos alejamos del meollo y nos ponemos a buscar un bar. En esas que uno de mi clase va y me dice: «Tío, tío, tío... Samuel L. Jackson». Y yo le digo:

«¿Qué?», y él me señala hacia atrás a dos individuos con los que nos habíamos cruzado por la acera, y me suelta: «¿No has visto que era Samuel L. Jackson?!».

—¿Un tío que se le parecía? —Santi tenía el ceño fruncido.

—Eso le dije yo. Le digo: «¿Que se parece o qué?». Total, que me coge del brazo y echa a correr hacia ellos. Les adelantamos y nos damos la vuelta. Cuando llegaron a nuestra altura, mi colega sacó la mano para estrechársela. El hombre se la estrechó, ahí, justo debajo de una farola, y descubro que, efectivamente, era Samuel L. Jackson.

—No. Me. Jo. Das. —A Santi se le salían los ojos.

—Te lo juro. Andaría por la capital promocionando algún estreno de una peli o en un festival de cine, digo yo. Mi amigo le dijo algo así como *nais tu mitchu*. Y yo le di la mano también, repitiendo más o menos lo mismo.

—¿Y te la dio?!

—Claro.

—¡Joder, Jota! —Santi se movía haciendo bruscos aspavientos. Cogió mi mano, la miró con devoción—. Joder, chaval, ¿y cómo no me llamas pa contármelo? ¿O me mandas una carta o algo?

—Quería contártelo con calma y ver tu cara. Me acordé mucho de ti, Santi.

Con los ojos vidriosos me abrazó. Estuvimos así un buen rato. Por el rabillo del ojo vi que se acercaba alguien. Me separé bruscamente.

—¡El guarda rural, tú!

—¿Dónde? —dijo Santi con algo de alarma.

—Viene en bici, por allí.

El guarda rural conocía a nuestros padres y se caracterizaba por ser un hombre que lo contaba todo, no se dejaba nada dentro. Llegó con la bici adonde estábamos.

—Buenos días, muchachos —dijo con algo de retintín.

—Qué hay, Alfonso. Feliz año —contestó Santi.

—¿Feliz año? Si hoy es Domingo de Resurrección.

—Hemos venido a ver si veíamos alguna liebre... —salí al paso.

—Las liebres solo salen de noche. —El guarda rural nos miraba de arriba abajo—. ¿Habéis madrugado mucho o qué? —dijo con intención.

—Un poquito... —contestó Santi—. Nos vamos ya. Venga, hasta luego, Alfonso.

Y nos metimos en el coche.

—¡Oye! ¿Fuisteis anoche a ver a la gogó? —voceó Alfonso cuando ya estábamos dando marcha atrás.

Regresamos al local, aun a sabiendas de que era probable que allí ya no quedase nadie. El cielo se mostraba de un azul inmaculado y el sol lucía brillante, multiplicando nuestro escozor de

ojos. Antes de llegar, un vecino estaba sacando su tractor con parsimonia. Ese parón, lleno de espera y nervios contenidos, nos produjo bajón y nos provocó alguna náusea. Por fin, una vez allí, Santi no salió del coche y sacó las llaves de las portadas adyacentes al local. Me las ofreció por la ventanilla.

—Toma, bájate y las abres. Mejor voy a meter el coche dentro, pa que no lo vean en la calle y se piensen cosas.

—¿Quieres que te guíe?

—Na.

Santi empezó a maniobrar para meter el coche marcha atrás. Entre el desnivel de la acera y la torrija que llevaba, empezó a meter acelerones y frenazos. No se aclaraba. Yo le decía «¡para!» o «¡frena!», pero no evité que rompiera un retrovisor, un faro trasero y otro delantero, además de una abolladura en la aleta derecha, justo donde ponía «Instalaciones eléctricas Juan Vicente».

Unas horas después, por la tarde, Papa y Mama me echaron un rapapolvo impresionante delante de Mar. Mi hermana no decía nada, pero sus ojos delataban que se estaba partiendo de risa por dentro. Disfrutándolo. Coreografiados, como siempre lo hacían en materia de broncas, Papa y Mama se iban alternando.

—Jota, hijo, que nos tengan que llamar la atención... —empezó Mama.

—¿A eso vienes aquí al pueblo? Pa eso te quedas en la ciudad estudiando. —Las palabras de Papa sonaron metálicas y ásperas.

—Si es que os lo podéis pasar bien sin hacer esas cosas, ¿o no?

—¡Que disteis lugar a que la *hermana* «Sandalia» os tirara un cubo de agua!

—Pero si es que no eran horas, Jota...

—¡Cómo estaría la mujer de harta!

—Que estabais bailando como diablos, ha dicho.

—Si yo también he bailao de mocico, canciones de Los Canarios y esas cosas... Pero con conocimiento, Jota.

—Os habíais ido a la disco-bar un rato... y pa casa. Y ya está.

—Y Juan Vicente «el Electricista», diciéndonos que quién le paga lo de la furgoneta. Este ya no va a querer jugar conmigo de pareja al frontenis...

—Bueno, eso ya lo hablaremos con el padre de Santi.

—Pues ya se puede poner el hombre a vender merluzas pa pagarlo... Alcánzame el tabaco, anda.

Mama se lo dio. Papa quitó el precinto a otro paquete de Ducados mientras me miraba sin saber muy bien cómo seguir.

—A ver, hijo... —Se metió un cigarro en la boca—. Me ha dicho Alfonso, el guarda rural, que os vio.

—Es que... —Mama movía la cabeza—. ¿A cuento de qué? En el monte. De día.

—Que estabais agarraos, me ha dicho.

—Jota, que si os gustáis no pasa na. Tú dínoslo.

—Pero que Santi y yo somos amigos, como siempre... —expliqué.

—Mira el hijo de la Francisca. A mí me han dicho que lo quieren igual, ¿eh? —Papa me miró a los ojos, comprensivo.

—Pero Papa, que ya lo sé. ¡Pero que el guarda rural es un bocachancla que se inventa las cosas!

—Bueno —medió Mama—, vete a tu habitación y luego seguimos hablando. Tú ya sabes...

Papa se encendió el cigarro que tenía en la boca. Exhalando humo le dijo a Mama:

—¿No se habrá transformao Jota de tanto escuchar al de Queen?

Me puse los cascos y me tumbé en la cama. Sonó «These days», de Nico. Aquella canción pareció sonar no solo aquella tarde, sino también durante las semanas y los meses que vendrían después, en los que seguía yendo al pueblo los fines de semana. Sin que nada cambiara.

Un año después, Santi se mudó a un pequeño pueblo levantino donde le había salido trabajo echándole una mano a su tío en una fábrica de juguetes. El hermano de su madre le había dejado vivir en un piso para él solo. Lo tenía alquilado a una familia que no hacían más que darle problemas, y el hombre mató dos pájaros de un tiro.

Decidí ir a hacerle una visita. Mi idea era viajar en tren desde la ciudad y pasar allí el fin de semana. Cuando comencé a viajar solo, una vez que ya tenía edad para hacerlo, me encantaba ir en tren porque así me imaginaba en el videoclip de «Breakthru», en el que los componentes de Queen cantaban la canción a bordo de un vagón descubierto.

Cuando llegué a la estación, seguí escrupulosamente los dictámenes de mi amigo y cogí un autobús que me llevó a la dirección que Santi me había indicado. Llamé al telefonillo y me recibió con un: «Jota, mi hombre en la ciudad, ¡trae tu culo aquí dentro!»... en homenaje a una escena de *Pulp Fiction*. Recordé otra vez aquel carnaval en el que Santi y yo nos disfrazamos de Vincent Vega y Jules Winnfield con sus correspondientes trajes negros y embadurnados de sangre falsa hasta las orejas.

Deshice mi maleta y nos pusimos al día. Santi me contó que, aunque lo de la fábrica no era lo que más le apasionaba, al menos le pagaban un dinero y olía menos a pescado. También me confesó que estar cerca del mar le estaba viniendo bien para su piel, ya que llevaba tiempo con unos problemas de erupciones y escamaciones que se estaban cebando cruelmente con él. Yo le conté que había conseguido ingresar en una pequeña orquesta filarmónica de la ciudad. «Es semiprofesional. Pero con lo que tengo que estudiar en la carrera de Psicología y el alto nivel

musical que tienen, no creo que dure mucho ahí». Comentamos también lo atractivo que estaba siendo el Mundial de fútbol que se estaba celebrando y consultamos los partidos que podríamos ver juntos esos días.

Esa noche dimos un buen paseo por el pueblo, pero no quisimos irnos a la cama demasiado tarde.

—Así mañana te llevo a un bar al que suelo ir, nos pegamos un buen desayuno y luego tiramos pa la playa. ¿Qué te parece, tron?

Al día siguiente abrí los ojos de forma súbita, con un fuerte espaviento y un grito ahogado. Santi vociferó desde su habitación.

—¿Qué pasa?!

—Naaaa... Ya está... —contesté ya más calmado y con los ojos hinchados y secos—. Me ocurre cuando duermo en otro sitio durante las primeras noches.

Me quedé sentado mirando la ventana unos cuatro minutos como cuando un ventrílocuo deja a su muñeco apoyado en la caja. Media hora después estábamos duchados y vestidos. El sol comenzaba a calentar «a mala leche», como decía Abuelo, y las calles se encontraban prácticamente desiertas. Vinieron a mi memoria esos pueblecitos de casas blancas a los que íbamos a tocar con la banda de música en unas caniculares jornadas con olor a flores recién cortadas, sudor envuelto en perfume barato y pólvora de cohetes.

En el trayecto hacia el bar, de vez en cuando saludábamos a algún vecino con el que nos cruzábamos. Uno que venía de comprar el periódico: «Hola». Otra que iba a por el pan: «Buenos días». El otro que iba en bicicleta: «¡Adiós, Manolo!».

—¿Qué haces, tron? —Santi se puso en guardia—. ¿Es que le conoces?

—Qué va, ¿cómo le voy a conocer? Era por añadir algo más.

—Jota, por el amor de Dios, tío, no me hagas estas cosas, que yo vivo aquí. Y luego la peña habla y lo comenta to.

Llegamos al sitio en cuestión, que me recordó a un bar de nuestro pueblo, de esos a los que no pasaba ninguna mujer, solo hombres, y estaban llenos de cáscaras de gambas, huesos de aceituna y restos de frutos secos tirados en el suelo, mezclados con serrín.

Al cabo de un rato estábamos desayunando dos tostadas descomunales encharcadas con aceite y medio tomate restregado encima, zumo de naranja en vaso de champán, dos cruasanes de anteayer, tres porras como tres secuoyas y dos cafés con leche en vaso de cristal. Nos lo comimos todo sin rechistar.

El reloj del coche marcaba las once cuando ya íbamos de camino a la playa. Santi iba al volante. Yo, de copiloto. Decidimos probar con la primera playa que nos encontrásemos. Bajamos las ventanillas y Santi subió el volumen de la radio. Una voz hablaba de las posibles

alineaciones del Francia-Argentina que se disputaría esa tarde. Nos miramos y nos hicimos la señal del pulgar hacia arriba.

—Partidazo.

—¡Ese hay que verlo!

Cambié de emisora, buscando algo de música. Las efervescentes primeras notas de «Thunderstruck», la canción de AC/ DC, asomaron por los altavoces del Renault Clio. Yo miraba por la ventana y me dejaba acariciar por una brisa cálida y húmeda que trazó una sonrisa bobalicona en mi rostro. Desapareció tan solo un minuto después, de manera abrupta. Arrugando la nariz, miré a mi Santi.

—El Depósito Municipal de Aguas Fecales —dijo señalando con la cabeza.

La zona del parking estaba abarrotada. Recordé entonces que habíamos pasado al lado de otro más despejado, alquitranado y a los pies de un hotel de playa.

—Da la vuelta y tira pallá —ordené a Santi con orgullo de copiloto.

Aparcamos a la sombra y nos pusimos, apremiantes, los bañadores con el maletero abierto. Santi meneaba la cabeza mientras se colocaba el suyo, lleno de flores estampadas.

—La gente es la hostia... Tienen que aparcar en la misma pueeeeerta, no vaya a ser que les dé un infarto por andar cien metros, colega.

—Hemos triunfao, Santi... ¡En to la sombra! —Le ofrecí chocar su mano con la mía pero Santi no me vio.

Pisamos la arena. La playa era muy grande, de manera que la gente estaba muy espaciada. Elegimos un sitio ni muy lejos ni muy cerca de la orilla y dejamos allá las mochilas y las toallas, finas como papel de fumar. La sombra de unos árboles cercanos caía con gracia sobre nosotros. «Sitiazó, tron». Estábamos eufóricos. Me tumbé y respiré hondo, mientras observaba cómo Santi se metía un rato en el mar. Cerraba los ojos, los abría, volvía a inspirar con profundidad... Sonó «You're my best friend» en mis auriculares. Bajo mis flamantes nuevas gafas de sol, escruté todo lo que me rodeaba: una pareja se dedicaba todo tipo de zalamerías, una chica con una gran pamelita leía un libro, una cuadrilla de chavales con trabajados torsos se reían sin parar, dos chicas bien bonitas... Me detuve en ellas. Transmitían juventud, diversión, coquetería. Parecía como si la fuerza centrífuga de sus dos cuerpos en movimiento generara una brisa que llegaba hasta mí con todo tipo de fragancias frutales. Mientras las observaba, inconscientemente acariciaba con movimientos suaves la arena, reconfortante y fresca por la sombra de los tarays. Mis ojos cambiaron por cuenta propia de foco y se posaron en la figura que se hallaba en la misma dirección, apenas unos pasos detrás. Era Santi, que formaba un cuenco con sus manos, recogía agua y se la pasaba por su cara, refregándose con fuerza, mientras hacía el ruido de un orangután. No sé cómo lo conseguía, pero era un imán. Me divertía verlo, trémulo, tomarse tanto tiempo en

meterse en el agua. Se comportaba como ese niño guiado por los brazos de su padre en sus primeros baños. Pero sin los brazos del padre. Como una marioneta pero sin las cuerdas.

Cuando quise mirar de nuevo a las chicas, estas ya se habían ido. Mientras las buscaba con la mirada, descubrí la imponente figura del hotel en cuyo parking habíamos dejado el coche. La luz, revestida de chisporroteantes reflejos, incidía en el recinto, dotándolo de gran majestuosidad. Enormes letras de neón formaban el nombre, seguido de cinco estrellas que de noche debían de relucir como cañones de luz.

—¡Qué! ¿No te bañas? —Santi venía chorreando y respirando como un bull terrier.

—¿Has visto el hotel? —Se lo señalé con un golpe de cabeza—. Ahí es donde hemos aparcao.

Lo observamos juntos y fue fácil diseñar mentalmente el siguiente paso: disfrutar de un cóctel refrescante en la terraza viendo el Francia-Argentina.

—Buah chaval... Hamacas, césped artificial, fútbol, tías buenas...

—¡Planazo! —dijimos a la vez. Y otra vez me volvió a dejar con la mano colgada esperando que chocara la suya.

Aún quedaban dos horas para el partido, de modo que nos relajamos y continuamos con el despreocupado recreo playero. Aunque había algo que barruntaba, y Santi lo notó.

—A ver, tú..., ¿se puede saber qué mascullas?

—No, que... Pues que igual nos ponen alguna pega por el atuendo.

—¡Quéee va! Si estamos en la playa... ¡No querrán que vayamos vestíos de frac!

—Vale, ¿y si solo pueden acceder las personas alojás en el hotel, qué?

—Tranquiilo.

Cuando quedaba una media hora para el pitido inicial, fuimos hacia el coche y nos cambiamos otra vez con el maletero abierto. Decidí tomar el mando como estilista, para no errar el tiro.

—Oye.

—A ver... —Santi entornó los ojos.

—Ponte la ropa así como... con gracia.

—Venga, Jota, deja de tocarme los cojones, ¿quieres? Eres un exagerao.

Yo me acerqué a él y le abroché los botones del polo que vestía. Tampoco dudé en pasarle la mano por el pelo, atusádoselo.

—Te estoy dejando hacer esto porque me ha hecho mucha ilusión que vinieras a verme, porque lo de peinarme no me lo hace ni mi madre.

Yo me puse la camiseta por dentro de las bermudas y divisé algo en su maletero.

—¿Qué es eso?

—Unas gafas de ver. Las uso de vez en cuando pa conducir.

—Póntelas. Y escucha, Santi, si por lo que sea solo aceptan a las personas que están hospedás,

tú déjame a mí. —Santi me miraba con paternalismo indisimulado—. Que sí, hombre, que los puedo engatusar, que en la ciudad he aprendió unas cuantas cosas ya.

Comenzamos a recorrer el aparcamiento hacia donde intuíamos que estaba la entrada principal del hotel. Parecíamos dos roedores olisqueando en busca de un pedazo de queso. Saliendo de la zona delimitada, mirando al suelo y buscando la senda correcta, nos encontramos con una gran rama caída. Extrañado, di un paso más y me topé con otra rama aún más grande. Observé también cómo, entre los adoquines, crecían hierbajos que quizá no deberían estar ahí. Entonces levanté la vista y la pared que veía reluciente desde el mar se me presentaba ahora grisácea y gastada, como las latas de conserva que solía haber tiradas en los pinares del pueblo. A mi derecha, un cartel con el nombre del hotel necesitaba de un giro de cabeza para ser leído correctamente, pues estaba descolgado de un lado. En nada se parecía al efecto que me había producido en la playa, cuando lo había leído embelesado por la tipografía de sus letras. Una gran puerta, que debió ser automática en algún momento, con el cristal oscurecido debido al sol y con roña y herrumbre acumulada, me invitaba tristemente a mirar a su compañera, una más pequeña y giratoria que se encontraba al lado. Sin girar. Sin pulso. Allí no había vida ninguna. Solo partes putrefactas de un enorme cadáver de hormigón.

El flamante edificio que habíamos visto desde la orilla del mar no era más que un buque fantasma en el que dos cenutrios, con prisa en ponerse un bañador con el maletero abierto, no habían reparado teniéndolo delante de sus narices. Todas nuestras fantasías se desmoronaron como los castillos de arena que hacían a escasos metros de allí. «Bebidas refrescantes, pantalla grande, ambiente *cool*».

Nos quedamos dos minutos con la mirada perdida, como dos crías de león en la sabana africana. Dos minutos de un silencio atronador. Después subimos al coche y nos fuimos al piso de Santi. Llegamos agotados, con el ánimo por los suelos. No quisimos ver el partido porque no hacerlo tal y como lo habíamos planeado nos resultaba doloroso. Ni con las ventanas abiertas y el ventilador a tope se refrescaba aquel piso.

—Oye, Jota, ¿cómo va tu abuelo?

—Bueno... Cada vez se despista más.

—Tú habla con él, recuérdale cosas, que su cerebro trabaje.

—Ya. Pero es duro... Se queda parao y no sabe lo que le acabas de preguntar. El otro día me vio llegar y por un segundo pensé que no sabía quién era. Fue na, un instante, rápido. Incluso se lo pregunté: «Abuelo, ¿es que no sabías quién era?». «Sí, hombre, ¿cómo no lo voy a saber?».

—Dicen que la música ayuda mucho.

—Y las alineaciones de fútbol, tío. Cuando le recito alguna de su época, empieza a recordar mil cosas.

—Grábale un CD con alineaciones, con música, hablándole. Que se lo ponga to los días.

—Sí, ya... Bueno, ya veré.

Santi se levantó. La imagen de Abuelo vino a mí de manera vívida. Pensé en lo mucho que me hubiese gustado contarle cosas que me estaban pasando últimamente. No eran muchas. Pero sentía, a la vez, que nuestras frecuencias sintonizaban cada vez con más interferencias.

—¿Vemos si echan alguna peli en la tele? —dijo Santi, mientras venía de la cocina con un cuenco de patatas fritas y cacahuetes.

—Podríamos haber comprado algún bocadillo en un bar.

—Ya.

—...

—Tú lo has dicho, Jota. Podríamos. Coge, anda... —Y me tendió el cuenco.

En uno de los canales autóctonos anunciaron que en breve comenzaría la emisión de *Érase una vez en América*, de Sergio Leone.

—¡La banda sonora es de Morricone! —dije con entusiasmo.

—*Cherto...* —Santi movió la mano con ese gesto característico de los italianos.

—Recuerdo cuando lo descubrí por una serie en la tele. Y tú ya sabías quién era.

Santi puso voz de doblador de cine y masticó bien la frase.

—Yo siempre he sabido muchas más cosas que tú, Jota... —dijo subiendo y bajando las cejas, divertido—. ¿Esta peli la has visto?

—No.

—Buah, chaval... Mejor, así la veo a través de tus ojos como si fuera mi primera vez.

Apenas comenzó el largometraje, nos miramos aguantando la carcajada. Estaba doblada al valenciano.

—Me jode por ti —dijo Santi—. Porque igual no pillas los diálogos.

—Con que no hayan doblao también la música, a mí me vale. —Reí.

En la primera frase de su protagonista, miré a Santi.

—Joer... parece como si Robert De Niro fuera de Mislata, macho.

—A ver si te crees que el tío habla en español como cuando lo ves en otras pelis... Tú escucha la banda sonora, Jota... Caza alguna palabra, que se parecen mucho al castellano... Y fíjate en las miradas, en la amistad de los críos que luego se hacen mayores, en el paso del tiempo... En la vida, Jota. Fíjate en cómo la vida pasa delante de tus ojos.

No nos movimos del sitio en ningún momento. La película terminó y los créditos finales pasaban sobre la sonrisa congelada de Robert De Niro. Sonaba uno de los temas, el «Deborah's theme». Yo sabía que mi amigo lloraba. Podía oírlo. Yo tampoco pude contener mis lágrimas. Creo que aquella fue la primera vez que lloramos juntos, pero ninguno de los dos lo vio porque no quisimos mirarnos entre nosotros. Era tan difícil luchar contra la vergüenza. Contra «los hombres no lloran». Contra «los hombres no se dan besos». Contra «un hombre no puede ser

sensible». Bastante hicimos rompiendo la barrera del llanto en presencia del otro. Cuando las lágrimas se nos secaron, Santi apagó la tele y se encendió un cigarro. En mi cabeza aún resonaba la composición de Morricone. Ese machacón abuso de la nota pedal hacía que la melodía se te agarrase al alma como quien se aferra a la vida y no quiere soltarla.

Santi y yo nos miramos. El humo de su cigarro se escapaba por la ventana. En ese momento recordé una entrevista en la que Brian May rememoraba los últimos instantes junto a Freddie Mercury, en el domicilio de este. Estaban en silencio. Freddie miraba por la ventana y era consciente de que la vida se le acababa. Se miraban sin decir nada. En un momento dado, transcurrido un buen rato, Freddie le dijo a Brian: «Qué bonito es no tener que decirse nada y entenderse, saber lo que pensamos, lo que nos queremos». Quise decírselo a Santi, pero no era necesario. Fue como si, incluso, él supiera lo que estaba pensando y me dijera por telepatía que no hacía falta contarle la anécdota de Freddie y Brian, que nosotros también nos queríamos y seguiríamos siendo amigos siempre.

Yo ya no sabía si el eco de la música de *Érase una vez en América* continuaba resonando en mi interior o se oía por todo el salón.

Santi me enseñó, me educó y me defendió. En muchos momentos me agarró para que no me escapara, pero también supo soltarme para que pudiera volar al espacio exterior. Quise mucho a mi amigo.

Siempre lo querré.

## Capítulo 22

### Lazing on a sunday afternoon

—¡Hay que ver qué animal más hermoso! —Abuelo estaba asombrado con el guepardo que tenía delante—. Es como los que se ven en la tele, en los reportajes esos de la selva. ¿Oye, cómo harán estas cosas así de bien?

Y me pasó de nuevo el peluche que había llevado a su casa. Para él, acostumbrado a muñecos de madera mal tallados, aquel peluche con ojos de cristal era una obra hiperrealista.

Mar y yo habíamos ido a pasar el fin de semana a su casa. Papa y Mama tenían un bautizo en la capital y nos habían dejado allí con todo el arsenal que solíamos llevarnos para no aburrirnos. Durante los años en que consideraban que no debíamos estar solos en su ausencia, mi hermana y yo nos llevábamos de todo a casa de Abuelo y Abuela: figuritas de monstruos y superhéroes, muñecos de Playmobil, muñecas, blocs, rotuladores y lápices de colores para dibujar, plastilina, el walkman, un surtido de casetes, peluches... Sin duda, el guepardo impresionó a Abuelo por su textura, los bigotes, la armonía de sus proporciones y esos ojos cristalinos. «Parece que me va a atacar», exclamaba divertido.

La casa de Abuelo y Abuela era como esa mansión de las películas donde siempre se descubrían rincones nuevos. En su microcosmos, el mundo actual y el pasado convivían como dos planos superpuestos. Saltábamos en el tiempo a través de las «historias de antes» que le gustaba contar a Abuelo; disfrutábamos de los programas que se asomaban en un televisor que estaba casi siempre encendido; aspirábamos los aromas que venían de la cocina, por las recetas transmitidas desde generaciones anteriores, llenas de olores y sabores profundos; nos deteníamos en las fotografías escondidas en cajones, que nos susurraban secretos del pasado; oíamos el teléfono sonando para hablar de asuntos de tierras o nos sorprendíamos de la decoración como un crisol de épocas pretéritas y recuerdos cercanos.

En aquella casa Mar y yo parecíamos crecer por otro carril. Nuestros cuerpos y nuestras cabezas absorbían nutrientes complementarios a los de casa, el colegio o la calle. Recuerdo un sábado en el que estaba deseando ver la película de Tarzán que iban a echar. Siempre tenía la sensación de que ponían una película de Tarzán cada sábado. Incluso que ponían la misma. En aquellos años, todo lo que veía en blanco y negro lo metía en el mismo saco. «Esto es una película de esas antiguas». Pero no por ello no me gustaban. Adoraba las aventuras de Tarzán. También recuerdo otras como «las de risa», que solían decir los mayores. La película de Tarzán

la llevaban anunciando machaconamente toda la semana. A través de la tele o las revistas semanales nos torpedeaban con eventos que nos hacían salivar; tal partido de fútbol, tal estreno de dibujos animados, tal programa «revolucionario en televisión» o tal película... Pero aquel sábado Tarzán no gritó.

Un hombre, un artista desconocido para mí, llamado Fred Astaire, había fallecido un día antes. Así que la cadena decidió, en un giro de los acontecimientos televisivos, cambiar su programación y emitir, a modo de homenaje, una película llamada *Sombrero de copa*, protagonizada por este señor que al parecer era bailarín. Y de los buenos.

—Pero ¡y a mí que más me da el bailarín ese! —me quejé amargamente.

—¿Es que no echan la de Tarzán? —preguntó Abuelo.

—No —respondí, enfurruñado—. Ayer se murió el bailarín ese y tienen que poner una película suya ahora. ¡Yo quería ver a la mona Chita!

—Bueno, Jota, ya la pondrán otro día.

—¡Otro día, cuándo!

—A mí me suena el artista ese. ¿Cómo han dicho que se llamaba en el anuncio de antes?

—*Frer Aster* o algo así.

—De por aquí no es, con ese nombre... Tiene que ser extranjero.

Durante la emisión, Abuelo daba cabezadas. Mar había salido al patio a leer unas revistas y jugar con el gato. Abuela estaba aún en la cocina, secando cacharros, colocando cosas, preparando más comida. Siempre tuve la sensación de que allí no me iba a faltar de comer nunca, que a cualquier hora siempre habría algo, que nadie podía pillar a Abuela sin nada en la nevera o la despensa. Parecía tener comida hecha para las siguientes semanas o meses. No me hacía una idea del hambre que habían pasado cuando tenían mi edad.

Yo me dejé llevar por el sopor que me autoinfligí. Como si, en un acto de rebeldía absurda, le mandara señales de desdén a la propia película. Era también en blanco y negro, como las de Tarzán, Jane y Chita. Pero yo quería aburrirme con ella a propósito, a ver si le llegaba alguna señal al que había tenido la estúpida idea de cambiarla por la otra. Sonó entonces «Cheek to cheek». Abrí los ojos y agucé el oído. Aquel hombre cantaba como si un algodón de feria, dulce y rosa, le saliera por la boca. Los instrumentos tocaban al compás, en armonía. El bailarín y cantante era el epicentro de todo cuanto ocurría en la escena. Se movía, danzaba, flotaba, y eran su propia voz y los instrumentos los que, a su alrededor, le acompañaban. Los que arropaban, sumisos, sus movimientos hipnóticos.

Me pareció oír cómo Abuela desde la cocina se sumaba a este momento, canturreando. Me deslicé hacia donde estaba y asomé la cabeza, sibilino, y la vi bailar mientras secaba una cacerola. Tarareaba «Cheek to cheek» con su mandil puesto. Entonces me imaginé, en los compases más explosivos y dramáticos de la orquesta, a Abuelo entrando en la cocina. Y cómo

una cacerola se caería al suelo, golpeando en el camino a algún vaso que se rompería en añicos. Mirada severa de Abuelo. Mirada avergonzada de Abuela. Pero la canción retomaría su halo brillante y benévolo y, entonces, Abuelo le tendería la mano para bailar y seguir cantando, en medio de ollas, ristas de ajos y chorizos colgando del techo.

Volví al salón, donde Abuelo seguía durmiendo. Yo continué viendo la película, reconciliado con el programador de la cadena. Abuela entró al salón.

—¿No te quedas viendo la peli? Está muy bien —le propuse.

—Tengo que poner una lavadora de blanco.

—¿Has escuchao la canción de antes? —Quise probarla.

—... No. Estaba con mis cosas en la cocina —mintió—. Tengo que coser también. Venga, rico mío, quédate tú en el sofá viendo la tele.

Y se marchó, sin permitirse, ni aquel día ni ninguno, exteriorizar sus ganas de cantar, de bailar y de entretenerse.

Si la tele de casa me descubrió los conciertos de música clásica, donde ya vi tocar la trompa, las noticias, «Los payasos de la tele», el fútbol, *Barrio Sésamo*, *Superman*, *Los pájaros* o el programa de humor en el que un muchacho muy gracioso seguía una línea blanca que parecía no tener fin..., el televisor de casa de Abuelo y Abuela hizo lo propio con las películas de Tarzán, los musicales de Hollywood, como en el caso de *Sombrero de copa* o *El mago de Oz*, las comedias de los hermanos Marx, las sintonías de *Falcon Crest* o *Se ha escrito un crimen*, con las que mis orejas se movían como las antenas de un grillo, o la irrupción de unos dibujos animados, *Los Simpsons*, que ponían en horario de noche y eran distintos a todos los que habíamos visto antes. «Pero ¡si encima están mal dibujaos!», gruñía Abuelo cuando le pedía que los pusiera. También allí fue cuando cacé, mientras dibujaba en la mesa camilla, la frase de un director de cine español que hablaba en un programa cultural, cuyas palabras se me quedaron grabadas: «No es que considere que el cine sea mi vida, es que considero que el cine es la vida».

Tiempo después, una de esas películas de domingo por la tarde fue *Una noche en la ópera*. Tenía muchas ganas de ver de nuevo aquellos gestos locos de Groucho, los que me había mostrado Papa una vez por el pasillo de casa. Quería verlos en acción otra vez, empaparme de sus tronchantes situaciones y sus momentos de prodigio musical. Y, sobre todo, la oportunidad de ver la película cuyo título había sido utilizado por Queen para bautizar uno de sus discos más deslumbrantes. De hecho, no olvidé llevarme la cinta donde tenía grabado ese disco, para ponérmela en mi walkman después de ver la película. Obviamente eran dos universos distintos, pero yo sentía que conectaban. De hecho, una de las canciones, «Lazing on the sunday afternoon», me remitía a la tarde, años atrás, en la que escuché el «Cheek to cheek» de Fred Astaire en *Sombrero de copa*, solo que Freddie y sus amigos sonaban más a vodevil. Incluso la introducción pianística parecía que la hubiera firmado el mismísimo Chico, de manera que se

volvía a trazar un nuevo triángulo de conexiones en mi cabeza: Queen-Fred Astaire-los hermanos Marx.

Un sábado, Abuela se fue con Mama a la ciudad a comprarse ropa, pues en breve tenían que acudir a una boda. Fue algo inédito, que yo recuerde, pero el caso es que las dos se cogieron el autobús de línea y se pasaron todo el sábado fuera, quedándose Papa y Abuelo al mando de sus respectivos hogares. Decidieron que Mar estuviera bajo la sabatina tutela de Papa, y yo, en casa de Abuelo.

Por la mañana, recién llegado, estrené la canasta que Abuelo había construido a modo de sorpresa de bienvenida. Un cubo de plástico, usado y viejo, al que había cortado la base. Lo tenía enganchado con un alambre a una cañería que bajaba desde el tejado, pegada a la pared encalada. Lo imaginé haciendo el invento la tarde anterior, con sus manos de agricultor, cortando celosamente el cubo y colgándolo, subido a la escalera que siempre guardaba en el corral. Probé mi primer lanzamiento con un balón de plástico, no muy grande, que teníamos por el patio. A Abuela no le hacía mucha gracia que estuviera siempre pululando por entre las macetas, pero sabía que era un elemento con el que a veces se entretenían sus nietos, así que lo pasaba por alto.

—Voy a probar desde aquí, como si fuera un tiro libre por falta personal, ¿vale, Abuelo?

—Venga, dale a ver...

Encesté. Pero la pelota no salió. Vi cómo Abuelo cogía un palo que en su día perteneció a una escoba y dio un golpecito al cubo para que el balón cayese.

—Es que viene un poco justo... Los otros cubos son más grandes, pero los utiliza tu abuela pa sus cosas. Pero, mira, te he preparao este palo pa que lo tengas aquí a mano. No tienes más que darle un golpecico y sale.

Por un tiempo fui el único que tenía una canasta en casa. Pero Santi, Lola y algún primo que vino a jugar a lanzar unos tiros se cansaron pronto del sistema del palo. Como siempre durante aquellos años, si alguna vez tenía algo que llamaba la atención, se desmoronaba a las primeras de cambio.

Luego me puse a dibujar un rato. El manzano, las macetas, el escudo del Athletic. Le hice un retrato a Sape, el gato, que me quedó muy bien. A Abuelo le encantó. «Ya verás cuando lo vea tu abuela, le van a hacer los ojos chiribitas», me dijo. A Abuela le gustaban mucho los dibujos que hacía y guardó varios de ellos en los cajones, entre fotos antiguas, hilos de coser y botones. Puse el año y mi nombre en una esquina de la lámina y le dije que se la quedaran.

Para comer, Abuelo hizo huevos fritos. No le salieron muy mal, a pesar de que, como me dijo, casi nunca cocinaba. Y desde luego esas veces serían antes de mi nacimiento, porque me puse a pensar y no recordé haberle visto cocinar en la vida. Ni siquiera trastear por la cocina. De hecho,

hice el esfuerzo y ni en mi imaginación era capaz de verlo. El único fallo que tuvo fue que, en vez de sal les echó azúcar. Nos dimos cuenta en la primera «mojá».

—Ay, rico mío, perdóname... —se lamentó Abuelo, serio como pocas veces lo había visto. Llevándose las manos a la cabeza, entre la vergüenza y la resignación—. Si es que como en el frasco se ve igual que la sal...

Nos comimos la parte de la clara y nos atiborramos a pan. De postre, mandarinas. Y me sacó chocolate del que había siempre escondido, para compensarme. «No se lo digas a tu abuela».

Me ordenó recoger la mesa después, mientras él se salía al corral a fumar un cigarro.

—Abuela no está, no hace falta que te escondas.

—Calla, calla, pero aquí las cortinas cogen el olor del humo y ya la tenemos liá.

—¿Guardo el dibujo de Sape, para que no se manche?

—Mételo en alguno de los cajones.

Cuando Abuelo regresó de fumar, le tendí un par de fotos que había rescatado del cajón donde guardé la lámina con el retrato del gato a lápiz. La primera de ellas, aun con los bordes algo desgastados, estaba bien conservada. En blanco y negro, un muchacho vestido de uniforme y gorra a pico posaba con gesto serio y tensión en el ceño.

—¿Eres tú, Abuelo?

—Madre mía, qué mocico era... Esta creo que es justo al final del servicio militar.

—¿Eso es lo de la mili?

—La mili, eso es. ¿Te acuerdas de la película esa que echaron una vez un sábado, que salía Ozores, el que se murió?

—Sí, Papa y Mama se partían de risa.

—*Recluta con niño* se llama. ¿A que me parezco al Ozores en la foto?

Yo prefería quedarme con su parecido en la actualidad con el personaje de la película de Indiana Jones.

—A mí la mili me tocó hacerla en Melilla. —Abuelo no quitaba ojo del retrato—. Ya te llegará, ya... Ahí te haces un hombre.

—Pero... yo ya soy hombre, ¿no?

—Ya... me refiero a un hombre de verdad.

Había visto anteriormente fotos en las que Abuelo o Abuela salían jóvenes, pero nunca dejaron de impresionarme. Esa neblina que siempre les rodeaba, confería cierta irrealidad a la imagen. Parecían estar en otra dimensión y, realmente, lo estaban. Era otro tiempo, que ya no existía. «Parece que están dentro de una película», pensaba para mis adentros.

Le mostré la segunda foto. La toma era más lejana. En ella, dos muchachos sonreían mientras fumaban, mirando a cámara con una pizca de sorpresa dibujada en sus rostros. Parecía que detrás de ellos se encontraba una de las paredes del cuartel, con un gran portón en medio. Detecté algo

diferente en Abuelo, como si fuese él pero sin parecerse del todo. Así que ni corto ni perezoso, le conté mis impresiones.

—Es que no soy yo.

—¿Entonces eres el de la izquierda?

—Tampoco.

Abuelo leyó el desconcierto en mis ojos y quiso aclarar por qué conservaba una foto de dos extraños.

—Esos eran compañeros —dijo, por fin—. Yo estaba detrás. —Y apuntó con su dedo atrofiado al portón.

—¿No te avisaron a tiempo?

—Yo estaba con ellos. El fotógrafo era un hombre que llevaba allí ya to la tarde haciendo retratauras. Con el trípode colocao, nos dijo que nos preparásemos. «¿Podemos seguir fumando?», preguntaron mis compañeros..., Melquíades y Quico creo que se llamaban, y el fotógrafo dijo que hiciésemos lo que quisiéramos, que se trataba de salir así... de normal. Creo que trabajaba pa alguna revista o periódico. El caso es que yo... Yo es que era mu presumido, Jota.

Se me escapó una sonrisa que Abuelo recogió con sonrojo. Continuó:

—Les pedí que me esperaran un minuto, que quería peinar-me pa salir majito. Pero se ve que el fotógrafo tendría prisa y chutó la foto sin mí, justo cuando me acababa de meter en las portás yendo a por el espejo y el peine.

—¿Y por qué te quedaste la foto, si no sales?

—Se la mandé por carta a mi madre, porque la mujer tenía la ilusión de verme vestío de militar. —Le dio la vuelta a la foto. —Se lo puse aquí detrás, mira.

Escrito con la letra de Abuelo, pude leer «Si quiere usted verme, abra las portás».

Jamás le pregunté a Abuelo si aquello lo escribió en modo de chiste o si, realmente, pensaba que su madre podría hacer eso. El proceso de una fotografía, en aquella época, todavía no se entendía del todo. Aunque su uso se iba normalizando, seguía siendo cosa de fantasía.

—Pero, bueno, luego te vio en esta, ¿no? —le dije, señalando la foto anterior.

—Al día siguiente de echarla al buzón llamaron al cuartel pa decirme que se había muerto. La mujer no llegó a verme así vestío. Tan guapetón que estaba yo.

Abuelo se recostó en su sillón y cerró los ojos.

—Pon la tele más baja, anda. Voy a ver si echo una pestaña.

Con las dos fotos encima de la mesa camilla saqué mi walkman y me coloqué los cascos en la cabeza. Sonaron los primeros compases del «Saturno» de *Los Planetas*, la obra de Gustav Holst. James Levine dirigía a la sinfónica de Chicago. Aquel comienzo siempre me resultó mágico. Imaginaba a Holst escribiendo en los pentagramas, dotándolos de notas misteriosas. También

sentía cierto flujo embriagador, casi somnoliento. Mi mente volaba también a esas escenas de dibujos animados en las que alguno de los personajes descorchaba un pequeño frasco lleno de cloroformo, dejando escapar su aroma en forma de un hilillo de bruma densa. Inspiré de mi propia fantasía y caí rendido al sueño. Avancé por una oscuridad negra, pisando con tiento en el *tempo* que marcaba la batuta de James Levine. Un punto luminoso se veía a lo lejos y, casi sin pensarlo, caminé hacia él. El calor era asfixiante. Me sentía perdido, pero lo cierto es que una fuerza extraña tiraba de mí. Las armonías de «Saturno» me envolvían, gobernando mis movimientos, haciéndome partícipe de su lenta danza macabra. La intensidad crecía y crecía. La cuerda había dado paso a la madera, que iba allanando el camino a los metales. Timbales y contrabajos forjaron una alianza indestructible, sonando firmes, imponiendo su pesado ritmo de cadenas enormes y antorchas prendidas. Pude distinguir cómo, por encima de la percusión y las campanas, la voz de un hombre se desgañitaba. Golpes que sonaban a madera se mezclaban con gritos desesperados. No dejé de caminar. Muy por encima de la música, oí a aquel hombre gritar y golpear sin parar. «¡Mama! ¡Mama!», parece que decía, sin dejar de aporrear. De entre la negrura fue emergiendo la figura de aquel hombre que no dejaba de chillar. Estaba de espaldas. Curiosamente, con cada paso que daba hacia él, su cuerpo se iba iluminando. «¡Mama!... ¡¡Mama!!... ¡¡¡Mama!!!». Golpeaba a un portón de madera descomunal con pequeñas grietas por las que se filtraban rayos de una luz roja y abrasiva. En el punto álgido, el hombre se giró. Un «¡Abuelo!» salió de mi boca sin llegar a escucharse, engullido por el tremendo *fortissimo* de la orquesta.

Cuando desperté, no había nadie en el salón. Sentí la baba, caliente y pastosa, deslizarse por mi carrillo. Unas voces provenían del patio. Instantes después, Abuelo entró con Abuela y Mama, que ya habían vuelto de la ciudad.

—Vaya siesta te has echao, ¿eh, pájaro? —dijo Abuelo. Ellas se reían—. Venga, que os llevo a vuestra casa con el coche.

Por la noche cenamos con el partido de fútbol en la tele, entre conversaciones cruzadas. Que si la canasta de cubo, que si los vestidos para la boda, que si la mili, que si el autobús de línea, que si Ozores... Después, ya en el cuarto de Mar, esta me confesó que Papa había preparado naranja cortada de postre.

—Anda, Papa... qué imaginativo —le dije, sorprendido.

—Pero le espolvoreó por encima sal en vez de azúcar.

En los años de universidad, las visitas a casa de Abuelo y Abuela se fueron espaciando en el tiempo. En ese transcurrir del tiempo, cambiaron la tele por otra un poco más moderna, con mando; el frigorífico, que era pequeño y ruidoso, por otro mejor, y la estufa, por la calefacción.

—¡Ea! Tu abuela no quería porque dice que vamos a gastar más, pero así estamos más calenticos en to la casa.

—Mejor así, Abuelo. Claro.

—Luego ya donde esté después no me va a hacer falta ni calefacción ni na, ahí en el cementerio.

—No digas eso...

Otras veces eran ellos los que venían a casa, pues sabían que andaba por allí.

—¿Has venío pa muchos días? ¿Cuándo te vas?

—No, Abuelo. Solo pa el fin de semana.

Con el paso de los meses y, sobre todo, de los años, observé cómo Abuelo iba olvidando situaciones cercanas en el tiempo. También dudaba con los nombres. Primero con los de algún futbolista, político o cantante. Más tarde lo haría con los de su propio entorno: su familia y sus amigos. Hasta que una vez llegó a preguntarme por su madre, que si la había visto por la ciudad.

—¿Pero cómo voy a ver a tu madre, Abuelo, si...

—¡Chsst! —Papa me mandó callar. —Se la cruzó saliendo de misa la otra tarde —le dijo a él.

—Ah... —asintió Abuelo.

—Luego hablo contigo, Jota... —me susurró Papa.

En medio de todo ello, los recuerdos de tiempos pretéritos los conservaba cristalinos. Y a la mínima los sacaba a relucir. Un día le dije que iba a grabarle su música preferida, para que la escuchara y así relacionara las distintas melodías con los recuerdos asociados a ellas e iría elaborando pensamientos.

—Gimnasia mental, Abuelo.

—Estoy ya pa poca gimnasia yo...

—Pero esta no es de moverse. Es de darle al coco. ¿Qué quieres que te grabe? ¿Pasodobles? ¿Zarzuela? ¿Copla? Mozart también te gustaba, ¿no?

—«Amparito Roca». Ese pasodoble es mu bueno.

—Hombreeee... ¡Vaya que sí! Yo lo he tocao muchas veces con la banda.

—Tiene un solo de clarinete.

—Claro.

—Un *obligao*.

—Eso es.

Y nos pusimos a tararearlo, intercambiándonos las voces. Abuelo prosiguió.

—Me acuerdo que lo tocaba el *hermano* «Gordo de la Librá».

—¿Tocaba el clarinete en la banda contigo?

—Sí. Bueno..., tocaba... —y masculló uno de sus «mecagüendiole»—. Fino, fino, no era el «Gordo de la Librá».

—Lo he visto alguna vez por la calle. ¿Por qué le llaman así, con ese mote?

—Uuuuh.... De to la vida le han dicho el «Gordo de la Librá». Desde siempre. Yo creo..., a mí me quiere sonar que ya se lo decían a su padre, que por lo visto era un hombre que estaba gordo como un camión y su madre se conoce que se llamaba Librá. Bueno, Librada. De nombre de pila, digo.

Abuelo empezó a reírse solo.

—Me estoy acordando... Su mujer.

—La mujer del «Gordo de la Librá»...

—Sí. Que vive, por cierto, ahí en la calle de la pescatería, un poco más arriba. Pues su mujer, cuando era joven, estaba barriendo la puerta de su casa. Y después la regaba con un cubo de agua. En esas que llegó un cartero que hubo en el pueblo. Te estoy hablando de hace un montón de años. El cartero aquel era forastero, estuvo trabajando aquí destinao un año o por ahí... Total, que el muchacho llevaba todavía poco tiempo y se hacía un poco de lío con las calles, los nombres y to la pesca. Llevaba un sobre grande en la mano y no estaba na más que mirando el sobre, la calle, el sobre, la calle, el sobre, las puertas... La mujer vio que el muchacho se rascaba la cabeza, to preocupao. Y le dijo: «¿A quién buscas, hermoso?». El cartero le contestó: «Buenos días, tengo una carta para Ildefonso Casanova Martí. Pone que es esta calle, pero este número es que no está». «¿Qué número pone?», le preguntó ella. «El 17. Pero es que ahí salta del 13 al 21». Ella lanzó un «uuuuuh, si es que aquí lo de los números es un cisco... ¿Cómo has dicho que se llama?». «Ildefonso Casanova Martí», le contestó el muchacho. La mujer siguió echando agua del cubo: «Pues no sé, hermoso». Entonces el cartero le quitó al sobre un papel que había pegao. «Mire, es que me han dicho... que tiene un mote. Que aquí le dicen “el Gordo de la Librá”». La mujer levantó la cabeza y le dijo: «¿“El Gordo de la Librá”? Pero ¡si es mi marido!». ¡Tú figúrate el tiempo que llevaban diciéndole ese mote, Jota!

En uno de mis viajes de la universidad al pueblo, un fin de semana, falleció Abuela. Fue de manera repentina. Según me dijeron, se fue a dormir la noche anterior de que yo llegara y ya no se despertó. Fue la primera vez que vi a Abuelo llorar. Y aun así procuró que no se le notase. Pensé que quizá no recordaba ni qué conversación tuvo aquella noche con Abuela antes de acostarse, pero seguro que todos los recuerdos e instantes de su vida juntos en el pasado los estaba viendo como una película.

Las películas...

En las películas me daba pena que alguien muriera, pero la vida real era otra cosa. Decirle adiós a Abuela era otra cosa. Era la vida real. Esa vida de la que me gustaba huir en cuanto podía.

En el pueblo, cuando alguien moría, organizaban los velatorios en la casa del difunto. El «duelo», como popularmente se llamaba, era todo un despliegue de logística. La gente llevaba sillas de otras casas para que se sentaran las personas mayores. Mujeres que cocinaban para que no faltase comida. Hombres fumando en la calle, hablando del campo, de política, de la caza, de fútbol, de la vida y de la muerte. Dentro, silencio. Fuera, jaleo.

Cuando se celebró el velatorio de Abuela, yo me senté en uno de los sillones del salón. Me llegaban por todos lados, cayendo como de un gotero, murmullos, llantos y suspiros. Cerré los ojos, no me gustaba aquello. La vida real no la quería. Y menos así.

Recordé las películas que había visto en aquella casa años atrás e intenté huir de la realidad; fijé la mirada en la puerta de la cocina e imaginé a Abuela, saliendo con su mandil con olor a tomate, silbando, tarareando, cantando y bailando. Se sentó a mi lado y me susurró que no llorara, que no quería verme triste. Yo le pregunté que por qué nunca se permitió que Abuelo la viera cantar o bailar. Me dijo que ya era tarde para pensar en eso. Hubiese querido tener esta conversación realmente, haberme lanzado a decirlo en voz alta, en medio de la gente, en medio del «duelo». Pero no lo hice. No lo hice porque por primera vez fui consciente de que no funcionaría. Me di cuenta de que esas escenas en las que una persona hablaba con alguien que había muerto porque se le aparecía al lado y conversaban de cosas que quedaron sin decirse, mientras nadie más lo veía, quedaban muy bien en las películas. Pero aquellas escenas no eran reales, era imposible que ocurriera. Por eso, ese día no llegué a hacer nada en el «duelo» de Abuela.

Cuánta vida había en el cine y qué poco cine había en la vida.

Tiempo después, Abuelo se vino a vivir a nuestra casa. Faltando Abuela y con los signos de la demencia senil cada vez más evidentes, Papa y Mama decidieron que era lo mejor. Entre las cosas que Abuelo se trajo de su casa encontré, enmarcado, el dibujo que un día le hice al gato Sape. Papa me dijo que Abuela lo tenía en el dormitorio, encima de su mesita.

Una noche, después de cenar, estábamos viendo la tele. Era sábado. Mar estaba por ahí con sus amigas, en algún bar del pueblo. Había terminado el Español-Valencia y ponían una de cine clásico. Audrey Hepburn y Gary Cooper se enamoraban en *Ariane*, una película de Billy Wilder.

—Este es el de *Solo ante el peligro*. El *Gueri Cúper* —dijo Papa mientras chupaba un caramelo mentolado.

—¿El pistolero? —replicó Abuelo.

Yo sonreí.

—Este actor trabaja bien. —Mama, que acababa de recoger la mesa y de adecentar la cocina, se sentó en el sofá.

—Se hacía siempre toas las del Oeste, el tío —apuntilló Papa.

—Bueno, ese era más John Wayne, ¿no? —dije yo.

—También. Pero ese era el que siempre iba encima de un caballo, que decían que por donde pasaba no crecía más la hierba.

Ariane, el personaje que interpretaba Hepburn, tocaba el violonchelo. Recordé entonces a Lorena en el curso de música veraniego, unos tres años atrás. Fue quizá mi Elisabeta más fugaz, pero era inevitable no acordarme de ella cada vez que veía ese instrumento. Después pasé de evocar a mi Elisabeta a pensar en Abuela. Ocurrió justo cuando sonó «Fascinación», una de las canciones que tocamos Mar y yo en su patio, hace años, en aquella primera y última gala musical de verano.

Miré entonces a Abuelo. Su cuerpo, cada vez más arrugado y enjuto, se distanciaba más y más del que mostraba en sus fotos de muchacho. Tras pensármelo un momento, decidí hablarle.

—Abuelo...

—Dime, hermoso.

—Esta canción la tocamos en tu patio mi hermana y yo cuando éramos más pequeños, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

Me quedé un segundo callado antes de seguir.

—... Que sacaste a Abuela a bailar, ¿a que sí? —Abuelo asentía—. ¡Menudos bailabais de bien!

Papa y Mama se miraban. Abuelo se quedó entonces callado un instante, con la mirada algo abandonada. Y volvió a hablar.

—Tu abuela bailaba bien, sí...

—Y cantaba —le dije.

Silencio. Papa me miraba con el rostro sereno y los ojos encendidos. El tiempo parecía que se había detenido, como si las notas de «Fascinación» fueran a quedarse flotando en el ambiente para siempre.

—... Cantaba de maravilla también. —Abuelo volvió a hablar—: Daba gusto oírla...

Y continuamos viendo la película los cuatro.

## Capítulo 23

### Jealousy

Elisabeta volvió a aparecer en mi vida el verano en el que pasé del instituto a la universidad. Se llamaba Lorena y tocaba el violonchelo.

Papa y Mama volvieron a matricularme en un cursillo con cierto prestigio en la comunidad musical, que se celebraba en la ciudad. Estaba catalogado como «internacional», una palabra que a mí me sonaba más a noticias sobre política en el ámbito europeo, a partidos de la Selección o a estrellas de Hollywood. Sin embargo, los alumnos éramos casi todos no ya solo de España, sino de la misma comarca.

Yo estaba dispuesto a llenarme la cabeza, los pulmones y el oído con música de Wolfgang Amadeus Mozart, de Richard Strauss, de Benjamin Britten y de Franz Joseph Haydn, entre otros. También tenía la opción real de entrar en la orquesta filarmónica para dar el concierto final en los actos de despedida. Pero el nivel del alumnado era muy alto y al final solo pude formar parte de la banda de música. La banda era un tipo de formación en la que yo tenía cierta experiencia, puesto que llevaba años siendo miembro de la del pueblo. Pero yo ansiaba probar las mieles de tocar en una orquesta, de sentir los violines y violas delante, rasgando las cuerdas con sus arcos.

Me quedé con las ganas.

El rango de edades y niveles académicos era amplio, con lo que en el aula de trompa me topé con gente de más edad que tocaban realmente bien. Hicimos buenas migas entre todos. No solo en el aula de trompa, sino con compañeros de otros instrumentos. Como si de una especie de estrato social, cultural o territorial se tratara, las alianzas solían producirse más a menudo entre instrumentistas de la misma familia, aunque también podían darse afinidades diferentes. De este modo, tanto dentro de lo estrictamente musical como en el terreno del ocio, «los de la madera» y «los del metal» se juntaban entre ellos mismos. Pero, a la vez, ambos grupos podían formar una nueva alianza como instrumentos de viento frente a «los de la cuerda», donde se encontraban los violinistas, violistas, violonchelistas y contrabajistas. Los alumnos de percusión eran cosa aparte. Eran como el batería de un grupo de rock respecto al resto o como el portero respecto al jugador de campo. Luego coincidían todos en la orquesta, y así nacía ese microcosmos maravilloso donde todas las melodías convivían y fluían como agua de manantial.

Después estaban los pianistas, claro. Me parecían solitarios, introspectivos, tímidos, ausentes y poco sociables. Además no podían portar su instrumento como hacíamos el resto. De tal manera

que siempre los veía estudiar por separado, solos, en aulas que parecían abandonadas, como si pertenecieran a otra época. Preparaban concienzudamente sus preludios de Chopin, sus Rachmaninov, sus Liszt. Me los imaginaba andando solos, taciturnos, en medio de la noche estival, perdidos en algún parque alejado del centro de la ciudad o vagando por algún cementerio a la luz de la luna.

—¡Me acabo de tirar a una pianista! —Entró vociferando Pedrule en el pasillo donde nos juntábamos a calentar.

—¡Qué dices! —Le daba palmadas en la espalda otro de los compañeros—. Pero... ¿habéis hecho el amor y eso?

—No, a ver... nos hemos enrollao.

—Yo pensaba que la gente de piano era más cortá —dije con mi instrumento en la mano.

—Pues no veas esta... ¡Metía la lengua que parecía una culebra!

Pedrule no paraba de hablar nunca. Quería hacer todo a la vez: tocar la trompa, beber, salir, comer, jugar, fanfarronear... Cada mañana salía al pasillo de la residencia de estudiantes donde dormíamos a tocar el famoso solo del *scherzo* de la quinta sinfonía de Gustav Mahler. Lo hacía para despertarnos, con la campana bien levantada y un *fortissimo* atronador.

Uno de los días les acompañé al ensayo de la orquesta, donde participaban Pedrule y tres más. El programa que estaban preparando era breve, porque en el concierto final también había de participar la banda de música, un coro invitado y el intérprete más destacado de piano. El repertorio que ensayaba la filarmónica consistía en la obertura de *Egmont*, de Ludwig van Beethoven, y *La guía de orquesta para jóvenes*, de Benjamin Britten, a lo que añadirían un bis final.

Me senté en una de las butacas, camuflado entre la oscuridad que me ofrecía la platea del auditorio. Se estaba fresquito y se agradecía, pues aquellos días de celebración del cursillo estaba haciendo mucho calor. La obertura *Egmont* la había escuchado infinidad de veces, pero nunca delante de mis narices. Fue muy excitante sentir aquellas notas llenas de fuerza, vigor y dramatismo que se desplegaban ante mí, sobre todo en ese inicio.

Yo observaba con detenimiento a los instrumentistas. Algunas caras me resultaban familiares porque las había visto en el comedor en algún desayuno o comida, y otras me sonaban de habérmelas cruzado por el pasillo. También había rostros desconocidos. Entre ello, sobresalió uno, que atrajo para sí, con una fuerza inusitada, a mis dos pupilas. Una chica tocaba el violonchelo con una belleza de movimientos que me producía cosquillas. Se mostraba grácil tocando, ligera. Y sonreía o fruncía el ceño en función del pasaje que tocaba. No me parecía que fuera ni alta ni baja. Ni demasiado delgada. Tampoco hubiera sabido decir en ese momento si me parecía guapa o normal, o del montón, o cualquier otro calificativo. Si alguien se hubiera acercado a preguntarme: «Oye, chaval, he visto que no paras de mirar a la violonchelista, ¿cómo

la calificarías?»; probablemente le hubiera respondido: «No lo sé, pero no puedo dejar de mirarla». En esas estaba. De nuevo, otro de esos misterios que no se podían explicar ni era necesario hacerlo.

Los pentagramas se sucedían en los atriles de los músicos. Llegaron los «¡taratátan!, ¡taratátan!, ¡taratátan tan tan tan!» que la sección de cuerdas tocaba con fruición. Me pareció ver cómo un foco la iluminaba desde el techo del auditorio, ensombreciendo al resto. En el momento en que las trompas irrumpieron con su «¡pampa!, ¡papampa!, ¡papampa!, ¡papampa!», pensé que, de haber estado dentro de la orquesta, me habría levantado y habría girado hacia ella, campana al aire, para dedicarle esas *llamadas*.

El final de la obertura fue vibrante, y no pude evitar saltar de la butaca como un cohete y lanzarme a aplaudir. El director se volvió achinando los ojos, cegado por las luces del escenario, tratando de verme entre la oscuridad.

—Vaya, tenemos un espía por aquí —dijo, divertido—. Gracias, quien quiera que seas.

Toda la orquesta rio, pero yo solo vi la sonrisa de una violonchelista.

Al acabar el ensayo, esperé a mis compañeros de instrumento a la salida. Nervioso, buscaba con la mirada a la muchacha. Cuando pasó a mi lado, le dije:

—Mu bien tocao. —La cara me ardía.

—Gracias. Lo mismo digo —dijo ella, saliendo del paso con una obviedad.

—No, no, yo no estoy en la orquesta. Estaba viendo el ensayo desde las butacas.

—Anda... Así que tú eras el que aplaudía. —Sonrió.

—Sí. Me llamo Jota.

—Yo Lorena. —Y retomó su paso—. Bueno, nos vemos.

—¿Sí, no?

La muchacha me miró extrañada.

—Supongo... Por el curso y eso.

—Claro. Tú cuando quieras, ¿eh? Tú me lo dices y...

Aceleré para alcanzar a sus compañeras de orquesta.

«Hasta luego, Elisabeta. No me recuerdas..., pero ya lo harás».

A partir de aquel instante, mis fuerzas se encaminaron a intentar compartir otro momento con ella. Descuidé los trabajos de escalas, armónicos, técnicas de flexibilidad... Dejé de lado el estudio de los conciertos de trompa de Mozart, de Richard Strauss o el acercamiento a Paul Hindemith. Toda mi energía la destiné a verla de nuevo. De esta manera provoqué encuentros premeditados y estudiados por mi parte, que disfrazaba de fortuitos a los ojos de Lorena. Cualquier sitio era válido: el *hall* del edificio, los pasillos de la residencia, el comedor, la puerta del auditorio...

Por fin surgió la conexión en un parque. Lorena solía ir a estudiar sola. Aprovechando la

sombra de los árboles, se sentaba en un banco de piedra con el atril delante y las partituras cogidas con pinzas, y entonces embriagaba el entorno con los pasajes del concierto para violonchelo de Edward Elgar; «El cisne», de *El carnaval de los animales*, de Camille Saint-Saëns, o las suites de J. S. Bach.

La llevaba viendo y escuchando un rato, parapetado detrás de un matorral. Solo me faltaba el periódico con sus dos agujeros para mirar a través de él, como en una comedia de espías. Aprovechando mis dotes para el teatro, decidí acercarme, sibilino, haciéndome el encontradizo para saludarla.

—Anda hola, ¿estás aquí ensayando?

—¡Hey! Hola, Jota. ¿Y tú, leyendo el periódico?

Miré con cierto sobresalto mis manos. Efectivamente llevaba un periódico en una de ellas. «Pero ¡si llevo un periódico de verdad!», pensé para mis adentros. Comprobé, aliviado, que no tenía agujeros. En mis encuentros con Elisabeta siempre me pasaba que la realidad y la ficción se mezclaban de manera confusa en mi cabeza.

—Me encanta cómo interpretas a Elgar —le dije.

—¿Lo conoces? —respondió Lorena sorprendida gratamente.

—Claro. —Sonreí orgulloso, consciente de haberme apuntado el primer tanto—. También escucho música de otros instrumentos.

—Yo pensaba que vosotros solo le prestabais atención a la música de trompa o, como mucho, a la de viento metal —me respondió, mostrándose curiosa.

Le expliqué a Lorena que esa visión, tan extendida, de que los instrumentistas solo escuchaban música escrita para sus instrumentos era un paso atrás como oyente.

—Escuchar esa melodía tan bonita que se expone en el primer movimiento, además de emocionarme, me permite buscar nuevas formas de expresarme con la trompa, de construir fraseos melódicos distintos... —Me relamía con cada una de mis palabras.

Estaba encantado de escucharle.

—Qué bueno. Tienes razón —dijo ella.

—Es como un diálogo entre lenguas distintas. ¿No crees? Es enriquecedor. —Me estaba viniendo arriba.

—¿Tú controlas inglés y eso?

—Eh..., antes has tocao a Bach también, ¿no? —Traté de cambiar de tema.

—Sí. Estaba con ello. —Y puso un gesto divertido, contrayendo las cejas—. ¿Llevabas aquí más tiempo?

Me encogí de hombros, pillado. Pero a Lorena le hizo gracia, incluso quise pensar que le gustó. Al menos es lo que interpreté cuando me obsequió con una sonrisa como las que le había

visto a Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma* o *Desayuno con diamantes*, dos de las películas que Santi me había descubierto de ella.

«La sonrisa de Elisabeta».

Decidí soltarme, dejarme de zarandajas impostadas y ser natural con ella. Era evidente que habíamos encontrado un punto de conexión, que se iba haciendo más y más palpable a medida que hablábamos.

—A mí la trompa siempre me ha gustado —dijo Lorena sin dejar de obsequiarme con su sonrisa.

No podía creerme lo que Lorena me estaba diciendo. Era como ver un gol por la escuadra.

—¿En serio?

—Claro. Y el viento metal, en general.

Lorena me habló de los metales que suenan en «Las catacumbas», uno de los *Cuadros de una exposición* que Ravel orquestó a partir de la partitura original de Modest Mussorgsky. Me explicó que le impresionaba la sonoridad y el poderío que exhibían en esa partitura. Y, a la vez, también su sensibilidad.

—Sois camaleónicos.

—Es verdad... Porque no sé si sabes también que podemos mover los ojos de manera independiente.

Cada vez que Lorena se reía, yo me estremecía. Qué curioso el funcionamiento del ser humano ante manifestaciones de este tipo. Tan complejo y tan simple a la vez.

Se levantó una brisa agradable, que nos regaló el aroma de los árboles. Lorena introducía aleatoriamente notas con su violonchelo que aderezaban nuestra conversación y parecían aumentar la intensidad del color de los tonos verdes que nos rodeaban.

—Es para no enfriarme —me dijo, educada.

—Claro, dale, dale. Igual debería dejarte seguir estudiando.

—No, no. Estoy a gusto.

Yo deseaba que aquello se convirtiese en una clase del cursillo. La única asignatura. Y que durara semanas. Y meses.

Me regaló, para mi sorpresa, el comienzo del aria «La mamma morta» de la ópera *Andrea Chenier*, que tantas veces había escuchado en mis cascos. Ahora sonaba delante de mí. Aquella introducción del violonchelo y el resto de la composición fue un alivio en derrotas futboleras, burlas de algún compañero de instituto, vetos paternos y maternos, así como cura y recaída de desamores.

—Te cantaré ahora la parte de la soprano, pero no quiero dejar en ridículo a Maria Callas.

—¿Lo conoces?! —La sonrisa de Lorena estalló en su boca.

—La oí por primera vez en la película *Philadelphia*. Esa escena de Tom Hanks...

Elisabeta adoptó una pose deliciosa, moviendo el arco al hablar. Me decía que la música de Umberto Giordano estaba escrita desde el alma y que encajaba en la película como si estuviera compuesta ex profeso. El verdadero autor de la banda sonora, Howard Shore, no le disgustaba pero acabó confesando que uno de sus favoritos era John Williams. «¡La primera muchacha que me habla de uno de mis ídolos de la música de películas!», pensé complacido.

—John Williams hace un uso de los metales espectacular —dijo.

Debí responderle con un ridículo balbuceo, fruto de la excitación, y por la cara que puso no comprendió nada. Logré recomponerme y que se me entendiera de nuevo.

—A mí, como te he dicho antes, siempre me ha gustado la cuerda, así en general... Y siempre —remarqué— me ha atraído el violonchelo. De hecho, la manera en la que Williams ensalzó a la cuerda en *La lista de Schindler* acabó por reafirmarme.

Lorena atendía a mis palabras, asintiendo lentamente.

—«Remembrances»... —Y se puso a improvisar uno de los fragmentos, mientras yo la miraba con deleite e imaginaba que la acompañaba con la trompa en las notas que se dibujan en el tramo final de ese corte.

—¿No te impresionó el coro que utiliza en la escena en la que empieza a nevar ceniza? —me atreví a preguntarle.

—Mucho. Cómo mete esas disonancias, desgarradoras...

—Y la introducción de la cuerda... Mi hermana Mar me consiguió el CD a través de una amiga y me impactó. Me lo grabé en un casete y le puse de carátula el cartel de la película recortado de un periódico que rescaté en casa de mis abuelos.

Nos quedamos unos segundos en silencio. La temperatura empezaba a ser más agradable. El color del parque había variado por la distinta situación del sol.

—Jota, ¿tú te has planteado por qué reímos o lloramos?

—No sé. Supongo.

—No, pero me refiero a cuando lo hacemos sin un motivo aparente. Porque reír si te cuentan un chiste es lo normal. Y llorar si te ha pasado algo malo o triste es lo normal también. Hablo de reír porque sí. O de llorar porque sí.

—¿Como al escuchar «Remembrances»?

—Eso es. Algo se dispara dentro, salta y ¡pam! Llega la emoción. Emocionarse porque la belleza existe. Existe. Y la tenemos delante.

Yo la miré y permanecí callado. Lorena siguió ensalzando a John Williams y me uní, de nuevo, a sus disertaciones. Hablamos de pasajes en *La guerra de las galaxias*, la explosión y tremenda brillantez de su tema inicial, los tonos elegíacos concernientes a «Leia», y sus solos de trompa. Nos entusiasmos comentando el piano de los créditos finales de *E.T.* Entre miradas cada vez más cómplices sacamos a relucir las latentes reminiscencias de *Daphnis* y *Chloé*, y, por

tanto, la influencia de Ravel. Y no nos quedamos ahí: surgieron los ecos de Debussy o cómo reconocíamos un aire de la séptima sinfonía de Sibelius en *Superman*. Terminamos llegando a Bernstein y cómo surgían sonidos que recordaban a su sinfonía *The age of anxiety* en *Tiburón*. Mencionamos cómo, a su vez, Bernstein bebía de diversas fuentes: Beethoven, Mahler, el jazz...

—Leonard Bernstein, además de parecerme tremendamente guapo, tenía esa idea de la composición en la que un sonido, una nota o un acorde no significan nada por sí mismos. Necesitan de otra nota o acorde delante o detrás para cobrar vida... —Lorena hablaba con pasión.

—O el silencio...

—También.

—El silencio también forma parte del sonido. Siempre que escucho el silbido de *West side story*, pienso en el silencio previo del que nace.

—Aunque creo que lo que más me gustaba de Bernstein era que, por encima de todas las cosas, era un amante de las personas de toda condición. Amaba al género humano.

Después, Lorena imitó el famoso silbido de los «Jets» para hacerme un guiño. Un perro apareció a su encuentro, acudiendo al sonido. Tenía el pelo blanco y una figura esbelta.

—¡Se parece a Bernstein! —dije.

—Igual es su reencarnación. ¿Te imaginas? —Rio Lorena.

Un hombre se nos acercó, fatigado. Debía de ser el dueño, que iba tras su perro a la carrera.

—¡Para qué le silbáis!

—¿Eh? Ah, no, no..., es que ha coincidido. —Trató de explicarse Lorena.

—No vayáis silbando por ahí a todos los perros que veáis porque los volvéis locos, ¿vale? —repuso el hombre, con sequedad.

El sol estaba definitivamente oculto entre los árboles y los edificios. Pero nosotros continuamos charlando sobre las bandas sonoras de nuestras vidas. Se sucedieron las conexiones de John Barry y sus *Memorias de África* o *Bailando con lobos* con el *Norte y Sur* de Bill Conti. También el característico primer movimiento de *Así habló Zaratustra*, de Richard Strauss, utilizado y adherido ya para la eternidad a las imágenes de *2001: una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick. Lorena insistió varias veces en lo que le maravillaba ese plano inicial, con la alineación de los astros. Y cuando lo decía, la forma de sus ojos se perfilaban como las púas de una guitarra. Ella remarcaba que no podía haber nada más grande que esos planetas así colocados. Mientras, yo nos imaginaba saltando de uno a otro, como aquel dibujo que hice una vez en la escuela, dejándonos llevar por los tremendos acordes de Strauss, y lanzados con ese acorde final del órgano de tubos al espacio infinito. Y allí, en ese infinito, seguir los dos hablando de música, emociones y sonidos.

Lorena empezó a recoger sus cosas. Me dijo que iba directamente al auditorio porque tenía ensayo con la orquesta.

—Si quieres, puedes venir otra vez. Me comeré antes algún sándwich en la cafetería de al lado.

Aunque advertí cierta sugerencia en sus palabras, decliné su propuesta, aduciendo que había quedado con algunos compañeros para ver no sé qué programa en la tele de la residencia. Nos despedimos cordialmente y aprecié, o eso quise ver, cierto brillo en sus pupilas, que titilaban como las de los dibujos animados japoneses.

—Bueno, pues... ha estado guay.

La palabra «guay» en Elisabeta resonaba de forma especial, como los acordes de John Barry en *Solo se vive dos veces*.

—Nos vemos por aquí, ¿no?

—Claro. —Sonrió. Luego me dio un abrazo—. Ah, y que también me gusta el rock and roll, ¿eh? Que nos hemos liado a hablar de clásica y bandas sonoras, pero...

—¡Y a mí! —le solté.

—A mi dame rock and roll... y me tienes ganada.

Claro que pude haberme ido con ella, pero la necesidad de degustación de lo ocurrido imperaba en mí. Difícilmente podía desprenderme de ese lastre. Era crucial el encierro en mí mismo para observar las cosas que pasaban desde fuera, como el espectador de una película hacía desde el prisma de la irrealidad. Santi me decía que el tiempo no se detiene, que era muy osado por mi parte pensar que todo iba a estar ahí cuando volviese. «El resto del mundo no siempre va a estar esperando a que el señorito vuelva de sus “viajecitos”», me decía.

Y, aunque era plenamente consciente de que en unos días sería el concierto final y la fiesta de despedida, de que nuestros caminos se separarían hasta vete a saber cuándo, me fui. Empecé a andar rápido en dirección a la residencia de estudiantes. Aceleré el ritmo, riendo como un auténtico papanatas, para acabar corriendo, creyéndome Fran Kubelik yendo al reencuentro con C. C. Baxter en su apartamento. Travelling y música de Adolph Deutsch incluidos...

Entré a mi cuarto con la respiración desbocada y me tumbé en la cama a mirar el techo. Creí ver la cara de Elisabeta en una mancha de humedad. En ese punto me encontraba. Saqué el arsenal de Queen que me había llevado al cursillo y escogí, pertinentemente, «You take my breath away» para regocijarme en mi propia fantasía con ayuda de aquellos coros iniciales. Una fantasía que había sido muy real tan solo hacía unos instantes, ¿por qué tocarla? ¿Por qué manosearla? ¿Era necesario utilizar el piano de Freddie y su declaración en una de las más bellas melodías que compuso jamás para proyectar sobre ella el anhelo propio? ¿Así nacieron las canciones? ¿Para los demás? ¿Sus autores no podrían sentir las mancilladas por cientos, miles, millones de personas que filtraban en ellas sus propias historias? La cascada de preguntas no cesó en mi cabeza, sumergido de lleno en la canción que sonaba una y otra vez en mis auriculares.

Lo que pasó en esos últimos días de curso veraniego es que aposté todo a la noche del concierto y la posterior fiesta. No provoqué ningún otro encuentro con Lorena, como el del parque, porque no quería enfrentarme a un posible error que echara al traste nuestra conexión. Me limité a los fugaces encuentros que el azar nos brindó, donde yo, sin darme cuenta, iba cortando la posibilidad de compartir otra charla que reactivara la química que nos llevaría a la física. De nada servía que le hiciese una gracia con el *divertimento* del octavo cuarteto para cuerdas de Franz Schubert si a sus proposiciones de «tomemos algo después» o «vente a mi habitación y tócame a Schubert», yo le salía con excusas peregrinas. Cercené mis opciones de conquista fiándolo todo al fuego lento, al misterio del acontecimiento alargado, a la proyección mental de una película que no se estaba rodando en ningún lado...

Todo se confirmó en los camerinos del auditorio. Los de la banda de música abríamos la gala final con dos obras, después sería el turno del coro para luego terminar con la orquesta filarmónica.

Pedrule y el resto de trompistas de la filarmónica estaban con nosotros, haciendo gracietas antes de subir a vernos desde las butacas. Después les tocaría a ellos el turno de subir al escenario.

—Oye, Jota —me soltó Pedrule sin ambages—. ¿Tú no habías estao tonteando con Lorena, la del violonchelo?

Yo, seguro de mí mismo, quise hacerle ver lo elegante y especial de mi historia.

—A ver —me asomé sin pretensión una sonrisilla de superioridad—, ella y yo...

—Se ha enrollao con Zorí —me espetó.

Directo a la mandíbula. La sonrisilla desapareció como una huella en la orilla del mar.

—Eh..., Zorí..., eh..., ¿qué?

Pedrule se abrió al resto de la audiencia de músicos.

—Juan Alberto Zorí, el solista de trombón. Por lo visto se han estao viendo después de los ensayos y, que si patatín que si patatán, el otro le ha acabao metiendo ficha.

Los oídos me pitaban. Sentí un leve mareo.

—No.... No puede ser...

—¡Que te la han levantao! —voceó un trompista que se llamaba Lucas.

Toqué como pude mi parte del concierto. Los nervios hicieron que mis labios temblaran y esto provocó mi rumbo errático por los sucesivos pentagramas, fallando un montón de notas.

Ya en el turno de la orquesta, ocupé un lugar apartado en la esquina del primer anfiteatro, huyendo avergonzado de mis compañeros de viento que me miraban raro por el disparate de sonidos que había protagonizado.

Mirar a Lorena, en su silla, con su violonchelo, me provocó ardor en el estómago y fuego en los ojos. Aun así no podía despegar mi vista de Elisabeta... o lo que quedaba de ella.

Comenzaron a sonar las primeras notas de *Egmont* que yo recibí como latigazos de un penitente, acrecentando mi sentimiento de culpa. Después llegó *La guía de orquesta para jóvenes* y sentí la boca pastosa al intentar deshacer ese sabor de amarga resignación. *La guía de orquesta para jóvenes* era una composición en la que Benjamin Britten ofrecía la exposición de los distintos instrumentos y familias que componen la orquesta. En la primera parte mostraban sus diferentes timbres y colores sonoros el viento madera, el viento metal, la cuerda y la percusión. Britten extrajo a partir de un conocido tema de su compatriota Henry Purcell, el tema principal, elaborando unas variaciones que llenaban el lienzo musical de una acuarela fascinante. La última parte tenía forma de *fuga*, iniciada por el flautín. El testigo se pasaba de unos a otros. Justo después del turno del arpa, las trompas rugían dejando claro quiénes eran las reinas de la selva. Por un lado, el aparente caos desembocaba primorosamente en el tema principal a cargo del viento, y, por otro, en las diabluras mostradas en la *fuga* a cargo de la cuerda. Convergían en *tempos* distintos, como pulsiones rítmicas que, sin embargo, encajaban a la perfección. «Esa debe de ser nuestra proyección sonora, Lorena», pensaba, «yo soy el *tema*, y tú, la *fuga*».

El público se desgastó las manos aplaudiendo, mezcla de su rendición ante la magnífica puesta en escena y, tal vez, con la emoción desbordada del final del curso.

El final.

Ya no habría más momentos con Lorena. No aprendía la lección. En mi cabeza aún resonaban las frases de mis compañeros: «Pero ¿a qué esperabas?», «Si es que eres mu peliculero», «¿Qué eres, romántico de esos?», «¡Hay que ser más hombre!».

En el bis descubrí una de las melodías más tristes que había escuchado nunca. Se trataba de *El cant dels ocells*, de Pau Casals. Violonchelista. El arreglo era para orquesta, pero el *solo* lo inició Lorena. Pese a la amargura que destilaba la composición, la belleza era sublime. Una parte de mí agradeció, al menos, aquel descubrimiento, que trataría de añadir a mi musicoteca particular.

Deseé con todas mis fuerzas viajar en el tiempo, a aquel momento en el parque, cuando Lorena tocó para mí. Pero ahí lo estaba haciendo para todo el mundo, ya no era exclusivo. Ahí estaba también Juan Alberto Zorí, al que miré achinando los ojos de pura rabia.

En la fiesta posterior todo fue en vano. No es que no quisiera acercarme a Lorena en busca del milagro, es que Pedrule y el resto me dijeron que lo mejor era dejarlo. Yo que me había vestido con el toque más rockero posible, dentro de las posibilidades de mi vestuario: un polo rojo y los cuellos subidos. Eso era lo más cerca que estaba del rollo de Led Zeppelin, a los que escuchaba de vez en cuando a raíz de descubrir a Robert Plant en el concierto homenaje a Freddie Mercury... De quienes le iba a hablar a Lorena en la noche final.

Qué lástima.

«Animalico».

La gente bebía y se divertía. Volvían a beber. Y cantaban. Todos cantaban, por separado o

juntos. Lorena, desbocada, rodeada de sus compañeras de cuerda, canturreaba «Guadalajara, Guadalajaraaaa», al estilo mariachi.

—¿Qué hace esta ahora? —se me escapó, escupiendo rabia.

—Eso tiene que ser por Zorí. Es que es de Guadalajara —me respondió Pedrule, que bebía calimocho como un descosido.

—Pero... Guadalajara de aquí, ¿no?

—Ea, claro. ¿De dónde va a ser?

—Pero... ¡¿Es que no ves que estás cantando la de México, chica?! —grité en dirección a Lorena, con los ojos perlados, temblorosos.

Multitud de miradas nos rodearon desde todos lados.

—Menudo cuadro... —masculló Pedrule—. Jota, tranqui. No te pongas celoso, que no es pa tanto.

Celos. Sentía celos. Fue la primera vez en mi vida. Quería gritar, berrear, llorar. Me sentía como Freddie cantando «Jealousy» pero sin tanta delicadeza. Sin ninguna. Un comportamiento nuevo, salvaje, se abrió camino a dentelladas en mi cuerpo. Había llorado con anterioridad con algún partido perdido del Athletic de Bilbao o con alguna bronca de Papa. «Pero ¿esto?».

—Esto es un poco... lo que es la vida, Jota —dijo Pedrule, como si me hubiera leído la mente—. Venga, vamos a emborracharnos. ¡Y bájate el cuello del polo, anda! Que bastante ridículo has hecho ya.

Decidí perder el control.

Vomitó con el primer cubalibre.

## Capítulo 24

### Radio Ga Ga

Estaba merendando un tazón de leche con galletas. A diferencia de mi hermana Mar, yo pensaba que los conceptos leche y galletas no debían mezclarse. Ni siquiera contemplaba la opción de mojar las galletas. Las tomaba secas. El ritual era: mordisco, trago de leche, mordisco, trago de leche, mordisco, trago de leche. Manías que trasladaba a las comidas: no podía beber un trago de agua si estaba masticando comida en la boca, esta debía estar despejada y vacía para ingerir líquido.

La radio sonaba en el radiocasete, mientras me mentalizaba para animarme a hacer los deberes del instituto. Los de Lengua siempre los acometía con pereza porque, la verdad, la construcción de las frases, y esas cosas que promulgaba el profesor, me producía rechazo. Cuando hablaba del «análisis de la oración», mi aprensivo cerebro se iba a las agujas y las jeringas del médico, y me mareaba. Si decía «vamos a desmenuzar esta frase», me venían imágenes de merluza o lenguado hervido, machacado en el plato.

Cuando Papa y Mama decidieron comprar el radiocasete, se rompió la hegemonía del tocadiscos. Y también el acaparamiento que caía sobre el pobre aparato. Este quedó más libre y así Papa pudo utilizarlo con más libertad, sin los moscardones de sus hijos revoloteando alrededor pidiendo poner discos y cintas.

La emisora de música clásica se sintonizaba con mucha dificultad. Por más que probaba en diferentes ubicaciones, no había manera. Colocaba «el loro», así me dijo Santi que había que llamarlo, en el suelo, en una silla, encima de un cojín, con la antena para allá, para allí y para *alló*. Nada. «Va cuando quiere», era la frase.

Pues, bien, esa tarde fue uno de aquellos días en los que la radio quiso sonar. Las ondas transportaban hasta aquella mesa con migas de galleta los fabulosos pasajes del *allegro molto* de la segunda sinfonía de Rachmaninov. Cuando ocurría esto, aprovechaba y solía introducir alguna cinta sobrante para grabar lo que estuvieran radiando. Apuntar los nombres ya era otro cantar, no había opciones de escuchar de nuevo la pronunciación, así que me aventuraba a transcribir fonéticamente lo que creía que había dicho el locutor. Vladímir Ashkenazy, la orquesta del Concertgebouw, *Till Eulenspiegel*, *Gaspard de la nuit*... A ver cómo ponía eso en las etiquetas de las cintas. Cuando Papa lo veía, siempre me decía que si eran recetas del médico.

La emisora de radio nacional clásica seguía sintonizada cuando me puse a hacer los deberes.

Enfrascado en pleno meollo sintáctico, la melodiosa voz de un locutor surgió de los altavoces del «loro» para anunciar algo con lo que casi me caí de espaldas: «El próximo viernes, en directo desde el Royal Albert Hall de Londres, la orquesta sinfónica de la BBC interpretará el *Konzertstück* para cuatro trompas y orquesta, de Robert Schumann».

Había oído bien. Cuatro trompas.

Como solistas.

Cuatro.

La boca se me secó de los nervios. Era el primer paso del síndrome que sufría al no saber gestionar con calma aquellos sucesos. Necesitaba una cara de una cinta para grabarlo. Con una sería suficiente, los conciertos para solistas rara vez tenían una duración extendida. Fantaseé con cómo debía sonar aquello. Entonces me imaginé escuchándolo mil veces en la cama, después de ponerle la grabación a Abuelo. «Seguro que no se espera algo así». Pero, por encima de todo, lo que más me hizo temblar fue la incertidumbre sobre la calidad de la recepción. Tocaba cruzar los dedos. Yo era muy de cruzar los dedos, tocar madera y pitidos en los oídos.

Llegó por fin el viernes. Siete de la tarde. Por supuesto, antes había declinado la propuesta de Santi de ir a «pegar unos tiros con el balón».

—Tú eres más tonto que «Afilamazas», tron... Con el día tan bueno que hace —me dijo mi amigo.

Tenía el casete listo y el aparato en mi cuarto. A las seis y media empezó el drama. La emisora se sintonizaba con dificultad. Demasiadas interferencias y «rayujos», como decía Abuelo con su transistor. El reloj avanzaba.

«Conectamos en directo...».

O eso me pareció escuchar. Unos ruidos extraños se sucedían, yo no sé si era el murmullo del público ocupando sus localidades o la lluvia fina cayendo sobre un techo de los de «uralita». «¿Uralita? ¿En el Royal Albert Hall?», descarté esa posibilidad. «Quizá la gente le está quitando el papel de aluminio a sus bocadillos porque no han tenido tiempo de merendar antes. Eso pasa también en los conciertos de la banda del pueblo».

El concierto comenzó. Tras lo que, imaginé, fueron dos acordes impetuosos de la orquesta, los cuatro solistas de trompa atacaron el comienzo de su aventura con unas notas que sonaron como truenos en medio de la tormenta. Yo aguzaba el oído todo lo que podía, pensando que me sangraría de un momento a otro. Achinaba los ojos, apretaba los dientes, agarraba la mesa del escritorio con las uñas..., pero nada de eso hacía que la señal mejorara. Había momentos en los que sí, pero a continuación volvían los fastidiosos chisporroteos, que se mimetizaban con las armonías de Robert Schumann, igual que hacía el agua de lluvia en la tierra de las viñas a finales de septiembre, cuando creaba ese barro pesado, casi impracticable.

Con todo, me esforcé en desbrozar los sonidos. Con los ojos cerrados con fuerza, fui

separando blancas y corcheas de las perturbaciones sonoras, como se separa el grano de la paja, y extraje como pude una sonoridad sin igual en esas trompas. Timbres carnosos, sonoridad jugosa. Eran como globos que se hacían enormes, inflados y tirantes, que desbordaban los límites de la tesitura que yo conocía. «¡Mira cómo suben!». «¡Mira dónde bajan!». Aquella obra no me parecía una montaña rusa, sino el parque de atracciones entero.

El *Konzertstück* avanzaba ya en su tercer y último movimiento. Debían de ser las últimas páginas de la partitura cuando conseguí que la emisora se escuchara limpia y pura. Podría haber sucedido a la manera de esas comedias en las que un tipo torpe, ya fuera un héroe, un inspector o un detective, tropezaba con un cable y desactivaba la bomba que amenazaba a toda la humanidad. No. Simplemente me fijé en la antena, brillante y plateada, que estaba recogida en su compartimento, y una ceja se me arqueó sola. Saqué la antena de su sitio, levantándola y desplegándola. La señal de recepción se volvió nítida a la vez que sonaban los últimos compases. Comenzaron a escucharse los aplausos de una manera tan cristalina que me giré por si mi habitación se había llenado de gente sin yo saberlo. Me quedé callado. La ceja, ahí, arqueada. Tras las ovaciones, el locutor volvió a hablar: «Impresionante interpretación la de estos cuatro solistas de trompa. Estas cuatro auténticas fieras de la BBC: Timothy Brown, Michael Murray, Andrew Antcliff y Christopher Larkin». Y otra vez a apuntar al tuntún. «Ya se podían llamar Pepe, Tomás, Paco y Manolo», pensé.

Mi ceja se mantuvo arqueada por lo menos hasta la hora de la cena.

Ya en la cama, volví a escuchar la grabación en mi walkman, con la estúpida esperanza de que se hubiera obrado el milagro. Nada. Aun así escuché esa cinta millones de veces. Se la puse a Abuelo al día siguiente en el radiocasete que tenían siempre en el cuarto de baño. Era un modelo antiguo. «Pero chisca bien», me decía. Yo le puse un poco en antecedentes, pero sin dar demasiados detalles.

Le di al *play*. Abuelo miraba al aparato y me miraba a mí.

—Pero... ¿es que has puesto la radio?

—No, es una cinta.

—Pero ¿y ese ruido?

—Tú intenta escuchar a la orquesta, a Abuelo.

—Ya, hijo mío, pero es que...

El hombre aguantó estoicamente los veinte minutos.

—¡Ahora! ¡Ahora ya mejor...! —exclamó Abuelo al comprobar que se oía bien—. Anda pero ¿ya se ha acabado?

—Así acaba, sí.

—Qué mala suerte.

—¿Por?

—Con que hubieran empezao el concierto media hora más tarde...

Posteriormente fueron muchas las veces que escuché el *Konzertstück*. Tanto en discos de vinilo como en CD. Con su sonido perfecto y nítido. Jamás me impresionó tanto como aquella primera vez, aun con sus distorsiones.

Al fin y al cabo, aquellos fenómenos añadían emoción al día a día. Se agradecía enfrentarse de vez en cuando a lo impredecible en medio de un páramo lleno de rutinas. Gracias a eso, una noche de tormenta veraniega conseguí escuchar, desde el AM de la radio de mi walkman, una emisora del País Vasco. Estaba empapado de sudor en la cama, dando vueltas sin poder dormir, con la ventana abierta por la que no había manera de que se colara una brizna de aire fresco. De pronto, lejanos relámpagos comenzaron a iluminar la habitación, como cuando en el cielo rompían los fuegos artificiales en el inicio de las fiestas. La tormenta fue de aúpa. Me puse los cascos y me enredé en la radio para distraerme. Un poco «miedica» sí que era. Y ahí di con ella, mientras anunciaba coches de talleres en calles con nombres en euskera y hablaba del ayuntamiento de tal pueblo del País Vasco. Para mi alegría, comentaba también la actualidad del Athletic de Bilbao. Los ojos me hicieron chiribitas. Encendí la luz para apuntar el dial exacto que marcaba la raya roja. Al comienzo del campeonato de Liga, deseaba rayos y truenos para poder sintonizar aquella emisora, que radiaba única y exclusivamente los partidos de mi equipo de forma íntegra. Lo conseguí en seis partidos de Liga y en dos de Copa. Ocho tormentas en total.

Cuando, años después, llegué a la universidad para comenzar mi carrera de Psicología, que había escogido un poco al tuntún, la radio fue lo primero que sonó al entrar en la ciudad. Papa y Mama me llevaban en el coche con el maletero hasta arriba para dejarme, sano y salvo, en el piso de estudiantes. Mientras, sonaba una emisora donde ponían canciones de varias épocas. Sin interferencias de ningún tipo. Elton John cantaba «The bitch is back», un tema electrizante que me hizo mover los pies en el asiento trasero. Me recordó ligeramente al «Hammer to fall», de Queen, pero más festivo. Después sonó «American girl», de Tom Petty and The Heartbreakers, y mis zapatillas ya parecían estar llenas de saltamontes. De alguna manera sentía que un mundo nuevo se abría en el horizonte.

—Tú sobre todo pórtate bien, Jota —dijo de repente Papa mirándome a través del retrovisor. Las gafas de sol le quedaban extraordinariamente grandes—. Y trabaja. Y estudia. Que no te tenga que decir nadie na.

—Pero... ¿y qué me van a decir?

—Tú hazme caaaso... Que no te tenga que llamar nadie la atención. Y no te fíes de la gente. De nadie.

—Si no te aclaras con la lavadora, tú te traes la ropa al pueblo y te la lavo yo —añadió Mama.

—Los calzoncillos y los calcetines se los puede lavar en el bidé, que ya es mayorcico. — Luego Papa se dirigió de nuevo a mí—. En la mili, cuando me quitaban un cinturón, yo quitaba dos a quien fuera. Hay que ser espabilao.

—Y dale con la mili, pero que esto no es la mili.

Mama terció.

—Tu padre lo que quiere es que la gente no se aproveche de ti.

Miré de nuevo a Papa, reflejado en el espejo. Sus gafas parecían aumentar de tamaño a cada kilómetro recorrido.

—En la mili...—siguió Papa.

—Y venga...

—¡Escucha, Jota! En la mili había mucho interesao y mucho aprovechao. No los ves venir porque son... —Papa intentaba buscar algún adjetivo— ... así, camaleónicos. Como Marlon Brando.

Mama quiso terminar con la conversación.

—Y si no, mira, tú te pones los cascos en las orejas y que la gente diga y haga lo que quiera.

En homenaje velado a Papa, Mama y Abuelo, lo primero que quise hacer en la universidad fue apuntarme a algún coro. No se me daba mal cantar, y con los conocimientos musicales podía leer las partituras sin problema. No fue difícil, a poco que rasqué información en los pasillos me hablaron de la coral universitaria y a quién tenía que dirigirme para ingresar en ella.

Mi cabeza empezó como siempre a fantasear. Visualizaba un repertorio curioso, interesante, incluso fantaseaba con poder interpretar el «Ave María Guaraní» de Morricone, aquel que cantaban los aborígenes en *La misión* y que tanto me obsesionaba. También imaginaba cantar, junto a alguna orquesta filarmónica, la *Misa en do menor* de W. A. Mozart. Mi mente intentaba reproducir cómo sería sentir desde dentro, en el «Kyrie», esa primera irrupción de las voces femeninas en progresión ascendente, atravesando mi cuerpo como rayos de sol entre las nubes. Ya me veía viviendo, *in situ*, algo parecido a lo que le ocurría a Salieri en la película *Amadeus*, cuando, superado por la belleza, dejaba caer las partituras manuscritas de Mozart que tenía entre sus manos al suelo. Partituras que se derramaban de entre sus dedos como metáfora del talento, la maestría y la gloria de su «contrincante» que él nunca sería capaz de atrapar. Aquel era uno de mis instantes favoritos de la película. Y del cine, en general. Tantas emociones condensadas en una sola imagen. Cerraba los ojos y lo veía. Lo escuchaba...

—¿Quieres empezar fuerte tú, eh? —me dijo un compañero.

Su voz sonaba a sorna y a lata de cerveza.

—¿Cómo?

—Que te metes en el coro para ver si te arrimas a alguna de las *cantantas*, ¿eh? No eres tú tonto ni nada...

—... Ea —acerté a decir, encogiéndome de hombros.

Empezaron a pasar los días, tanto en la universidad como en el piso de estudiantes que compartía con otro muchacho. Con cambios, pero también con sus rutinas.

—¿Qué cojones es eso, tío? —me soltó un día cualquiera mi compañero de piso mientras fregaba.

—Es Iannis Xenakis.

—Joer, no le haces ascos a nada.

Y siguió dándole a la balleta y la lejía. Esa semana le tocaba a él el baño.

—Pon Ricky Martin o algo así movido. Que encima aquí limpiando la bañera me dan ganas de suicidarme.

Mi compañero de piso era fornido. Se llamaba Héctor Fuentes y estudiaba Magisterio de Educación Física. Tenía un endiablado remolino en la raíz de su flequillo como si tuviera siempre un ventilador delante. Cada noche le oía saltar a la comba un rato en su cuarto. Más tarde se ponía a rezar. A Héctor le pirraba comer patatas fritas, a las que les exprimía mucho limón por encima. Y también ver «películas de hostias», que decía él. Pese a esto último, mi compañero hablaba tirando a despacio y andaba aún más lento. Era un tranquilón, que hubiera dicho Abuela. Un cachazas, que hubiera dicho Abuelo. Desde luego, de lo que no tenía pinta era ni de aprovechado ni de interesado.

El piso de estudiantes era el tradicional piso medio español. Calidades de materiales e instalaciones medio decentes, con mobiliario, cortinajes y ropa de cama de varias décadas atrás. Un cuarto para cada uno, salón, baño y cocina. Gotelé y un suelo cuyo diseño de baldosas parecía estar inspirado en rodajas de choped.

Teníamos la suerte de tener un videoclub justo en la esquina de nuestra calle, así que Héctor y yo hicimos múltiples sesiones domésticas de cine. Nuestro casero nos había dicho hasta en verso que no hiciésemos agujeros en las paredes, pero luego tuvo un detalle dejándonos el aparato reproductor de VHS. «Igual os subo un poco el alquiler por esto, de todas maneras», nos dijo. Más tarde cambió de opinión, no sé qué le diría Papa por teléfono.

Revisionamos *Pulp Fiction* varias veces. La alquilamos tanto que el dueño del videoclub nos regaló el cartel. Lo coloqué con *tesafilm* en la pared del salón, pero al ser tan grande se desprendía varias veces al día. Héctor insistió en fijarlo con chinchetas. «Con el gotelé no se notan los agujeros».

No parábamos de ver películas. Tuvimos una época en que nos dirigíamos el uno al otro con el gesto de Donald Sutherland en el final de *La invasión de los ultracuerpos*.

Con la película de los Blues Brothers me acordé de Santi con nostalgia, pues él fue el que me pasó a cinta el disco de vinilo *Briefcase full of blues*. Qué pedazo de disco. Los recuerdos comenzaron a desfilar como postales en movimiento: Santi y yo haciendo el payaso, bailando y

saltando con aquellas canciones, repitiendo los nombres de Lou Marini, Alan Rubin o Tom Scott, que comandaban la sección de vientos.

Una tarde nos vimos seguidas las tres películas de *El Padrino*, que para mí era «la trilogía famosa del director de *Bram Stoker's Dracula*». Mi favorita fue la tercera, porque escuchar el «Intermezzo» de *Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni, justo en el momento y en la manera en la que sonaba, con absoluto protagonismo..., fue una impresión de las que no se olvidan. Al ver más tarde a un anciano Michael Corleone caerse de la silla, me fue imposible no recordar al *hermano* Pedro. Me permití llorar, sin miedo ni vergüenza, delante de mi compañero de piso. Tal vez lo hiciera porque aún no nos conocíamos mucho o, simplemente, le hice caso a Mama y ya me daba igual lo que pensara, dijera o hiciera la gente de alrededor.

Fue en aquel primer año universitario cuando empecé a desarrollar un hábito que mantuve siempre; al mirar las películas o las imágenes de partidos de fútbol de años atrás, de otras décadas, me imaginaba detrás de la cámara, accionando un botón que me permitía girar primero unos grados, luego situarme a ciento ochenta... hasta llegar a trescientos sesenta. Así me iba desplazando por la escena, el decorado o las gradas del estadio para luego salir, moverme por las calles adyacentes, las carreteras, los caminos y las ciudades. Hasta llegar al pueblo y ver cómo serían, en el momento en que ese partido se jugaba o esta película se rodaba, Papa, Mama, Abuelo, Abuela... Cómo serían el *hermano* Pedro y la *hermana* Julia, Fabián, Casimiro... La pescadería del padre de Santi o la plazoleta de la fuente.

Cualquier momento seguía siendo bueno para descubrir nuevas canciones. Si algo me enseñó el tardío y desordenado descubrimiento de la discografía de Queen fue que todo es nuevo si no se ha escuchado, visto o leído previamente. De este modo, preparándome la cena, descubrí la canción «Don't dream it's over», de los Crowded House, porque la estaban poniendo en la radio o en la tele. Mientras me cocinaba unas salchichas de bolsa que se quemaban en una sartén ennegrecida y con penetrante olor a fritanga, estaba a la vez siendo testigo de un instante bello, especial y duradero en el tiempo por siempre jamás.

Los descubrimientos de la sugerente y psicodélica «White rabbit», de los Jefferson Airplane, o la profunda y penetrante «Creep», de Radiohead, me pillaron cambiando las sábanas y poniendo una lavadora de blanco, respectivamente.

En la universidad también encontré nuevas fuentes de abastecimiento que me suministraban obras para consumir, principalmente en forma de discos y películas. Algunos ya conocidos, otros por descubrir. Un compañero de clase era el encargado de las bandas sonoras, que yo me grababa y almacenaba compulsivamente en mi cuarto del piso de estudiantes. Otro era el encargado de informarme dónde podía conseguir los originales de Queen que me faltaban, así como los de grandes bandas de los sesenta, setenta y ochenta. Uno de los profesores, ya veterano, me descubría música clásica nueva o versiones curiosas, como la de *El amor brujo* con Rocío Jurado

de solista. «Escúchatelo porque te va a sorprender». El más joven del profesorado de Psicología era amante de las músicas experimentales, y me abrió camino entre los compositores rompedores con lo establecido y otros de vanguardia del siglo xx, pasándome discos de Arnold Schönberg, Alban Berg, John Cage o Pierre Boulez. Me parecía que, a cada paso que daba, en cada momento, un nuevo descubrimiento saltaba a mis brazos.

Con mis cascos puesto, asistía a la sucesión de atardeceres rojos, mañanas grises o noches cálidas, con las orejas a rebosar del más variopinto repertorio. Músicas tan distintas como los diferentes tonos y colores que llenaban un lienzo en el que comenzaban a divisarse formas definitorias. De Mahler a Camarón, de la Creedence a Debussy, de Miles Davis a Los Rodríguez, de Serrat a Danny Elfman, de Extremoduro a Nina Simone... Sentía que todos ellos me ayudaban a observar, descifrar y comprender de qué iba la vida.

Y, como no podía ser de otra manera, al haber entrado en otra etapa vital, tan estimulante como aquella, no tardaría mucho tiempo en asomar Elisabeta por allí. Fue en el segundo año, cuando llegó a mi clase. Se llamaba Emma y era muy callada. Su cabello, ni corto ni largo, se le quedaba siempre de la misma forma, perfectamente alborotado. Parecía un cuadro pintado con acuarela. Quizá fue lo primero en lo que me fijé y deseé meter mis manos en esa maraña para comprobar la textura, igual que de niño tocaba el dobléz de las sábanas, la carretera o los sacos de legumbre de la tienda de la *hermana* Sorda.

A partir de ese primer deseo, construí mi plan de acercamiento. El tiempo empleado en ello se extendió durante el curso como una mancha de petróleo en el mar, de manera lenta y desasosegante. Gracias, una vez más, a mi perpetua caída en la incertidumbre, los miedos y los temores, que me acechaban como sombras afiladas y que, a su vez, cercenaban cualquier posibilidad de aprendizaje. No caía en la cuenta de que sin pruebas y errores no habría madurez posible.

Desde el deseo cada vez más irrefrenable de masajear el cabello de Emma, fui dibujando el resto del retrato. Casi siempre estaba seria, pero era una seriedad que le quedaba bien. Sus párpados caían lentamente, colmados de pestañas. Sus labios, casi siempre pegados, formaban una boca armónica, como un remanso de aguas tranquilas. No era muy alta, más bien mediana, tirando a bajita. Las formas del cuerpo eran generosas, magras.

Fui el único que nombró a Emma como deseo en el corrillo de los muchachos de clase en el pasillo. Todos hablaban de Miriam. «La tía más buena de la clase con diferencia», decían. Alguno también «le tiraba la caña» a Patri. Pero Emma solo se llevó mi voto. Todos me miraron con cierta incredulidad. La inmediatez de la vuelta a clase me salvó de tener que dar una explicación que ni tenía ni les hubiera convencido.

Emma compartía piso con una chica que estudiaba en otra facultad. En las asignaturas en las que había menos afluencia me fui cambiando de sitio hasta conseguir estar cerca de ella. Fueron

llegando los comentarios compartidos y las consultas sobre materia universitaria hasta llegar a alcanzar un lejano atisbo de complicidad futura. Coincidimos en algún concierto. Nos encontramos en algunos paseos... Hasta que un día reuní fuerzas para invitarla al cumpleaños de un compañero de carrera que teníamos en común.

—Me ha dicho que se lo digamos a cuanta más gente mejor. Por aquello de que haya ambiente.

—¿Dónde lo celebra? —me preguntó Emma.

Sus ojos grandes parecían dos esferas flotando en el espacio.

—Primero se tomará algo en una sala habilitada en su residencia universitaria.

—Hablas como si fueras un ministro —dijo de manera aséptica.

Me ruboricé.

—Es que... Es que no te lo he dicho, pero por las tardes me saco un sobresueldo como ministro de cumpleaños.

Y sonrió. Como sonreía pocas veces, al lograrlo me llevé un doble premio: el de haber conseguido algo tan difícil y el de ver la sonrisa más bonita del planeta.

Muchachos y muchachas hablaban a voces al lado de las mesas llenas de bebida, con platos de plástico blanco rebosantes de patatas fritas, *ganchitos* y quicos, de los gordos y de los pequeños. «Estos son para nosotros y esos para ellas», me chivó un compañero al verme mirando ambos recipientes. Emma entró con alguna amiga de clase y con su compañera de piso, a la que seguro trajo para sentirse aún más arropada. Un radiocasete gigante lanzaba rumbas de Peret a toda castaña desde el suelo, en el rincón en el que estaba enchufado a una toma de la pared. Cuando se acabó la bebida y el picoteo, nos trasladamos a un bar del centro de la ciudad.

Cada vez íbamos quedando menos en el local y se dio la circunstancia de una charla a dos bandas en un extremo de la barra: Emma y yo, por un lado, y un amigo de clase con la compañera de piso de Emma. La euforia, el calor y el alcohol corrieron a sus anchas y nos empapó entre palabras, risas y bailoteos. Cuando la compañera de Emma sugirió que los cuatro nos fuéramos a su piso «a tomar la penúltima», el estómago se me encogió.

Para allá que nos fuimos, no estaba lejos. Tan solo a un par de calles, oscuras y frías. Sonaban botellas de cristal rodando por el suelo y algún grito suelto seguido de carcajadas entre toses. El piso de las chicas era muy parecido al mío y me dio por pensar que igual eran así todos los de la ciudad. Emma y yo hablábamos en el sofá y los otros dos no tardaron en meterse en la habitación de la compañera, entre la risa floja y el olor a cubalibre.

Emma me miraba. Y yo la miraba a ella. Sonaba en la radio «Mulder and Scully», de Catatonia. Ella movía la cabeza al ritmo, si bien observé que lo hacía de forma descompasada, probablemente debido al estado. Eran altas horas de la madrugada y la verdad es que llevábamos demasiado cumpleaños a cuestas. Aquella canción me encantaba.

—Me gusta mucho este momento... Esa segunda voz que se le une ahora..., mira..., hiiiiiiiiiaaaaar...

Emma me observaba como si estuviera repasando lo que tenía que comprar en el súper al día siguiente.

—¿Tú tocabas la tuba, no?

«No, Elisabeta, tú no me hagas esto».

—No, la trompa.

—¿La tromba?

—La trompa.

—¿Quieres una cerveza?

—... Bueno.

Emma salió a la cocina a por dos botellines. De la habitación de al lado provenían unas risas extrañas, con matices que nunca había observado. Emma llegó con la cerveza. «Chinchín». Mientras probábamos el primer trago, las risas de al lado se fueron transformando en gemidos vagos, desdibujados. Emma y yo nos dedicamos más a dirigir las miradas hacia el techo que a buscar las pupilas del otro. Los gemidos ya eran toda una realidad. Cuando emergió un alarido, le dije a Emma que subiese el volumen de la radio.

—Dale fuerza, que esta me gusta.

Un bajo y una batería arrancaron con fuerza en el comienzo de «Creep».

—¡Hala! —se sobresaltó Emma al rato—. ¿Eso que son? ¿Hachazos?

—No... Es una guitarra. Lo hacen con la guitarra eléctrica. Dándole así. —E hice dos movimientos bruscos, casi espasmódicos, con el brazo.

Tiré los dos botellines al suelo. A Emma no pareció importarle. Casi me molestó más a mí que Elisabeta no supiera decir el nombre de mi instrumento o que hablase de manera despectiva de la canción de Radiohead, que a ella ver su suelo lleno de vidrios y cerveza derramada.

—Hablando de guitarra... —Me miró súbitamente y comprobé que sus ojos mostraban cierta embriaguez—. ¿Quieres que toque algo? ¿Te gusta Jarabe de palo?

—... Vale.

Apagué la radio mientras ella fue a su cuarto a por el instrumento. Volvió con una guitarra acústica. Se sentó en la butaca de al lado. Volví a sentir el pulso acelerado al ver a Elisabeta con esa guitarra en las manos. Su pelo le tapaba medio rostro y sus pestañas apuntaban a las cuerdas. Me ilusioné con que, en apenas unos instantes, aquellas manos, mullidas y tersas, «qué suaves deben de ser», me brindarían las notas de «Embryonic journey», y que fluirían como el agua de un manantial. Las notas me llegarían no solo a mí, sino a los dos, a nosotros, reconduciendo de nuevo aquel momento a solas. Si hubiera tenido el mando del tiempo, habría pulsado el botón de *pause*. De repente, Emma me sacó de la ensoñación diciéndome la canción que iba a interpretar.

A mí me gustaba cómo sonaban las melodías de Jarabe de palo. Comenzó a rasgar los primeros acordes de «Grita». Los dedos se movían torpes por los trastes, y quise exculparla, otra vez, por la incidencia del alcohol y el cansancio. Cuando empezó a cantar la letra, los latidos de mi corazón volvieron a su pulso habitual, incluso se ralentizaron ante el sufrimiento al que se estaban sometiendo mis oídos. Una voz desagradable, chillona, llena de gallos y sin atisbo de ritmo y melodía desafinaba como una gallina perseguida por un perro a ladrido limpio. «Pero..., pero....». Yo intentaba mirarla como si nada estuviera pasando... pero estaba pasando todo. Luego comenzó a apagarse poco a poco su voz. Respiraba fuerte y cerró los ojos.

—Estoy mareada...

Le agarré la guitarra antes de que cayera al suelo y acabara como los botellines. Emma se tumbó en el sofá, su cabeza sobre mi pecho. Mientras, yo observaba su pelo, más cerca que nunca. Aquel cabello deseable y deseado olía a tabaco que tiraba para atrás. Aun así metí mi mano en él. Fue como caminar desnudo por un zarzal. Como sentir un algodón dulce abandonado en el suelo una madrugada de feria, pegajoso y sucio. Emma giró la cara hacia mí. Sus ojos... Recordé el personaje de Sam Quint en la escena de *Tiburón* en la que contaba a sus dos compañeros de cacería la inolvidable mirada de un escualo al que se enfrentó: «Sus ojos sin vida, de muñeca, ojos negros y quietos»... Emma tenía aquellos ojos. Abrió la boca lo justo para hablar.

—Jota...

Vomitó sobre mi pecho. Sin mucha fuerza, con poca tampoco. Justo en ese momento, un gemido orgásmico desde la habitación de su compañera pareció derrumbar las paredes.

Una luz anaranjada comenzaba a refulgir de entre los edificios. Amanecía cuando introduje la llave en el portal. Subí a mi piso. Me quité la camisa con fiereza y desgana a la vez, si es que se pueden dar ambas circunstancias. Tumbado en la cama, me coloqué los cascos. Freddie entonaba «My melancholy blues». Unos ojos negros me miraban, vacíos, desde el techo. Puede que estuviera soñando. No lo recuerdo bien. Aquella negrura alimentó de nuevo la incertidumbre de qué hacer con mi Elisabeta cada vez que apareciese otra vez en mi vida. Cuando desperté por la tarde, la habitación estaba clara y luminosa, y, de pronto, tuve la certeza de que no debía citar aquel nombre nunca más.

Pasaron varios años de universidad y la gente siguió refiriéndose a mi instrumento de distintas maneras. Nuevas amistades, compañeros y compañeras, profesores, el del videoclub o el casero del piso..., nadie decía «trompa» a la primera. Muchos ni a la última. «Igual habría que

reivindicarlo más, en una labor humana por salvar la dignidad de un instrumento tan importante», pensaba, en mis delirios de grandeza con zapatillas de paño. «¡No sabéis que la trompa os rodea por todos lados! En anuncios de la tele, en portadas de enciclopedias y de libros diversos. El primer concierto que dedicó Mozart a este maravilloso instrumento sonaba en aquella secuencia de los baños de barro en *La invasión de los ultracuerpos*. Es el tiburón de Spielberg, que os persigue por el agua; es la princesa Leia; forma parte de *Ben-Hur*; sobrevuela la sabana en *Memorias de África*; es luz y también sombra en las pelis de Tim Burton. Carlos Santana ha transformado el famoso solo de la tercera sinfonía de Johannes Brahms en guitarra para una de sus canciones. Es el comienzo de “God only knows”, de The Beach Boys, en uno de los álbumes más famosos de la historia moderna. ¡Hasta en una canción de los Beatles, “For no one”, el magnífico trompista inglés Alan Civil hizo un solo memorable, llegando a un re sostenido sobreagudo, casi tan alto como el mi del *Konzertstück* de Schumann! ¡¡Os deberíais de lavar la boca antes de pronunciar su nombre!!».

—¿Hablas con alguien? —me dijo Héctor desde su cuarto.

—Eh... No, no...

Pocas jornadas universitarias se sucedieron sin la pertinente conversación telefónica con Mama. A veces repasábamos el tema de la alimentación, «qué comes, cuándo y cómo», pero también versábamos sobre lo climatológico, «pues aquí igual graniza esta semana», o me contaba las últimas novedades del pueblo como que a la vecina se le había quemado la cocina, «vaya disgusto tienen» o que a mi prima seguramente la escogerían como dama de honor en la feria y fiestas.

—A lo mejor te pide que seas su paladín.

—Bueno..., ya se verá. Todavía queda.

—No le hagas el feo, Jota.

—¿Cómo va Abuelo?

—Pues... ayer nos preguntaba por su padre. Que si lo habíamos visto por el mercao.

—¿Sigue con eso...?

—Come que devora, eso sí. Pero... hay que estar ya mu pendientes de él.

—...

—El otro día también me dijo que si yo era su hermana.

—...

—Por cierto, hablando de hermanas, la tuya me dice que anda que le preguntas por cómo le va con el novio que se ha echao.

—Mama, se me gastan las monedas. Se va a cortar...

—Llámala un día y le preguntas, anda.

—Que yaaa...

Un ruido metálico me indicó que Mama ya no estaba al otro lado de la línea. Salí de la cabina pensando en que había tres tipos de personas a las que nadie que no estuviese en su situación podría entender jamás: la mujer que daba a luz; el padre de la niña que se hacía mujer y aparecía con un novio; y el hermano de esa hija, que no soportaba que su hermana compartiese tiempo y cariños con un extraño.

Cuando subí de nuevo al piso, puse la radio. Una mujer hablaba de cómo el ser humano decidió una vez acotar el tiempo en medidas y ponerles nombre: minutos, horas, días, meses, años, lustros... Cambié bruscamente de dial y emergió la voz candorosa de José Luis Perales cantando «¿Y cómo es él?».

Sonreí con amargura.

## Capítulo 25

### Mother love

Una mañana Mar y yo nos encontrábamos en casa de Abuelo y Abuela e hicimos una de nuestras exploraciones, aprovechando que ambos habían salido a hacer unos recados. Descubrimos, pues nunca antes nos habíamos percatado de él, un baúl antiguo. Estaba escondido en un rincón del ropero, oculto tras unas cajas de calzado, apiladas como ladrillos formando un muro. Fue Mar la que intuyó que tras ellas se escondía algo. El baúl era de un color verdoso como el tono de las botellas de vino que bebía Abuelo en las comidas. Los ribetes eran metálicos, de un color que en su día sería parecido al oro. Mar y yo nos miramos y enarcamos las cejas a la vez. Un gesto que bastó como acuerdo tácito para abrir aquel baúl, que no disponía de candado ni nada que se le asomase. Mar y yo nos dispusimos a la vez a descubrir el tesoro.

—Unaaa, dooos y...

Un olor a naftalina y humedad emergió de dentro. Ropajes de distintas formas y colores descansaban dentro. Faldas, camisas, chaquetas de lana, chaquetas con hombreras, chaquetas cortas, medias, pantalones, pañuelos, guantes. Parecían no pertenecer solo a Abuela y Abuelo, sino también a Papa, Mama o a los tíos.

—Esto debe de llevar aquí muchos años —exclamó Mar.

A eso olía también. A años. A años acumulados.

—Mira, una peluca —dije al mismo tiempo que la alcanzaba con mi mano, sacándola de entre una americana a cuadros.

—Pero esta no es la de Mama. —Mar la miró con cierta extrañeza.

—Igual Abuela también se hizo una en su día, cuando era más joven.

—¡Qué pelo más negro!

No pude evitar probarme una de las chaquetas.

—¿Qué haces?! —dijo Mar.

—Pues probármela.

—¿Para qué?

—No sé... ¿Para verme de otra manera?

Mar y yo empezamos a sacar todo lo que nos llamaba la atención. Y nos pusimos las prendas sin pensarlo demasiado. Dejándonos llevar por la excitación que nos producía estar haciendo algo sin mucho sentido.

—¡Como si en la partitura pusiera *Ad libitum*, Mar!

Al rato, mi hermana estaba ataviada con una falda pantalón color verde manzana, una camisa de lunares metida por dentro y un cinturón con una hebilla enorme. Cubrió su cabeza con un pañuelo de seda, anudado al cuello. Y como guinda a su atuendo, se puso la gorra de músico de Abuelo y unas gafas con un cristal tan grueso como los bloques de pavés que había en el baño de casa. Yo opté por unas medias, que me puse encima del pantalón de chandal que llevaba, una falda roja, una chaqueta de lana verde con gordos botones de madera, unos guantes blancos que debían de ser complemento de un vestido antiguo de novia, unas gafas de sol bien grandes con el cristal azulado y la peluca.

—Espera... —dijo Mar cogiendo varios pañuelos y haciendo dos gurreños—. Póntelos por debajo de la chaqueta.

Yo obedecí.

—¡Ostras qué tetas! —Mar se partía de la risa.

Yo me tocaba por fuera aquellos dos bultos que salían de mi pecho. El corazón se me aceleró más aún, la excitación al palparme era enorme. «Así debe ser tocar las de verdad». Sentí que me desdoblaba; yo seguía siendo yo, no tenía duda, pero era «otro yo». Una fuerza nueva, tal vez. Un superpoder, quizá. Mar rebuscó en las cajas del calzado y sacó dos pares de zapatos de tacón.

—Vamos a ponérmolos. Toma.

—Ya verás como vengan Abuelo y Abuela y nos pillen...

—¡Calla!

Salimos a mirarnos al espejo vertical que había en el dormitorio, contoneándonos como camaleones sobre ramas delgadas.

Mar me miró.

—Me recuerdas a...

—... Freddie en el videoclip de «I want to break free». —No podía dejar de mirarme en el espejo. «Pero ¿entonces soy yo o no soy yo?».

—Vamos a la calle y nos damos una vuelta. —Mar daba palmas, acelerada e incontenible.

—¿A la calle? ¡¿Tú estás loca?!

—Jota... —Me miró con sonrisa pícara, las cejas subidas, disparadas como cohetes en el cielo —, que lo estás deseando.

Salimos a la calle y decidimos dar una vuelta, circundando el pequeño barrio. No podíamos parar de reír, nerviosos y descontrolados. Nos cruzamos con la *hermana* Julia, que dio un respingo al vernos. Aceleramos el paso entre carcajadas y constantes torceduras de tobillo. Al cruzar delante del escaparate de la tienda de Romera nos detuvimos frente al reflejo, poniendo posturas absurdas y haciendo visajes. ¿Cómo algo tan ridículo podía ser a la vez tan sumamente divertido? Al otro lado del cristal, Romera estaba adecentando el escaparate y, del susto que se

pegó al vernos, el hombre se trastabilló. Se cayó encima de un maniquí. Las caras de ambos, maniquí y Romera, lucían semblantes opuestos. Mar y yo salimos corriendo y también nos caímos. Cogiéndonos entre nosotros, los dos continuamos andando con las rodillas doloridas. Agarrones y manotazos se sucedían entre mi hermana y yo, intentando encontrar una estabilidad que no éramos capaces de mantener. Parecíamos dos escarabajos peloteros luchando entre sí. A la vuelta de la esquina, el guardia municipal se topó con nosotros.

—Pero bueno...

Le explicamos la tontuna y nos llevó a nuestra casa, cogiéndonos como a dos peleles.

—Anda, dejad de hacer el indio, hermosos. —Su boca olía a caramelo de eucalipto—. Esperaos al carnaval pa hacer estas cosas...

—Pero ¿a cuento de qué? —estalló Papa—. ¡¿Si no estamos en carnaval ni na de eso?!

Papa se encendió un cigarro con fiereza, aunque su cara estaba más encendida que el propio cigarro y que todos los que se había fumado en un mes. Negaciones con la cabeza, eléctricos aspavientos con los brazos. Estaba muy enfadado. Mama, a su lado, intentó apaciguar las aguas.

—Bueno, ya está... No pasa na. No han hecho daño a nadie.

—¿Ah, no? ¿Y el susto que se ha llevao la *hermana* Julia al verlos? Además, que ya no es el daño, el susto o los maloshechos, que es la vergüenza que pasamos nosotros... —Papa no paraba de dar golpes con el mechero en la mesa redonda del salón—. Pero ¿a cuento de qué?! —volvió a repetir.

Mar y yo estábamos sentados enfrente. Ciertamente, apesadumbrados no estábamos. Si acaso, algo timoratos por el ímpetu en las palabras y las formas de Papa. Pero, a la vez, aguantando una risilla floja que ambos sabíamos que explotaría si nos mirábamos el uno a la otra. Acabábamos de terminar de comer en esa tarde gris de octubre. Era sábado, así que no teníamos instituto.

Tras la reprimenda en la comida, traté de explicarle a papá que pensaba lo mismo que mamá, que no habíamos hecho daño a nadie, que solo fue un juego. Cuando solté mi discurso, él me respondió:

—¡No! El «Monopoly» es un juego. El «Comebolas» ese es un juego. O el de «Operación», que por cierto lo tenéis ahí muerto de risa en el mueble del ropero —parecía que a Papa se le había ido el cabreo... pero no.

—Bueno, ya está. Si no lo van a hacer más... —Mama nos miró a Mar y a mí con gesto cómplice.

Mi hermana habló de nuevo.

—A ver, pero en los carnavales sí podremos hacerlo otra vez, ¿no?

—En los carnavales sí, que es cuando la gente se disfraza, pero fuera de eso... —Papa ni nos miraba al hablar.

—Pues Freddie se disfrazaba también. Cuando quería... —dije yo.

Papa replicó furioso.

—¡Pues Freddie que haga lo que quiera!

—Hombre... ahora ya... —susurró Mar.

—¿Sabes si Freddie ha vendimiao alguna vez? —Papa me miró fijamente.

—Pero cómo...

—Pues eso. Cada uno lo suyo. A César lo que es de César.

Por la noche vinieron Abuelo y Abuela a cenar. Luego vimos una película que echaron en la tele. La vimos los seis, porque ese día a Mar no le dejaron dar una vuelta con sus amigas. No sé si fue el destino, la coincidencia, el azar, la providencia... El caso es que la película que emitieron fue *Con faldas y a lo loco*, donde Jack Lemmon y Tony Curtis se pasaban casi toda la historia disfrazados de mujer. Mar y yo nos lanzamos miradas furtivas en su primera aparición travestidos... Abuela soltó tal carcajada que la primera sorprendida fue ella.

—¿Es que os han grabao esta mañana con una cámara? —dijo señalando a la pantalla.

Papa fue el único que no se rio. El largometraje avanzó y en uno de los descansos Papa nos miró a Mar y a mí. No recordaba una mirada tan larga sin decir nada desde hacía tiempo. En todo momento parecía que iba a hablar de manera inminente, pero no lo hizo. Finalmente esbozó una sonrisa. Sin decir nada ninguno de los tres, todos seguimos viendo la tele.

No fue la única vez que empleó aquella dramatización gestual para pasar página. Pensé que, en el fondo, Papa también era algo peliculero.

Creo que Mama y Abuela fueron las que mejor se lo pasaron viendo *Con faldas y a lo loco*. No compartí muchas películas con ellas dos juntas. Más bien al contrario, fueron muy poquitas. Quizá por eso, inolvidables. *Superman*, por ejemplo, la vi con ellas varios años antes, cuando yo era muy pequeño. Fue la primera vez que vi a alguien volar en la pantalla y la impresión que me dio, junto a las notas musicales que sonaban, fue tremenda.

—Pero ¿eso cómo lo hacen?

—¿Lo de volar? —contestó Mama.

—Sí.

—Eso es porque..., pues porque es fantasía.

—¿Lo hacen con fantasía?

—Claro.

—¿Le echan fantasía y ya está?

—Eso es. Le echan fantasía por encima.

Durante mucho tiempo pensé en aquel concepto. Fantasía en un bote. Fantasía en una caja. Fantasía en un pulverizador.

También descubrí con ellas *Muerte en Venecia*, donde sonaba una y otra vez el *adagietto* de la quinta sinfonía de Gustav Mahler. Quizá ahí fue la primera vez que lo escuché.

—Me he dormío varias veces..., pero qué música más linda —dijo Abuela cuando salieron las letras al final.

A Mama debía de gustarle también mucho Montgomery Cliff, porque cuando lo vio en *Yo confieso*, en otro de nuestros visionados conjuntos, se le alegró la cara.

—Hay que ver lo bien que trabaja este hombre...

La última fue *Hook*, de Steven Spielberg. Yo ya había comenzado a estudiar en la universidad y la había visto anteriormente. El protagonista era otro hombre que volaba. «A este también le han echao fantasía», le dije a Mama con tono evocador. Ella me sonrió. Qué sonrisa más bonita la de Mama. Pero no fue hasta ese momento, con ellas delante, cuando percibí un detalle en una de sus escenas. La deliciosa banda sonora compuesta por John Williams arropaba el momento previo, con sus coros y sus trompas brillando como estrellas fugaces que iluminaban el cielo a su paso... Entonces llegó la secuencia: un niño tocaba la cara de Robin Williams, quitándole primero las gafas con delicadeza. Después la manoseaba con sus dedos, palpando sus facciones. Lo hacía para reconocerle como Peter Pan. Ahora era adulto, pero había sido un niño, como ellos. Una flauta caminó guiada por el arpa, seguida de la cuerda, y se obró el milagro: aquel hombre adulto, crecido, volvía a ser un niño. Siempre lo había sido.

Abuela nunca dejó de acariciarme la cara de esa manera. Y juraría, lo supe entonces, que lo hizo buscando siempre al niño que llevaba viendo desde que nací.

—Eso es lo que me haces tú cuando me vas a dar un beso, ¿eh, Abuela?

Ella me miró, sonrió y me pidió que me acercara para hacérmelo de nuevo.

—¡Ay, qué guapo es mi Jota!

Y me plantó en la cara tres besos seguidos. Los últimos que me dio.

«Ojalá pudiera acordarme del día en que nací y tener grabada la cara de Mama cuando me recibió por primera vez en sus brazos».

Escribí esta frase en una libreta en la que empecé a anotar pensamientos sobre los acontecimientos que me rodeaban. Fue al acabar la universidad. Quizá la apunté de una manera poco reflexiva, pero sí sintiendo que quería guardar ciertas cosas para siempre. El adiós de Abuela y la demencia senil de Abuelo, que iba creciendo a zancadas, me puso en alerta sobre la fugacidad de la vida y de los recuerdos.

Mama me había contado que era imposible olvidar cuando ponían, después del parto, a un hijo o a una hija en los brazos. Y a mí me daba rabia no poder visualizar mi parte correspondiente de su recuerdo, que no existiera una máquina con la que ella pudiera proyectarlo en una pared y verlo juntos.

Hubo un día que Mama me confesó que apenas recordaba a su madre. Falleció cuando ella no llegaba a los tres años. Al casarse con Papa, Abuela adoptó de alguna manera esa figura. Ocupó

el espacio que tantos años estuvo vacío, para ser una especie de madre para ella. Abuela era, de alguna manera, la madre de los dos, de Papa y de Mama. Y una segunda madre también para mí.

Una vez, escuchando uno de los discos que adquirí en la universidad, pensé mucho en ello. Y me llamó la atención que me evocara cosas tan íntimas de mi vida, cuando jamás lo hubiese sospechado. Se trataba del *Concierto para dos trompetas en do mayor*, de Antonio Vivaldi. En su momento llamó mucho mi atención el hecho de que hubiera dos solistas compartiendo protagonismo a la vez. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza como avispa acudiendo al azúcar. ¿Cómo concibió Vivaldi un concierto de esas características? ¿Cómo manejó la figura del solista? ¿Pensó en el ego del protagonista como concepto al que tener que dividir en dos partes iguales? Sería algo así como partir una gema en dos. ¿Qué ruta estableció para repartir las frases? ¿Quién mandaba realmente en el concierto? ¿El primer trompetista? ¿El segundo? ¿El director? Aquella partitura tenía algo que me atrapaba. De cada una de las audiciones que le dediqué, sobre todo en las de la cama, extraje nuevas respuestas. Ambas voces de trompeta eran protagonistas, no se podía entender la una sin la otra. «Como Mama y Abuela».

En el disco, las dinámicas de matices, perfectamente diseñadas por *sir* Neville Marriner y ejecutadas con una sensibilidad extraordinaria por los miembros de la Academy of St Martin-in-the-Fields, arropaban a los dos solistas, Maurice André y Bernard Soustrot.

—¿Cómo tocan estos franchutes! —exclamó Abuelo cuando le preparé una audición en casa.

—Este, Maurice —dije señalando en la portada del disco a un hombre orondo, con pelo blanco, cejas oscuras y cara de buena gente—, es el más conocido de los dos. Será el que toca la trompeta primera...

—Yo tocaba el fliscorno primero.

—Claro. Ya lo sé.

—¿Ya lo sabías?

—Lo hemos hablao muchas veces, Abuelo.

Se quedó callado. Las notas de Vivaldi continuaban recorriendo la senda de sus pentagramas.

—Abuelo.

—Dime, rico mío.

—¿Sabes cuál es mi instrumento?

—...

—¿No te acuerdas?

—...

Los últimos compases sonaban en el nuevo equipo de música que había en casa. Abuelo miraba en dirección a los altavoces, como si se fuera a perder algún sonido al cambiar de posición o al trasladarse a otra silla. Era algo característico de las personas que habían crecido

sentándose enfrente de las radios antiguas o pegando la oreja a los transistores. El concierto terminó y Abuelo dirigió sus ojos verdosos hacia mí.

—Tú tocas la trompa. —Y me regaló una de esas sonrisas enigmáticas a las que nos iríamos acostumbrando en sus últimos años.

—La trompa. Eso es, Abuelo. —Lo miré y lo vi sentado al volante de su «4 latas»—. Tú siempre lo has dicho bien, desde el primer día.

Aquellas tardes de verano, en las que pensaba qué hacer con mi futuro una vez acabada la universidad, le proponía a Abuelo varias selecciones musicales. Él me iba comentando muchas cosas en medio de las obras que escuchábamos: «¿Qué instrumento suena ahí?», «Esta es mu alegre», «Esta es más triste». También me hacía ciertas apreciaciones: «Esta no la conocía yo», «¡Cómo ejecutan aquí!», «En la banda la tocábamos de otra manera».

Una vez, sonando el *Bolero* de Maurice Ravel, Mama me dijo que esa melodía le recordaba a su madre.

—Pero tú eras muy pequeña cuando...

—Pero me recuerda a ella. Debía tarareármela o algo.

Yo le dije a Abuelo que escuchar el *Bolero* era como asistir a la evolución de la vida.

—Empieza suave, con una marcha marcada por la caja. Los instrumentos se suceden repitiendo las frases melódicas. Los que parten primero son como exploradores, avanzan, experimentan, con el paso firme pero algo timorato. Ya verás cómo continúa...

—Venga a ver...

Yo ya le había puesto muchas veces el *Bolero* a Abuelo, pero cuando entendí que lo escuchaba siempre como si fuera la primera vez para él, acepté la situación. Incluso lo incorporé a mis propios oídos. Como cuando elegía ver una película ya vista con alguien que no la conocía y, a través de sus ojos vírgenes, recuperaba la excitación de la primera vez.

—¡Mira qué *solo* de trombón!

—Qué alto llega el jodío... —Abuelo frunció las cejas y ladeó la cabeza a un lado. Ponía la boca como si fuera a silbar, pero sin llegar a hacerlo.

Nunca dejó de sorprenderme cómo una composición tan aparentemente sencilla podía mostrar de manera tan fidedigna la madurez, la transformación de la piel. En el apoteósico final, con su cambio de tono, siempre acabábamos de pie con los brazos en alto. Casi danzando.

—¡Cómo molan los *glissandos* de los trombones, eh, Abuelo!

—Esto es una joya... Ponla otra vez, Jota.

Papa, Mama y Abuelo cantaron juntos por última vez unos meses después. El coro dio un concierto en la iglesia. Abuelo ya no podía defenderse con las melodías y las letras.

—Pero, bueno, el hombre nos va siguiendo ahí... a su ritmo, a su «chano chano» —dijo Papa.

—Ya Papa, pero si Abuelo va a su marcha y se pierde, puede hacer que os perdáis el resto del coro. Y se puede armar un pisto...

—No, él sabe cuándo hacer mímica. Pero, vamos, que ya le hemos dicho que después de este concierto ya se queda en casa. Que además le va a venir bien porque se va cansando más y eso...

—dijo Papa con ese afán de ocultar ciertas cosas no ya de puertas hacia afuera, sino también hacia adentro.

El mismo afán que siempre observé en el pueblo de no querer llamar a las cosas por su nombre.

Acudí al concierto en compañía de Mar y su novio, con el que apenas había cruzado tres palabras seguidas. Mar veía en ese tipo de acontecimientos la manera de romper esa barrera que me empeñaba en construir a su alrededor. El concierto transcurría entre los aplausos entregados de un público que premiaba la capacidad de superación y la mejoría en la afinación de las voces. O eso fue lo que quise pensar. La última obra que cantaron fue el *Ave verum corpus*, de Mozart, y conecté varios de sus pasajes con otros de la música incidental de *El rey león*, que había tenido años atrás un éxito tremendo en el mundo entero y que había escuchado muchas veces desde que me la grabé en la universidad. Miré a Papa, Mama y Abuelo con especial fijación.

—Parece que forman parte de una película... —se me escapó en voz alta.

—¿Qué dices? —Mi hermana me chistó.

—Na, estaba pensando en voz alta —le susurré.

Su novio, al lado de ella, me habló bajito:

—¿A ti también te recuerda a *El rey león* en algunos momentos? —Y se dirigió luego a ella—. Yo creo que lo decía por eso.

Fue tan inesperado para mí, que me quedé mirándolo con la boca abierta hasta que acabó el famoso motete. «Tú también...».

Ya en casa, comentamos algunas partes del concierto. Abuelo sabía que ya no cantaría más con el coro, porque así lo habían consensuado Papa y Mama, pero parecía no importarle demasiado. «Así tengo más tiempo para ver el fútbol en la tele o hacer crucigramas».

No pude evitar preguntarle si echaba de menos a Abuela.

—Claro, rico mío... —me contestó—. Con lo bien que estábamos juntos... Fíjate, si se hubiera esperao un poquito más. Yo qué sé..., morirse el año que viene, por ejemplo. Y en verano, mejor.

Ya en la cama, entre las paredes de mi cuarto, me fijé en cómo la decoración había variado levemente, casi sin querer. Como el aire y el agua modifican poco a poco la naturaleza que les rodea. Sedimentos entre los que quise escuchar, a la manera que lo hice durante tantos años, el

último disco de estudio de Queen. En el momento que me hice con él no lo sabía, fue después. La canción que cierra el álbum, «Mother love», concretamente esa, fue también la última que grabó Freddie en un estudio. Sus últimas voces entonadas. Su despedida de este planeta.

«Todo empieza y termina en la madre».

Pese al carácter profundo de su bajo y del ritmo pesado de la batería, cargado de oscura melancolía; a pesar del canto, desgarrador por momentos... Pese a todo ello, la canción me dibujó una sonrisa en la cara al escuchar aquellos acordes. Observé que una luz extraña se filtraba a través de los agujeros de las persianas. Las formas pertenecientes al mobiliario que me rodeaba se diluyeron. Parecía como si una espesa niebla lo hubiera inundado todo, poco a poco, sin apenas darme cuenta. Freddie cantaba, contaba, decía, pedía, rogaba, se comunicaba... Pero quise ser yo entonces, por una vez, el que también le dijera a él unas cuantas cosas.

—Freddie, ¿te acuerdas de Abuela?

—Claro, ¿la que silbaba y canturreaba cuando nadie la miraba?

—Sí.

—Cantaba muy bien.

—Podía haber sido una buena cantante.

—Como Montserrat.

—¿Caballé?

—¿Quién si no, *darling*?

—No sé si de ópera. Igual más de zarzuela... o de copla... o de jota manchega. También podría haber sido dobladora de películas, porque algunas veces, muy pocas, ponía voces muy divertidas. ¿Y sabes qué? También se sabía diálogos enteros de las películas de Paco Martínez Soria. Y olía a tomate. Y a queso. Y a pan. Pan de ese que olía desde la calle cuando te acercabas a la panadería de Abundio «el Chato». Cuando me mandaba a mí, Abuela siempre añadía una barra más porque sabía que me comería media por el camino de vuelta, de lo rico que estaba. El hermano de Abuela, el que se murió sin que le conociéramos, era panadero. Abuela decía que era un hombre muy bueno. «Más bueno que el pan que cocía», decía ella. Así que, de alguna manera, con el pan del Chato me podía hacer una idea de cómo fue un miembro de mi familia que nunca llegué a conocer. ¿Sabes que yo creo que le hizo bastante gracia que Mar y yo nos disfrazásemos aquel día por la calle? Creo que ella lo hubiera hecho también, porque una tarde que fue a su casa una vecina a dejarle la figura de la Virgen, esa que iba en una caja, que se pasaban de casa en casa para tenerla una semana, pues la mujer le dijo que se había enterado de lo de nuestro carnaval a destiempo y se lo soltó, así como «qué vergüenza que tus nietos hagan esas cosas», y creo que ella le contestó: «¿Y lo bien que se lo pasaron? Ya nos hubiera gustao a ti y a mí, Heliodora...». Muchas veces Abuela me decía, sin venir mucho a cuento, «¡Ay, qué guapo es mi Jota! Ven que te dé un beso, rico mío». Y me agarraba la cara con sus manos para

plantarme tres sonoros besos que se oían hasta en el pueblo de al lado. Los críos o los hombres no eran «beseros», como decía ella, y a menudo me decían «yo es que eso de darle un beso a otro hombre... como que no es natural» o aquello de «hay que dar la mano y ya está, que pa eso somos machos». Abuela no llevaba bien lo de hacerse mayor y muchas veces me la encontraba hablando sola en voz alta, mirándose al espejo, y diciendo: «¿A ver estas arrugas por qué...? Yo que siempre he sido cutifina...». Freddie... Abuela también era como tú, ¿sabes? Componía poemas y rimas. En su caso no les ponía música, pero en nuestros cumpleaños siempre nos dejaba una nota con el regalo: «Hoy cumple los años mi Jota, que es más lindo que un sol. Y su abuela le desea felicidades de corazón». Abuela tenía miedo a los médicos. Papa decía que era hipocondríaca y aprensiva «con los de la bata blanca». Un día la fueron a operar y cuando la llevaban hacia el quirófano, se bajó de la camilla en marcha. Menuda se armó. Y cuando me iba de su casa, si era de noche, se quedaba mirando desde la puerta. Yo me giraba y le decía adiós con la mano toda la calle arriba, hasta que doblaba la esquina. Un día le dije que si cuando ya no me veía, seguía ahí fuera. Me contestó que sí, «me quedo un momentico», y que luego ya se pasaba para adentro. «Si por mí fuera, rico mío, yo me quedaba ahí mirándote to el rato, pero es que eso no va a poder ser así siempre». Eso me dijo. Oye Freddie... ¿Freddie?

Silencio. Una profunda quietud envolvió la habitación, o donde quisiera que estuviese.

—Freddie..., ¿sigues ahí?

Nada. Ya no me contestó nadie.

Sonó el quejido de un bebé; era el final de la canción. Saltó el botón de *stop* en el walkman. Entonces cerré los ojos para dormir. O tal vez los abrí para despertarme, no lo recuerdo muy bien.

## Coda

Unos ojos se abren. Dos esferas diminutas con una mezcla de colores trabados, como los del planeta Tierra visto desde el espacio. Son ojos que acumulan muchos años.

Después de abrirlos, lo primero que el hombre mayor ve es el manzano de afuera. Ya no se le mueven las ramas porque el viento ha amainado. El sol también está en otro lugar. Lo busca pero no lo encuentra, quizá esté escondido detrás. El chico escudriña al hombre mayor. Lo hace con paciencia, pero esperando algo de él.

—¿Te gusta la música que ha sonado? —le dice al fin.

El hombre mayor lo mira. Asiente con la cabeza. Un movimiento que le hace al chico sonreír. Son estímulos que viajan por vasos comunicantes invisibles entre ambos. Van del abuelo al nieto.

El chico, el nieto, pregunta de nuevo al hombre mayor, el abuelo.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

Su abuelo se queda parado, pero acaba concediéndole la respuesta.

—La voz.

—¿La voz?

—Sí, la voz del hombre que cantaba.

Ambos se miran. El chico constata la diferencia física tan grande que hay entre ambos. Él, tiene el vigor de la juventud. Su abuelo, apenas logra asomar de la butaca su cuerpo enjuto y menudo.

—A mí me gusta mucho. —El nieto se acerca aún más a su abuelo—. Freddie Mercury. El hombre que cantaba se llama Freddie Mercury.

Su abuelo repite el nombre. Al hacerlo parece quedarse suspendido en el aire. Como si su cuerpo hubiera experimentado la falta de gravedad de un astronauta en una misión espacial.

—A ti te gustaba mucho también —añade el chico. Su voz resuena cálida.

—¿Sí?

—Sí —responde con la mirada encendida—. Y un día le dijiste a la abuela que si alguna vez te pasaba lo que ya le pasó a tu abuelo, te pusiéramos sus canciones todos los días.

—La abuela... —dice el hombre mayor, como si se le hubiesen caído las palabras de la boca.

—Eso es —retoma el chico—. La abuela Elisabeta.

—Elisabeta... Sí... —El hombre mayor mira entonces hacia la pared que tiene a su derecha,

donde el retrato de una mujer le devuelve una sonrisa única, y vuelve a mirar al chico. Este asiente.

—La conociste en otro país. Cuando tocabas... ¿Tú recuerdas el instrumento que tocabas?

Su abuelo vacila un instante, pero acaba contestando a la pregunta de su nieto.

—La trompa.

—La trompa. Eso es. Qué bonito suena, ¿verdad?

—Es que tiene el mejor sonido del mundo.

—Y tú lo llevaste por todo ese mundo, abuelo. Las veces que me has contado cuando tocaste en París y en Múnich y en Milán. En Buenos Aires y Nueva York. Y Japón. Y me dijiste que una vez en Londres, entre el público, se encontraba el resto de los componentes del grupo Queen, donde cantaba Freddie. Y que te fijaste en cómo te aplaudían al final. Lo hacían de pie. Que, en realidad, estaba todo el público puesto en pie y aplaudían a toda la orquesta, pero tú me contabas que solo les mirabas a ellos.

—... *El pájaro de fuego*... de Stravinsky.

—¿Esa fue la música que tocasteis?

—Sí. Yo hacía el *solo* en el último movimiento, el *Finale*. —El hombre mayor toma cierto brío—. Y acabamos de una manera tan buena que por eso la gente se puso de pie.

El chico se pone entonces a trastear con el aparato de sonido.

—Mira, aquí puedes escuchar una grabación de ese momento.

Su abuelo lo mira. Dos centellas que iluminan el rostro de su nieto. Le pide un deseo.

—¿Me lo puedes poner ahora con uno de esos cascos? —y se hace el gesto con las manos apoyadas en sus orejas grandes.

—Ya no se llaman *cascos*, abuelo. —Ríe el chico.

Y coge unos auriculares y se los pone.

Las notas del *solo* de trompa que abren el *Finale* de *El pájaro de fuego*, el que una vez dijo interpretó en Londres, comienzan a penetrar en sus oídos. El hombre mayor se las imagina deslizándose por dentro del cable hasta salir por los dos auriculares esponjosos como un brote de agua entre las rocas. Apoya las manos en sus rodillas con una firmeza oculta hasta entonces. Inspira profundamente, mucho, al tiempo que estira de forma lenta el cuello con un movimiento cadencioso que acompaña al *tempo* de la música. Lo hace después con el resto de su cuerpo. Parece un felino enorme desperezándose. El chico tiene la boca entornada, sin darse cuenta. Tal vez nunca le vio hacer aquellos movimientos. Casi le parece que su abuelo ha tornado en una especie de ser gigantesco y mitológico. El elevado volumen se desborda de los auriculares. Llegan los últimos compases; brillantes metales y golpes de timbal que resuenan como cohetes. El hombre mayor dice algo, muy alto, para hacerse escuchar por encima de la orquesta que ruge en sus oídos.

—¡Oye...!

El chico le responde gesticulando con la cabeza.

—¿Y yo? ¿Cómo me llamaba yo?

Los *fortissimos* acordes finales le impiden oír la respuesta de su nieto.

## Agradecimientos

Gracias a mi familia; mi padre, Julián; mi madre, Ángela; mis hermanas, Marisol, Ana y Rebeca, por ayudarme a conformar mi relato en la ficción y sobre todo mi relato en la vida real.

Porque no existe día en que no piense lo mucho que os quiero.

Gracias a mis abuelas Concha y Vidalia y a mis abuelos Manolo y Julián. Así como a todas las generaciones anteriores, por labrar el camino para que llegásemos los demás.

Vuestra memoria sigue viva.

Gracias a todos mis amigos y amigas, que hacen de mí la persona que soy. En especial, a los que me rodeasteis en mi infancia y adolescencia, siendo inspiración pura para construir este relato.

Gracias a mis maestros y profesores, especialmente a los de música, el mejor lenguaje que el ser humano ha creado.

Gracias a José María Clemente; sin tú saberlo, contigo empezó todo. Y a Teresa Arrabal. Los dos fuisteis mis primeros lectores y os estaré eternamente agradecido.

Gracias a Christian Gálvez, por tu generosidad, tu afecto y tus ánimos. Quién me lo iba a decir aquella noche en aquel concierto de Morgan.

Gracias a Gonzalo Albert y a Ana Lozano, mis editores. Por vuestra confianza, ayuda inestimable y palabras de ánimo en mis momentos de flaqueza, ayudándome a afinar el instrumento.

Gracias a Sergio Mora por una ilustración tan inspirada e inspiradora.

Gracias a John Williams por pilotar el cohete que me ha llevado al espacio exterior tantas y tantas veces.

Gracias a Ennio Morricone.

Y a Leonard Bernstein y su «America», del musical *West side story*, aliento en los momentos más complicados de la escritura.

Gracias a todas las personas que nos han regalado su literatura, su cine, su televisión y su música para alimentarnos y enriquecernos.

Gracias a mis amigos eternos: Brian, John, Roger... y Freddie, cuya voz vivirá siempre dentro de mí.

*A mi madre y a mi tía, María del Pilar, Maruja, que no tuvieron ni la infancia ni la adolescencia de Jota.*

*A todas las personas que no han podido vivir la vida que hubieran querido.*



Un abuelo y su nieto convierten la música en un refugio contra el alzhéimer y el olvido. Y los dos se dejan llevar por el hilo musical de toda una vida. Jota recorre la memoria de un tiempo en un pequeño pueblo del interior. Una infancia y una adolescencia marcadas por el amor hacia la música clásica y el descubrimiento de la voz de Freddie Mercury y las canciones de Queen.

El actor y cómico Julián López debuta en el panorama literario con una novela llena de sonidos y melodías, de emotividad y pequeños momentos, de tradición y modernidad. Planetario es una crónica sentimental sobre la vida en un pueblo de la España vacía durante los años ochenta y noventa y sobre el poder evocador de la música.

**Julián López** (El Provencio, Cuenca, 1978) es actor, comediante y músico. Ha formado parte de numerosas películas, series y programas de televisión. También ha pisado los escenarios en infinidad de ocasiones como músico y como cómico. Con Planetario ha dado salida a un relato latente desde hace años.

Instagram: [julian\\_lopez](#)

Twitter: [@JulianLopez](#)



Edición en formato digital: septiembre de 2021

© 2021, Julián López

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Ilustración de portada: © Sergio Mora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-513-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks

Twitter: penguinlibros

Instagram: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros

# Índice

Planetario

Obertura

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Coda

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Julián López

Créditos